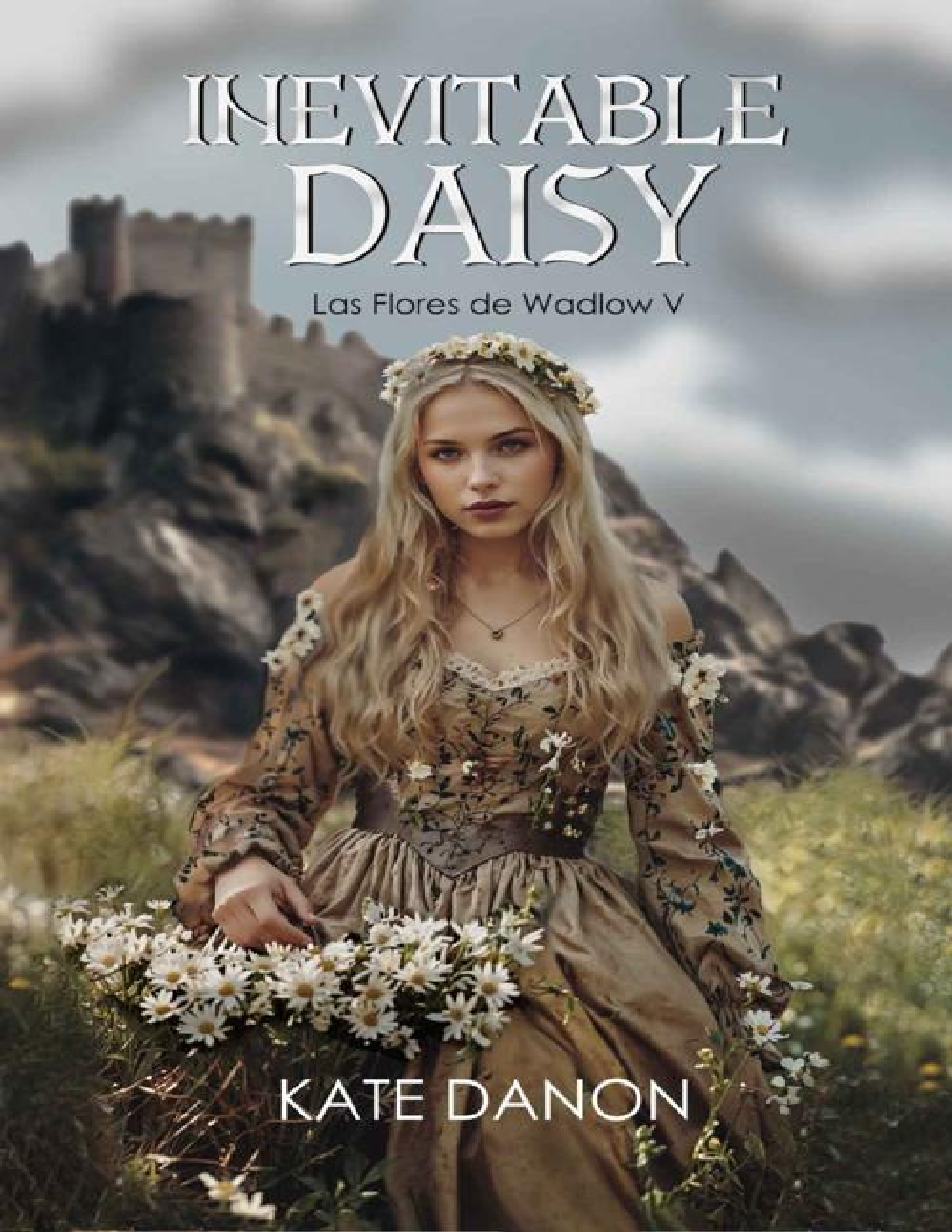

INEVITABLE
DAISY
Las Flores de Wadlow V
KATE DANON

INEVITABLE DAISY

Las Flores de Wadlow V

KATE DANON

Título original: Inevitable Daisy
Autora: Kate Danon
© Victoria Rodríguez Salido
1ª Edición: Noviembre 2024
Portada: Sara Cuevas @sarac.designs
Aviso Legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para todas esas personas que han amado y han perdido.

En el corazón permanece el recuerdo,
es inevitable,
pero la vida es demasiado hermosa
y siempre puede regalarnos
una segunda oportunidad.

NOTA DE LA AUTORA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

NOTA DE LA AUTORA

Estimado lector, estás a punto de sumergirte entre las páginas de la última novela de la saga Las Flores de Wadlow. Aunque Daisy tiene su propia historia, que narro a continuación, es recomendable haber leído las anteriores para entender sus circunstancias y evitar *spoilers*.

Aprovecho para recordarte que, si no conoces el resto de libros de la saga, o si quieres saber qué otras novelas tengo publicadas, visites mi página de autora en AMAZON. Te dejo el enlace en este QR para que puedas seguirme y no te pierdas ninguna novedad:



Como siempre que publico una novela de este género, quiero dejar claro que esta historia es una **ficción romántica.** Siendo así, te ruego que me disculpes las licencias que me he tomado a la hora de plasmar la trama, saltándome el rigor histórico en ocasiones. Las intervenciones de los personajes reales que aparecen en la novela, como la reina María I de Inglaterra y su esposo, son situaciones y diálogos completamente inventados.

Sin más, te dejo con la lectura. ¡Espero que la disfrutes!

Prólogo



Escocia 1545
Fortaleza Mullach Creige

Su padre lo había hecho, le había comprometido con una inglesa.

El joven Murtagh MacMeinn jamás imaginó que aquello pudiera ocurrir de verdad. Pensó que solo eran habladurías; que su padre, el laird Henson, no escucharía a esos tres buitres que tenía como consejeros. Llevaban repitiendo la misma perorata bastante tiempo, advirtiéndole que debían tomar una drástica decisión por el bien del clan.

Habían sido unos años complicados. Las malas cosechas, una extraña enfermedad que había derivado en la falta de animales en sus rebaños, junto con los pagos de impuestos a la Corona escocesa, habían dejado las arcas vacías. Y la solución de Nathair, Akir y Banner, los tres viejos que susurraban al oído de su padre, pasaba por casarlo a él con la hija de un importante y acaudalado lord inglés que entregaría a la novia junto con una más que generosa dote.

Poco importaba que la chica fuera una *sassenach* y todos los MacMeinn la detestaran por su origen. Murtagh no daba crédito. Estaban en guerra constante contra los ingleses, ¿y a él iban a obligarlo a desposar a una de ellos?

No le sirvió de nada protestar y exponer, en un discurso elaborado, todos los inconvenientes de aquella precipitada unión. Porque la ventaja económica que su padre había tenido en cuenta fue suficiente para decantar la balanza en favor de aquel matrimonio.

—No seas tan dramático, Murtagh —le había dicho su padre—. Es una jovencita adorable, yo la he visto. Por muy inglesa que sea, gozarás con ella cuando te metas entre sus piernas como con cualquier otra. Y, si no te gusta, solo debes hacerlo hasta dejarla encinta. Después, puedes buscar otra compañía que te agrade más.

Por cosas como esa, Murtagh odiaba a su padre.

Tal vez la palabra *odio* era demasiado, pero, desde luego, no sentía ningún amor por él.

Solo respeto. Y miedo.

A veces pensaba que no era justo que un hijo viviese con ese temor constante cada vez que se enfrentaba a su progenitor. Un hijo debería sentirse amado y protegido, y él solo se había sentido así cuando su madre aún vivía. Por desgracia, el nacimiento del segundo hijo de la familia, que él había esperado con gran ilusión siendo muy pequeño, se convirtió en una tragedia que cambió su mundo para siempre. Nessa MacMeinn, su madre, no había podido expulsar el pequeño cuerpo que albergaba en su interior cuando llegó el momento. Henson tuvo que aceptar que le abriesen la tripa para sacar al bebé, lo que significó su muerte.

Murtagh jamás pudo perdonar aquella decisión de su padre, porque era demasiado niño para comprender que, de un modo u otro, Nessa no habría sobrevivido.

Él solo entendió que Henson había ordenado que rajaran a su madre por la mitad para rescatar el cuerpo del bebé que no podía salir y que, para colmo, ya estaba muerto cuando llegó al

mundo.

Era una niña.

Murtagh la vio solo un momento, antes de que la envolvieran con una sábana y su padre se deshiciera de ella, dejándola en manos de la partera con una mueca de decepción en su rostro iracundo.

—Ni siquiera era un varón —masculló.

Aquel era su padre. Un hombre frío, práctico, cruel.

A partir de entonces, sin una madre que le proporcionara el amor y el calor que necesitaba, la vida de Murtagh se convirtió en una sucesión de días repletos de horas y horas de entrenamiento para llegar a ser un gran guerrero, y duros castigos por parte de Henson cuando no daba la talla, cuando fallaba, cuando desfallecía por el cansancio.

Y no contento con haber convertido su existencia en una tortura diaria, había acordado su matrimonio con la inglesa sin pensar ni un segundo en cómo se sentiría al respecto. Para Henson, los sentimientos eran algo inherente a las mujeres. Los hombres no debían rebajarse a ese nivel, no debían mostrar otra emoción que no fuera la furia por ganar batallas, la euforia tras una victoria o la lujuria cuando le apetecía encamarse con alguna jovencita.

Así, el día de la boda, Murtagh esperó frente al altar, con sudores fríos por todo el cuerpo, a que apareciera la novia del brazo de su acaudalado padre. Una dama a la que jamás había visto, de la que no sabía absolutamente nada.

Una *sassenach*.

Cuando llegó a su lado y se retiró el velo que le cubría la cara, Murtagh se quedó sin aliento.

Había oído hablar de esos enamoramientos que algunos hombres sufrían de manera instantánea, como si los hubiera alcanzado un rayo desde el cielo, y jamás imaginó que a él pudiera sucederle algo así.

La dama era bellísima y dulce. De cabello color miel y ojos de cervatillo, enormes, redondos, brillantes.

Poco le importó que ese brillo fuese por las lágrimas que a duras penas contenía.

Tenía los labios rosados y voluptuosos, largas pestañas y un rubor adorable en sus mejillas. No era delgada, poseía un cuerpo de curvas generosas y poca estatura, pero a él le pareció que estaba muy bien proporcionada.

Se llamaba Margery y, cuando le tendió la mano temblorosa y él tocó aquella piel suave y cálida, se enamoró.

Tal vez, porque vio en ella una figura cálida a la que abrazarse. Alguien que podría darle, con el tiempo, ese cariño que siempre había echado en falta.

Pensó que podía salir bien, después de todo. Pensó, ingenuo, romántico, que aquella locura de boda no había sido tan mala idea, y que podrían lograr ser felices cuando se conocieran mejor, cuando se adaptaran a vivir el uno con el otro.

Nada hizo sospechar a Murtagh, en aquel momento, que Margery no le daría ni una sola oportunidad y que le causaría un gran dolor a su enternecido corazón. Lo llenaría de tanta culpabilidad, que jamás volvería a ser el mismo.

Capítulo 1



Inglaterra, enero 1550
Castillo del barón de Aldenford

Había pasado un mes desde que Daisy Wadlow había dado a luz a su hijo Jamie.

Treinta largos días en los que el dolor por la muerte de su esposo Richard, asesinado a manos de la anciana Beathag Kerr, se había solapado con la desesperación constante de no saber dónde estaba su bebé.

Si aún estaba vivo.

Si Nimue, su secuestradora, lo estaría cuidando bien.

La joven escocesa había conseguido burlar todas las patrullas de búsqueda que su padre había enviado. No la habían encontrado por las zonas de Inglaterra que habían rastreado sin descanso durante días y días…

Sus cuñados Kendrew Buchanan y Drustan MacAuley habían regresado a las Highlands junto a sus esposas, Heather y Lily, por si Nimue había tenido la idea de retornar a Mullach Creige, el hogar donde se había criado y crecido. Pero, desde que lo hicieran, las cartas que le habían enviado para contarle los resultados de sus pesquisas solo le habían causado más desesperanza.

No había rastro de Nimue Kerr por ningún lado. No había vuelto con los MacMeinn. Nadie la había visto.

Al final de cada misiva, sus hermanas siempre añadían que ninguna de las dos, junto con sus respectivos esposos, se rendirían. Continuarían alerta a cualquier rastro que pudieran hallar los hombres que tenían repartidos por todas las Highlands.

Por otra parte, Bluebell y Declan Connelly recorrían las costas inglesas y escocesas en su barco, el Savage Blue, con el mismo cometido: encontrar alguna pista, alguna persona que pudiera haber visto u oído algo sobre Nimue y el pequeño Jamie. Atracaban en cada puerto que encontraban en el camino, preguntaban en las tabernas, en las posadas y, en especial, a las tripulaciones de otros barcos para comprobar que la joven escocesa no se había embarcado rumbo a algún lugar lejano.

Esa búsqueda también estaba resultando infructuosa.

Sus influencias llegaban incluso hasta los principales puertos de las Españas, donde atracaban las naves mercantes que salían desde Inglaterra. Su cuñado Diego de Valterra, marqués de Osorio, había enviado misivas a sus contactos para que les informaran si una mujer morena, joven, de ojos muy claros, con un recién nacido, había arribado a costas españolas.

Pero nada.

Era como si se la hubiera tragado la tierra.

—No puede haberse evaporado —le decía su hermana Rose, en sus intentos por consolarla—. Tarde o temprano daremos con ella.

Sin embargo, un día se sucedía a otro sin que nada cambiara, con una inacción irritante, en ausencia total de buenas nuevas.

Ni siquiera Beathag, la abuela de Nimue, pudo ayudarla.

Daisy había bajado a las mazmorras donde estaba encerrada, dos días después de que asesinara a Richard, para mirarla a los ojos y preguntarle *por qué*.

Por qué había destruido su vida de esa manera.

La mujer parecía haberse consumido en aquel breve espacio de tiempo; la persona que había encontrado sentada sobre el catre, encogida sobre sí misma, era apenas una sombra de la que ella había llegado a conocer.

—¿Qué te hemos hecho nosotros, Beathag? —le preguntó, desde el otro lado de los barrotes —. Mi familia os acogió a tu nieta y a ti. Os hemos tratado bien, mi padre quería ayudaros a rehacer vuestras vidas. ¿Por qué…?

La anciana había levantado sus ojos claros, iguales a los de su nieta, y la habían mirado con vergüenza y arrepentimiento.

—Traté de disuadirla, de verdad —le contestó, con un hilo de voz—. Nimue ha sufrido mucho durante toda su vida, porque yo le fallé. No estuve cuando me necesitó, cuando ella y su hermano Mael sufrían. No estuve cuando mi querido nieto no lo soportó y se quitó la vida… No podía consentir que ella hiciera lo mismo.

—Pero has consentido que me robara a mi hijo. Has sido su cómplice, has matado a mi esposo.

—Y llevaré esa culpa en mi corazón lo que me queda de vida.

Los ojos de Beathag habían derramado lágrimas silenciosas de auténtico dolor, aunque no conmovió a Daisy.

Por mucho que tratara de justificar sus actos, no tenían perdón.

—Mi hermana Bluebell me dijo que Nimue perdió a su bebé antes de que naciera. La naturaleza es sabia —había añadido con rencor vengativo—, y tú mejor que nadie deberías saberlo. Tal vez tu nieta no merecía ser madre.

La anciana había hundido la cabeza entre los hombros ante sus duras palabras.

—Comprendo tu ira. Intenta comprender tú la suya, ponte en su lugar. Si hubieras perdido a tu hijo antes de…

—¡Lo he perdido, maldita bruja! —había exclamado, aferrándose a los barrotes—. ¡Ella se lo ha llevado, con tu ayuda! ¿Cómo sabes que lo cuidará bien? ¿Cómo sabes que, llevada por ese sentimiento negro que le anega el corazón, no le hará ningún daño?

Las lágrimas habían continuado cayendo por el rostro ajado de la mujer. Había negado con la cabeza tras cada pregunta que le había lanzado Daisy llena de rabia.

—Ella quería un hijo. Lo tratará como si fuera suyo, será una madre para él.

—¡Jamie ya tiene una madre! Dime dónde ha ido. Dime dónde puedo encontrarla y así, tal vez, tu alma no se pudrirá en los infiernos cuando dejes este mundo. Haz algo bueno para compensar el mal que has hecho.

Beathag la había mirado. La desolación asomaba a sus ojos… Pero también una fuerte determinación.

—Nimue es la única familia que me queda. Lo siento. Quiero que ella sea feliz por encima de todas las cosas.

Daisy había rechinado los dientes al escucharla. Se había aproximado más a los barrotes, como si pudiera introducir la cara entre ellos.

—Bajaré aquí cada día para torturarte, bruja. No encontrarás paz ni sosiego, te recordaré tus crímenes y todo el dolor que has causado para que ese sufrimiento te acompañe cada segundo del resto de tu vida.

Sin embargo, la joven no pudo cumplir aquella promesa.

Al día siguiente de su visita, Beathag se quitó la vida, para desconcierto de la familia Wadlow y de los guardias que la custodiaban. Al parecer, había echado en la comida algunas de esas hierbas que tan bien conocía y que debía de llevar ocultas en sus ropas…

Después de aquello, Daisy perdió la vena vengativa que la había sostenido en los primeros momentos del duelo y se sumió por completo en la tristeza, sin apenas abandonar su alcoba. No tenía ganas de hablar con nadie, de fingir que estaba bien… porque no lo estaba.

En un pestañeo, todo su mundo había desaparecido.

Todos los sueños que había compartido con su esposo Richard Hall se habían convertido en pesadillas que la asediaban cada noche.

Iban a tener su propio hogar, cuando el niño naciera, cuando se vieran a salvo de la maldición. Habían decidido vivir en el castillo del barón de Aldenford eventualmente, mientras encontraban el modo de esquivar el fatal destino. El mismo destino que había terminado con la vida de su hermana Silene en el pasado. Y, cuando todo pasara, cuando tuvieran por fin a su hijo sano y salvo entre sus brazos, comenzarían otra etapa en Elderbrook, una de las propiedades que el padre de Richard, el marqués de Lonbrook, le había dado como regalo de bodas.

Iban a disfrutar de una vida de ensueño, tranquila, llena de lujo y comodidades. Sus días serían apacibles, verían crecer a Jamie y a los hijos que tuvieran después; compartirían con ellos juegos y risas en sus preciosos jardines, visitarían a menudo a sus respectivas familias; Richard y ella se amarían por las noches para después dormirse muy abrazados…

La joven se preguntaba, a menudo, adónde habrían ido a parar todos esos sueños. Toda esa felicidad que habían depositado en el futuro para envejecer juntos no podía haber desaparecido sin más. ¿Tal vez se la había llevado Nimue, junto con su bebé?

Mientras miraba por la ventana de su alcoba hacia el horizonte, Daisy se acarició el colgante que llevaba al cuello. Era una piedra de ámbar que su esposo le había regalado siendo muy jóvenes, cuando se conocieron, cuando se enamoraron.

«Este amuleto te ayudará con esa maldición que se ha llevado a tu hermana», le había dicho Richard al dárselo, justo después de que ella le contara la desgracia de su familia.

—No ha servido para nada, esposo mío —susurró al aire, mirando al infinito a través de la ventana, mientras toqueteaba la piedra—. Puede que hayamos anulado por fin esa odiosa maldición, pero hemos pagado un precio excesivo.

Daisy estaba convencida de que, de manera indirecta, su familia había sido víctima del hechizo una última vez. Ella había sobrevivido, pero había perdido a Richard… y a su bebé.

Su Jamie.

En ocasiones podía sentir el peso de su diminuto cuerpo sobre sus brazos y lo escuchaba llorar, como cuando Beathag se lo entregó, nada más salir de su vientre. Tenía su imagen grabada a fuego en la memoria, con la piel enrojecida, la cabecita sin pelo y esa marca de nacimiento con forma de frambuesa en su hombro. Lo recordaba con los puñitos apretados mientras berreaba a todo pulmón.

—No te gustó nada que te sacaran de aquí dentro, ¿verdad? —preguntó en voz baja. Ahora, su mano acariciaba su tripa ya desinflada—. Estabas bien, calentito, a salvo… estabas conmigo.

Lo había llamado Jamie porque era el nombre que Richard y ella habían decidido si era un chico. Era el modo en que ambos querían agradecer al barón de Aldenford, James Wadlow, que hubiera permitido su boda a pesar de que el novio elegido por Daisy fuera inglés. Poner al niño el nombre de su abuelo pretendía compensar toda la angustia que le habían causado al no seguir las directrices marcadas, pues el barón se había empeñado en que todas sus hijas se casaran con

hombres extranjeros para esquivar la maldición.

Daisy había sido, además de Silene, la única en saltarse aquella norma.

Ahora, el nombre de su hijo era lo único que tenía. No sabía cuál era el color de sus ojos, pues, durante el llanto, los había mantenido cerrados. Tampoco sabía de qué color sería su cabello cuando le creciera; si sería rubio claro, como el suyo, o rubio oscuro como el de su padre.

Si hubiera nacido una niña, la habrían llamado Amber, por ese colgante que Daisy adoraba y que era el símbolo de un amor que nació demasiado pronto, y que había terminado mucho antes de haberlo gastado todo.

—Es muy extraño, Richard —continuó hablando al más allá—. Dormir sola por la noche, saber que al despertar tú no estarás. Nunca más estarás… —se le llenaron los ojos de lágrimas—. No podré hablar más contigo y, aunque lo haga, como ahora, no me responderás. No voy a volver a verte, ¿cómo se soporta eso? ¿Cómo podré vivir con este vacío en mi pecho? Si al menos tuviera conmigo a Jamie… Pero ni eso me ha dejado Nimue.

Esta última frase la había pronunciado casi sin voz, sin fuerza.

Entonces, dejó de ver el paisaje que se extendía nevado ante sus ojos, más allá de los muros del castillo, y se fijó en el reflejo del cristal de la ventana.

No le gustó la mujer que vio allí.

Era una Daisy llorosa y desvalida; una romántica soñadora que había vivido en una nube durante todo aquel tiempo, que jamás pensó que la vida podría golpearla con la fuerza y la crueldad con la que lo había hecho.

Tal vez, si hubiera estado preparada, podría haber impedido que Beathag le robara a su hijo. Podría haber corrido tras ella, en lugar de quedarse tirada en el suelo, llorando por Richard cuando lo apuñaló. Podría haber luchado, como cualquier madre de la naturaleza lo hubiera hecho por su cachorro.

«Estabas recién parida», le dijo una voz en su cabeza. «Estabas muy débil por la pérdida de sangre».

No le sirvió de consuelo.

Y alrededor de su corazón dolorido, se creó una fina capa de culpabilidad y tristeza, amarga y helada.

Una capa a la que se sumaría otra, y otra, y otra… Tantas como días transcurridos sin noticias de Jamie.

Capítulo 2



Junio de 1555, cinco años y medio después
Fortaleza del clan Buchanan, Escocia

—¡Es emocionante! —exclamó Heather.

Se encontraba en las almenas de la fortaleza Buchanan, observando la explanada que había frente al castillo, en compañía de sus hermanas Lily y Daisy. Una multitud de personas deambulaba entre las tiendas de campaña que habían levantado en toda la zona. Hasta allí llegaba el murmullo de sus voces y las notas de algunos de los instrumentos que tocaban para celebrar aquella reunión de clanes.

—¿No estás nerviosa por ser la anfitriona este año? —le preguntó Lily, que ya había vivido algunos de los Juegos que se celebraban cada primavera.

Ella misma había participado en una de sus ediciones cuando conoció al que ahora era su esposo, Drustan MacAuley, porque en aquella ocasión se llevaron a cabo en Ardencaple, su hogar.

Esta vez les tocaba a los Buchanan organizarlos. Y no solo Heather estaba eufórica. Su esposo Kendrew, como laird del clan, se mostraba orgulloso, nervioso e impaciente, todo a la vez. Quería que no hubiera fallos, que los invitados se sintieran bienvenidos, que no se generaran disputas más allá de las inherentes a las distintas competiciones, y que hubiese comida y bebida suficiente para todos.

—Claro que lo estoy —contestó Heather con un suspiro—. Pero, por eso mismo os encontráis vosotras aquí: para apoyarme y para ayudarme a que todo resulte perfecto.

Lily dejó escapar una risa sincera y abrazó a su hermana pequeña pasándole un brazo sobre los hombros.

Daisy, sin embargo, solo amagó una sonrisa.

Miraba la explanada con expresión ausente, sin ser capaz de conectar con la realidad del mundo que la rodeaba. Ya ni siquiera se preguntaba por qué no era capaz de alegrarse como sus hermanas ante las cosas buenas que le sucedían a su familia. Para Heather era importante. Para Lily, todo un orgullo que la pequeña de las Wadlow se hubiera convertido en la anfitriona del resto de los clanes que acudían a los Juegos.

Para ella, simplemente, era un día más.

Un día como otro cualquiera, gris y apagado, a pesar del sol que lucía esa mañana brillante en el cielo azul claro.

Un nuevo día en el que su corazón latía roto en mil pedazos y su alma seguía rasgándose en jirones cada vez que pensaba en su hijo.

Jamie tenía ya cinco años y medio… Si es que estaba vivo.

La duda era como un hierro al rojo clavándose en su pecho. ¿Y si su pequeño yacía sin vida en alguna parte y ella no lo sabía? Su corazón le decía que aún estaba entre ellos, pero también pudiera ser únicamente el deseo de una madre desesperada.

Tampoco imaginarlo vivo era un gran consuelo. Sufría al pensar que se estaba perdiendo cada despertar de su hijo, y cada noche en la que no podía acostarlo en su cama, arrullarlo con amor y desearle dulces sueños. No sabía cómo era su risa, o su llanto, o el timbre de su voz infantil. No sabía si tenía miedos, desconocía sus juegos favoritos, ignoraba si era un niño feliz.

—Daisy.

La voz de Heather, reclamando su atención, la devolvió a la realidad.

—Dime.

Su hermana la miró con cariño y su voz sonó comprensiva a continuación.

—Te preguntaba si te apetece venir con Lily y conmigo a dar un paseo para saludar a los invitados.

Daisy lo pensó. No porque la decisión fuera difícil, sino porque, de un tiempo a esa parte, le costaba procesar bien las palabras cuando le hablaban. Era como si respirase en otra realidad alternativa donde el dolor lo sentía más amortiguado. Prefería evadirse a ese otro mundo que, aunque carecía del colorido y la frescura que tenía el real, era mucho menos violento con sus emociones.

—Sí, claro. Me sentará bien conocer a nuevas personas.

Acto seguido, se tocó el colgante con la piedra de ámbar que llevaba al cuello. Se había convertido en un ademán recurrente, como si el hecho de apretar entre sus dedos aquel amuleto la conectara todavía con su difunto esposo, Richard.

Era también una manera de obligarse a no olvidarlo, por mucha gente nueva que pudiera conocer.

Ni a Heather ni a Lily les pasó inadvertido aquel gesto e intercambiaron una mirada pesarosa. Habían tratado, de forma delicada, que Daisy continuara con su vida. Era demasiado joven como para no permitirse buscar de nuevo el amor e intentar ser feliz de alguna manera. Por supuesto que entendían que jamás olvidaría a Richard Hall, su primer esposo, pero eso no significaba que se enterrara en vida en aquella viudedad que cada día le borraba un poco más la sonrisa y le apagaba el brillo de sus ojos azules.

Por ese motivo la habían invitado a pasar con ellas un tiempo en Escocia y a presenciar los Juegos. Querían distraerla de su dolor, que volviera a sonreír, poco a poco, y que encontrara algún motivo para seguir levantándose de la cama cada mañana. Sabían que, después de más de cinco años sin tener noticias de Nimue y el pequeño Jamie, apenas le quedaban esperanzas. Pero ellas no se resignaban a perder a su hermana del mismo modo que habían perdido a su sobrino.

—Muy bien —le dijo Lily, feliz por que aceptara ese paseo. Le tendió la mano para abandonar las almenas—. Vamos, así vigilaré también lo que está haciendo Ailsa, no me fio de ese torbellino.

Heather se echó a reír al escuchar el nombre de su sobrina. La habían llamado como su abuela paterna, dado que Drustan había perdido a su madre siendo niño, pero no habían logrado que la pequeña heredara el carácter tranquilo de esta. Con solo cuatro años, los volvía locos a todos. Lily solía decir que había salido a su tía Bluebell, y aquella era razón suficiente como para no perderla de vista durante mucho tiempo.

—Estará con sus primos, no te preocupes, vigilados por Lucy y Harriet —la tranquilizó Heather.

—Harriet tiene suficiente con Cam —Lily meneó la cabeza al imaginar a su dama de compañía con el bebé en brazos. Cam era su segundo hijo y tenía apenas seis meses, por lo que necesitaba supervisión constante—. Y Lucy ni digamos. Si tiene que correr detrás de Drake, Brodie y Ailsa, apañada va.

Heather volvió a reír. Era cierto. Sus hijos Drake y el pequeño Brodie, de siete y cuatro años respectivamente, tampoco eran dos angelitos.

Daisy, al escuchar a sus hermanas hablar de los pequeños de la familia, volvió a escabullirse a ese otro mundo sin color, sin sonido, sin sabor, donde ella podía concentrarse solo en respirar, en continuar existiendo, en moverse dejándose arrastrar, a remolque de la vida de los demás porque la suya, simplemente, no quería vivirla.

Las tres jóvenes abandonaron las almenas con la idea de salir de la fortaleza a dar ese paseo. Sin embargo, al llegar al salón principal, encontraron bastante revuelo entre los jefes de algunos clanes, entre los que estaban Kendrew y Drustan.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Heather, alarmada con tanto alboroto.

Se acercó a su esposo, que tenía un papel en las manos. La misiva parecía ser la causante de aquella conmoción.

—Acaba de llegar esta carta —le contestó—. Es la respuesta a la invitación que enviamos a los MacMeinn.

—Bueno, ¿y qué dice?

—Que aceptan. De hecho, según lo que han escrito, su llegada está prevista para dentro de un par de días, a tiempo para las primeras competiciones.

Daisy escuchaba la conversación y las voces le resultaban lejanas, pero algo no le cuadró en aquella imagen. Los gestos de estupor de los presentes en aquel salón no tenían ningún sentido para ella en el contexto de la situación. Por eso, tal vez, rompió su norma de no intervenir en el mundo que la rodeaba y habló, para sorpresa de sus hermanas.

—¿Y cuál es el problema? —Las caras de los distintos lairds se giraron hacia ella—. Me refiero a que, si los Buchanan convocaron a ese otro clan a los Juegos, no ha de sorprenderos su asistencia. Otro asunto sería si se hubieran presentado sin ser invitados, ¿me equivoco?

Hubo un pequeño silencio antes de que Drustan tomara la palabra.

—Verás, Daisy, Murtagh MacMeinn es complicado. Siempre lo invitamos a los Juegos porque es impensable no hacerlo. Resultaría un auténtico insulto.

—Y no queremos insultar a Murtagh, no nos conviene a ninguno —intervino otro de los lairds. Se llamaba Eric Drummond. Daisy lo recordaba porque le habían presentado a su hija Anne y le había caído bien. Era una jovencita muy dulce.

—Exacto. La invitación es una cortesía. A veces los MacMeinn aceptan, y otras veces no se molestan en aparecer —continuó explicando Drustan.

—Murtagh llevaba más de cuatro años sin dar señales de vida, y lo cierto es que los Juegos sin su presencia son más… —Kendrew pensó en el adjetivo adecuado.

—¿Pacíficos, alegres? —lo ayudó otro de aquellos hombres. ¿Mitch Robertson? Daisy no estaba segura.

Kendrew le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

—Cuando él no hace acto de presencia, todos estamos más tranquilos.

—Tengo entendido que ha estado mucho tiempo alejado de Mullach Creige —volvió a hablar Eric Drummond—. Ya sabéis que nunca ha querido participar en las guerras que se libran en la frontera con Inglaterra, pero poco después de los Juegos que se celebraron en Ardencaple, donde Drustan lo venció en la prueba de lucha, decidió que era hora de prestar sus servicios a Escocia.

—Pues, si ha vuelto y ha decidido aceptar la invitación, lo recibiremos como se merece —dijo entonces Heather, como señora de los Buchanan y anfitriona en aquellas celebraciones—. Ordenaré que preparen una de las habitaciones del castillo para él, al igual que para el resto de los jefes.

—No la aceptará —dijo Drustan—. Le gusta más hospedarse en una de sus tiendas cuando acude a las tierras de otro clan.

—Y es mejor así —añadió Kendrew.

Heather apretó los labios ante la manera de pensar de su esposo.

—Me da igual que todos prefiráis tenerlo lejos. Yo le ofreceré una alcoba, como corresponde.

Daisy seguía la conversación y tuvo la necesidad de intervenir otra vez.

—¿De verdad ese hombre os preocupa? ¿Tanto altera la convivencia de los demás?

—Es un laird bastante irascible y huraño. Y sus hombres, en general, bastante volubles y violentos. Hay que andarse con cuidado con ellos, todos nos ponemos a la defensiva cuando los MacMeinn aparecen —le explicó Mitch Robertson.

El nombre, no obstante, le sonaba a Daisy de algo. Había pasado mucho tiempo, pero juraría haberlo escuchado antes. Se volvió hacia Lily y comprobó que su hermana le devolvía una mirada cautelosa.

—Tú lo conociste, ¿verdad? ¿Me hablaste alguna vez de él?

Lily se acercó, la tomó de la mano y la separó del grupo para hablarle en confianza.

—Cariño, Murtagh MacMeinn fue el hombre que echó a Nimue de su hogar cuando yo vine por primera vez a Escocia, y por eso ella aceptó acompañarme a Inglaterra para ayudarnos con la maldición. Mullach Creige fue el primer lugar donde acudimos cuando la estuvimos buscando, después de…

—Después de que me robara a mi hijo —susurró ella, casi sin voz.

Se le había ido la sangre del cuerpo al escucharla. ¿Cómo había podido olvidar aquello? Imaginaba que era otro de sus mecanismos para bloquear el dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Heather, acercándose a ellas.

—Sí. Es solo que escuchar ese nombre ha hecho que todo se remueva de nuevo —musitó, llevándose una mano al estómago, como si tuviera náuseas—. Supongo que él no tuvo la culpa de nada, pero no puedo evitar pensar que, si ese hombre no la hubiera echado de su hogar, ella no habría…

—No lo sabemos, Daisy —la interrumpió Lily—. Nimue tenía que venir con nosotras para romper la maldición de todas maneras, la echara o no de Mullach Creige. Podemos acusar a Murtagh de ser un hombre temible, hosco y puede que hasta brutal en sus formas, pero no tiene nada que ver con lo que ocurrió con Jamie.

Ella se humedeció los labios, con la mirada perdida en las baldosas del suelo de piedra.

—Necesito descansar un poco —anunció, con la tez pálida—, no me encuentro bien. Disculpadme, en otro momento os acompañaré a dar ese paseo.

—¿Quieres que vayamos contigo? —se ofreció Heather.

Daisy negó con la cabeza.

—Prefiero estar sola, gracias.

Después, se alejó a toda prisa rumbo a su alcoba. Sus hermanas la miraron con angustia, sin saber qué podían hacer para ayudarla en esos momentos de su vida.

Capítulo 3



En el salón de Mullach Creige, los tres consejeros permanecían de pie frente al laird MacMeinn, tratando de que entrara en razón.

—No es momento de abandonar a tu gente —decía Nathair.

—El clan pasa por una situación muy delicada, hay que centrarse en solucionar el problema que tenemos… por tu culpa —añadió Banner.

Murtagh dirigió su mirada hacia el tercer anciano, el que faltaba por hablar.

—¿Tú no dices nada, Akir?

El hombre lo fulminó con aquellos ojos fantasmales, cubiertos de un velo blanquecino que le conferían a su aspecto un aire muy perturbador.

—Sé que es inútil. Cuando te empeñas en algo, es complicado hacerte cambiar de parecer. Al menos, te pido que si continúas con la idea de acudir a los Juegos, no te lleves al niño. Déjalo aquí, no es prudente que los demás clanes conozcan la clase de hijo que tienes.

En el pecho de Murtagh reverberó un gruñido de ira contenida ante la mención de Rowan.

—¿Insinúas que debo avergonzarme de mi propio hijo y esconderlo como si fuera un bicho raro?

—Recuerda quién era su madre —insistió esta vez Nathair—. Cuando Nimue regresó, todos pudimos ver que había perdido la razón. Estuvo mucho tiempo sola en los bosques con la única compañía de ese niño. Y viceversa. Rowan no se ha criado en un ambiente civilizado, laird. Recuerda lo que ha ocurrido cada vez que has intentado acercarlo a los hijos de los otros miembros del clan.

No hacía falta que Nathair le señalara aquello. Murtagh tenía muy presente el carácter de su hijo y las dificultades que se le presentaban cada vez que intentaba que jugara con otros críos de su edad. Rowan reaccionaba mal, como un animal acorralado. No estaba acostumbrado al trato con otras personas y su instinto le pedía que huyera en cada ocasión. Salía corriendo como un loco, para esconderse en un armario, o bajo una cama, o tras los pesados cortinajes de alguna de las alcobas. Y, si lo obligaba a hacer algo que no quería, gruñía y se revolvía, salvaje, lanzaba dentelladas y patadas al que se le acercara.

No había sido siempre así.

Cuando llegó a Mullach Creige, dos años antes, en compañía de su madre, solo era un niño raro. Todos pasaron por alto aquel extraño y esquivo carácter por haber crecido aislado del mundo. Nimue les había contado que, después de que Murtagh la echara de su hogar, había vagado por los bosques, embarazada y sola, y que no se había atrevido a volver porque tenía miedo de ser nuevamente rechazada. Había dado a luz a su hijo y ambos habían sobrevivido gracias a los conocimientos que la joven tenía sobre la naturaleza, aunque todos los MacMeinn intuían que tales conocimientos eran heredados de su abuela, la bruja Beathag.

Lo que la convertía a ella, a su vez, en otra bruja.

Y a Rowan, por extensión, en el hijo de una bruja.

Aquella conclusión corrió de boca en boca por todo Mullach Creige. Los padres de los demás

niños no querían que sus hijos se le acercaran y Rowan siempre estaba solo, pegado a su madre, que, resentida con el mundo, no hacía ningún esfuerzo para que el pequeño se integrara en el clan MacMeinn.

La cosa empeoró cuando Nimue falleció a causa de esa enfermedad que había contraído durante el duro invierno. La misma enfermedad que la había obligado a salir por fin de los bosques y regresar a Mullach Creige a pesar del miedo que tenía a que la repudiaran otra vez. La misma enfermedad que ella creía que podría combatir con sus conocimientos sobre plantas curativas, pero que terminó consumiéndola poco a poco hasta robarle su último aliento.

Fue cuando Rowan dejó de hablar.

Antes tampoco era un niño muy locuaz, pero al menos se comunicaba. Sin embargo, cuando Nimue los dejó, el pequeño se encerró en sí mismo y ni siquiera su padre pudo rescatarlo de aquel desesperante mutismo.

Murtagh añadió entonces una nueva culpa a su corazón, porque si él no hubiera echado a Nimue, su hijo habría nacido en Mullach Creige y la joven no habría enfermado de esa manera.

—Sé muy bien cómo es mi hijo —le contestó al viejo Nathair, regresando de sus cavilaciones —. Y tengo la esperanza de que podré hacerle cambiar. No pienso encerrarlo en una habitación bajo llave como si fuera un demente, como tantas veces me habéis propuesto. Creo que lo que Rowan necesita es ampliar la visión de su mundo, conocer a nuevas personas y, si los niños MacMeinn no quieren acercársele, tal vez encuentre a otros en la reunión de clanes que se muestren más piadosos.

—¿Por eso acudes a los Juegos? —le preguntó Akir con acidez. Murtagh comprobó que intentaba enfocar sus ojos casi ciegos para mirarlo a la cara—. No buscas la grandeza de tu clan, o siquiera alguna alianza que nos ayude con el problema en el que nos has metido por tu estupidez. Solo te preocupa ese pequeño mocoso hijo de una bru…

No pudo terminar aquella frase, porque el laird se abalanzó sobre él para aferrarlo del cuello y apretar su garganta.

—¡Basta, Murtagh, suéltalo! —le ordenó Banner.

—Si matas a Akir, todos los MacMeinn se revolverán —le dijo Nathair—. Puede que tú no estés conforme con nuestros consejos, pero todos los miembros del clan nos respetan y no verán con buenos ojos que asesines a un pobre anciano que solo intenta guiarte en la buena dirección.

—¿La buena dirección? —bramó, apretando más el anciano cuello. Akir sacó la lengua en busca de aire que respirar—. Si vuelvo a oírte hablar así de mi hijo, será lo último que digas. Y será tan satisfactorio que no me importará tener que pelearme luego con cada uno de los miembros del clan para mantener mi liderazgo.

—¡Murtagh, recapacita! —volvió a intervenir Banner—. Suéltalo y hablemos como hombres sensatos.

Él obedeció. Lo liberó de manera brusca y el anciano trastabilló hacia atrás. Los otros dos tuvieron que sujetarlo para que no diera con sus huesos en el suelo.

—Pensemos con calma —continuó Banner—. Podemos sacar algo positivo de tu participación en estos Juegos. Llévate al niño, compite, gana… y busca aliados.

—Los MacMeinn no se alían con otros clanes —respondió él, con un gruñido—. Vosotros mismos no dejáis de repetirlo una y otra vez. Los MacMeinn no confían en nadie, es lo mejor para la seguridad de nuestra gente.

—Sí, eso siempre ha sido así. Hasta que tú te has negado a cumplir con lo que tu padre le prometió a tu suegro, lord Hughes, y este ha exigido la devolución completa de la dote de su hija.

Murtagh apretó los dientes ante aquel recordatorio. Lord Thomas Hughes, el padre de su

difunta esposa Margery, había accedido a la boda de su hija con un MacMeinn por un motivo. Al igual que Henson había firmado aquel contrato para obtener la suculenta dote de la dama, lord Hughes lo había hecho para poder disponer del ejército MacMeinn cuando lo necesitara.

Un pequeño detalle que su padre había obviado cuando le explicó los términos de aquel matrimonio de conveniencia.

Habían pasado varios años sin saber nada de su suegro, por lo que, cuando apareció para reclamar lo que habían estipulado en el acuerdo, Murtagh no podía creerlo. ¡Quería que el ejército MacMeinn luchara bajo su mando en varias ofensivas que iban a llevar a cabo contra el bando escocés! ¡Contra sus compatriotas!

Por supuesto, Murtagh lo mandó al infierno.

Y lord Hughes, ofendido, reclamó entonces la devolución de las riquezas que había entregado al clan junto a su querida hija, por incumplimiento de aquel contrato.

Murtagh lo mandó al infierno por segunda vez.

Lo hecho, hecho estaba. Y los MacMeinn ya no disponían en sus arcas de esa dote, de todas maneras. Ese dinero había servido al clan en momentos de seria necesidad y, si bien habían conseguido cierta prosperidad en sus tierras, con buenas cosechas y más animales en sus rebaños, lo que obtenían daba solo para vivir bien, pero no para generar fortuna.

Lord Hughes se marchó entonces de Mullach Creige con promesa de venganza. Tal vez no pudiera contar con el ejército MacMeinn, pero aún tenía mucho poder económico. Tenía los suficientes recursos como para contratar mercenarios, lo amenazó, y se aseguraría de hacerles la vida imposible a todos los MacMeinn si él no cumplía con su parte.

Murtagh pensó en ese momento que aquello no era más que una fanfarronada.

—Mandad a todos los mercenarios que gustéis —le había respondido—, aquí estaremos mis hombres y yo para recibirlos como se merecen.

Sin embargo, sus tres consejeros temían la ira de lord Hughes. Y por eso pensaban que su laird era insensato al marcharse para participar en los Juegos, dejándolos a merced de aquel inglés vengativo.

Ahora, al ver que no podían hacerle cambiar de opinión, habían cambiado de táctica para tratar de sacar algún provecho de su cabezonería. Murtagh ya conocía de sobra sus tretas para llevar la conversación hacia donde ellos querían.

—¿Y qué aliados me sugerís que busque? —preguntó, solo para darles el gusto y que lo dejaran en paz—. ¿Tal vez algún clan que nos pueda prestar la suma que mi suegro reclama? Tardaríamos mucho en devolver ese crédito, me temo.

—Eso podría ser una solución. Aunque también podrías intentar alguna alianza beneficiosa. Nosotros socorreremos a los otros clanes cuando lo necesiten, y ellos no tendrán más remedio que socorrernos a nosotros si lord Hughes manda a sus mercenarios.

Murtagh sabía que cualquier trato para conseguir tal alianza era una trampa para el clan que lo aceptara. Porque no había escuchado que ninguno tuviera problemas en los últimos tiempos, pero los MacMeinn cerrarían el acuerdo con dichos problemas a sus espaldas, sin que los demás supieran de su existencia.

Aun así, como deseaba partir cuanto antes hacia las tierras Buchanan y dar por zanjada aquella reunión, aceptó su recomendación.

—Haré lo que pueda —les dijo, para tranquilizarlos.

A ninguno de los tres ancianos les pasó desapercibido el hecho de que no había llegado a prometer nada.

Mientras, en la fortaleza Buchanan, Daisy había decidido abandonar el aislamiento de su alcoba para acompañar a su familia durante la cena. No tenía sentido que se torturara pensando en lo que podría haber sido, en lo que podría haber ocurrido si el laird MacMeinn hubiera actuado de otra manera en el pasado. Aquel hombre, en efecto, no era el culpable de la locura que se había apoderado de Nimue.

O, al menos, eso se repitió una y otra vez hasta que casi consiguió creérselo, para poder reunirse con los demás sin que la dominara la náusea continua que notaba en la boca del estómago.

Sin embargo, cuando hizo acto de presencia en el gran salón, se arrepintió de haber dejado con tanta alegría la seguridad de su cuarto. Lily y Heather la esperaban junto a la larga mesa, en compañía de un hombre alto, delgado, con poco pelo en la cabeza a pesar de ser joven y una barba pelirroja, que vestía con los colores de uno de los clanes invitados a los Juegos. Los MacRae, si no se equivocaba.

Cuando los tres se volvieron hacia ella, y Daisy vio cómo la miraba aquel individuo, supo que iba directa a una nueva encerrona por parte de sus queridas hermanas.

Se detuvo un momento, sopesando la idea de echar a correr. Aquello ya se estaba convirtiendo en una molesta costumbre. Tanto Lily como Heather no desaprovechaban ninguna oportunidad de presentarle hombres disponibles, buenos partidos en general, que estuvieran dispuestos a cargar con una viuda triste pero todavía en la flor de la vida. Estaban empeñadas en que dejara atrás el recuerdo de Richard y diera un paso al frente. Querían rescatarla de ese mundo gris en el que se refugiaba cada vez que tenía ocasión y pensaban, erróneamente, que si se casaba de nuevo, que si afrontaba una nueva existencia y formaba una nueva familia, las heridas del pasado dolerían menos.

Eso no iba a ocurrir.

Pero ninguna de las dos lo aceptaba e insistían, sin desfallecer ante sus continuos rechazos a esa solución.

—Daisy, ven a conocer a nuestro buen amigo Lachlan —le dijo Heather, antes de que pudiera escapar.

Con un suspiro resignado, forzó una sonrisa y se aproximó a ellos. El hombre le hizo un galante saludo con la cabeza y le mostró también una sonrisa agradable. Tenía los ojos claros, de un color miel muy cálido. En verdad, a pesar de que se le clareaba el cuero cabelludo en la coronilla, no era nada feo.

—Soy Lachlan MacRae, mi señora. Es un auténtico placer conoceros al fin.

—¿Al fin? —preguntó ella.

—Vuestras hermanas me han hablado mucho de vos.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Esta misma tarde, milady.

—¡Vaya! —exclamó, con fingida sorpresa. Se giró hacia las otras dos—. Entonces, ¿cómo habéis tenido tiempo de hablarle tanto sobre mí? ¿Lo habéis abordado en cuanto se ha bajado del caballo, o habéis esperado al menos a que descansara del viaje y se hubiera aseado un poco antes de asediarlo?

—Daisy… —susurró Lily, con aire de culpabilidad.

—Disculpadme, Lachlan, no dudo de que seáis un buen hombre y me encantará ir

conociéndoos poco a poco, durante los Juegos, aunque no en el sentido que mis hermanas esperan y desean.

Nada más decirlo, lo esquivó para continuar caminando hacia su lugar habitual en la mesa.

Sus hermanas la siguieron, abochornadas.

—¡Por el amor del cielo, Daisy! Podías haber sido un poco más cortés delante del pobre Lachlan —la reprendió Lily.

—Y vosotras más sutiles. Os he dicho que no me interesa un nuevo matrimonio, ¡dejad de presentarme a hombres!

—En ningún momento hemos pensado que Lachlan…

—¡Oh, por favor! —Daisy interrumpió la excusa de Heather—. Me observaba como si yo fuera un premio que quisiera ganar. Conozco esas miradas. No sé lo que le habéis contado sobre mí, pero sin duda habéis puesto sus expectativas por las nubes… y sabéis que no puedo cumplirlas.

—¿Por qué dices eso? Tú cumplirías las expectativas de cualquier hombre solo con pronunciar el «sí, quiero» en una boda. No te hace falta más —le dijo Lily con pasión de hermana—. Eres hermosa, de buena familia, y tienes un corazón grande y generoso.

—Un corazón roto, Lily —la cortó—. No lo olvides. Jamás podría dar a ningún hombre lo que todos esperan cuando contraen matrimonio: amor.

—No todos quieren amor —susurró Heather—. Algunos solo desean una unión beneficiosa. ¿O no te acuerdas de las condiciones en las que yo me casé con mi primer esposo, Carson Buchanan?

Daisy meneó la cabeza. Claro que se acordaba del día en que la pequeña Heather había abandonado su hogar, casi obligada, para desposarse con el laird Carson sin siquiera haberlo conocido antes. Una boda por conveniencia, porque lo único que el Buchanan quería era un heredero que pudiera asumir el liderazgo del clan, además de la suculenta dote que su padre, el barón de Aldenford, le entregó.

—Pero al final todo se solucionó, y terminaste casada con Kendrew por amor —resumió Daisy, para no darle la razón en sus argumentos.

Lily tomó entonces su mano con delicadeza para llamar su atención.

—¿Y por qué estás tan segura de que no podrás encontrar de nuevo el amor? Que vuelvas a querer a otro hombre no significa que olvides a Richard. Pero no das ninguna oportunidad, a nadie, y así jamás saldrás de este bucle de tristeza.

Daisy tragó saliva, consciente de que las palabras de su hermana eran ciertas, pero completamente cerrada a la posibilidad que le mostraban.

—Por favor, hazlo por nosotras. No soportamos ver cómo te consumes, cielo —insistió Heather—. Al menos, haz un intento por conversar con ellos. Puede que alguno te sorprenda para bien. Puede que en alguno encuentres esa chispa que se apagó hace ya seis años…

—Cinco y medio —la corrigió Daisy enseguida. Llevaba la cuenta de cada hora, cada día y cada mes, de cada año transcurrido desde el día en que dio a luz a Jamie.

Sus hermanas la contemplaron, desoladas y tristes.

Y a Daisy se le agrietó un poco más el corazón, puesto que lo último que quería era que ellas acarrearan también con esa infelicidad que le apagaba el alma y que era solo suya.

—Está bien —concedió al fin, agarrando también la mano de Heather. Así, con una hermana a cada lado, trató de devolverles un poco del cariño que ellas desbordaban en sus intentos por curar sus heridas—. Lo haré; hablaré con vuestro amigo Lachlan. Y con los otros guerreros que me habéis presentado estos días si se da la ocasión. Seré amable y estaré receptiva. —Vio que a

ellas se les iluminaban los ojos, así que se apresuró a levantar el dedo índice a modo de advertencia—. Pero no prometo nada más, ¿de acuerdo? Solo que seré sociable.

—Es suficiente, Daisy.

—Solo queremos verte sonreír de nuevo, pero de verdad.

Las tres hermanas se abrazaron.

Poco después, Daisy tomaba asiento para la cena con Lachlan MacRae a un lado y otro de aquellos solteros disponibles al otro, un tal Dougal Robertson, primo del laird Mitch Robertson.

Ninguno de los dos consiguió encender esa chispa de la que había hablado Heather y que se había apagado en su corazón hacía tanto tiempo.

Capítulo 4



La comitiva MacMeinn llegó a tierras Buchanan dos días después, como estaba previsto.

A Murtagh la escena le resultaba muy familiar. Los miembros de los otros clanes se apartaban al paso de sus caballos y los miraban con respeto y cierto temor. En aquella ocasión, además, también detectó cierto estupor es sus miradas al ver que cabalgaba con Rowan en su regazo. Sujetaba al pequeño por la cintura mientras que, con la otra mano, manejaba las riendas del enorme caballo.

Por sus caras, todos se preguntaban quién sería el niño.

Murtagh emitió un gruñido irritado al detectar que algunos mostraban cierta alarma, como si pensaran que el pequeño corría algún peligro yendo con él. Hasta creía escuchar sus pensamientos: *¿No tiene miedo? ¿Por qué no llora?*

También les debía de resultar raro ver a un único niño entre todos los que componían la tropa MacMeinn. Ese año, solo un puñado de sus guerreros lo había acompañado. Únicamente hombres que querían competir en las distintas pruebas, pero ninguna mujer y ningún otro pequeño había viajado con ellos, dejando claro que acudían a la reunión solo a participar en los Juegos, no a relacionarse y entablar amistad con el resto de los clanes.

Al llegar al campamento frente al castillo, el laird MacMeinn ordenó a los suyos que desmontaran. Se acordaba perfectamente de lo que había ocurrido la última vez que asistió a unos Juegos, cuando un niño cruzó corriendo por delante de su montura y estuvo a punto de arrollarlo. En aquel entonces, Lily Wadlow había salvado al pequeño y se había atrevido, después, a sermonearlo delante de todos por su falta de cuidado.

No volvería a cometer el mismo error.

Se bajó del caballo y después cogió a Rowan en brazos. El pequeño se mantenía sereno, por suerte, y se limitaba a mirar con gesto cauto todo lo que les rodeaba. Murtagh avanzó entre la multitud, que se iba apartando a su paso, y observaba de reojo a los otros niños que se asomaban, curiosos, para ver a los recién llegados. Tal vez sus hombres y él mismo no confraternizaran con nadie durante su estancia allí, pero se había llevado consigo a su hijo para que él sí tuviera ocasión de hacerlo. ¿Podría Rowan jugar con los mocosos que se iban encontrando por el camino? ¿Sería capaz de salir de esa concha en la que parecía vivir para comportarse, al fin, como un niño normal?

Esa era su esperanza.

No había sido nada fácil cuidar de él desde que Nimue los dejó. Perder a su madre, la única persona con la que había vivido toda su vida, el centro de su mundo, fue devastador para él. Los otros miembros del clan se empeñaban en creer que había heredado su locura, pero Murtagh sabía que no era así. El único problema del niño era el modo en el que ella lo había criado, totalmente aislado de los demás.

Por eso, cuando llegó la invitación de los Buchanan para participar en los Juegos, vio una gran oportunidad para sacar a Rowan al mundo exterior. Hasta ese momento, lo había mantenido oculto en Mullach Creige. No porque se avergonzara de él, como sí lo hacían sus viejos

consejeros, sino porque pensaba que, de ese modo, lo protegía de las maldades de los extraños. Si su propio clan no lo aceptaba, ¿cómo iban a hacerlo los otros?

Con el paso de los días se percató de que esa táctica no ayudaba en nada a Rowan. Al contrario, su hijo empeoraba por momentos. Así pues, Murtagh decidió arriesgarse. Lo animaría a interactuar con otros niños, lo rodearía de personas, de voces, de música, de fiesta… Tal vez la algarabía de los Juegos lo entusiasmara. Tal vez, conocer a otros pequeños con los que correr, saltar —o incluso pelearse—, lo obligara por fin a reaccionar. De todas maneras, pasara lo que pasara, no podía ser peor de lo que ya era su día a día.

Por fin, tras atravesar el campamento, llegó al edificio principal de la fortaleza y se dirigió al gran salón. Cuando entró, con su hijo en brazos y un par de sus hombres de confianza siguiéndole los talones, los otros jefes lo recibieron con una fría cortesía, como solía ser habitual.

—Laird MacMeinn, es un honor que hayas aceptado nuestra invitación —le dijo Kendrew, como buen anfitrión.

—Pensé que ya era hora de intentar la revancha —contestó él mirando a Drustan, que se encontraba al lado de su cuñado.

—¿Revancha? Puedes intentarlo, pero mi hijo no se dejará ganar tan fácilmente —se pavoneó Patrick MacAuley con orgullo de padre.

Murtagh esbozó una sonrisa socarrona.

—Ya lo veremos.

—Este año no solo tendrás que vencer a Drus —intervino de nuevo Kendrew—, yo también participaré en la lucha.

—Va a ser interesante, entonces.

—¿Puedo preguntar quién os acompaña, laird?

La esposa del anfitrión, lady Heather, se atrevió a formular la cuestión que, seguramente, rondaba en la cabeza de todos.

Era el momento.

Murtagh hinchó el pecho y pronunció las palabras con firmeza.

—Este es mi hijo, Rowan MacMeinn.

Al escuchar su nombre, el niño se abrazó a él y hundió la cara en su cuello.

Los allí presentes se quedaron muy sorprendidos con el anuncio y, de nuevo, fue una mujer la que rompió el aturdido silencio.

—No sabía que os habíais desposado, no nos llegó ninguna noticia —le dijo Lily—. Tampoco supimos del nacimiento de vuestro hijo.

—¿No ha venido vuestra esposa con vos? —preguntó Heather.

Murtagh miró a las dos damas inglesas. Las recordaba muy bien, porque ambas le habían causado una gran impresión cuando las conoció. A pesar de la opinión que le merecían todas las *sassenach*, aquellas dos habían logrado sorprenderlo para bien por su arrojo y valentía a la hora de desenvolverse en las Highlands, un territorio donde no eran bienvenidas.

Antes de contestar, se agachó para dejar a su hijo en el suelo.

En cuanto los pies del pequeño tocaron las baldosas del salón, salió corriendo como un loco sin que su padre pudiera apresarlo. ¡Por las barbas de Lucifer! Tenía que haberlo previsto.

—Tyler, no lo pierdas de vista, por favor —le pidió a uno de sus hombres, con un suspiro resignado. Después se giró hacia las damas que habían presenciado la escena con los ojos muy abiertos—. Su madre enfermó y murió… Rowan quedó muy afectado y yo… Bueno, prefiero no hablar de eso.

—Lo entendemos. —Heather se solidarizó con su dolor.

—Tranquilo, por mucho que corra, hay gente por todas partes, no podrá ir muy lejos —lo tranquilizó Lily.

—Os hemos preparado una alcoba de invitados, laird. Para mí sería un honor que aceptarais hospedaros en mi casa mientras duren los Juegos —le propuso la señora de los Buchanan.

—Ya sabéis que prefiero mi tienda en el exterior, pero, este año, con Rowan…

—El niño estará mejor en el castillo —intervino Kendrew—. Hay más vigilancia y tú estarás más tranquilo. Mi esposa y mis cuñadas pueden cuidar de él cuando tengas que participar en alguna de las pruebas.

Murtagh se contuvo para no resoplar ante el ofrecimiento. Aquella gente era educada y nadie había mencionado nada al respecto de la imagen desaliñada de su hijo, al que resultaba imposible peinar, lavar o vestir adecuadamente. Pero, en cuanto lo conocieran un poco mejor y fueran testigos de su comportamiento salvaje, de sus gruñidos, de sus dentelladas, de la manera de revolverse cuando no quería que lo obligaran a algo, le pedirían por favor que abandonara esa confortable alcoba que acababan de poner a su disposición y se trasladara al exterior junto con el niño, para tranquilidad de todos.

Aun así, tendría que arriesgarse. Por Rowan y su seguridad.

—Muchas gracias, lady Heather. Acepto vuestra hospitalidad.

Por fin había encontrado un lugar lo suficientemente apartado como para pasar un rato al aire libre en soledad, respirar un poco de aire fresco y darles un descanso a sus oídos de tanto bullicio.

Y, sobre todo, para escapar de la persecución de esos hombres que sus hermanas le habían presentado durante aquellos días. Parecían competir entre sí por ver cuál de ellos captaba su interés, y la buscaban en cuanto tenían ocasión para entablar conversaciones tediosas que a ella no le interesaban en absoluto.

Era agotador tratar de ser amable todo el tiempo.

Había descubierto aquel sitio en uno de sus muchos paseos. Caminar era una de sus actividades preferidas, porque desentumecía su cuerpo y la cansaba para poder conciliar el sueño por las noches. Visitaba Killearn, la aldea cercana, todos los días, y había pasado por delante de aquel bosquecillo varias veces, hasta que se decidió a internarse en él. No mucho, puesto que no quería perderse en la espesura, pero lo suficiente como para encontrar la privacidad que tanto anhelaba.

Había encontrado un precioso claro, donde los rayos de sol se colaban entre las ramas de los árboles y el suelo estaba tapizado con una confortable alfombra de musgo verde. Se le antojó un lugar ideal para desaparecer un rato.

Cuando llegó a ese rincón apartado aquel día, después de dar esquinazo a Dougal Robertson y a Lachlan MacRae, se sentó en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyadas en el tronco de uno de los árboles, abrazándose las rodillas, y cerró los ojos con un suspiro de alivio.

Así, en silencio, escuchando solo el latido de su corazón y el canto de los pájaros, en la oscuridad tras sus párpados, permaneció muchos minutos.

Aunque, por más que trataba de vaciar su cabeza de pensamientos, esta se llenaba de recuerdos, de imágenes que dolían, de añoranza, de frustraciones…

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que alguien le tocó la mejilla humedecida con un dedo.

El sobresalto la dejó sin respiración.

Abrió los ojos con un jadeo de sorpresa y el miedo que asomó por la boca de su estómago se diluyó rápidamente cuando comprobó que el dueño de aquel dedo era un niño pequeño.

—¡Qué susto me has dado! —susurró, con una mano en el pecho.

El crío estaba agachado a su lado y la miraba con unos ojos azules brillantes y limpios, algo que no se podía decir del resto de su aspecto. Llevaba el pelo rubio oscuro muy largo, bastante sucio y enmarañado. Tenía churretones por el rostro y su ropa era un desastre, con un roto en una de las rodilleras y la camisa con manchas de barro seco, como si se hubiera manchado hacía días y nadie le hubiera lavado y cambiado de atuendo.

—¿Estás solo? —preguntó Daisy, al tiempo que miraba en derredor.

El pequeño no contestó. Se limitó a extender de nuevo su mano sucia y tocó su cara bañada en lágrimas.

—¡Oh, esto! —exclamó ella, aturdida por aquel contacto infantil—. Tranquilo, estoy bien. ¿Ves? —se limpió las mejillas con las mangas del vestido—. Ya está.

Cayó el silencio entre ellos. Se miraban el uno al otro; el niño, muy intrigado, y Daisy conmovida por aquella personita que había aparecido de la nada y le había despertado una honda ternura.

—No te gusta hablar, ¿eh? —le dijo al cabo de un rato, cuando comprobó que el pequeño no abría la boca. Si fuera alguno de sus sobrinos, estaría parloteando sin cesar.

Daisy se preguntó quién sería aquel niño. ¿Tal vez el hijo de algún campesino de Killearn? Por su aspecto, bien podría serlo. O quizá había llegado con alguno de los clanes invitados a los Juegos.

Fuera quien fuera, le agradaba su compañía silenciosa. Y, no supo por qué, intuyó que al pequeño le ocurría lo mismo: estaba a gusto en aquel lugar apartado de todos.

No quiso presionarlo para que le dijera quién era su familia. Daisy sabía que, tarde o temprano, aparecería su madre buscándolo, así que palmeó el suelo cubierto de musgo, a su lado.

—Ven, siéntate conmigo. Escucharemos el canto de los pájaros.

El niño dudó. Se puso en pie y dio un paso atrás.

La joven cerró los ojos otra vez e hizo una honda inspiración, dejándolo a su aire. Por experiencia propia, comprendía la necesidad de disfrutar de unos momentos de paz, sin nadie que estuviera pendiente de cada uno de sus movimientos, de cada uno de sus gestos.

Pasó un buen rato y no ocurrió nada. Daisy pensó que el niño se había marchado, tan sigiloso como había llegado; pero entonces notó que se sentaba a su lado y se pegaba a su costado.

Sintió una ola tan cálida recorriéndole el cuerpo, que esbozó una pequeña sonrisa.

—A veces está bien escaparse un rato, ¿verdad? —musitó al cabo de unos minutos.

El niño apoyó entonces la cabeza en su brazo y ella contempló su carita manchada. ¿Cuántos años tendría? No podía ser mucho mayor que Jamie. Al pensar en su hijo, con ese otro pequeño al lado, le dolió tanto el corazón que, de nuevo, las lágrimas brotaron sin que pudiera evitarlo.

—¡¡Rowan!!

El grito los espabiló a los dos. Daisy se incorporó y se levantó a toda prisa, limpiándose la cara. El niño salió corriendo antes de que pudiera detenerlo y se escondió tras el tronco de un árbol, aunque no se alejó demasiado.

—¡Rowan! ¿Dónde estás?

Un enorme guerrero apareció detrás de aquel vozarrón. Daisy supuso que buscaba al niño,

aunque el aspecto de aquel individuo no cuadraba nada con el de la familia que ella había imaginado.

Era un hombre muy alto, de gran musculatura. Tenía el pelo extrañamente blanco para ser tan joven, con un rostro de rasgos duros y gesto hosco. Sus ropas no eran las de un campesino; llevaba una camisa beige bajo una chaqueta de lana con botones dorados y, en lugar de calzas, esa especie de falda a cuadros típica de aquellas tierras. Unas botas con la caña hasta las pantorrillas completaban el atuendo.

Caminaba por el bosque a grandes zancadas, mirando hacia todos lados, y se detuvo bruscamente al percatarse de su presencia. Frunció el ceño antes de hablar.

—Disculpad, milady, no os había visto —le dijo. Casi enseguida, pareció darse cuenta de sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto—. ¿Estáis bien? ¿Os ha ocurrido algo? —le preguntó, ahora con cierta preocupación en el tono.

A ella le causó extrañeza que alguien con ese aspecto tan perturbador y amenazante mostrara esa consideración con una extraña llorosa que había encontrado en su camino.

—Estoy bien. Cosas… cosas de mujeres —contestó, evasiva, al tiempo que se limpiaba de nuevo las mejillas con los dedos para borrar cualquier rastro de sus lágrimas—. ¿Y vos? Parece que habéis perdido algo.

—Así es. —El hombre miró de nuevo a todos lados, impaciente—. A mi hijo. ¿Habéis visto pasar por aquí a un niño?

Daisy vislumbró, por el rabillo del ojo, cómo el pequeño asomaba la cara por detrás del tronco del árbol.

Esbozó una sonrisilla que no gustó al guerrero.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Disculpad, no me río de vos —se excusó ella—. Es la situación, señor. Digamos que si estuvierais jugando al escondite con vuestro hijo —bajó el tono de voz para hablarle en confidencia—, os aconsejaría mirar a vuestra derecha, detrás del árbol.

El hombre lo hizo y los dos pudieron ver cómo la pequeña cabeza desaparecía tras el nudoso tronco.

—Rowan, no más juegos, por favor —le dijo su padre.

Fue hasta él y Daisy temió que el niño volviera a escapar corriendo, pero no lo hizo. El guerrero lo cogió en brazos y lo abrazó con fuerza. A pesar de sus rudas maneras, la joven lo encontró vulnerable mientras suspiraba de alivio por haberlo hallado sano y salvo.

No lo regañó ni amonestó, no lo castigó, cosa que agradó a Daisy.

—¿Os ha molestado? —le preguntó entonces, para su sorpresa.

—No, en absoluto—le respondió ella—. Hemos pasado juntos un rato muy agradable, a decir verdad.

El rostro del hombre mostró desconcierto.

—¿Ha hablado con vos?

Su tono reflejaba cierta esperanza y Daisy lamentó no poder ofrecerle una respuesta distinta.

—No. No ha dicho nada, solo me ha acompañado al ver que yo estaba afligida. Lo cierto es que ha sido un encanto.

El guerrero dio un paso hacia ella, muy intrigado.

—¿Quién sois vos? Me resultáis familiar, pero no creo haberos visto nunca.

—Soy la hermana de lady Buchanan, señor. Mi nombre es Daisy Wadlow.

—También hermana de Lily, claro —añadió él, de nuevo para su sorpresa—. Os parecéis a ella. La conocí cuando llegó a Escocia buscando la manera de ayudaros con… ¿una maldición?

—Así es —respondió en un murmullo, descolocada por toda la información que ese hombre poseía sobre ella.

—Por lo que veo, os salvó la vida. Encontró la manera de romper el hechizo.

—En cierto modo… —le respondió, sin querer entrar en detalles con ese extraño que parecía conocer muchas cosas sobre su familia—. ¿Cuál es vuestro nombre?

La intuición había disparado una alarma en su interior. Sabía la respuesta a su pregunta antes de que él abriera la boca.

—Murtagh MacMeinn.

«Él no tiene la culpa, él no tiene la culpa».

La voz en su cabeza insistía porque todo su cuerpo se rebelaba ante la presencia de aquel hombre. Sin embargo, las emociones de Daisy gobernaban su mundo y se impusieron a la sensatez.

—Debo marcharme —exclamó, impelida por la necesidad de huir de él. Miró al niño una última vez—. Rowan, me ha encantado conocerte.

—¡Esperad! —la voz de Murtagh consiguió el efecto contrario y caminó más rápido.

Se alejó a toda prisa, con el corazón en la garganta. Los ojos le escocían, otra vez, y, antes de darse cuenta, había echado a correr por si se le ocurría seguirla.

«Si él no hubiera echado a Nimue», se repetía una y otra vez. «Si él no la hubiera echado…».

Capítulo 5



La dama desapareció antes de que pudiera darle las gracias por haber encontrado a Rowan. Murtagh miró a su hijo y comprobó que estaba muy tranquilo; mucho más que otras veces en las que, como acababa de ocurrir, había escapado de todo y de todos en busca de un poco de privacidad. Por lo visto, esa joven no solo no se había escandalizado por toparse con un niño casi salvaje, sino que, además, había sabido cómo tratarlo para que el pequeño se quedara a su lado.

Por unos momentos, al escucharla decir que había sido un rato agradable, la esperanza había asomado a su ánimo y había creído posible que Rowan, poco a poco, pudiera abrirse a los demás y hablar…

Simplemente hablar cuando alguien intentara comunicarse con él.

—Esa dama te ha resultado simpática, ¿verdad? —le preguntó.

Rowan se limitó a mirarlo con aquellos ojos azules enormes y, tal vez, porque ya se estaba acostumbrando a ese tipo de comunicación, Murtagh leyó en el fondo de sus pupilas que sí, que la joven rubia le había gustado.

No era para menos, pensó.

Cuando conoció a su hermana Lily, años atrás, le había parecido una mujer excepcional. Era indiscutiblemente hermosa, aunque lo que más llamó su atención fue ese coraje que demostró desde el primer momento al enfrentarse a él. Poco después, se topó con Heather y, aunque de belleza más serena, le resultó igual de admirable cuando se plantó en Mullach Creige y osó increparlo delante de sus propios hombres, en la puerta de su fortaleza, sin amilanarse a pesar de que él le triplicaba en tamaño.

Y ahora Daisy, aunque no le había dado tiempo a sacar una conclusión clara acerca de ella, le había causado una favorable primera impresión solo por la manera en que se había despedido de su hijo, hablándole con cariño y mostrándose encantada de haberlo conocido.

Por supuesto, no le había pasado desapercibido el atractivo de la joven.

Se parecía a su hermana Lily, de melena rubia y ojos azules, de rasgos delicados y elegantes, con largas pestañas más oscuras que su cabello, una nariz recta y unos labios mullidos y rosados. Una figura bien proporcionada, de pechos generosos y caderas femeninas, con una estatura un poco más alta que la de sus hermanas. En conjunto, una mujer preciosa que no pasaba desapercibida.

Murtagh sacudió la cabeza para volver al momento presente, con su hijo en brazos, y suspiró.

—Regresemos al castillo. Todos te están buscando como locos, vamos a tranquilizarlos.

Padre e hijo volvieron hasta la fortaleza Buchanan y los anfitriones respiraron aliviados cuando comprobaron que no le había ocurrido nada al niño.

Murtagh paseó la mirada por el salón principal, donde estaban reunidos la mayoría de los jefes y sus mujeres, pero no dio con la figura femenina que había huido de él en el bosque.

—Menos mal —escuchó una voz a su espalda. Al volverse, vio que era lady Lily, y que miraba al niño con la mano en el pecho, como si se hubiese quitado de encima la preocupación que lo comprimía—, habéis podido encontrarlo.

—En realidad, lo ha encontrado vuestra hermana Daisy. Estaba con él en la linde del bosque.

—¿Daisy estaba en el bosque? —Por unos instantes, los ojos de la dama mostraron cierta preocupación.

—Sí. Pero regresó un poco antes que nosotros.

El gesto de Lily se relajó.

—Estará entonces en su alcoba. —Acto seguido, volvió a interesarse por Rowan—. Decidme, ¿estaba muy asustado? Imagino que ver a tanta gente, en un lugar desconocido para él, le habrá resultado inquietante.

—Cierto; no le gustan los desconocidos ni las muchedumbres. Es un niño… bastante solitario.

—Lo bueno de estos pequeños es que hacen amigos con mucha facilidad. No tardará en habituarse y, cuando menos lo esperéis, estará jugando con otros niños.

De nuevo la esperanza. Esa ilusión de que Rowan encontrara un amigo con el que poder comportarse como todos los demás.

—¿De verdad lo creéis? Mi hijo es muy reservado, por decirlo de alguna manera.

Lily le mostró una sonrisa comprensiva y luminosa.

—Tiene a quién parecerse, si no recuerdo mal —le dijo—. Pero, incluso vos terminasteis aceptándome a mí, una *sassenach*, como una de vuestras amistades. ¿O no me consideráis una amiga?

Murtagh se removió, incómodo. Jamás lo había visto de ese modo. Él ayudó a lady Lily a su manera en el pasado, por conveniencia y como venganza contra Drustan MacAuley por haberlo vencido en la lucha. ¿Una amiga? Si la dama lo creía así, él no tenía ningún inconveniente en aceptarlo de ese modo.

No estaba sobrado de amistades, precisamente.

—El caso de mi hijo es diferente —murmuró, esquivando su pregunta—. Se ha criado solo, sin otros niños a su alrededor. No será fácil que congenie con alguien, ni siquiera si ese alguien es de su misma edad.

Lily hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Subestimáis la naturalidad de los pequeños para relacionarse unos con otros. Ven el mundo de manera distinta, no hay rencillas entre ellos, solo juegos. Puede que se peleen al principio, por su puesto, pero veréis que, al minuto siguiente, estarán riendo, corriendo y divirtiéndose como si se conocieran de toda la vida.

—No sé. Rowan es…

—Decidme quién es su nodriza. Hablaré con ella y le presentaré a la señora Barton. ¿Os acordáis de mi dama de compañía? Harriet cuida ahora de mis hijos, Ailsa y Cam. Bueno, Cam es un bebé, pero Ailsa podría hacer buenas migas con Rowan. Y mis sobrinos, los hijos de Heather, Drake y Brodie, serían muy buenos compañeros de juegos para él. Hablaré también con Lucy, que es la encargada de vigilarlos, para que…

—Rowan no tiene nodriza ni niñera —la cortó Murtagh.

Lily pareció desconcertada por unos instantes.

—¡Oh! Creía haberos entendido que su madre murió.

—Y así fue. Pero ninguna mujer lo cuida. Lo han intentado varias, pero renunciaron en cuanto vieron que no lograban domar su carácter. Es un niño complicado. Y por eso me encargo yo de él.

La joven asintió y apretó los labios. En aquel gesto Murtagh intuyó lo que pensaba: ahora cobraba sentido el aspecto desaliñado de su hijo, su cabello demasiado largo y revuelto, su cara y

manos sucias, sus ropas desastradas.

Y se ofendió.

—Si estáis pensando que no sé cuidarlo como merece, dejadme deciros que no lo conocéis. No sabéis por lo que Rowan ha pasado, no sabéis…

Lily levantó las manos y las movió para tranquilizarlo.

—Por favor, disculpadme si os he dado la impresión de que os juzgaba. —Parecía sincera—. Supongo que perder a su madre habrá sido traumático para él y lamento si os he dado una impresión equivocada con mis suposiciones. Hablaré con Harriet y con Lucy de todas maneras y, si lo consideráis oportuno y Rowan quiere, le presentaremos a los otros niños para que puedan llegar a conocerse.

Murtagh dudó. Puso una de sus enormes manos en la espalda de su hijo, que lo abrazaba por el cuello desde que habían vuelto a entrar en la fortaleza, y movió apenas la cabeza en un gesto ambiguo antes de contestar.

—Ya veremos. Primero, tiene que acostumbrarse a este lugar y yo tengo que conseguir que no salga corriendo despavorido cada vez que lo deposite en el suelo.

Lily se acercó a él y le puso una mano con confianza sobre el poderoso antebrazo.

—Murtagh, os lo ruego, no estéis a la defensiva conmigo. Solo quiero ayudaros, al igual que me ayudasteis vos a mí en el pasado. Cuando lo consideréis oportuno, aquí estaré. Pedidme lo que necesitéis para vos o para vuestro hijo.

El guerrero notó que se le destensaba el estómago ante aquel tono cálido y cordial.

Era cierto, estaba receloso. Pero cuando se trataba de Rowan, cualquier precaución le parecía poca. No podía relajarse, su hijo era lo único que de verdad le importaba en el mundo y no soportaría que nada ni nadie le hiciera daño alguno.

—Gracias, Lily —le respondió, prescindiendo del trato de cortesía porque por fin vio, en aquella dama, a una verdadera aliada.

A Daisy no le servía de nada recluirse en su alcoba; sus hermanas no le dejaban el espacio suficiente para que ella se abandonara a la tristeza. Al parecer, ya había agotado el tiempo máximo que se le permitía llorar. Pero ¿quién había estipulado los días que eran necesarios para olvidarse de un esposo que ya no estaba? ¿Quién podía medir el dolor en semanas, en meses, en años… hasta decidir que transcurrido ese tiempo desaparecía?

Aquella tarde, después de huir del laird MacMeinn y encerrarse en su alcoba, Heather apareció, como si tuviera un sexto sentido para adivinar cuándo el sentimiento la sobrepasaba.

Entró sin llamar, porque aquella era su casa y se consideraba con el derecho de irrumpir en su habitación siempre que intuyese que era necesario. La encontró mirando por la ventana, con los ojos perdidos en el horizonte… En ninguna parte en realidad.

—¿Qué ha ocurrido? Lily me ha dicho que estabas en el bosque.

—Solo he ido a dar un paseo.

—Podíamos haberte acompañado.

—No necesito vigilancia, Heather. Soy una mujer adulta, puedo deambular por estas tierras sin perderme.

La mirada de su hermana se posó en los dedos de su mano derecha, que toqueteaban el colgante de ámbar. Daisy lo soltó al momento, sabiendo que el gesto delataba su angustia.

—¿Te has encontrado con Murtagh MacMeinn?

—Sí.

Heather se acercó y buscó sus ojos.

—Él no tuvo la culpa de nada, Daisy. Ese hombre solo es responsable de sus decisiones, de cómo trató a Nimue. Nos puede parecer bien o mal, pero no podemos achacarle la culpa de lo que hizo ella. Nadie pudo predecir lo que haría… Nadie sabía lo que escondía en su corazón herido.

Daisy apretó los dientes con rabia al escuchar aquella justificación.

—Me da igual que su corazón estuviera herido, roto… o que no tuviera nada dentro de ese pecho maligno. No tenía derecho a llevarse a mi hijo, no hay ninguna excusa que le sirva de atenuante.

Heather parpadeó ante la dureza de su tono. La que hablaba era una Daisy tan distinta a la que siempre habían conocido (alegre, amable, cariñosa), que a sus hermanas les costaba reconocerla.

—No trato de eximirla de su culpa —susurró la pequeña de las Wadlow—, solo intento hacerte ver que el laird MacMeinn no es responsable de lo que hizo y que tú no debes dejar que su presencia te perturbe. Mañana empiezan las competiciones, y Lily y yo deseamos que te unas a tu familia, que te dejes llevar por el ambiente, que te relajes, que vuelvas a respirar… y que comprendas que el mundo no se ha terminado.

—Tal vez sí —murmuró ella, con los ojos empañados—. Para mí, sí. Sin Richard, sin Jamie… ¿qué me queda, Heather? Piensa en cómo te sentirías tú si perdieras a Kendrew, a Drake o a Brodie. Piensa luego en lo que sería de ti si los perdieras a todos a la vez. —Daisy hizo una pausa para que su hermana lo imaginara—. Y ahora dime que tu mundo no se habría terminado.

Dos gruesas lágrimas escaparon de los ojos de Heather antes de buscar su mano y apretársela con fuerza. Porque ante aquel argumento no existían palabras de consuelo, solo la caricia de un ser querido para recordarle que, por más que se empeñara en morir por dentro cada día un poco, su cuerpo continuaba caliente, la sangre corría en sus venas y sus pulmones se llenaban de aire, manteniéndola con vida.

Una vida que, en el mejor de los casos, a Daisy le parecía anodina y gris.

En el peor, un auténtico castigo.

—¿Quieres bajar a cenar? Se están reuniendo todos en el gran salón —le propuso su hermana, al cabo de unos minutos de silencio.

—No me apetece.

—Te prometo que ni Lily ni yo insistiremos para que converses con ningún hombre. Lachlan MacRae y Dougal Robertson han preguntado por ti, pero puedes sentarte entre nosotras y así no te verás obligada a hablar con ellos durante la velada.

Daisy sonrió con tristeza.

—No es por eso, cariño. Simplemente, no estoy de humor.

—De acuerdo —Heather se rindió—. Haré que te suban algo de las cocinas.

—No tengo hambre.

—Inténtalo, por favor.

Los ojos suplicantes y el ruego fueron suficientes para que Daisy asintiera. Ya se consideraba una auténtica molestia para sus hermanas como para empeorar las cosas preocupándolas también por su salud. Se alimentaría solo para no enfermar… Bastante habían soportado durante aquellos años.

Heather se marchó y volvió a quedarse a solas.

Más tarde, se comió la deliciosa cena que, en su boca, perdía el sabor, y se acostó para tratar de dormir un poco.

Lo consiguió a ratos… Y, para su sorpresa, en esos pocos momentos en los que el sueño la venció, el niño de ojos azules y cara sucia se le apareció, mirándola en la linde del bosque, mostrándole una sonrisa que, sin saberlo, logró despojar su corazón de una de las muchas capas congeladas que lo recubrían.

Capítulo 6



Tal y como Heather le había dicho, las competiciones comenzaron al día siguiente. Al ver lo emocionadas que estaban sus hermanas y sus cuñados, Daisy se esforzó al máximo por dar una imagen menos apática de lo habitual. Acudió al campo de los Juegos y miró las distintas pruebas, aplaudiendo cuando los demás lo hacían y sonriendo cuando alguien le dirigía un gesto similar.

Lo cierto era que las actividades le resultaron entretenidas, muy curiosas y, en algunos casos, bárbaras. ¿De verdad era necesario lanzar esos troncos de árbol para ver cuál de aquellos guerreros lo mandaba más lejos? A juzgar por lo que chillaba el público, por los gruñidos de los participantes y, sobre todo, por los vítores que recibían tanto el anfitrión, Kendrew Buchanan, como su amigo Drustan MacAuley, cuando les tocaba su turno, no solo era necesario, sino estimulante.

Sus pequeños sobrinos animaban a sus respectivos padres como los que más y, sin darse cuenta, buscó con la mirada al extraño niño que había encontrado en el bosque el día anterior. Era de esperar que, cuando fuera el turno de Murtagh MacMeinn, el crío estuviera tan emocionado como los demás.

No lo encontró. Esperó hasta que su padre hizo acto de presencia y se dio cuenta de dos cosas. Primero, que al laird MacMeinn no lo jaleaban como al resto de los participantes. Era como si los miembros de los clanes prefirieran que ganara cualquiera de los otros guerreros antes que ese hombre. Y, segundo, que su hijo Rowan no estaba en aquella explanada para animarlo y divertirse con el espectáculo.

—Teníais razón cuando hablabais de él —le susurró a Lily, que observaba los Juegos a su lado—. El laird MacMeinn no despierta mucha simpatía.

—Siempre he pensado que es injusto cómo lo tratan —le respondió ella—. Las habladurías, junto con su inquietante aspecto, tienen la culpa de que todos lo teman y se aparten a su paso.

—¿Las habladurías? —preguntó Daisy.

Lily la miró y torció los labios.

—Miremos la competición, no es momento ahora de contarte cosas tristes.

¿Cosas tristes? Aquello la intrigó. Se llevó una mano al estómago, extrañada al sentir esa curiosidad por algo… por alguien. Hacía mucho que no notaba esa sensación.

Se centró en la prueba que tenía lugar. Sus cuñados Kendrew y Drustan ya habían lanzado sus troncos, consiguiendo buenas marcas. Después fue el turno de los otros guerreros que participaban y, en último lugar, el laird MacMeinn se preparó para efectuar su lanzamiento.

Daisy aprovechó para estudiar su «inquietante aspecto», como lo había llamado Lily. El día anterior solo le había parecido un guerrero enorme y, cuando le dijo su nombre, un guerrero oscuro.

Murtagh MacMeinn era el único hombre de su edad que conocía con el cabello completamente blanco. A pesar de eso, sus cejas y pestañas eran oscuras. Estas últimas rodeaban los ojos más perturbadores que jamás había visto. Eran marrones, pero de un tono que tiraba al rojo tierra. Su eterno ceño fruncido y esos iris lo transformaban en un ser que transmitía pavor

cuando miraba a alguien fijamente. Con el rostro muy masculino, de mandíbula fuerte cubierta por una barba oscura de unos días, los labios carnosos y una pequeña hendidura en la barbilla, era, a pesar de todo, bastante atractivo. Si su aspecto fiero no advirtiese a cualquiera que lo mirara que debía mantenerse alejado, las mujeres lo encontrarían irresistible.

Pero daba miedo.

Daisy ya estaba acostumbrada a ver guerreros de aquella envergadura, pues sus cuñados Kendrew y Drustan eran dos highlanders enormes. Sin embargo, Murtagh no solo poseía las mismas cualidades físicas en cuanto a tamaño y fuerza, con esos brazos musculosos, el pecho amplio y definido y las piernas fornidas. Además, al laird MacMeinn lo rodeaba un aire arcano que lo convertía en un hombre hermético, indescifrable y reacio a cualquier acercamiento por parte de los demás. Daba la sensación de que, si alguien pretendía traspasar la coraza que rodeaba su poderoso cuerpo, él lo aplastaría a placer con sus enormes manos.

Manos que, por otra parte, Daisy sabía que podían llegar a ser gentiles con la persona adecuada, pues había presenciado con cuánto cariño abrazaban a su hijo el día anterior, en el bosque.

Y, esas mismas manos, en ese momento, aferraban con decisión el tronco del pino que le tocaba lanzar. MacMeinn lo sostenía por la base y lo apoyaba en su hombro. Echó a correr para coger impulso y, de pronto, lo soltó tirándolo hacia arriba para que diera una vuelta completa en el aire y cayera lo más lejos posible.

Como así sucedió.

Aterrizó a más distancia de lo que lo habían hecho los troncos de los demás.

A pesar de ser él, la hazaña mereció el respeto y el aplauso enfervorecido de todos los que contemplaban el espectáculo. A Daisy no le pasó desapercibido el amago de sonrisa en su rostro al verse vitoreado y comprobó que sus ojos rojizos se paseaban entre el público.

En concreto, en la zona donde más niños se concentraban para ver la prueba.

Ella también miró hacia esa zona, pero no vio a Rowan. Imaginó que MacMeinn buscaba a su hijo y, al no encontrarlo allí, la sonrisa en sus labios no llegó a desplegarse del todo. ¿Dónde estaría el pequeño?, se preguntó.

—¡Oh, qué lanzamiento tan magnífico! —escuchó a su hermana Heather, mientras aplaudía.

—Creo que este año Kendrew y Drustan lo van a tener muy complicado para ganar alguna prueba si Murtagh compite a este nivel —coincidió Lily.

Daisy seguía mirando al laird vencedor. Sus hombres se le habían acercado para felicitarlo y darle palmadas en la espalda, al igual que sus contrincantes. Sin embargo, su cabeza parecía encontrarse en otro lugar. No estaba cómodo, no estaba tan orgulloso como cabría esperar, y ella imaginó el motivo: Rowan no había presenciado su victoria.

La joven miró entonces a todos lados, buscando ella también la pequeña y desaliñada figura del niño. El público comenzó a dispersarse tras la prueba y la música empezó a sonar en la explanada mientras los miembros de los clanes se acercaban a las mesas que habían preparado con refrigerios para la jornada. Los niños corrieron de un lado a otro y Daisy se fijó en que sus sobrinos Drake, Brodie y Ailsa cuchicheaban entre ellos, con risitas que escondían tapándose las bocas con las manos.

De pronto, intuyó que debía seguirlos.

No sabría explicar por qué tuvo aquella sensación, pero algo en sus caritas encendió una especie de alarma en su interior. Esos mocosos estaban tramando alguna travesura, si es que no la habían llevado a cabo ya, y necesitaba averiguar qué estaba ocurriendo.

Los siguió entre la gente. Drake llevaba a su prima Ailsa, la más pequeña, de la mano, y

Brodie saltaba tras ellos. Salieron de la explanada y atravesaron el portón de la fortaleza, esquivando a los sirvientes que iban y venían con bandejas de comida y bebida. Llegaron hasta el patio del castillo, se acercaron a las caballerizas y, antes de entrar, volvieron a cuchichear y a reírse. ¿Qué diantres se traían entre manos?

Daisy dio un paso para abordarlos, pero los niños avanzaron hacia el interior. Los siguió y vio que se detenían frente a uno de los habitáculos para caballos donde un ejemplar castaño de enormes patas resoplaba, nervioso. El corazón de la joven dio un vuelco en el pecho al ver a sus sobrinos tan cerca de los poderosos cascos del animal.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Alejaos ahora mismo de ahí! —exclamó, caminando deprisa hacia ellos—. Drake, eres el mayor, ¿cómo se te ocurre traer aquí a tu hermano y a tu prima?

—Pero, tía Daisy… —empezó a decir el niño.

—Todos fuera, pero ya. Si a esa bestia se le ocurre alzar las patas, podría haceros mucho daño.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Ailsa con su vocecita infantil y el brazo estirado. Señalaba un punto dentro del cubículo del animal.

Si su corazón había dado antes un vuelco, ahora le saltó del pecho y se le subió hasta la garganta.

Daisy vio el pequeño bulto encogido en un rincón, sentado en el suelo, abrazado a sus rodillas y con la cabeza oculta entre sus brazos.

Rowan.

—¿Qué demonios hace ahí?

Ailsa abrió mucho los ojos y ahora su dedito la señaló a ella.

—Has dicho «demonios».

Daisy chasqueó la lengua. No tenía tiempo de disimular su feo lenguaje en esos momentos.

—Perdona, cariño. Es que estoy nerviosa.

—¿Porque el caballo le puede dar una coz? —preguntó Brodie. Por la expresión de sus ojos verdes, muy similares a los de su padre, Kendrew, Daisy no supo distinguir si temía que ocurriera tal cosa o tenía curiosidad por ver cómo sucedía.

—Sí, por eso mismo. ¿Cómo sabíais que estaba aquí? ¿Y por qué no habéis dicho nada?

—Antes quisimos jugar con él —le explicó Drake—. Harriet y Lucy nos dijeron que debíamos ser sus amigos porque él no tiene ninguno. Pero es muy raro. Nos gruñó como un animal…

—Sí, como un chucho —repitió Ailsa, tapándose de nuevo la boca con la mano porque, al parecer, lo encontraba muy gracioso.

—Y Drake le dijo que se parecía a Ronco, el perro que tenía el tío Drustan antes de que se muriera —se chivó Brodie, ganándose una dura mirada de su hermano.

Daisy miró a su sobrino mayor con el ceño fruncido.

—¿Drake?

—¡Quiso atacarme, tía Daisy! —se justificó el niño—. Así que lo agarré y lo traje aquí para que no mordiera a nadie. ¡Tengo que proteger a Ailsa y a Brodie, me lo ha dicho mi padre!

La joven respiró hondo para no dejarse llevar por la furia. Lo primero era sacar de allí al pobre Rowan, que parecía aterrorizado. Después, ya hablaría seriamente con su sobrino por haberse comportado como un auténtico abusón con un niño más pequeño que él.

—¿Cómo demoni…? —Daisy miró de reojo a Ailsa y se corrigió antes de terminar la frase —. ¿Cómo lo has metido ahí dentro?

—No fui yo —se defendió Drake—. Yo solo lo dejé en la puerta; él corrió dentro y gateó

para pasar por debajo de las patas del caballo y esconderse en el rincón.

—Bien… Serenidad —susurró ella, cogiendo aire—. Rowan, cielo, no te muevas. Enseguida te saco de ahí —le habló al niño, para que no tuviera miedo.

Con manos temblorosas, pues Daisy nunca se había llevado muy bien con los animales tan grandes, acarició la frente del caballo para tranquilizarlo. Agarró luego la cuerda del bocal que estaba atada al travesaño que cerraba aquel cubículo, y lo desató con cuidado. Después, retiró la madera para poder sacarlo de allí y, con la otra mano, dio indicaciones a sus sobrinos para que se apartaran.

—Así, bonito —le decía al caballo mientras tiraba suavemente de la cuerda para que se moviera—. Ven conmigo, vamos fuera…

En un momento dado, el animal relinchó y piafó, por lo que Daisy dio un paso atrás y levantó las manos por si tenía que protegerse. Pero no hubo necesidad. Con un suspiro de alivio, al ver que se sosegaba, continuó arrastrándolo hasta que logró sacarlo si más percances.

Lo dejó atado a un poste en el patio antes de regresar al interior de los establos. Se acercó a Rowan despacio, tratando de no asustarlo con los crujidos de la paja seca que cubría todo el suelo. Sentía la presencia de sus sobrinos tras ella y quiso decirles que se alejaran, pues si ellos habían sido los culpables de que el pobre niño se recluyera allí dentro, tal vez no querría salir al verlos.

Sin embargo, no dijo nada, porque toda su atención estaba puesta en ese pequeño cuerpo que parecía querer esconderse del mundo entero en una esquina de un pesebre, hecho una bola.

—Rowan —lo llamó con delicadeza.

Extendió la mano y trató de acariciarlo, pero él respondió encogiéndose más.

—Soy Daisy, ¿te acuerdas de mí? Nos conocimos ayer en el bosque.

Eso pareció captar su atención, porque dejó de temblar y alzó la cabeza un poco. Lo suficiente para que sus ojos azules se asomaran por encima de sus brazos y la miraran.

—Te acuerdas, ¿verdad? Mira, estos niños que están detrás de mí son mis sobrinos y no te harán daño. Nadie te hará daño, te lo prometo, Rowan. Yo no dejaré que te pase nada malo.

—¡No volveremos a llamarte chucho! —exclamó de pronto Ailsa con cierta teatralidad, acercándose a la espalda de Daisy.

Eso provocó que Rowan hundiera de nuevo el rostro entre sus brazos y que tratara de fundirse con la pared que tenía a su espalda.

—Ailsa, cariño, ¿por qué no me esperas fuera, con tus primos? —Daisy trató de no sonar muy autoritaria. Sabía que su sobrina solo quería ayudar, pero en esos momentos entorpecía más que otra cosa.

—¿Ha sido mi culpa? —le preguntó, con los ojos desolados—. Me reí de él, ¿por eso no quiere salir?

—Ya hablaremos de esto, cielo —le dijo ella, acariciándole un brazo—. Está feo burlarse de otros niños, pero sé que le pediréis todos perdón porque sois buenos chicos. Solo espérame ahí fuera.

La pequeña asentía y se mordía el labio inferior.

—Le pediré perdón, tía Daisy. Lo prometo.

—Y yo —dijo Brodie.

La joven miró más allá y vio que el mayor remoloneaba, trazando figuras aleatorias con la punta del pie en el suelo de paja del establo.

—¿Drake?

—Él quiso morder primero —insistió.

—Drake…

El niño bufó, no muy conforme.

—Le pediré perdón —masculló a regañadientes.

Solo entonces Daisy se giró de nuevo hacia Rowan.

—¿Lo ves? Todos lo sienten. Y sé que tú tampoco querías morderlos, que solo estabas asustado. Ven conmigo, saldremos de aquí.

Nada. El niño no se movía y, si ella trataba de tocarlo, se agazapaba más.

—¿Sabes? Tu padre ha ganado en la prueba de los troncos. ¡Oh, ha sido increíble, Rowan! Tenías que haberlo visto. Sin duda, es un guerrero fuerte y, si yo fuera su hijo, estaría orgulloso de que fuese mi padre. Los otros niños han aplaudido mucho al verlo. ¿Quieres que vayamos a buscarlo?

Daisy esperó con paciencia. Le había hablado dulcemente, y le habría gustado acariciarlo, pero sabía que el niño rechazaría el contacto. Se limitó a esperar, agachada a su lado, dándole tiempo para sopesar sus opciones.

Al final, el pequeño levantó la cabeza poco a poco hasta que sus ojos conectaron.

Fue extraño.

Al sentir cómo esa mirada azul se hundía en la suya, Daisy notó un intenso pellizco en la boca del estómago.

Algo temblorosa, le tendió la mano en una muda invitación.

No hizo falta más. Rowan la tomó y dejó que lo sacara del establo a paso lento, mientras le apretaba los dedos como si ella fuera el único asidero que tuviera para poder caminar más allá de aquellas paredes de madera donde guardaban a los animales.

—¡¡Rowan!!

Daisy tuvo la sensación de que la escena se repetía. De nuevo, Murtagh MacMeinn apareció, con el rostro desencajado de angustia, y corrió hacia ellos como si lo empujara el mismísimo diablo.

—Tranquilizaos, está bien.

El guerrero cayó de rodillas ante su hijo y lo tomó de los hombros, examinándolo con detenimiento para valorar por sí mismo aquella afirmación. Después, desde el suelo, levantó los ojos hacia ella.

—Otra vez vos. ¿Por qué siempre os encuentro con mi hijo?

—Ha sido mera coincidencia —le explicó ella—. He seguido a mis sobrinos y ellos me han dicho dónde estaba.

—¿Y dónde estaba? —al preguntar, Murtagh se puso en pie y Daisy vio, de reojo, cómo Drake, Brodie y Ailsa se encogían de temor ante aquel gigante. Daba igual que sus respectivos padres tuvieran estaturas similares. El gesto agrio de aquel laird era, simplemente, aterrador.

Ella dio un paso lateral para interponerse entre el guerrero y sus sobrinos, en actitud defensiva.

—Los pequeños estaban jugando y Rowan se escondió en los establos.

Murtagh miró a su hijo y él, a su vez, echó una breve mirada al enorme caballo que estaba atado cerca de ellos, en el patio. El guerrero sacó sus propias conclusiones.

—¿Esos mocosos han consentido que mi hijo juegue al escondite en un lugar donde los cascos de un caballo podrían haberlo pisoteado?

La atronadora acusación consiguió que los tres niños que había detrás de Daisy se pegaran a sus faldas. Ella alzó la vista para sostener la dura mirada del laird. Tal vez, si sus sobrinos no hubieran estado detrás, la joven habría sentido cierta inquietud ante esa apabullante expresión.

Sin embargo, si no le había gustado que Drake se comportara como un abusón con Rowan, mucho menos iba a permitir que ese hombre intentara amedrentar a los pequeños.

—Son niños, laird. No son conscientes del peligro como nosotros. Y, si acaso necesitaran una reprimenda, tienen unos padres que se ocuparán de dársela como corresponde. Bajad esos humos con ellos, porque no consentiré que les pongáis un solo dedo encima.

Murtagh dio un paso atrás al escucharla y sus ojos rojizos se abrieron, indignados.

—¿Por quién me tomáis? ¿Acaso pensáis que golpearía a unos niños?

—No os conozco, mi señor. No sé de lo que sois capaz.

Aunque sí lo sabía. Daisy se cuidó mucho de mencionarle que conocía su historia con Nimue Kerr. Cómo, después de haberla mantenido como amante un tiempo, la había expulsado sin más de Mullach Creige cuando se cansó de ella. ¿La excusa? Su hermana Lily. Como Nimue la había ayudado a sus espaldas, él se había ofendido. Al parecer, y a pesar de su apariencia, aquel hombre tenía la piel muy fina.

Así que sí, sabía que su indignación podía tener como resultado una cruel acción por su parte.

—Soltad a mi hijo —siseó él.

Daisy notó que los deditos del niño le apretaban la mano con fuerza. ¿Tenía miedo de su padre, quizás?

Se agachó a su lado y buscó sus ojos.

—¿Estás bien, Rowan? —le preguntó.

—¿Qué estáis haciendo? —vociferó Murtagh al ver su gesto—. Milady, os estáis propasando. Es mi hijo, yo decidiré si está bien o no. Es un insulto que tratéis de protegerlo de mí.

Antes de terminar siquiera de hablar, el laird se abalanzó sobre ellos, agarró a su hijo de la cintura y lo alzó del suelo, arrancándolo de su mano.

Daisy observó cómo el hombre se alejaba a largos pasos, mientras los ojos del pequeño la miraban por encima del hombro de su padre. Por lo menos, no lloraba ni se mostraba atemorizado. Tal vez ella había exagerado, pues lo cierto era que lo poco que había visto de esa relación padre e hijo no servía para formarse una opinión negativa. No era quién, como el guerrero había señalado, para meterse donde no la llamaban.

Aunque sí había llegado a una conclusión tras sus dos encuentros con aquel niño: sentía una extraña e inexplicable debilidad por él.

Capítulo 7



Murtagh se cruzó con Lily y Heather al abandonar el patio de la fortaleza. Las hermanas lo habían seguido al ver que el guerrero de nuevo parecía haber perdido a su hijo de vista, muy preocupadas.

Antes de que ninguna de ellas pudiera decir nada, las increpó. Necesitaba descargar el enfado que todavía le bullía en el pecho tras su encontronazo con Daisy.

—Decidme, señoras mías, ¿es una costumbre de las mujeres Wadlow plantarme cara nada más conocerme?

Ellas se mostraron confundidas por la pregunta.

—¿Qué os ha pasado, laird? —quiso saber Heather.

—Cuando conocí a lady Lily, me amonestó en público por entrar en el campamento de Ardencaple a caballo y poner en peligro la vida de un niño. Cuando vos os presentasteis ante las puertas de Mullach Creige, me hicisteis frente en mi propia casa, exigiendo saber lo que había sido de vuestra hermana. Y, ahora, lady Daisy se atreve a cuestionarme en presencia de mi hijo…

—¿Daisy? —preguntaron las dos jóvenes al tiempo.

Murtagh resopló de malas maneras.

—Tal vez sería mejor que Rowan y yo nos hospedáramos en una de las tiendas del campamento, como era mi idea inicial.

—¡No! —exclamó Heather—. Laird, no sé qué ha sucedido con Daisy, pero os prometo que mi hermana no ha tenido intención de molestaros. Es incapaz…

—Tenéis mucha fe en ella —la interrumpió—. Precisamente, como no sabéis lo que ha sucedido, no deberíais hablar con tanta ligereza.

—Lamento si Daisy os ha ofendido en forma alguna —terció Lily—. Os ruego que nos acompañéis, la buscaremos y aclararemos esta cuestión.

—No. Estoy furioso y me conozco bien. Es mejor que me tranquilice antes de volver a tenerla delante.

Nada más decirlo, continuó su camino.

Murtagh dejó atrás la fortaleza y regresó a la explanada donde los miembros de los clanes se divertían. Ya no habría más competiciones hasta la noche, cuando se celebrara la prueba de la diosa Brigit alrededor de las fogatas, por lo que comer, beber y danzar serían las actividades principales el resto de la jornada.

Él no tenía ganas de participar de toda aquella algarabía, pero, por Rowan, haría un esfuerzo.

Se acercaron a un grupo de niños que jugaban, imitando la última de las competiciones que habían visto. Solo que, en lugar de los enormes y pesados troncos de pinos que los hombres habían lanzado, ellos usaban palos de madera.

—Mira, Rowan —le dijo a su hijo, bajándolo de sus brazos—. ¿Ves lo que hacen? Tratan de arrojar las varas lo más lejos posible. ¿Quieres intentarlo?

El pequeño negó con la cabeza y Murtagh no lo forzó.

—Está bien —suspiró, decepcionado—. Vamos a comer algo.

Padre e hijo se dirigieron a las mesas y dieron buena cuenta de las sabrosas tajadas de cordero en salsa, de las rebanadas de pan moreno con miel, del queso y la fruta, de la cerveza en el caso de Murtagh y de un poco de vino aguado en el caso de Rowan.

Después, el laird MacMeinn se dedicó a charlar con sus hombres, con los guerreros de otros clanes que se acercaban, todavía impresionados con su anterior victoria, para preguntarle acerca de su técnica, mientras el pequeño permanecía en silencio, aferrado a su mano, tan encogido que parecía que intentara volverse invisible.

Al rato, Kendrew Buchanan y Drustan MacAuley se aproximaron, seguidos por sus respectivas esposas e hijos. Lady Lily llevaba en brazos a un bebé, pero los otros tres pequeños caminaban hacia ellos con aire compungido.

Y, detrás de las familias, Murtagh vio a lady Daisy, que acompañaba al grupo.

Apretó los dientes al darse cuenta de que el enfado que sentía por culpa de esa *sassenach* todavía no se había disipado.

—Murtagh —habló Kendrew, en cuanto llegaron hasta donde se encontraba—, acabamos de saber lo ocurrido con Rowan.

—Sí, nuestros hijos quieren disculparse con el tuyo. Han sido debidamente amonestados y te prometo que no volverá a ocurrir —intervino también Drustan.

—Vamos, acercaos a él y decidle cuánto lo sentís —los apremió Heather, al tiempo que daba un empujoncito a sus dos vástagos para que cumplieran con lo que se esperaba de ellos.

Drake avanzó arrastrando los pies, reacio. Brodie lo seguía un paso por detrás y ambos miraban al suelo.

Ailsa los adelantó y fue la primera en colocarse frente a Rowan. Sus ojos oscuros, como los de Drustan, contemplaron al niño con arrepentimiento.

—Ya te lo dije antes, pero mi padre me ha ordenado que lo diga otra vez, de corazón —susurró, poniéndose una mano en el pecho, en el lado derecho—: siento haberte llamado chucho.

—¿Qué…? —comenzó a decir Murtagh al escucharla, aunque se interrumpió al ver lo que hacía Drake.

El niño cogió la mano de su prima y se la colocó con brusquedad a la izquierda.

—¡El corazón está al otro lado, boba! ¿No lo notas?

En ese momento, Rowan reaccionó, para sorpresa de todos.

Con un gruñido, se abalanzó sobre Drake y lo empujó con todas sus fuerzas para apartarlo de Ailsa. El hijo mayor de Kendrew y Heather, como no lo esperaba, cayó de espaldas sobre la hierba.

—¡¡Rowan!! —gritó Murtagh, sujetándolo para evitar que continuara atacándolo.

—¿Lo veis? ¡Es como un animal! —lo acusó Drake, señalándolo con el dedo.

—Contén tu lengua, hijo. Creo que solo estaba protegiendo a tu prima —le dijo Kendrew.

—¡Yo quiero mucho a Ailsa, no iba a hacerle daño! —protestó.

—La has llamado boba y has sido brusco —insistió su padre.

—Murtagh, lamento mucho la actuación de mi hijo —intervino entonces Heather—. Él no suele ser así, está enfadado porque le hemos obligado a disculparse.

—¿Por haber comparado a mi hijo con un chucho? —exclamó él, ofendido.

El bochorno de aquellos padres se hizo evidente, aunque no sirvió para mitigar el malestar que sentía. Había quedado claro que Rowan no estaba preparado para interactuar con otros niños… Ni con nadie, en realidad.

—Será mejor que nos marchemos —volvió a hablar, al ver que ninguno de los otros decía

nada—. Mañana, a primera hora, los MacMeinn regresaremos a Mullach Creige. No quiero que la presencia de mi hijo incomode a los vuestros.

La familia a la que se enfrentaba lo miró con estupefacción unos segundos, antes de que todos se pusieran a hablar al mismo tiempo para tratar de disuadirlo.

—Laird, pensadlo con calma —le dijo Heather.

—Son solo niños, terminarán llevándose bien —habló Lily.

—Volveré a hablar con Drake seriamente —indicó Kendrew.

—Recapacita, Murtagh, no puedes abandonar así los Juegos —opinó Drustan.

No tuvo la oportunidad de reafirmarse en su decisión, porque lady Daisy, que seguía tras ellos, avanzó hasta colocarse al lado del pequeño Drake y le pasó un brazo sobre los hombros.

—Ya que el laird posiblemente se marche, llevándose a Rowan con él, discúlpate antes de que sea tarde. Tu corazón es mucho más generoso de lo que has mostrado hasta ahora… Hazlo por mí.

El niño miró a su tía y cedió con sorprendente rapidez. Tal parecía que aquella mujer tuviera algún don oculto que le confiriera el poder de lograr que los pequeños se tranquilizaran y actuaran con sensatez, pues no olvidaba que el día anterior, en el bosque, su propio hijo había caído preso de su particular encanto.

Drake se acercó a Rowan, esta vez más decidido, y levantó la cabeza antes de hablar.

—Perdona por haberte llamado perro. Lo siento, no lo volveré a hacer. —Después, el mayor de los niños Buchanan se giró hacia su prima Ailsa y completó aquella disculpa sin necesidad de que un adulto se lo pidiera—. Perdóname tú también. No quería ser brusco contigo.

La pequeña de cabello oscuro le mostró una luminosa sonrisa y corrió hacia él para abrazarlo.

Rowan los miraba a los dos sin perderse detalle de cada uno de sus gestos. Y Murtagh, a su vez, lo miraba a él, sorprendido por la curiosidad que demostraba.

—Niños, ¿qué os parece si me acompañáis al lago? —propuso entonces lady Daisy a sus sobrinos—. Tengo ganas de meter un rato los pies en el agua.

—¿Podemos bañarnos? —le preguntó Brodie, dando saltos y palmas, emocionado.

—No sé, cielo. El agua estará muy fría y a tu madre no creo que le haga gracia que cojas un enfriamiento.

—Efectivamente —habló Heather—, a su madre no le hace gracia.

—¡Oh, vamos! ¡Dejad que los niños se diviertan un rato! —terció Drustan—. No les pasará nada por remojarse un poco.

—¿Vas a cuidar a Ailsa cuando comience a estornudar y se le caigan los mocos? —preguntó lady Lily, al tiempo que se acomodaba sobre la cadera el bebé que tenía en brazos.

El guerrero se encogió de hombros con un gesto esquivo.

—Siempre que no tenga otras responsabilidades que me requieran, lo haré, por supuesto…

—¡Ja! —exclamó Lily—. Si llega el caso, ya encontrarás alguna excusa para librarte.

—Os alteráis demasiado —intervino Kendrew—. Todavía no ha pasado nada y las mujeres ya estáis poniendo el grito en el cielo…

—¡Estamos intentando ser sensatas! —exclamó Heather.

Murtagh asistía a aquel intercambio entre las parejas con un extraño sentimiento presionándole en la boca del estómago. A pesar de que parecían discutir, era evidente la complicidad entre ellos. Él jamás había discutido así con su esposa Margery en el pasado. Claro que, para eso, ella tendría que haber soportado una conversación completa con él, cosa que no llegó a hacer nunca.

La voz de Daisy lo rescató de aquellos incómodos pensamientos. Se impuso a las demás

cuando se dirigió a Rowan, para sorpresa de Murtagh:

—¿Te apetece venir con nosotros? Aunque no te bañes, puedes meter los pies en el agua, como yo.

El guerrero fue testigo de la lucha interna de su hijo. Le apretaba la mano con fuerza, pero su mirada estaba ansiosa. No podía apartar los ojos del bello rostro de Daisy, que se encontraba rodeada de sus sobrinos, a la espera.

En ese momento, tendría que haberlo cogido en brazos y haberle dicho a esa mujer que el niño no iría a ninguna parte con ella. Tendría que haberle dejado muy claro que no permitiría que su hijo se marchara en compañía de una *sassenach* que había dudado de que él fuera un buen padre.

En lugar de eso, permitió que la esperanza asomara a su corazón al ver el interés que el pequeño mostraba en silencio.

—¿Rowan? —lo instó a contestar, antes de darse cuenta de lo que hacía.

—No pasa nada, tranquilo —le dijo ella al cabo de unos segundos, al ver que su hijo no se pronunciaba—. Si cambias de idea, estaremos en la orilla del lago, esperándote.

Después, les dio la mano a sus sobrinos más pequeños, mientras el mayor echaba a andar con prisas delante de ellos.

No habían dado ni cinco pasos cuando la niña se soltó de la mano de su tía y corrió de vuelta hasta detenerse frente a Rowan:

—Si no sabes llegar al lago, dile a mi padre que te lleve. Es ese de ahí —le explicó, señalando a Drustan.

Murtagh observó que su hijo desviaba la mirada hacia el guerrero y enseguida dio un paso atrás.

—Si a Rowan le apetece ir, yo mismo lo llevaré hasta allí, niña —le dijo, algo brusco.

La pequeña, demostrando ser digna hija de su madre, lady Lily, lo miró sin achantarse y parpadeó antes de abrir su boquita.

—Me llamo Ailsa —le recordó.

Desde luego, las mujeres de aquella familia no dejaban de sorprenderlo.

—Muy bien, Ailsa. Pues, si a Rowan le apetece jugar contigo, yo lo acompañaré al lago para que no se pierda.

La niña asintió, satisfecha, y después corrió para alcanzar a su tía y a sus primos que ya se alejaban.

—Entonces, ¿finalmente os quedaréis, laird? —le preguntó lady Heather, con una sonrisa asomando a sus labios.

Murtagh miró a la anfitriona de los Juegos, y después a los demás, que aguardaban su respuesta.

—De momento —gruñó.

Se dio la vuelta para alejarse de ellos, incómodo con tanta atención, y se llevó a Rowan con él.

Tal vez, a solas, su hijo se decidiera a aceptar esa invitación que había quedado en el aire.



El agua estaba muy fría, pero Daisy agradeció la sensación en sus pies desnudos cuando caminó por la orilla del lago. Se había descalzado y quitado las medias. Sujetaba la falda de su

vestido en alto para que la tela no se mojara, aunque sus sobrinos, que saltaban y jugaban cerca de ella, se encargaron de salpicarla igualmente.

Apreciaba esos momentos junto a los pequeños.

Sus risas conseguían traspasar las capas de tristeza que recubrían su corazón y, por unos minutos, sentía calidez en el pecho.

El gesto de su rostro también se relajaba y sus labios se curvaban, recordando la época en la que sonreír era tan fácil como respirar.

Sonreír y respirar. ¿Cómo algo tan sencillo podía transformarse en un trabajo forzoso?

Los niños, además, siempre la trataban con un gran cariño. Parecían haber entendido que, de sus tías, ella era la que más necesitaba sus muestras de afecto. O tal vez era, simplemente, porque veían con qué cuidado y mimo la trataban los demás miembros de la familia, y ellos copiaban esa actitud, obedeciendo a todo lo que Daisy les pedía y relacionándose con ella con una gran complicidad.

—¡Tía Daisy, me he mojado las calzas! —gritó Brodie, aunque no parecía que ese hecho lo horrorizara.

Más bien lo contrario.

—Tendremos que cambiarte de ropa antes de que tu madre te vea —le dijo, compartiendo la felicidad de su sobrino.

—Tía Daisy, ¿es verdad que hay un monstruo en el lago? —preguntó Ailsa, mirando hacia el centro de aquella masa de agua, como si temiera que, en cualquier momento, una espeluznante criatura emergiera de las profundidades.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Drake.

Daisy miró al mayor de sus sobrinos, que se tapaba la boca con la mano para aguantar la risa.

—No, cielo. No hay ningún monstruo. Drake —lo amonestó—, no debes asustar así a Ailsa.

—Pero tía Lily me contó una vez la historia de un dragón que vivía en una cueva —se defendió—. Y, si hay dragones en cuevas, también puede haber un monstruo en el lago.

—Los cuentos de tu tía Lily son una invención, Drake. No existen los dragones, y tampoco los monstruos.

—¡Yo soy un dragón! —rebatió el niño, con una enorme sonrisa, levantando los brazos al cielo.

Ella no pudo más que echarse a reír. Era un sonido tímido, alejado de lo que solía ser su risa.

Pero era una risa, al fin y al cabo.

—Desde luego, eres un auténtico dragón —coincidió—. Habrá que mojarte un poco para que no se te ocurra escupir fuego.

Nada más decirlo, se agachó para meter la mano en el agua y lo salpicó.

Los otros dos rieron como locos y se desató una guerra entre los cuatro, sin importarles ya que las ropas se les mojaran.

Estaban tan absortos en su pelea de agua, que no vieron llegar al guerrero de pelo blanco con su hijo.

—Perdonad la interrupción —dijo, elevando la voz para hacerse oír por encima del griterío de los pequeños.

Daisy se detuvo y miró a los recién llegados. Respiraba de manera errática por la emoción del juego y se pasó las manos por el recogido de su cabeza, consciente de que estaba despeinada, con algunos mechones húmedos y desordenados.

—Laird Murtagh —susurró, antes de salir de la orilla.

Los ojos del hombre se desviaron hasta sus pies desnudos y ella respiró hondo para recobrar la compostura.

—Rowan quería venir.

—Muy bien —la joven miró al niño y se agachó para poner los ojos a su altura—. ¿Te apetece una guerra de agua? Os prometo que lo acompañaré luego a que se cambie de ropa para que no coja un resfriado —añadió, esta vez mirando al guerrero MacMeinn desde abajo.

—No hará falta. Me quedaré hasta que termine el juego.

Daisy se dio cuenta de que el niño bajaba los ojos al suelo y su pequeño cuerpo pareció encogerse.

—Disculpad, laird —se incorporó de nuevo—, pero creo que él disfrutará más si lo dejáis a su aire. Si estáis vigilando cada uno de sus movimientos no funcionará.

Murtagh frunció peligrosamente el ceño.

—¿Qué no funcionará?

—Lo que tratáis de conseguir.

—¿Acaso vos sabéis lo que pretendo?

—Cualquiera se daría cuenta, mi señor —respondió Daisy—. Queréis que Rowan juegue con otros niños y que no huya corriendo para esconderse, como hizo ayer.

El guerrero dio un paso hacia ella como si intentara imponerse con su enorme estatura.

—¿Vais a decirme cómo debo tratar a mi propio hijo?

—Creo que acabo de hacerlo, mi señor —respondió ella, con calma.

Los ojos rojizos de aquel hombre eran diabólicos. Daisy no entendía cómo podía Rowan estar sujeto de su mano tan tranquilo, sin echarse a temblar cada vez que su padre dejaba salir esa voz grave y ronca que ponía los pelos de punta.

Claro, debía de estar acostumbrado. Aun así, era sorprendente. Ella misma notaba dentro un zumbido de advertencia para que se alejara de ese guerrero todo lo posible.

—Os lo dejo a vuestro cargo —le susurró, para su sorpresa—. Y más vale que me lo devolváis sano y salvo, o de lo contrario…

Dejó la amenaza flotando entre los dos antes de soltar a Rowan, darse la vuelta y echar a andar de regreso a la fortaleza.

Daisy observó cómo se alejaba de ellos hasta que notó la mano del niño, que tiraba de su falda. Se agachó de nuevo a su lado y se perdió en los ojos azules y brillantes que, otra vez, le produjeron ese extraño pellizco en el estómago.

—¿Te apetece mojarte? —le preguntó en un susurro cómplice.

Rowan dudó. Miró hacia los tres niños que aguardaban en la orilla y, después, otra vez a ella.

—Hagamos una cosa. Tú y yo contra mis sobrinos —le propuso, con un guiño.

El gesto de asentimiento fue apenas imperceptible, pero Daisy lo detectó. Lo ayudó a descalzarse y lo acompañó hasta el lago. Nada más meter los pies dentro del agua, Ailsa salpicó a Rowan con una risa descarada y, antes de darse cuenta, se habían formado los dos bandos y todos corrían de un lado a otro, empapándose las ropas.

Daisy no perdió de vista a Rowan, vigilándolo por si reaccionaba mal a alguno de los gestos de sus sobrinos. Sin embargo, el niño entró rápido en el juego y, aunque no llegó a reírse a carcajadas, sus labios mostraron una sonrisa tan genuina, que la joven notó que se le derretía otra de esas capas heladas que le recubría el corazón.

Capítulo 8



—Creo que has sido imprudente.

Daisy miró a su cuñado Kendrew y suspiró con resignación antes de contestarle.

—No ha ocurrido nada. Los niños lo han pasado bien y, de acuerdo, han terminado empapados, pero ya están todos de vuelta y se han cambiado de ropa.

—No me preocupan mis hijos —insistió él—. Creo que no debiste invitar al niño MacMeinn. No dije nada para no ofender a Murtagh, pero no me pareció buena idea cuando le pediste que os acompañara.

Se encontraban junto a las hogueras y faltaban pocos minutos para que diera comienzo la prueba de la diosa Brigit. La familia se había reunido para tratar aquel asunto y Daisy sentía como si estuviera siendo juzgada por sus crímenes. Drustan y Kendrew se encontraban frente a ella con los rostros preocupados. Y eso que les había ocultado que, en realidad, Rowan había sido el único de los niños que no se había puesto ropa seca tras los juegos.

Lo había intentado, pero el pequeño se había encogido sobre sí mismo cuando intentó desnudarlo, como si le diera vergüenza que ella lo viera, y había decidido no forzarlo. Se lo había devuelto a su padre para que fuera él quien se encargara de cambiarle las prendas mojadas.

—Esperemos por el bien de todos que el pequeño MacMeinn no coja un enfriamiento. Los niños se acatarran enseguida, aunque no estemos en invierno —le dijo Drustan.

—¡Oh, vamos! Ese crío necesitaba un rato de juegos, todos lo habéis visto —terció Heather, en defensa de su hermana.

—Ahora que Drake no está presente, puedo decirlo: creo que tenía razón cuando trató de proteger a Brodie y a Ailsa del hijo de Murtagh —habló de nuevo Kendrew—. Es raro, no se comporta como los demás niños y todos lo visteis, puede reaccionar de manera violenta.

Daisy notó que su interior se encendía al escucharlo y tardó unos segundos en reaccionar, porque hacía tiempo que no tenía la sensación de que algo le importara tanto como para enfadarse así.

—¿Desde cuándo mi familia demuestra tan poca piedad? ¡Es solo un niño, por el amor de Dios! Su madre murió, según tengo entendido. Por desgracia, conozco muy bien el dolor de una pérdida y, si no es fácil para un adulto, no me quiero ni imaginar lo que ha supuesto para ese pequeño.

Los demás la miraron, sorprendidos por su arrebato. Daisy no solía ser tan apasionada en ninguna de sus intervenciones.

Al menos, no desde que ocurrió la desgracia.

—Cariño, Drustan y Kendrew solo quieren que tengas cuidado —intervino Lily—. Por supuesto que Rowan es solo un niño y, seguramente, con paciencia y los cuidados adecuados, llegue a comportarse como los demás. Pero, su padre…

—Su padre es imprevisible —Drustan terminó la frase.

—De acuerdo. Tendré cuidado. Pero habréis de admitir que, gracias a mi intromisión, el laird Murtagh ha decidido quedarse y no abandonar los juegos.

—Cierto —coincidió Heather—. A todos nos incomoda su presencia, pero, una vez aquí, habría sido un desastre que se marchara airado.

—Es curioso lo mucho que ese niño le afecta, ¿verdad? —meditó Lily en voz alta—. ¿Quién hubiera dicho que un guerrero tan estoico y distante con todo lo que le rodea pudiera preocuparse así por otro ser humano?

—Yo no encuentro nada raro en sus reacciones —susurró Daisy—. Es su hijo. Vosotros también protegéis a los vuestros. Yo misma, si Jamie no…

Se le rompió la voz.

Tragó con fuerza el nudo que se le había formado de repente en la garganta y parpadeó.

Heather se acercó a ella y la abrazó.

—Estoy bien —se apresuró a aclarar.

Era consciente de lo triste que se ponían las personas que la querían al verla en ese estado, y ella ya soportaba dentro suficiente pena por todos.

—Daisy, no nos oponemos a que trates con Rowan MacMeinn —resumió su cuñado Kendrew, viendo que sus invitados ya se estaban colocando en círculo para el comienzo de la prueba de la diosa Brigit—, solo recuerda que debes tener cuidado con el padre del niño, ¿de acuerdo?

Ella se pasó las manos por la cara para borrar el rastro de la aflicción que asolaba su interior y asintió.

Minutos después, las participantes en el concurso se prepararon. Sus hermanas le habían explicado que era un auténtico espectáculo ver a las jóvenes de los distintos clanes exhibiendo sus habilidades frente a todos. Algunas cantaban, otras danzaban o tocaban algún instrumento. Y algunas se atrevían con pruebas de habilidad, como tiro con arco o manejo de cuchillos. Daisy sentía mucha curiosidad y estaba convencida de que disfrutaría de la velada.

Para su sorpresa, Murtagh MacMeinn apareció de improviso a su lado, antes incluso de que lo hicieran Lachlan MacRae o Dougal Robertson, como solía ser habitual en aquellos días.

—¿Puedo ocupar un sitio a vuestro lado para ver el concurso? —le preguntó.

La joven lo miró con una expresión cauta. Si bien su aspecto engalanado, con una camisa blanca y la falda a cuadros con los colores del clan MacMeinn, le otorgaban un aire menos salvaje, no dejaba de ser un hombre imponente.

—Por supuesto, laird —contestó con educación—. Podéis colocaros donde gustéis.

Él guardó silencio unos segundos. Daisy lo observó de reojo, percatándose de que parecía algo azorado. ¿Qué era lo que ese hombre tenía en la cabeza? Sujetó su intriga, dándole tiempo hasta que se decidiera a hablar.

—Quería… —Murtagh carraspeó antes de continuar—. Ejem. Quería agradeceros lo que habéis hecho hoy por Rowan.

—Los niños y yo solo hemos jugado.

—Eso ya es mucho para mi hijo.

—Y ni siquiera he podido devolvéroslo aseado en condiciones —se disculpó.

—No importa. Conozco a mi hijo y sé que eso hubiera sido toda una hazaña por vuestra parte. En Mullach Creige tampoco deja que nadie lo vista o lo bañe, excepto yo. Y lo del baño es todo un triunfo cuando ocurre. Hoy tampoco lo he conseguido, aunque al menos le he puesto ropa seca.

—Es un alivio. No quisiera que enfermara por mi culpa.

—¿Vuestra culpa? Milady, mi hijo ha cenado con una sonrisa y acabo de acostarlo. Estaba tan agotado que no ha podido estar presente en la velada de esta noche. Creo que se ha dormido

antes incluso de que su cabeza tocara la almohada. Y lo ha hecho sin que la sonrisa se le borrara del rostro. Ha sido una tarde memorable para él, os lo aseguro.

Daisy lo miró para encontrarse con el gesto complacido del hombre.

—Pues me alegro, laird. Mis sobrinos y yo también hemos disfrutado de su compañía.

Los ojos rojizos de Murtagh sondearon entonces los suyos, algo ansiosos.

—Y, en el tiempo que habéis estado juntos, ¿él ha…? ¿Ha hablado? ¿Ha dicho alguna cosa?

Parecía que aquel tema lo preocupaba especialmente. No era la primera vez que le preguntaba algo así.

—No —contestó con suavidad—. Lo siento, Rowan no ha hablado con nosotros.

Murtagh suspiró, resignado.

—Pensé que, tal vez, en compañía de otros niños…

—¿No ha hablado nunca? —quiso saber Daisy.

—Sí. Antes hablaba. No mucho, a decir verdad, pero contestaba cuando alguien se dirigía a él directamente. Al morir su madre se sumió en ese silencio desesperante y, desde entonces, no he conseguido que articule una sola palabra.

El corazón de Daisy se estremeció de pena al escucharlo.

—Comprendo que resulta muy frustrante, laird, pero lo entiendo. Sé, por experiencia propia, lo doloroso que resulta perder a un ser tan querido.

Murtagh entrecerró los ojos al escucharla.

—¿Por experiencia propia?

Daisy se humedeció los labios antes de contestar.

—Mi esposo murió —susurró, sin añadir nada más.

No se veía con fuerzas para explicar las circunstancias de su fallecimiento y de cómo había perdido a su hijo tras aquella tragedia. Ese hombre protegía como un león a Rowan y no tenía ganas de que la juzgara por haber sido una madre débil, incapaz de conservar a su bebé a su lado.

—Lo lamento, lady Daisy.

—Fue hace unos años —le aclaró—, aunque el dolor no ha llegado a mitigarse del todo. Por eso entiendo a Rowan. Cuando ocurrió, cuando me quedé viuda, yo tampoco tenía ganas de hablar con nadie.

—Yo también perdí a mi esposa pocos meses después de nuestra boda.

Aquella confesión repentina, dicha en voz muy baja, sorprendió a Daisy.

—Sí, claro, lo suponía. Si Rowan perdió a su madre, vos…

Murtagh carraspeó, de repente incómodo con la conversación.

—No. La madre de Rowan no era mi esposa. Me quedé viudo hace muchos años.

No dijo más. Y Daisy entendió que no quería hablar de ese tema.

—Lo siento mucho.

En ese momento anunciaron a la primera de las participantes de la prueba y ambos se sintieron aliviados con aquella distracción.

No volvieron a intercambiar una palabra durante el tiempo que duraron las distintas actuaciones. Daisy disfrutó de cada una con la ilusión de una niña, emocionándose cuando alguna de las jóvenes entonaba una canción de amor o interpretaba una música dulce con la flauta o el arpa que le llegaba al alma. Las danzas fueron increíbles y la prueba de habilidad, que ese año solo fue tiro con arco, le pareció sorprendente.

Al terminar, mientras el jurado deliberaba para proclamar a la vencedora, Daisy, acompañada por Murtagh, que no parecía tener intención de separarse de ella, se acercó a un grupo que conversaba acerca de la competición de lucha que tendría lugar al día siguiente.

Kendrew, Drustan y otros lairds, al ver llegar a Murtagh, presumieron de estar muy preparados y se jactaron de sus posibles victorias. Daisy comprobó que Murtagh no contestaba a ninguna de aquellas provocaciones, pues era evidente que todos los comentarios tenían un claro objetivo: dejarle claro al laird MacMeinn que sus días como ganador indiscutible de los Juegos habían llegado a su fin. En concreto, su reinado había terminado cuando, unos cuantos años atrás, Drustan lo había vencido por fin en el cuerpo a cuerpo, demostrándoles a los demás que no era un demonio sobrehumano y que tenía debilidades, como todos.

—Si mi hijo pudo vencerte una vez, podrá tumbarte también mañana —terminó diciendo Patrick MacAuley, con chanza, bastante achispado ya por el vino que había bebido durante la jornada.

Hubo sonrisas y gestos de asentimiento, antes de que todas las miradas recayeran sobre el aludido. Daisy escuchó su carraspeo antes de que abriera la boca para contestar.

—Supongo que mañana lo averiguaremos.

Su escueta respuesta, muy acorde con su hermético carácter, no sorprendió a nadie. El silencio apenas sobrevoló unos segundos por encima de sus cabezas antes de que los presentes retomaran distintas conversaciones entre ellos, alejando la atención, por fin, de Murtagh MacMeinn.

—No os gusta ser el protagonista, ¿verdad? —le dijo Daisy.

—No estoy acostumbrado. En general, los miembros del clan MacMeinn somos bastante reservados.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que por cautela. Desde pequeños nos enseñan a recelar de los demás. Si nos aislamos, estamos menos expuestos a los ataques de otros clanes.

Daisy parpadeó, sin comprender aquella filosofía de vida.

—Me parece muy triste tener que vivir así —opinó—. Os priváis de encontrar verdaderos amigos más allá de los muros de vuestra fortaleza. Fijaos en vuestro hijo y seguid su ejemplo. Rowan es reservado, pero hoy ha dado un paso al frente para relacionarse con otros niños, y ahora tiene tres amigos nuevos.

—No es lo mismo, lady Daisy.

—Yo creo que sí lo es. Además —añadió, acercándose a él para hablarle con confianza—, ¿cómo pretendéis que Rowan sea más sociable si vos no le dais ejemplo? Si ve que os ocultáis y os protegéis detrás de ese escudo de hombre intratable, lo más lógico es esperar que os imite.

Murtagh oscureció el gesto.

—¿Intratable?

—Sí, exactamente a eso me refería —dijo ella, moviendo la palma de su mano en círculos frente a su cara ceñuda.

—No me conocéis lo suficiente como para opinar tan a la ligera, lady Daisy.

—Precisamente. No creo que nadie os conozca lo suficiente, porque vos no lo permitís.

—Volvéis a propasaros con vuestros comentarios. Nadie os ha pedido consejo, ni respecto a cómo debo educar a mi hijo, ni respecto a mi persona —dijo con dureza.

Los ojos del laird refulgían de indignación y Daisy se apartó, dando un paso atrás con el gesto consternado.

—Tenéis razón.

La joven miró en derredor, buscando a sus hermanas. Ya no le apetecía ver el final del concurso y, mucho menos, en compañía de ese hombre con el que parecía destinada a discutir

cada vez que conversaban.

—Disculpadme —le pidió, en un susurro, antes de darse la vuelta para marcharse de allí.

La mano enorme de Murtagh se cerró sobre su muñeca de improviso.

—¿Adónde vais?

—Me retiro. Ya he tenido suficiente por esta noche y me duele la cabeza, si tanto os interesa.

—Daisy, ¿ocurre algo? —El vozarrón de Kendrew Buchanan, que había salido del grupo para acercarse a ellos, silenció todas las conversaciones.

La joven se dio cuenta de que su cuñado observaba la mano que la retenía por la muñeca.

—Deberíais soltarme —le dijo a Murtagh—. Tal vez podáis vencer a estos hombres uno a uno. O tal vez de dos en dos. Pero dudo mucho de que podáis con todos a un tiempo.

El guerrero miró su propia mano y fue como si ni siquiera él se hubiera percatado de aquel gesto espontáneo. La soltó al momento.

—Tranquilo, Kendrew, no ocurre nada —contestó a su cuñado—. El laird MacMeinn se ha preocupado porque, de pronto, me he sentido indispuesta. Debéis disculparme, necesito acostarme.

—¿Quieres que te acompañemos? —se ofreció Heather.

—Sí, iremos contigo —la secundó Lily.

—¡Oh, no por favor! Puedo llegar a mi alcoba sin problema y no quiero estropear a nadie la velada. —Al decirlo, miró a Murtagh a los ojos—. A nadie —reiteró con intención.

Se marchó después a pasos cortos y rápidos. De verdad deseaba estar sola y no quería dar ninguna opción a sus hermanas para que la siguieran.

Porque algo raro había pasado.

Se frotó la muñeca, en la zona donde los dedos del hombre se habían posado. La sensación de calor en su piel era inquietante…

No creía haber sentido nunca un contacto tan abrasador con otro ser humano.

Tal vez con Richard. Aunque, si así era, se le había olvidado.

Y eso provocó que, esta vez de verdad, se sintiera enferma.



Tras la marcha de la dama, Murtagh notó todos los ojos de aquel grupo posados en su persona, acusadores. Tal vez no tendría que haber ejercido de acompañante de lady Wadlow durante la velada, pero, de algún modo, se había sentido obligado después de ver la sonrisa en el rostro de Rowan cuando lo metió en su cama.

Era evidente que su hijo había pasado una buena tarde. Y había sido gracias a esa *sassenach* que insistía en meterse donde no la llamaban. Lo reconocía, la dama tenía mucho mérito y él necesitaba decírselo.

Aunque, como solía ocurrirle cuando trataba de ser amigable, la conversación se había torcido hasta el punto de espantarla.

Y lo lamentaba, porque le había gustado hablar con ella… Hasta que señaló uno de sus mayores defectos y pretendió darle consejos sobre cómo cultivar más amistades.

Murtagh suspiró y se aisló de las personas que había alrededor, como solía hacer cuando estaba incómodo. Era curioso, hablando con lady Daisy no le había ocurrido. Quizá tendría que haber aceptado su recomendación y haberse mordido la lengua para no obligarla a retirarse de esa manera.

Porque estaba claro que había huido de él.

Se prometió a sí mismo que, si surgía de nuevo la oportunidad de una charla con la dama, trataría de ser más educado, más elegante, más amable…

No.

Eso no iba a ocurrir jamás.

Porque, simplemente, él era incapaz de ser así.

Si ser intratable era uno de sus mayores defectos, ser totalmente sincero con respecto a su carácter era una de sus virtudes. Y se conocía lo suficiente como para admitir que, si se volviera a dar la circunstancia de conversar con ella, acabaría ofendiéndola de nuevo en cuanto lo molestara un poco con sus palabras o sus insinuaciones.

—Laird, ¿os encontráis bien?

Murtagh llevaba un buen rato con los ojos perdidos en el fuego de una de las hogueras. Ni siquiera se había dado cuenta de que lady Lily se le había acercado y estaba a su lado, mirándolo con intranquilidad.

—Sí, claro. ¿Por qué no habría de estarlo? —espetó, algo seco.

—Os habéis quedado muy serio tras la marcha de Daisy.

Ahí tenía un claro ejemplo de esa amabilidad que él jamás podría desplegar frente a otros. La dama achacaba su retraimiento a lo que imaginaba que había ocurrido entre lady Daisy y él, y le demostraba su preocupación.

—¿Echáis de menos mi radiante sonrisa? —preguntó, con un humor ácido.

Ella chasqueó la lengua e ignoró la pulla.

—Siento si mi hermana no ha resultado ser una compañía muy… alegre, por decirlo de alguna manera. Debéis disculparla. Estos últimos años han sido muy duros para ella.

—¿Por su viudez?

Lily se mostró sorprendida.

—¿Os lo ha contado? —Sus labios se movieron despacio, dubitativos—. ¿Todo?

—No me ha dado detalles. Solo me ha dicho que perdió a su esposo. Tampoco yo he preguntado más, entiendo que es un tema privado.

—Sí, por supuesto. Vuestra discreción y sensibilidad os honran, Murtagh.

—¿Sensibilidad? —se mofó de nuevo.

—No vais a convencerme de lo contrario. A mí no. Recordad que me ayudasteis en el pasado y sé de lo que sois capaz. Por mucho que os empeñéis en mostrar a los demás esa faceta huraña y esquiva, sé que podéis ser un amigo cuando hace falta.

Él no supo qué contestar y guardó silencio.

Aunque no por mucho tiempo.

—Al final, la salvasteis de esa maldición —susurró, al recordar por qué le había pedido ayuda en el pasado, tal y como había señalado—. No llegasteis a contarme de qué se trataba, pero me alegro de que, fuera lo que fuera, lo consiguierais.

Lily hizo una honda inspiración y apartó los ojos. Aquello lo intrigó bastante.

—¿No anulasteis la maldición? —insistió.

—Bueno… En cierto modo. Aquel día…

—Lily, estoy intranquila por Daisy —la interrumpió Heather, acercándose a ellos—. ¿Vamos a ver cómo se encuentra?

Murtagh fue testigo de cómo las dos hermanas intercambiaban una mirada de angustia. Ambas parecían preocupadas por la dama y notó un pinchazo de culpabilidad por haber sido el responsable de que se retirara de la velada de aquella manera precipitada, sin conocer siquiera

quién había sido la ganadora de la prueba de Brigit.

—Si vais a su alcoba —habló, antes de pensarlo—, transmitidle mis disculpas. Si la he hecho sentir mal por nuestra conversación…

—No creo que lo que le ocurre a Daisy sea culpa vuestra, laird —lo tranquilizó Heather—. Pero, no obstante, le transmitiré vuestras palabras.

Murtagh contempló cómo las dos hermanas se alejaban, al igual que había hecho un rato antes con lady Daisy, y supo que ya había sido lo suficientemente sociable por esa noche.

Carraspeó para llamar la atención de las personas más cercanas y se despidió hasta el día siguiente.

—Necesitaré un buen descanso si quiero vencer mañana en la prueba de lucha —fue la única justificación que les dio.

Ninguno de los presentes insistió para que permaneciera un rato más entre ellos, participando de la animada reunión.

A Murtagh tampoco le molestaron los gestos de alivio que detectó en algunos cuando finalmente abandonó la zona de hogueras. Ya estaba más que acostumbrado a ese tipo de reacciones…

Capítulo 9



Al día siguiente, Daisy bajó muy temprano a las cocinas de la fortaleza Buchanan.

No había dormido bien, aunque eso no era algo nuevo para ella. Después de lo ocurrido con el laird MacMeinn, se había metido en la cama nada más llegar a su alcoba, pero le había sido imposible conciliar el sueño. Había dado vueltas y vueltas, repasando los motivos por los que se inmiscuía en la vida de ese hombre y de su hijo, cuando lo cierto era que ninguno de los dos eran nada para ella.

Y no había encontrado ninguna razón que justificara su interés por un niño y un guerrero a los que acababa de conocer.

Tal vez, la conexión con su pasado era lo que la atraía. La posibilidad de culpar a Murtagh MacMeinn de las acciones de Nimue parecía ser la respuesta…

Aunque no. Porque, en el fondo, sabía que era injusto.

Lo único que podía afirmar con certeza, después de meditarlo, era que Rowan poseía la extraña cualidad de enternecerla. Y, por extensión, también le dedicaba al padre una atención que, de otro modo, jamás le habría prestado.

Después, cuando logró dormirse, había tenido pesadillas. Si alguien le hubiese preguntado, no habría sabido explicar qué era lo que había soñado. Pero sin duda había sido algo triste, algo angustioso y oscuro, porque, al amanecer, tenía todavía pegadas a la piel todas aquellas sensaciones.

Por eso había abandonado el lecho a una hora tan temprana. Se aseó y se vistió, deseosa de alejarse de aquel cuarto donde podía respirar todavía los malos sueños que la habían asolado durante la noche, y bajó a las cocinas a buscar algo de comer. El día anterior se había marchado antes de que anunciaran a la ganadora de la prueba de Brigit y, por consiguiente, antes de que sirvieran las bandejas de la cena posterior. Su estómago se lo recordaba en esos momentos con gruñidos de protesta.

—¡Milady! No esperábamos a nadie tan pronto —exclamó la cocinera, que ya trajinaba entre pucheros, ollas y las brasas donde varias piezas de carne se estaban asando para las celebraciones del día.

—Tranquila, yo misma me prepararé algo para desayunar y no os molestaré.

—¡Oh, de eso nada! —protestó la mujer—. Jannet podría aparecer en cualquier momento y me arrancaría las orejas si descubriera que no os hemos servido como corresponde a la hermana de nuestra señora.

Daisy sonrió al escucharla. Jannet era la madre de Kendrew Buchanan, el laird del clan. Pero eran muy pocos criados los que se referían a ella como lady Jannet. Durante gran parte de su vida había sido el ama de llaves del castillo y así la seguían considerando, a pesar de que Heather era ahora la señora de la fortaleza. A su hermana tampoco le importaba, puesto que agradecía a Jannet toda la ayuda y los años de entrega al clan. Por lo mismo, jamás desplazaría de su lugar a la madre de Kendrew, la abuela de sus hijos.

—Sentaos un momento, enseguida una de las chicas os servirá lo que os apetezca —volvió a

hablar la mujer, antes de que ella pudiera objetar algo—. ¿Dónde se ha metido Elsie? —preguntó luego, mirando hacia la alacena—. ¡Elsie!

Al momento, la joven sirvienta apareció por la puerta arrastrando del brazo a un niño que se resistía.

Rowan.

—Disculpad —se excusó, mirando a Daisy—. Es que he sorprendido a este pillastre robando unos bollos.

—Por el amor de Dios —le dijo ella—, soltadlo de inmediato, no es ningún pillastre.

La joven se mostró confusa y lo sostuvo con más fuerza porque el pequeño se retorcía como un diablillo.

—Mi señora, ¿acaso no veis su aspecto? Este niño…

—Este niño es el hijo del laird MacMeinn —espetó ella, con contundencia.

Elsie lo soltó como si quemara y Rowan cayó de culo contra las baldosas de la cocina. Se levantó casi de un salto y trató de escapar, pero Daisy lo interceptó antes de que saliera por la puerta.

—¡Espera, Rowan! ¿Tienes hambre?

La pregunta lo tranquilizó lo suficiente como para que levantara sus ojos azules hacia ella. Hizo un leve gesto con la cabeza que Daisy interpretó como un sí y le sonrió, comprensiva.

—Yo también tengo hambre. ¿Qué te parece si te sientas conmigo y nos tomamos juntos algunos de esos deliciosos bollos y un poco de leche caliente?

Le tendió la mano y lo vio dudar. Rowan miró por encima de su hombro a las otras mujeres que había en la cocina y que observaban la escena, atónitas.

—Vamos, estás conmigo. Nadie te molestará, te lo prometo, y no tendrás que robar más para poder comer cuando tú quieras —insistió.

Con mucha lentitud, Rowan levantó el brazo y tomó la mano que ella le ofrecía.

El corazón de Daisy latió apresurado ante aquel cálido contacto. Los deditos de Rowan la apretaron con fuerza y se dejó guiar hacia la mesa, donde ambos tomaron asiento.

—Elsie, si fueras tan amable, nos gustaría probar esos bollos con un poco de miel y unos tazones de leche.

—Sí, mi señora —respondió la joven, que seguía pasmada.

Daisy comprendía su confusión. Ciertamente, el aspecto de Rowan era lamentable. Entraba dentro de lo posible que el niño se hubiera despertado antes que su padre y se hubiera puesto la misma ropa que había usado el día anterior durante sus juegos en el lago, manchada de barro y arrugada. El cabello que, de normal, ya lucía enmarañado, no había mejorado con el amanecer y estaba indescriptible. Se podían apreciar también varios churretes en su carita y en sus manos.

—Ven un momento, Rowan —le dijo, aferrándolo de nuevo para llevarlo hasta una zona donde la cocinera tenía varios cubos de agua.

Llenó un cuenco y les pidió un paño limpio, para remojarlo después y escurrirlo bien.

—No te asustes, solo quiero ver bien esa cara traviesa que tienes. Y, para eso, necesito limpiar esas manchas de barro que, seguramente, se te pegó ayer durante nuestra guerra en el lago. Me lo permites, ¿verdad?

Daisy no había esperado su respuesta. Mientras se lo preguntaba, ya estaba pasando con mucho cuidado y suavidad el paño húmedo por sus mejillas, por su frente, su nariz, su barbilla y su cuello. Después, volvió a mojar el paño y procedió a limpiar sus manos.

—Ahora sí, ya estamos listos para el desayuno —se lo quedó mirando con verdadero aprecio —. ¡Vaya, eres realmente un niño muy guapo, Rowan!

El pequeño amagó una sonrisa antes de volver a la mesa y sentarse, a la espera de los bollos.

Daisy lo acompañó y Elsie les sirvió los dulces y la leche, con el gesto contrito.

—¿Le diréis a su padre lo que ha ocurrido? —preguntó, temerosa.

—No, por supuesto que no. ¿Qué opinas, Rowan? ¿Crees que deberíamos decirle a tu padre que estabas robando bollos de la alacena? —le preguntó al niño, con tono cómplice.

El pequeño la miró con los ojos asustados y luego miró a la sirvienta. Negó con la cabeza y ambas mujeres no pudieron evitar una sonrisa, porque estaba muy gracioso con los mofletes llenos y el bigote manchado de leche.

—Después voy a ir a dar un paseo, visitaré el bosque donde nos conocimos. ¿Te apetece acompañarme? —volvió a preguntarle.

El niño aceptó en silencio, antes de hacerse con un nuevo bollo de la bandeja que le habían colocado delante.

Daisy comió también. Compartir aquel desayuno con Rowan produjo un extraño efecto en ella y, tal vez por eso, lo había invitado a su paseo matutino. De alguna manera, la pesadez de alma con la que se había despertado esa mañana desapareció. Notaba el corazón algo más ligero, el ánimo más elevado. Y eso se traducía en las dulces sonrisas que no escatimaba hacia el pequeño.

Salieron de la fortaleza poco después. Fuera, en la explanada, corría una brisa matutina muy fresca que se agradecía y que revitalizaba. La gente del campamento despertaba poco a poco y el lugar no tardaría en convertirse en un hervidero de actividad. Además, era la jornada en la que se llevaría a cabo la prueba de lucha, la que más les gustaba a esos highlanders, y la excitación y el nerviosismo se apoderarían de los miembros de los clanes en pocas horas.

Caminaron hacia el bosquecillo, en silencio al principio, aunque Daisy no tardó en encontrar un tema para tratar de conversar con él.

—Hoy tu padre será uno de los participantes en la lucha. ¿Tienes ganas de verlo?

Rowan no contestó. Ella lo miró de reojo y vio que se encogía de hombros. Tal vez no sabía de qué le estaba hablando, si nunca había presenciado unos Juegos.

—Yo tengo mucha curiosidad —continuó parloteando, como si el niño le hubiera respondido —. Jamás he presenciado algo así y seguro que será espectacular. Si tuviera que apostar… Sí, creo que Kendrew Buchanan puede ser el vencedor. Es bastante fuerte, ¿no crees? Y es, además, el anfitrión.

Rowan se detuvo de golpe al escucharla y la miró con el ceño fruncido.

Daisy se mordió el labio inferior para no reírse por su evidente mal humor y decidió pincharlo un poco más.

—No estás de acuerdo. ¿Quién crees que ganará entonces? —Se dio golpecitos con el dedo índice sobre los labios, como si lo meditara—. ¡Drustan MacAuley! —exclamó, con el rostro iluminado por haber dado con esa respuesta.

El niño arrugó más la frente y se cruzó de brazos en una pose que a Daisy le recordó demasiado a su padre.

Hizo un gran esfuerzo por sujetar la sonrisa que quería escapársele por momentos.

—¿Tampoco? Veamos, entonces… ¿quién nos queda? ¿Qué guerrero es lo bastante grande y fuerte como para vencer a los demás? —simuló que pensaba y anduvo con pasos erráticos alrededor del pequeño.

Rowan, que debía de estar impaciente por que ella llegara a la conclusión más lógica, la aferró de la falda para que se detuviera y tiró de la tela para llamar su atención. Daisy se agachó a su lado y lo miró, muy atenta.

—¿Si?

El niño abrió la boca y el corazón se le paró unos segundos.

—Padre.

La voz infantil sonó ronca y afónica, posiblemente por la falta de uso, pero a la joven Wadlow le pareció el sonido más maravilloso que jamás había escuchado. Cogió aire por la nariz para tratar de conservar la calma, porque tenía ganas de estrujarlo contra su pecho y pedirle que volviera a hablar.

—Así que… —carraspeó para poder continuar. Estaba demasiado emocionada—. Así que crees que tu padre será el vencedor.

Rowan asintió; lo hizo con energía… ¿y orgullo?

A Daisy se le calentó el corazón, no supo por qué.

—Bueno, pues lo descubriremos dentro de poco, porque la competición empezará…

—¡¡Rowan!!

De nuevo aquel grito atronador que los sobresaltó a los dos e hizo que se giraran con alarma hacia la linde del bosquecillo donde se encontraban. Daisy agarró la mano del niño en un gesto instintivo, lo que no hizo más que acrecentar el malhumor del guerrero de pelo blanco y ojos rojizos que se acercaba con paso endemoniado.

—Laird MacMeinn —comenzó a decir Daisy.

Mas no pudo continuar, porque el hombre rugió como un auténtico energúmeno.

—¡¡Otra vez vos!! En cuanto me descuido, os encuentro junto a mi hijo. ¡Me habéis dado un susto de muerte!

—¿Yo a vos? Perdonad, mi señor, pero sois vos el que pretendéis atemorizarme con vuestras violentas maneras.

—¿¡Que yo qué!? —gritó, lívido de furia—. Me he despertado y no he encontrado a Rowan en la alcoba. Lo he buscado por todos lados, sin hallarlo, hasta que por fin la cocinera me ha dicho que os lo habíais llevado vos de la fortaleza. ¿Sabéis el miedo que he pasado? Él no conoce este lugar, podría haber tenido un accidente, podría haberse caído al foso… ¡¡Creía que había perdido a mi hijo!!

—Laird MacMeinn, yo no…

—¿Vos no? —La interrumpió—. Por supuesto que vos no sabéis de lo que os hablo. No tenéis hijos, milady, no espero que lo comprendáis —escupió con desdén.

Daisy trastabilló hacia atrás después de aquellas horribles palabras.

El corazón se le había encogido como una flor que repliega sus pétalos cuando llega la noche. El color desapareció de su cara y le zumbaron los oídos. Si ese hombre cruel continuaba hablando, ella ya no escuchaba nada.

Y apenas lo veía.

Había una mancha roja frente a sus ojos. Una nebulosa de dolor e incomprensión, de injusticia y desazón, que abotargaba sus sentidos.

—Dejadme marchar —murmuró, apenas sin voz.

—No os hagáis ahora la ofendida, lady Daisy. Vais a escuchar lo que tengo que…

—¡No! —Fue el turno de ella para cortar su discurso—. No voy a escucharos, no quiero hacerlo. Me hacéis daño.

Murtagh echó hacia atrás la cabeza y la miró, muy indignado.

—Ayer pensasteis que mi hijo no estaba a salvo conmigo, y ahora… ¿Me creéis capaz de golpear a una mujer? ¡¡Ni siquiera os he tocado!!

Daisy elevó los ojos y los clavó en los suyos.

—Dejadme marchar —repitió, remarcando las palabras.

Ignoraba lo que había visto él en la profundidad de sus pupilas, pero funcionó. Murtagh MacMeinn se apartó de su camino y ella soltó la mano de Rowan, que gimió, a su espalda. No bastó para convencerla de que quedarse allí era una buena idea.

Caminó deprisa, alejándose, respirando a duras penas porque el aire no le llegaba a los pulmones.

«No tenéis hijos, milady».

No… Claro que no.

Porque Nimue le había robado a Jamie.



Los ojos de Rowan lo miraban, acusadores. Y aquello era realmente nuevo para Murtagh, ya que su hijo prefería escabullirse, huir, esconderse… Jamás antes le había plantado cara de aquella manera.

—¿Por qué me miras así? —le soltó.

Solía mostrar un carácter más templado con él, pero el estado de nervios en el que se encontraba, después de buscarlo desesperado por toda la fortaleza Buchanan, hizo que se descontrolara.

Para su sorpresa, Rowan no se encogió. Continuó mirándolo fijamente.

Casi… casi como si quisiera decirle algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, poniéndose en cuclillas para estar más cerca de él—. ¿Crees que he sido cruel con la dama?

Rowan bufó.

No había hablado, pero, desde luego, era una respuesta.

—Ya veo. Le has cogido cariño a esa *sassenach.*

Murtagh suspiró. Tenía que hacerle entender a su hijo que él no estaba en contra de esa nueva amistad, pero que no podía desaparecer sin más para ir a buscarla, sin avisarlo, sin decirle adónde o con quién iba. Esa mañana lo había pasado realmente mal hasta que la cocinera le informó de que podía encontrarlo en compañía de lady Daisy. Se imaginó… Bueno, se imaginó las peores cosas que podían haberle ocurrido. Que se había perdido en el bosque, que se había caído al foso de la fortaleza y se había ahogado, que los otros niños lo habían vuelto a increpar llamándolo «perro» y lo habían encerrado junto a los canes que los Buchanan tenían para cuando salían de cacería y estos lo habían atacado a mordiscos…

Una pesadilla.

Y todo para que, al final, estuviera con ella.

Otra vez.

—Escucha —le dijo, cogiéndole de la pechera con ese cariño rudo con el que solía tratarlo—, no me importa que busques su compañía. Pero debes decírmelo. A mí, o a Tyler o a cualquiera de los hombres MacMeinn, ¿me has entendido? Debo saber dónde te encuentras en todo momento, Rowan, porque no soportaría perderte. Eres mi hijo. Eres lo más importante para mí.

Rowan relajó un poco el ceño. Asintió con un golpe seco de cabeza y Murtagh lo zarandeó con suavidad para tratar de arrancarle una sonrisa.

—Entonces ¿tenemos un trato? —le preguntó, cuando comprobó que los labios se le curvaban ante su gesto juguetón.

Rowan lo abrazó por toda respuesta y Murtagh suspiró, aliviado.

Se incorporó con su hijo en brazos y se encaminó de regreso a la explanada donde todos se preparaban ya para las pruebas de lucha.

Antes de que diera comienzo la competición, esperaba poder encontrar a lady Daisy. Se sentía mal por haberla tratado de ese modo; no solo por esa reprimenda silenciosa de su hijo, sino por lo que había visto en sus ojos cuando lo enfrentó.

Había sido incómodo y se había sentido el peor de los hombres. Su mirada había relampagueado con un sentimiento tan amargo, que lo había notado en su propia piel. ¿Tal vez se había quedado viuda tan rápido después de sus esponsales, que no había tenido tiempo de concebir un niño y era una pena que arrastraba, además de la muerte de su esposo?

O tal vez, simplemente, no podía tener hijos.

En cualquiera de los casos, reconocía que sus palabras habían resultado mezquinas. Y, de haber estado en sus cabales, jamás le habría dicho algo así. No la conocía. No sabía las circunstancias de su vida.

—Ella me ha dado un susto de muerte, pero hablarle de ese modo ha sido excesivo —susurró, más para sí mismo que para Rowan, la única persona que podía escucharlo—. La buscaremos. Me ayudarás, ¿verdad? Se le pasará el enfado si la miras con esos ojos enormes y azules. Si a ti te gusta lady Daisy, estoy convencido de que tú también le gustas a ella.

Su hijo le colocó una manita en el mentón y le giró la cara para buscar su mirada. Murtagh lo conocía lo suficiente como para comprender que aceptaba ayudarlo y que estaba complacido por lo que había dicho.

Porque, además, sonreía de nuevo.

Igual que la noche anterior.

¿Por fin verlo sonreír se convertiría en una costumbre? Ya solo por eso debía estarle eternamente agradecido a esa *sassenach* y lamentó haber sido tan impulsivo con ella.

Cuando llegaron a la explanada, los dos buscaron con la mirada entre los distintos grupos allí reunidos, para ver si daban con ella. Su familia estaba con otros lairds, preparando el inicio de la prueba, y Murtagh se acercó a ellos sin pensarlo.

—¡Laird MacMeinn! —exclamó Eric Drummond al verlo aparecer—. ¿Estás preparado para la lucha?

—¡Oh, va a ser una jornada muy interesante! —añadió el laird Patrick MacAuley, el padre de Drustan, antes de que él pudiera contestar a la primera pregunta.

—Disculpad, ¿sabéis dónde está lady Daisy?

Todos los presentes lo observaron con extrañeza.

—No la hemos visto, ¿por qué? —preguntó Kendrew Buchanan.

—A Rowan le apetecía ver la prueba con ella —se inventó. Aunque, bien pensado, posiblemente fuera verdad—. Ayer lo pasó muy bien en su compañía y la de los otros niños.

—Ve a prepararte —le recomendó Kendrew, al ver que no estaba vestido para la competición —. Le diré a mi cuñada que tu hijo la busca en cuanto la vea, tranquilo.

Murtagh se sintió incómodo ante las miradas de aquellos guerreros. En el pasado siempre lo habían contemplado con algo de recelo, tal vez miedo, y mucho respeto. Ahora, creía percibir en sus ojos algo que hasta ese momento jamás habían manifestado en su presencia… ¿condescendencia, tal vez?

Era bastante probable. Porque todos ellos eran padres y reconocían el sentimiento de sobreprotección hacia su vástago.

Murtagh gruñó para sus adentros.

Tendría que ganar esa prueba de lucha para demostrarles a todos esos hombres que seguía siendo el mismo guerrero de siempre: frío, imperturbable, demoledor.

Capítulo 10



Pasó las primeras rondas sin dificultad, como era de esperar. Murtagh se encontraba fuerte y apenas había sufrido daños en los primeros enfrentamientos. Por suerte para él, Kendrew Buchanan y Drustan MacAuley, sus dos rivales más serios, se habían enfrentado entre ellos, alzándose el anfitrión con la victoria tras un duro combate.

Por lo tanto, según avanzaba la jornada, quedó bastante claro que se enfrentaría con él en la final.

Cuando llegó el momento, Murtagh se reunió con sus hombres para recibir el apoyo y los consejos de su gente.

—¿Dónde está Rowan?

—El niño está con nosotros, viendo cada combate —le respondió Tyler, su segundo al mando —. Tú céntrate en tu adversario y no te preocupes por él.

Murtagh bebió una jarra de cerveza que alguien le ofreció antes de dirigirse de nuevo al centro del campo donde Kendrew Buchanan ya lo esperaba para resolver esa final.

—¡Cómo deseaba que llegara este momento! —exclamó el anfitrión con una sonrisa socarrona, haciendo crujir sus nudillos.

—He visto tu combate con MacAuley —le contestó él—. Has tenido suerte.

—Entonces, espero tenerla también contigo —fanfarroneó.

Los dos hombres estaban desnudos de cintura para arriba, vestidos tan solo con la falda característica de los highlanders. Se colocaron en el centro, se agarraron mutuamente del ancho cinturón de cuero y apoyaron la barbilla en el hombro del contrincante, a la espera del aviso para comenzar la lucha.

Antes de que el árbitro les diera la señal, los ojos de Murtagh recorrieron las figuras de los espectadores que los rodeaban, y encontró a Rowan entre sus hombres.

Y, para su estupefacción, lo vio levantarse de la hierba donde estaba sentado y correr hacia un lado.

Antes de que pudiera reaccionar, sonó el grito que daba comienzo al enfrentamiento y Kendrew lo empujó con fuerza, por lo que tuvo que prestar atención al combate y centrarse.

O lo intentó.

Mientras forcejeaba con el laird Buchanan, sus ojos se movieron tratando de localizar al niño. Se detenían en cada rostro infantil, al tiempo que bufaba para que su adversario no lo levantara del suelo y lo tirara de espaldas.

Cuando al fin lo localizó, no dio crédito.

Su hijo estaba sentado en el regazo de lady Daisy que, a su vez, estaba acomodada en el suelo, sobre la hierba, mirando el combate. Ella lo tenía abrazado por la cintura y le hablaba al oído.

Rowan giró la cara hacia la dama un segundo. Un solo segundo que, para Murtagh, pasó muy lento entre sus propios resoplidos por el esfuerzo.

Porque vio cómo el niño abría la boca y movía los labios.

Porque su hijo, que no hablaba desde hacía más de un año, acababa de decirle algo a esa *sassenach* con la que parecía encontrarse tan cómodo.

Resbaló. O tal vez Kendrew empujó más fuerte. Notó que sus pies se elevaban en el aire y se desestabilizaba.

Gruñó rabioso, porque había perdido por completo la concentración. Puso todo su empeño en regresar a la lucha y, con un rugido, volvió a plantar los dos pies en el suelo, al tiempo que echaba todo su peso hacia adelante.

Kendrew también gritó, lo desplazó unos pasos, y él contraatacó para moverlo, para no dejarlo respirar.

De pronto, tenía prisa por terminar.

Su hijo había hablado, y él quería saber lo que había dicho cuanto antes.

Y el laird Buchanan se interponía, porque, hasta que no lo venciera, no podría correr al lado de Rowan.

Apretó los dientes, visualizó los ojos de su hijo, abiertos, brillantes… y orgullosos.

Estaría orgulloso de su padre, pensó, dándolo todo de él en ese último arranque de fuerza, en el que levantó a su oponente por el cinturón y lo volteó, para estrellarlo con un golpe sordo contra la hierba, de espaldas.

Cuando escuchó los gritos, aplausos y silbidos del público que contemplaba el espectáculo, aclamándolo, hizo algo que jamás había hecho hasta entonces.

Levantó los brazos, con los puños apretados, al tiempo que gritaba al aire para celebrar aquella victoria sobre su oponente.

En ese momento le supo a gloria, porque Rowan lo había presenciado.

Y porque su hijo había hablado, por fin, después de tanto tiempo.



Un rato antes, justo a tiempo para ver el inicio de la lucha, Daisy se había reunido con sus hermanas. Había tratado de disimular la hinchazón de sus ojos, pero no logró ocultar el hecho de que había estado llorando desde el momento en que se separó del laird MacMeinn en el bosque.

—¿Qué ha ocurrido? —le había preguntado Heather.

—Nada. Uno de mis ataques de nostalgia —había aclarado ella—. Creo que ver la competición me distraerá de mis pensamientos.

Y lo decía en serio. Había corrido a su alcoba, invadida por la honda tristeza que ese hombre había removido en su interior con sus crueles palabras. Hasta que, sin saber cómo había pasado, una chispa de furia prendió en su ánimo y se superpuso a la pena. ¿Con qué derecho le había hablado así? Murtagh MacMeinn podía estar preocupado y enfadado por no encontrar a su hijo, pero no iba a consentir que la convirtiera en un amasijo de lágrimas y desconsuelo. Sus hermanas ya habían pasado un infierno con ella durante esos años, en los que no había sido capaz de sentirse una persona completa. Y, ahora que por fin parecía que podía respirar un poco —gracias a Rowan, ese ángel que le había caído del cielo—, ¿aquel hombre iba a conseguir que volviera a encerrarse en sí misma?

Ni hablar.

Se había limpiado la cara, había lavado sus ojos para tratar de disimular la rojez e hinchazón de sus párpados, y había salido de la fortaleza dispuesta a reunirse con los demás.

En la explanada, los clanes ya habían formado un enorme corro para dejar espacio, en el

centro, a los dos finalistas de la prueba. Se había perdido los anteriores combates, pero había llegado a tiempo para ver quién se alzaba vencedor.

No le sorprendió que los últimos participantes en liza fueran Kendrew Buchanan y Murtagh MacMeinn. Drustan también habría sido una opción lógica, por lo que preguntó por él al comprobar que no era uno de los finalistas. Lily enseguida la puso al día.

—Ha perdido contra Kendrew. Esta noche tendré que pensar en algo para subirle la moral —les había dicho a sus hermanas, con un guiño pícaro.

Daisy sabía que encontraría la manera de hacerle sentir mejor. Mucho mejor…

Después, se había dedicado a observar el desarrollo de la prueba.

No pudo evitar fijarse más de la cuenta en el guerrero de pelo blanco, tal vez por lo enfadada que estaba con él. Se sorprendía por notar esa furia en el pecho, después de llevar años sin sentir otra cosa que no fuera una honda tristeza. La pena había sido una emoción tan intensa y constante, que había atenuado todas las demás, transformando la vida a su alrededor en un mundo sin colores.

Murtagh MacMeinn era el responsable de ese cambio y ahora sus ojos no podían apartarse de su persona.

El enfado no le impidió fijarse en que era imponente. Sin camisa, ese torso desnudo resultaba abrumador. A pesar de que Kendrew estaba a su lado, y su cuñado era también un hombre de notable masculinidad, había algo en Murtagh que lo destacaba sobre los demás. Daisy no podría haber explicado por qué su mirada recorría lentamente cada porción de piel, cada músculo y cada cicatriz que se marcaba en su pecho, abdomen, espalda y brazos. Seguramente fuera la furia que le quemaba en el estómago, porque sintió un calor desconocido extendiéndose por su cuerpo, ramificándose y ascendiendo hasta colorearle las mejillas por el calor.

Un pensamiento incómodo se le coló en la mente.

Su esposo Richard no lucía de ese modo cuando se quedaba desnudo frente a ella.

Sacudió la cabeza para espantar aquella idea, horrorizada consigo misma, e intentó concentrarse en lo que estaba ocurriendo. La pelea iba a comenzar.

Para su sorpresa, desde el otro extremo de la explanada, el pequeño Rowan llegó corriendo y, con una naturalidad que la dejó pasmada, se acomodó en su regazo para mirar la competición.

El gesto aplacó su enfado al momento.

Lo trocó en otra cosa… En una paz de espíritu que inundó su corazón de algo muy cálido.

Lo abrazó por la cintura en un tierno impulso y lo tranquilizó, al detectar que aquel pequeño cuerpo estaba nervioso.

—Lo hará muy bien. Tu padre es un hombre muy fuerte —le susurró.

Rowan giró la cabeza un segundo para contestar.

—El más fuerte —expresó con orgullo.

De nuevo esa voz infantil, algo rota por la falta de uso.

Daisy tragó saliva, pero no le dio tiempo a emocionarse porque el griterío desvió su atención a lo que ocurría en el centro de aquel corro de personas. Los dos lairds luchaban con todas sus ganas por ver quién derribaba al contrincante. Perdería aquel que tocara el suelo con cualquier parte de su cuerpo que no fueran las plantas de los pies.

Y ese fue Kendrew.

Tras una dura batalla, repleta de gruñidos, resoplidos y forcejeos, Murtagh MacMeinn logró desequilibrarlo, alzarlo del suelo y tirarlo de espaldas.

Estalló el alboroto, la alegría de unos y la decepción de otros, aunque todos estaban entusiasmados por la intensidad de aquella lucha. Además, el laird MacMeinn extendió el brazo

y ayudó a Kendrew a ponerse en pie tras derrotarlo, gesto que le honró y que sumó puntos de cara al resto de los clanes, ya que dejó un buen sabor de boca a pesar de que el anfitrión siempre fue el favorito.

Rowan se levantó del regazo de Daisy y la miró con los ojos muy brillantes.

—¿Quieres ir con tu padre? —le preguntó ella, con la sonrisa contagiada.

No deseaba acercarse a ese hombre, pero, por el niño, por la ilusión que desprendía todo su cuerpo, haría el esfuerzo. Se puso en pie y se sacudió las briznas de hierba que tenía en la falda del vestido; le tendió la mano a Rowan y se dirigieron hacia el círculo de guerreros que jaleaban al vencedor de la prueba, le palmeaban en la espalda y se maravillaban por tan buen combate.

En cuanto se percató de la presencia de su hijo, Murtagh se volvió hacia él, se agachó y lo alzó en sus brazos.

—¿Te ha gustado la pelea?

Rowan le palmeó el hombro como había visto hacer a los otros y le mostró una radiante sonrisa.

Daisy se dio cuenta de que la reacción del niño no lo complacía del todo. Dejó escapar un suspiro frustrado antes de mirarla a ella directamente.

—Lady Daisy, ¿podemos hablar en privado?

No, no podían.

O, más bien, ella *no quería*.

—Creo que ahora no es buen momento, laird. Sois el vencedor de la prueba y os debéis a vuestro exaltado público. Celebradlo con vuestros hombres y vuestro hijo, ya habrá tiempo para hablar… más tarde.

Se giró para alejarse de aquel grupo, pero la mano enorme de Murtagh se cernió sobre su muñeca, como ya ocurriera la noche anterior, cuando quiso retirarse a su alcoba.

Y, de nuevo, esa quemazón en su brazo. Esa sensación inesperada e inquietante.

—Hablaremos ahora, milady —susurró Murtagh, con un tono autoritario. Dejó a Rowan en el suelo y la miró esperando que obedeciera.

De reojo, Daisy vio cómo Kendrew, muy cerca de ellos, arrugaba la frente. Y Drustan se acercaba también, seguido por sus hermanas y sus sobrinos. Por alguna estúpida razón, no quería desatar una discusión en ese momento que debería ser de dicha y celebración. El laird MacMeinn estaba mal de la cabeza por arriesgarse a un enfrentamiento con su familia solo para salirse con la suya, y pensaba dejárselo muy claro en cuanto tuvieran esa conversación que le había pedido.

—Muy bien, supongo que lo que tenéis que comentarme es acerca de vuestro hijo —dijo en voz alta, para que todos la escucharan.

No entendía esa necesidad de justificar al guerrero, cuando tal vez sería mucho mejor dejarlo a merced de sus cuñados.

—Así es —respondió él, sin soltarla.

Daisy retorció el brazo para librarse y él la soltó con cierta renuencia.

—Hablemos, pues.

La joven se separó del grupo y se alejó unos pasos, los suficientes como para que su familia no la perdiera de vista, pero también para que pudieran conversar con privacidad. Él la siguió, mientras Tyler, su segundo al mando, se hacía cargo del pequeño para que no los molestara.

—¿Qué os ha dicho Rowan? —le soltó Murtagh a bocajarro, con muy poca amabilidad.

—Vais al grano, laird. Creía que ibais a reprenderme de nuevo por pasar tiempo con él.

—Decídmelo —espetó, impaciente—. Lo he visto… Os ha dicho algo durante el combate.

A Daisy la sorprendió la capacidad de ese hombre para luchar y, al mismo tiempo, no

perderse detalle de lo que había ocurrido a su alrededor. Una capacidad de enfoque en sus objetivos magnífica, sin duda.

—En efecto. —La joven se cruzó de brazos y esbozó una media sonrisa—. Y debéis saber que también habló esta mañana, cuando paseábamos por el bosque, antes de que vos aparecierais hecho una furia —le explicó, solo por el placer de ver esa expresión de desconcierto en sus ojos rojizos.

Murtagh dio un paso atrás y dejó escapar el aire de sus pulmones por la sorpresa.

—¿Qué os ha dicho? ¿De qué os ha hablado mi hijo? ¡Condenación, decídmelo!

Por primera vez, Daisy comprendió que aquella exigencia, aquel tono autoritario, tenía más que ver con la preocupación de un padre que con las ganas de imponer su voluntad.

—En realidad, os mencionó a vos —le contestó, sincera.

Murtagh se mostró aturdido.

—¿Cómo…? ¿Qué… qué dijo?

Había rebajado el tono y el volumen de su voz. Había recortado de nuevo ese paso de distancia entre los dos y la miraba suplicante, ansioso.

Daisy se apiadó de él.

—Hablábamos… Bueno, yo era la que hablaba, acerca de la competición. Le pregunté si tenía ganas de ver la lucha y repasé a los posibles vencedores. Rowan me interrumpió entonces para decir «padre». Vuestro hijo estaba convencido de que vos seríais el ganador de la pelea. Os admira mucho, laird.

Murtagh se llevó una mano al pecho y sus ojos, desconcertados, se perdieron un momento en la hierba que cubría el suelo. Como si necesitara unos segundos para procesar lo que acababa de escuchar.

Daisy se fijó en sus dedos largos, posados sobre aquella piel desnuda y sudorosa. En cómo todos esos músculos se expandían con cada respiración agitada…

¡Por todos los cielos! ¿De verdad estaba admirando a un hombre solo por lo impresionante que le parecía aquel pectoral cubierto de vello oscuro y cicatrices?

Aunque no… No era solo por eso.

Era la indiscutible vulnerabilidad que lo rodeaba en ese momento, después de haber demostrado a los clanes que era el guerrero más capaz de todos los que se encontraban en aquella explanada.

—¿Y hace un momento? —habló él de nuevo, buscando sus ojos—. Mientras luchaba… ¿qué os ha dicho?

—Que os consideraba el más fuerte.

Murtagh tragó saliva y parpadeó despacio, pensativo.

Maravillado, tal vez.

—No puedo creer que, después de tanto tiempo, hayáis conseguido que hable.

—No he conseguido nada, laird. Rowan se ha expresado cuando ha considerado que tenía que hacerlo.

Él negó con la cabeza.

—No. Vos habéis obrado el milagro, y yo… He sido muy injusto con vos. Lamento lo que os dije en el bosque, sé que os dolió y lo siento muchísimo. Tengo fama de cruel y lo habéis experimentado por vos misma, no es infundada. Aunque eso no significa que no me arrepienta cuando me propaso.

Daisy se retorció las manos y bajó la mirada al suelo. Se sentía mal, no quería ni recordar lo que le había dicho.

—Milady —la llamó de nuevo, en un susurro. Ella levantó los ojos, que se engancharon a los suyos—, lo siento de corazón —le reiteró.

Había verdadero arrepentimiento en el fondo de aquellas pupilas.

—Está bien —le contestó. Sacudió la cabeza e inhaló con fuerza, antes de dirigir la mirada al grupo que los observaba sin disimulo, muy intrigados por lo que se traían entre manos—. Deberíais volver, laird, sois el protagonista del día y os esperan para celebrar vuestra victoria y brindar por vos.

—Por favor, venid conmigo. Rowan estará encantado de teneros a su lado durante la fiesta.

Ella miró más allá de su persona y esbozó una enigmática sonrisa.

—Creo que Rowan ha encontrado una compañía mucho mejor para disfrutar de la velada, laird.

Cuando Murtagh se giró, vio lo mismo que había visto ella. Sus sobrinos Drake, Brodie y Ailsa se habían acercado a él, ruidosos y felices, para incluirlo en sus juegos. Drake y Brodie imitaban los movimientos de lucha que habían visto a los mayores y se reían de manera escandalosa, mientras Rowan los observaba con los ojos brillantes, deseoso de participar en aquella charada. Ailsa lo agarró de la cintura y tironeó de él como si quisiera derribarlo simulando un combate, sin conseguir moverlo del sitio… y Rowan estalló en carcajadas.

Tanto Daisy como el hombre que la acompañaba se quedaron de piedra cuando lo escucharon reír de aquella manera.

—Ahora tengo otro motivo para brindar con vos, milady. —Los ojos de Murtagh no se despegaban de la felicidad que transmitía el rostro de su hijo—. Y este es mucho mejor que mi victoria en los Juegos.

Capítulo 11



Lily y Heather no podían apartar los ojos de su hermana. Aunque, hubiera sido más preciso decir que no los despegaban del hombre que la acompañaba y que parecía estar guardándola… ¿De qué? Se preguntaban. Daisy no corría peligro allí, rodeada de miembros de dos poderosos clanes con los que ahora estaba emparentada.

Lachlan MacRae y Dougal Robertson habían rondado a Daisy, como venían haciendo durante esos días, pues ambos tenían mucho interés en la dama según les habían confesado a sus hermanas. Ambos creían que era un buen partido; que una viuda tan joven y de tan buena familia, aunque inglesa, era lo que buscaban para lograr un matrimonio con el que, además, generar alianzas con los Buchanan y MacAuley.

Sin embargo, el ceño de Murtagh se fruncía cada vez que alguno de ellos se les acercaba o trataba de entablar una conversación con ella, y se cruzaba de brazos, ensanchando su pecho, taladrando con la mirada al pobre diablo de turno.

Aquella actitud posesiva con respecto a Daisy tenía a Lily y a Heather totalmente desconcertadas.

Tampoco daban crédito al hecho de que su hermana consintiera pasar tanto tiempo en compañía del laird MacMeinn. Hasta ese momento, ninguno de los hombres que le habían presentado había captado su interés. Lachlan y Dougal eran los que más se habían acercado a ella, aunque las dos sabían que Daisy, simplemente, había sido amable con ellos para que dejaran de atosigarla con nuevas amistades. Cuando hablaba con esos hombres, siempre se llevaba los dedos al colgante de su cuello y lo toqueteaba en aquel gesto suyo tan característico. Luego, después de un rato de charla educada, Daisy ponía una excusa y se retiraba, sin darles ninguna opción.

Con Murtagh MacMeinn, sin embargo, no había echado mano de su colgante. Y llevaba toda la velada charlando con él… Con el hombre más aterrador de aquella reunión de clanes.

—¿Has visto cómo huyen despavoridos todos los que se le acercan? —preguntó Heather.

—Eso no me sorprende. Una mirada intensa de Murtagh te estremece hasta los huesos —le respondió Lily—. Lo que me deja pasmada es que Daisy ni se da cuenta… ¡y hasta sonríe!

—Me preocupa.

Lily se giró hacia su hermana pequeña.

—¿Te preocupa que por fin Daisy se comporte como una mujer joven que disfruta en una fiesta?

Heather movió la cabeza.

—Lo que me preocupa es que lo único que tienen en común es ese niño extraño. Ella parece haberle cogido cariño.

—¿Crees que ella…? —No terminó la pregunta, pero no hizo falta. Heather lo entendió, como lo habrían entendido Rose y Bluebell de haber estado presentes. La conexión que tenían todas las hermanas era muy fuerte.

—Sí. Rowan tiene la misma edad que Jamie —susurró la pequeña de las Wadlow—. Me

preocupa que la pena que inunda su corazón la confunda. Es el hijo de Murtagh y, cuando los MacMeinn regresen a Mullach Creige, si está prendada de ese pequeño, toda la angustia que ha conseguido arrinconar durante estos días regresará con más fuerza.

Su hermana le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia? —Lily suspiró—. Tendremos que hablar con ella. No podemos permitir que vuelva a caer en ese pozo de desesperación.

—¿Ahora?

—No. Está sonriendo. Deja que disfrute de esta noche. Mañana habrá tiempo, cuando Murtagh no esté a su lado.



El guerrero del que hablaban las hermanas Wadlow era el primer sorprendido por los acontecimientos de aquella velada. La compañía de lady Daisy le estaba resultando interesante, a falta de una palabra mejor. Como le ocurriera en el pasado con su hermana Lily, encontraba a la *sassenach* distinta; una mujer que no lo temía y que era capaz de sostenerle la mirada sin encogerse. Pero, sobre todo, lo que la diferenciaba de las demás, era el trato que dispensaba a Rowan.

Nadie se había molestado jamás en escuchar a su hijo, aunque no hablara.

Ella lo había hecho.

Y no solo lo había hecho, sino que había conseguido que le respondiera.

En esos momentos, mientras bebía pequeños sorbos de su jarra de hidromiel, la dama sonreía porque su atención estaba puesta en el juego de los pequeños, un poco apartados del bullicio de la celebración. La conversación había girado en torno a los niños todo el tiempo y el brillo de sus límpidos ojos azules cuando hablaba de sus sobrinos tenía hipnotizado a Murtagh.

—Drake no es malvado —le explicó, en referencia a lo que había ocurrido con su hijo en los establos—. Es solo un niño, y de vez en cuando no mide las consecuencias de sus travesuras. Pero tiene un gran corazón. Os prometo que ahora que se ha hecho amigo de Rowan, será un compañero de juegos fiel y, siendo el mayor de todos, no dejará que otros niños lo molesten.

—Es bueno saber eso.

—Brodie imitará todo lo que haga Drake; siempre lo hace, tiene a su hermano en un pedestal. Es un niño muy dulce, no tiene ninguna maldad. Es… un encanto. Y Ailsa —Daisy suspiró, como si estuviera enamorada de sus sobrinos—, Ailsa es apasionada, es curiosa, es inquieta, es un auténtico torbellino. Pero ya la visteis, fue la primera en incluir a Rowan en su grupo y os aseguro que ha ganado a una amiga para siempre.

El rostro de Daisy tenía una luz distinta cuando hablaba de los niños, pensó Murtagh. Era como si se desprendiera de esa máscara de profunda tristeza que parecía llevar desde que la conoció. ¿Quizá porque ella deseaba un hijo propio, tal y como había sospechado cuando tuvieron la discusión en el bosque?

No quiso ser maleducado o brusco preguntándole por algo tan íntimo, así que decidió abordar otros temas. En concreto, el asunto que a él más le preocupaba.

—¿Creéis que con ellos Rowan se soltará y volverá a hablar con normalidad?

Daisy bebió de nuevo un trago de hidromiel.

—No lo sé. Aunque, ahora que ya ha dicho algunas palabras, es muy posible.

—Pero solo ha hablado con vos —le dijo, sin ocultar su admiración y cierto grado de celos—.

Ojalá me respondiera a mí también. Me da miedo que, cuando mañana nos marchemos, Rowan vuelva a encerrarse en sí mismo.

Daisy lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Mañana?

—Las competiciones ya han terminado.

—Pero Kendrew y Heather van a celebrar mañana un gran banquete de despedida. Al menos, debéis quedaros un día más. Sois el héroe de los Juegos, vuestra presencia es indispensable.

Murtagh no pudo sujetar una ronca y amarga carcajada al escuchar la última frase.

—Se nota que no sois de por aquí, *sassenach*. Nadie me echará de menos si mañana desaparezco. Es más, todos lo agradecerán.

—Esa palabra, *sassenach,* es algo malo, ¿verdad? Escuché a mis hermanas algún comentario al respecto.

—Solo significa que sois inglesa.

—Y no os gustan los ingleses, claro —dedujo ella.

—Claro —susurró, mirándola con intensidad.

Daisy se cuadró de hombros, para su sorpresa, y giró un poco el cuerpo para quedar frente a frente.

—Insisto en lo que ya os dije: debéis dar ejemplo a Rowan. Quedaos a las celebraciones e intentad ser más sociable, hablad con los otros lairds, tratad de sonreír un poco más, bailad, incluso, con alguna de las damas. Si os marcháis mañana a toda prisa, estaréis haciendo lo mismo que teméis que haga vuestro hijo. Estaréis encerrándoos en vos mismo, *escocés*.

A Murtagh le hizo gracia que imprimiera un tono despectivo a la palabra *escocés*. Era el mismo que había usado él al llamarla *sassenach*.

Esa mujer no se achantaba, sin duda.

—¿Y bien? —preguntó ella impaciente, al comprobar que no respondía a su consejo.

—Yo no bailo —gruñó, al imaginarse la escena. ¿Qué pensarían los otros lairds si lo veían danzando con torpeza, sin ser capaz de coordinar un solo movimiento al ritmo de la música?

—No bailáis, no sonreís, no conversáis…

—Converso con vos.

—Yo solo soy una inglesa, una invitada. Deberíais intentar afianzar vuestros lazos con los miembros de otros clanes, con la gente a la que veréis más a menudo. Es posible que vos y yo no volvamos a vernos nunca cuando esta gran reunión termine.

Aquella afirmación, tan inesperada como cierta, le produjo una enorme desazón sin saber por qué. Los ojos de Daisy, a la luz de las fogatas de la fiesta, eran de un azul cálido. Un azul que atrapaba, que destellaba con la promesa de algo que estaba por empezar y no por terminar, como ella acababa de insinuar.

—¿No pensáis volver nunca más a visitar a vuestras hermanas? —le preguntó, en un susurro.

Sin darse cuenta, había dado un paso hacia ella. La miraba tratando de descifrar lo que él mismo sentía al respecto.

—No sabría deciros. Pero, aunque lo haga, es poco probable que coincidamos de nuevo. Tengo entendido que no sois dado a realizar visitas de cortesía, laird. Incluso vuestra presencia en estos Juegos ha sido una sorpresa para el resto de los clanes. Escuché que llevabais unos años sin participar.

—Así es —respondió él, un tanto desconcertado por saber que había sido el tema de conversación de sus compatriotas—. Estuve ausente de Mullach Creige durante un tiempo, cumpliendo varias misiones en la frontera por orden del Canciller Arran. Regresé hace un año y

medio.

Esa información pareció intrigar a Daisy.

—Entonces, ¿no estabais presente cuando Rowan nació?

—No, no estaba.

Fue una respuesta brusca, tajante, propiciada por la enorme culpabilidad que aún le hervía en el pecho cuando se acordaba de Nimue y de lo mal que se había portado con ella. Y, aunque la había tratado correctamente una vez la tuvo de regreso —procurándole todo tipo de comodidades, siendo con ella todo lo cordial que pudo dada su enfermedad—, el negro sentimiento que lo invadía cuando recordaba sus últimos días le agriaba, aún más, el carácter.

«He sido muy feliz estos meses a tu lado», le había dicho la joven morena, postrada en la cama. Lo había mirado con sus ojos azules clarísimos llenos de un sentimiento que, por más que lo disfrazara de amor, él encontraba muy turbio. De hecho, en aquel momento le había extrañado que no incluyera a Rowan en esa afirmación. Nimue requería de su presencia en aquellos días en que la enfermedad era más virulenta, pero no había pedido ver a su hijo. Solo a él. Y lo miraba, en cada ocasión, como si en el mundo no hubiera nada más. Como si le bastara tenerlo a él al lado para continuar luchando por respirar. Una de aquellas veces, tras un nuevo ataque de tos violenta, en la que había vuelto a expectorar sangre, Nimue se había aferrado a su mano con pasión.

«Sabía que me cuidarías, que te preocuparías por mí. Sabía que, en el fondo, me querías. Por eso volví, tenía que hacerlo, tenía que estar contigo».

Murtagh recordaba aquel momento con mucho malestar. Dado el lamentable estado de salud de la joven, no la había desengañado. Había apretado su mano mientras todo ese amor que ella mencionaba sobrevolaba sus cabezas, enrareciendo el aire de la alcoba, llenándolo de más culpabilidad si cabía, porque, aunque lo había intentado, no había sido capaz de dejarla entrar en su corazón.

Se lo había advertido muchas veces en el pasado. Su corazón se había encogido y vuelto piedra tras su matrimonio con la *sassenach* Margery. Era incapaz de amar a nadie. Pero Nimue había insistido, con enfermiza determinación, hasta llegar al punto en el que se habían encontrado de nuevo, con un hijo en común… y nada más, aunque ella creyera lo contrario.

La joven se había ido apagando poco a poco y no había preguntado por Rowan.

Por el contrario, el niño sí había preguntado por ella. Cada día. Cada noche. Y Murtagh había tratado de explicarle lo que ocurría: que su madre estaba muy enferma y que tenía que descansar. Hasta que, cuando el curandero les avisó de que apenas le quedaba vida, lo había llevado a su alcoba, para que pudiera despedirse.

Nimue no lo había reconocido. Lo había mirado, con los ojos ya vueltos hacia ese infinito que la aguardaba al otro lado, y no le había dicho nada. Rowan lloró, se abrazó a ella, y la joven no le devolvió el gesto de cariño.

Sin embargo, cuando Murtagh se le acercó, la joven sí había reaccionado para elevar las manos y aferrarlo por las mejillas.

«Te amaré siempre», había susurrado, con los labios agrietados y pálidos, con unos círculos oscuros bajo esa mirada enamorada.

En aquel momento, había deseado gritar de rabia. ¿No se daba cuenta de lo mucho que Rowan estaba sufriendo? Había achacado a esa enfermedad la indiferencia hacia el niño y había disculpado su falta de amor maternal porque se moría. Tal vez, si él no la hubiera expulsado de Mullach Creige, si los tres hubieran formado una familia desde el principio, no habrían llegado a ese lamentable desenlace…

Y esa era la angustia que llevaba dentro desde entonces, y que había hecho que él contestara de forma tan áspera a lady Daisy cuando su pregunta, seguramente, no había tenido ninguna intención de molestarlo.

—Disculpad —añadió enseguida, al ver que ella no decía nada tras su brusca respuesta—. Todo lo concerniente a la madre de Rowan me resulta doloroso y reacciono mal cuando lo recuerdo.

La dama asintió y bebió un poco más de su jarra de hidromiel.

No volvió a hablar y Murtagh supo que había estropeado el momento. A buen seguro, ella ya estaba pensando en alguna excusa para huir de él en busca de una compañía más agradable para pasar el resto de la velada.

Por suerte para ambos, el incómodo momento se diluyó cuando escucharon el jaleo que provenía del grupo que danzaba en torno a las hogueras. Se fijaron en que los miembros de los clanes lanzaban exclamaciones de sorpresa y alegría, y vieron a uno de los guerreros Buchanan sonriendo de oreja a oreja mientras miraba como un cordero enamorado a una joven morena. Hubo unos segundos de silencio, de expectación, hasta que la dama dijo en voz alta «acepto», y todos estallaron en júbilo. El guerrero abrazó a la mujer y dio vueltas con ella en brazos para demostrar su alegría.

—¿Esos son Connor Buchanan y Anne Drummond? —preguntó Daisy.

Demonios. ¿Y él qué sabía? Aunque recordaba a la dama de otros Juegos, porque había participado en la prueba de Brigit en años anteriores y su prodigiosa voz era imposible de olvidar.

—Creo que sí, es la hija de Eric Drummond. Y el guerrero es un Buchanan, sin duda.

—Acaban de prometerse en matrimonio.

—Eso parece.

Murtagh apartó los ojos de la feliz pareja y miró a Daisy. Le había cambiado el gesto. La tristeza que normalmente sujetaba en la mirada se había desbordado y ahora se derramaba por las facciones de su bello rostro. Supuso que la escena le traía recuerdos de su difunto esposo.

—¿Os encontráis bien?

Ella se humedeció los labios, parpadeó y tragó saliva. Todo rápido, de manera atropellada, como si tratara de deshacerse de los sentimientos que la ahogaban.

—Creo que ya he disfrutado suficiente por esta noche. Estoy… Yo no… No puedo —reconoció, antes de mirarlo una última vez mientras palpaba con dedos temblorosos el colgante que llevaba al cuello—. Disculpadme, laird.

Se dio la vuelta para alejarse y él tuvo la tentación de retenerla. ¡Qué desastre de acompañante había resultado ser! No solo había incomodado a la dama con sus bruscos modales; además, no había sabido distraerla de lo que parecía haberla perturbado tanto. Y descubrió, con cierto asombro, que lamentaba su marcha más de lo que jamás habría imaginado.

De pronto, ya no tenía ganas de permanecer más tiempo en aquella reunión.

Pero escuchó reír a su hijo.

Miró hacia la zona donde los pequeños jugaban. Se acercaban a la mesa de los refrigerios y se apoderaban de algunos pastelillos antes de salir corriendo para que no les llamaran la atención por robar todos los dulces. Rowan participaba de la travesura como uno más, e, incluso, Ailsa lo agarraba de la mano para escapar juntos y él se lo permitía.

La satisfacción que notó en su pecho relajó su rígida expresión. Era un alivio comprobar que su hijo podía comportarse como un niño normal. ¿Seguiría así una vez se marcharan de las tierras Buchanan? ¿O volvería a encerrarse en sí mismo? En Mullach Creige ya no podría contar

con la desinteresada ayuda de Daisy Wadlow, la única persona que había sabido llegar hasta él.

Se acercó a la mesa de los refrigerios y se sirvió más bebida con un gruñido resignado.

—Esta noche la cerveza sabe mejor que nunca, ¿verdad?

Murtagh miró al hombre que le hablaba. Era Connor Buchanan, si lady Daisy no se había equivocado con el nombre. El guerrero exhibía un rostro risueño y sus ojos brillaban de felicidad mientras bebía.

—Creo que debo darte la enhorabuena por tu compromiso —le dijo, cortés, levantando su jarra para un brindis en el aire.

—Muchas gracias. Lo cierto es que me ha costado, pues el padre de la dama se mostraba un poco reacio. Quería algo más para su hija; después de todo, Eric Drummond siempre ha buscado un enlace que le reportara una buena alianza. —Suspiró y bebió un trago largo—. Supongo que esperaba a un hombre con más rango.

—Eres un Buchanan —Murtagh no veía el problema—. Este enlace será beneficioso para ambos clanes. Eres uno de los hombres de confianza de Kendrew, ¿me equivoco?

Connor lo miró con gratitud, como si le sorprendiera que hubiera pronunciado una frase tan larga.

—Muy cierto. Y, en lo que a mí respecta, trataré a Anne como se merece, como si fuera una reina. No le faltará de nada —dejó escapar una exhalación enamorada—. Hace mucho que esperaba este momento, y soy inmensamente feliz al saber que, cuando la despose, podré tenerla a mi lado cada día. Ella hace que mi mundo sea mucho mejor.

Al decirlo, le guiñó un ojo a Murtagh antes de abandonarlo para reunirse de nuevo con su prometida.

Y, por primera vez en su vida, al laird MacMeinn no le incomodó que un guerrero de otro clan le confiara un pensamiento tan íntimo. Al contrario, lo dejó pensativo. No solo por el tema que habían comentado respecto a las alianzas entre clanes —algo que él llevaba en su lista de tareas y que había olvidado por completo—, sino por su última y feliz afirmación: «Cuando la despose, podré tenerla a mi lado cada día».

Capítulo 12



Ser testigo de la escena que habían protagonizado Connor Buchanan y la dulce Anne Drummond le había revuelto el cuerpo. Ver a la feliz pareja demostrando su amor a todo el mundo le había traído demasiados recuerdos. Connor siempre le había parecido un hombre muy simpático, muy agradable, y Anne era un auténtico encanto. Se alegraba mucho por los dos, pero había sido doloroso rememorar lo que ella tuvo una vez… y ya jamás tendría.

Se escabulló de la fiesta y se refugió en su alcoba, dispuesta a meterse en la cama y buscar el sueño liberador. No quería pensar en nada, no quería revivir sus días con Richard, porque le dolía demasiado, porque eso la llevaba al momento en que lo sostuvo entre sus brazos, cuando el cuchillo clavado en su corazón le había arrebatado la vida.

Cuando se metió entre las sábanas, dejó escapar un lastimero gemido antes de que las lágrimas acudieran a sus ojos, abundantes, abrasadoras, desesperanzadas. Dolía tanto recordar…

El sol bañaba el campo de hierba y los ojos de Daisy se recrearon en las flores que lo salpicaban a su alrededor. Richard, cerca de ella, cortaba margaritas para regalarle un ramillete. Era algo que hacía desde que se conocieron, muy jóvenes, y él se enteró de que se llamaba como esas pequeñas flores blancas y amarillas.

Richard era guapo. Poseía esa clase de atractivo que atraía a las damas elegantes, con unos modales impecables y una sonrisa amable siempre en su rostro. Podían hablar de todo. Estar en su compañía la reconfortaba; era distinto a pasar el tiempo con sus hermanas, aunque igual de cómodo. Podía ser ella misma, podía expresar lo que se le pasara por la mente y sabía que él la escucharía. No solo estaban enamorados: Richard era su mejor amigo.

Ese día, cuando le entregó el ramillete, Daisy vio que entre las flores brillaba algo color ámbar.

—¿Qué es esto?

Sacó la cadenita enredada entre los tallos y miró aquella piedra preciosa.

Richard se la quitó de la mano para ponérsela al cuello con delicadeza.

—Es un amuleto. Me han dicho que protege contra las maldiciones.

Daisy miró hacia abajo para ver cómo le quedaba y se le formó un nudo de emoción en la garganta. Él sabía que la bruja Gaia había lanzado un hechizo cruel sobre su familia, el cual hacía casi imposible que ellos dos pudieran estar juntos. Richard también era inglés y, según la maldición, sus hijos no sobrevivirían si Daisy no mezclaba su sangre con la de un hombre que no lo fuera. Por eso, aquel amuleto era importante.

Significaba que Richard quería, a pesar de todo, un futuro en común.

—¡Oh, amor mío! —exclamó, antes de abalanzarse sobre él para besarlo.

Sus labios se fundieron en un agradable contacto. Los besos de Richard eran cálidos, muy familiares. Era como si hubieran nacido para besarse el uno al otro, un gesto tan natural en ellos como el respirar.

Él la rodeó con sus brazos, la apretó contra su cuerpo…

Y, de pronto, el pecho de Richard era más amplio. Lo acarició con las yemas de sus dedos y notó la fuerza de unos músculos poderosos bajo una piel cálida y firme. El corazón que retumbaba bajo la superficie latía acelerado y Daisy se sorprendió, porque jamás antes lo había sentido así bajo la palma de su mano.

Levantó la vista y se le cortó el aliento cuando su mirada chocó con unos ojos rojizos, intensos, llenos de fuego.

Pero no era un fuego aterrador…

Los ojos del hombre desbordaban de pasión.

Se le estremeció la piel y comenzó a temblar. Levantó un brazo para hundir sus dedos entre los espesos mechones blancos de su cabello y le resultó muy agradable al tacto; como su piel desnuda, como su cercanía…

No. Agradable no era la palabra.

Agradable había sido siempre con Richard.

Con ese hombre, en cambio, el adjetivo se quedaba muy corto.

La sangre en sus venas corría frenética de anhelo por sentir una caricia de sus rudas manos de guerrero. Sabía, de un modo instintivo, que no le harían daño. Que serían suaves con ella… y mucho más.

Sus labios se entreabrieron cuando notó que sus dedos la tocaban, ascendiendo lentamente por su brazo, llegando al hombro, deslizándose por la piel sensible de su cuello…

Quería que la besara.

—Hazlo —le rogó, en un susurro.

Y, justo cuando se inclinó hacia ella, cuando ya podía sentir su cálido aliento sobre la boca… se despertó.

Daisy abrió los ojos, espantada. Se llevó una mano al corazón, que le latía apresurado y errático. Se sentó en la cama casi de un salto y apoyó la espalda en el cabecero, con las piernas encogidas. La cabeza le daba vueltas, tenía la piel de gallina y estaba sudando. ¿Qué había sido eso? ¿Qué clase de sueño era aquel?

Apretó los muslos, porque notaba una necesidad extraña, una palpitación que jamás antes había sentido más abajo de su vientre.

—No era Richard —murmuró, culpable.

¿De verdad acababa de soñar con Murtagh MacMeinn? El guerrero no había pronunciado una sola palabra y no había dicho su nombre, pero ese color de ojos y ese cabello blanco eran inconfundibles.

Y su cuerpo… ¿Cómo era posible que recordara con tal exactitud cada ondulación de la piel de su pecho, cada cicatriz que lo adornaba?

Se estremeció y se abrazó el cuerpo, temblorosa.

Notó la boca seca y se sintió mareada por ese deseo repentino que tironeaba de sus entrañas y que la convertía en un amasijo de nervios.

Salió de la cama y se sostuvo al poste de madera de la esquina cuando las piernas le flaquearon. Desde luego, había sido un sueño muy vívido y muy intenso. Tanto, que la había despertado en mitad de la noche.

«No era Richard», volvió a repetir una voz en su cabeza, agrietándole un poco más el corazón.

Abandonó su alcoba para bajar a las cocinas y buscar un poco de agua… O tal vez un poco de hidromiel que le calmara el ansia que la recorría por entero. Avanzó por la oscuridad del pasillo, guiada únicamente por la débil luz de algunas teas prendidas en las paredes de piedra. Notó el frío de las corrientes de aire en aquel lugar, alejado del fuego que caldeaba los dormitorios, y se frotó los brazos porque, con las prisas, se había olvidado de ponerse una túnica sobre el camisón.

No vio la sombra que avanzaba hacia ella. Se sobresaltó cuando una de las teas iluminó el rostro del hombre que llegaba desde el otro extremo del pasillo y sus pies se detuvieron en seco. Ya tenía el corazón acelerado, pero eso no impidió que le diera una vuelta de campana en el pecho al reconocer al laird MacMeinn. ¿Acaso seguía soñando?

—Lady Daisy, ¿os encontráis bien?

Su voz enronquecida la estremeció. Él no había hablado en el sueño, por lo que dedujo que esta vez era real.

Y ella debía de parecer una desquiciada, en camisón, con el cabello suelto sobre los hombros, despeinada, el rostro pálido, los labios temblorosos y los ojos totalmente perdidos.

—¿Por qué no estáis durmiendo vos? —le preguntó, en lugar de contestarle.

Él apretó los labios y Daisy se fijó más de la cuenta en ellos. Habían estado a punto de besarla.

«En el sueño, por el amor del cielo, no lo olvides», se recriminó mentalmente.

—Tengo la cabeza llena de pensamientos —le susurró Murtagh—. ¿Cuál es vuestra excusa para deambular a estas horas en camisón por el castillo?

Daisy enrojeció y se abrazó para tratar de ocultar la curva de sus pechos, evidente bajo aquella tela tan liviana.

—He tenido un sueño extraño.

—¿Una pesadilla?

La joven miró aquel rostro varonil. ¿Lo había sido? No lo había sentido así… y eso resultaba aún más perturbador.

—He soñado con vos —le soltó, sin más, antes de meditar si era o no buena idea.

Murtagh se sorprendió. Ladeó la cabeza y la miró con intensidad, como si tratara de leerle la mente.

—No habéis contestado. ¿Una pesadilla? —insistió.

Por lo visto, él tenía asumido el pavor que generaba en los demás y le dio la sensación de que quería comprobar si con ella también era así.

—En realidad… no.

Los ojos de Daisy se pasearon por su torso y, aunque ya no estaba desnudo como durante la prueba de lucha, ella se recreó en su anchura, en la piel morena que asomaba por la abertura del cuello de la camisa, en cómo la tela se le pegaba al pectoral…

—No deberíais mirarme de ese modo —le advirtió él, con el tono ronco.

La joven tragó saliva. Se humedeció los labios e inspiró hondo, aunque no se tranquilizó. Tenía las emociones a flor de piel, la respiración agitada, y aún perduraban en ella las extrañas y vívidas sensaciones de aquel sueño perturbador.

Sus ojos volaron hasta la boca masculina y allí se quedaron, sin apenas parpadear, mientras su cabeza confundía la realidad con lo que acababa de experimentar unos minutos antes, en su dormitorio.

Murtagh avanzó y Daisy no se movió. Sus pies estaban pegados al suelo, a expensas del siguiente movimiento del guerrero.

—Dejad de mirarme así, o no respondo —volvió a susurrar él, dándole una oportunidad de

escapar.

La joven buscó sus ojos. ¡Por el amor del cielo, ardían como en su sueño! Abrasaban, en realidad. No había nada amable en esa mirada y, sin embargo, se sabía prisionera voluntaria en ella. No quería huir, no quería correr a esconderse una vez más. Daisy deseaba, por primera vez en mucho tiempo, saber cómo terminaba un sueño en el que no aparecía Richard.

Murtagh no era un hombre con dobleces. Era directo y sus intenciones asomaban, oscuras, en el fondo de aquellas pupilas. No le hizo falta hablar. Solo se aproximó, muy despacio, y levantó una de sus enormes manos para aferrarla con un gesto posesivo por el cabello, a la altura de su nuca. Le echó la cabeza hacia atrás y ella se estremeció, aunque no le resultó doloroso. Solo brusco, algo primitivo. Nada de galantería, nada del romanticismo al que estaba acostumbrada.

Y, antes de darse cuenta, ya tenía esos labios duros presionando sobre los suyos.

Murtagh atrapó su boca en un beso salvaje y exigente. Daisy le colocó las manos en el pecho, como en su sueño, y notó el calor que irradiaba su cuerpo. Él movió los labios y empujó con su lengua, obligándola a abrir la boca para inundarla con su sabor. Aquel íntimo contacto le produjo un latigazo de placer. El deseo se propagó, denso y abrasador, por cada fibra de su ser. Le devolvió la caricia con su propia lengua, en una lucha de voluntades en la que jamás antes había participado. Sentía como si quisieran devorarse el uno al otro, como si un beso no fuera suficiente, como si los labios no bastaran, como si sus lenguas, enredadas, fueran solo el principio… ¿de qué?

MacMeinn cerró la otra mano en torno a uno de sus pechos de manera inesperada y apretó lo justo, lo necesario para que ella notara cómo una cálida humedad descendía por su vientre hasta su entrepierna.

Gimió contra su boca y se pegó más a ese enorme cuerpo, buscándolo, deseándolo…

Pero él, con un gruñido de frustración, la apartó de manera inesperada.

Daisy no entendía nada y lo miró, jadeante.

—Estáis llorando —señaló él, con furia contenida.

La joven se llevó los dedos temblorosos a las mejillas y comprobó que era cierto.

—Yo… no sé… No sé lo que me ocurre —balbuceó, confusa.

—Tal vez deberíais aclarar vuestra mente antes de tentar de este modo a un hombre, *sassenach*.

Todo el deseo que había sentido en los segundos previos se transformó de manera muy rápida en un amasijo de indignación. ¿Ella lo había tentado? ¡No había dicho ni una sola palabra y él la había besado sin más!

La turbación del momento la impulsó a hablar desde las tripas.

—Habéis sido vos el que ha iniciado el beso, *escocés* —espetó—. Jamás en mi vida he tentado a un hombre a propósito, ¡excepto a mi esposo!

Murtagh dio un paso hacia ella, amenazador.

—¿Debo concluir, entonces, que miráis de esa forma tan descarada a todos los hombres por igual?

—¿Descarada? —jadeó.

—Descarada.

Los ojos azules de Daisy chisporrotearon de furia.

—¿Y vos? ¿Vais por ahí besando a cualquier mujer que parpadee dos veces seguidas en vuestra dirección sin mostrar ese terror al que estáis acostumbrado?

—¡Por supuesto que no! Os he besado porque sois… —se interrumpió, fulminándola con aquellos ojos rojizos.

—Soy… ¿qué? ¿Una viuda necesitada? —lo apremió.

—No —Murtagh cogió aire—. Porque sois… *vos*.

Guardaron silencio tras esa confesión. Se miraron el uno al otro, con los ojos encendidos.

—¿Y por qué me lo habéis permitido? —quiso saber ahora él.

—Por lo mismo —respondió con franqueza—. Porque sois vos. Y he tenido ese sueño, y estaba confundida, y muy cansada de estar siempre triste… —se sinceró—. En el sueño, no sentía ninguna tristeza. Aunque ahora…

—¿Volvéis a estar triste?

—No. Ahora me siento culpable.

Murtagh torció los labios un solo segundo en un amago de sonrisa carente de alegría.

—Habéis disfrutado del beso. Y eso os hace sentir mal, como si traicionarais a vuestro difunto esposo.

Daisy bajó los ojos al suelo y sus mejillas se colorearon por el bochorno.

—Puede ser.

El guerrero resopló antes de tomar su mano para arrastrarla tras de sí.

—¿Qué pretendéis? —se alarmó ella.

—Tranquilizaos, no os llevo a mi alcoba.

—¿Porque allí duerme Rowan?

Había cierta nota histérica en su voz, aunque a Murtagh lo agradó que, incluso en esos desconcertantes momentos, se acordara de su hijo.

—No. Serenaos, no pretendo hacer lo que estáis imaginando.

—Vos no sabéis lo que imagino, *escocés*.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Todas las Wadlow sois bastante transparentes, *sassenach* —se la devolvió—. Sobre todo, cuando estáis furiosas o asustadas. Puedo leer vuestros pensamientos en esos bonitos ojos azules.

Daisy no supo cómo encajar aquellas palabras. ¿Un halago tan directo? El calor de su vientre no se había extinguido desde el beso y allí continuaba, insistente, mientras un hormigueo abrasador le subía por el brazo, desde los dedos que él había entrelazado, hasta el centro mismo de su pecho.

Llegaron hasta el gran salón, vacío a esas horas, y Murtagh lo atravesó sin aminorar la marcha. Ella casi tenía que correr para seguirle el paso. Llegaron hasta un corredor que conducía directamente al despacho donde Kendrew, como laird del clan, guardaba todos sus documentos, cartas importantes y las cuentas con las finanzas de los Buchanan.

Entraron sin más y Daisy se preocupó. Aquel era un lugar privado, no deberían invadirlo de ese modo.

—Una vez me reuní aquí con Kendrew y comprobé que tenía un tesoro escondido —le susurró a Daisy, como si alguien pudiera oírlos.

La soltó y ella notó la ausencia de esa mano en torno a la suya. ¡Qué estupidez!

Murtagh se dirigió al mueble que había tras el enorme escritorio y abrió una de las puertas de madera.

—¡Ajá! ¡Lo encontré! —Cuando se volvió hacia ella, tenía una botella en la mano y dos copas—. Es uno de los mejores whiskies que he probado. Tomad un poco.

Daisy miró cómo vertía un dedo de aquel líquido ámbar en cada una.

—No, yo no tomo esas bebidas tan fuertes.

Murtagh agarró una de las copas y la levantó en el aire para que ella la cogiera.

—Bebed. Soy un experto en lidiar con la culpa y os aseguro que este licor la mitiga. Después

de unos cuantos sorbos, dormiréis mucho mejor.

Tras escucharlo, Daisy tomó lo que le ofrecía y lo miró con curiosidad.

—¿Vos también os sentís culpable? ¿Por qué?

Los ojos de Murtagh relampaguearon con un dolor que ella no había visto antes.

—Bebed —le insistió, sin dar respuesta a su curiosidad.

Los dos inclinaron las copas al mismo tiempo y se terminaron el líquido ardiente de un trago.

Daisy notó cómo le abrasaba la garganta e iba dejando un rastro de fuego hasta alcanzar su estómago. Le lloraron los ojos y tosió, como si así pudiera librarse de la quemazón.

—¿Qué tal? —le preguntó el guerrero, que ni siquiera había pestañeado al ingerir el whisky.

—Horrible.

—¿Un poco más?

—Sí, por favor —le dijo, estirando el brazo para que le rellenara la copa.

Él sonrió con satisfacción y sirvió dos nuevos tragos.

En la segunda ocasión, el líquido no le quemó tanto y Daisy incluso lo pudo saborear un poco.

—¿Mejor?

—Aún no. Otro.

—Creo que dos es suficiente por una noche.

—Otro —insistió ella, con la copa levantada.

Murtagh vertió un poco más de whisky para cada uno. En esa ocasión, antes de beber, Daisy lo miró con los ojos entrecerrados.

—No me habéis dicho por qué os sentís culpable vos. ¿También os acordáis de vuestra esposa?

El guerrero gruñó ante la pregunta y se tomó la bebida de un trago, echando la cabeza hacia atrás.

Daisy lo imitó y dejó la copa con un golpe seco sobre el escritorio.

—No es justo. Yo os he hablado de mi culpa. Habladme de la vuestra.

—En realidad, no lo habéis hecho. Yo he deducido cómo os sentíais.

La joven meneó la cabeza.

—Vos no sabéis cómo me siento. Ni siquiera podéis llegar a imaginarlo —murmuró, con un misterio desgarrado.

—Habéis pensado en vuestro esposo mientras me besabais y por eso habéis llorado.

Ella se le acercó, hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Elevó el rostro para buscar sus ojos desde su estatura, mucho más baja que la de Murtagh.

—No he pensado en él, *escocés* —le dijo, notando que el whisky se apoderaba de su voluntad y le soltaba la lengua—. Cada vez que aparecéis, en la vida real o en mis sueños, lo invadís todo con vuestra presencia. Por primera vez en años, no he pensado en Richard… y es por eso por lo que me siento culpable.

Nada más soltarle aquello, Daisy Wadlow se dio la vuelta para marcharse del despacho.

Murtagh se había quedado bloqueado, sin saber cómo responder a aquellas palabras. Había tanto dolor bajo esa preciosa superficie, que no supo reaccionar ante la dama.

La dejó marchar, a pesar de que la vio caminar algo tambaleante por el efecto del licor,

porque sabía que, si la perseguía, terminaría llevándola a una cama para hacerla suya, como le pedía cada fibra de su ser.

Y la mujer no se merecía que él se dejara llevar por sus instintos más bajos y ese deseo que había arraigado con fuerza en su pecho durante aquel encontronazo en el pasillo.

Lady Daisy era hermosa y, en camisón, con el glorioso cabello rubio suelto sobre la espalda, era una auténtica tentación.

Podría haberla tenido.

La certeza lo torturaba porque estaba intentando portarse bien con ella, pero se lo había puesto muy difícil. Esa forma de mirarlo, esa manera de invitarlo con sus brillantes ojos azules, con los labios húmedos y entreabiertos, llamándolo en un silencio casi jadeante… Volvería loco a cualquier hombre.

Y no es que Murtagh fuera un caballero que velara por la virtud de una pobre viuda.

No.

Él tenía otros planes para lady Daisy. Y dejarse llevar en un momento de frenesí podría echarlos a perder.

Con un suspiro resignado, se sirvió más whisky antes de guardar la botella, casi vacía, en su lugar. Lo bebió lentamente esta vez, dándole tiempo a la dama para llegar a su alcoba y que se encerrara en ella. Porque no respondía… Si volvía a encontrársela esa noche, tal vez le diera igual todo lo que había ideado. Se lanzaría de nuevo contra esos labios dulces, suaves y complacientes que le habían calentado la sangre un rato antes. ¡Oh, cómo había disfrutado de aquel momento! Un beso ardiente, lleno, lascivo, satisfactorio a muchos niveles. Y el tacto de aquel pecho turgente bajo la palma de su mano…

Murtagh dejó escapar un gruñido cuando notó la dolorosa erección. Revivir el momento sí que era una tortura.

«No he pensado en Richard».

Las palabras sonaron de nuevo en su mente y la sangre le rugió en las venas. Ningún hombre deseaba que una mujer pensara en otro mientras la besaba. Y, en este caso, sabiendo que el otro era su difunto esposo, un fantasma contra el que tenía que competir para ganarse su atención, la victoria era aún más meritoria.

Transcurrido el tiempo suficiente, el guerrero cogió las dos copas vacías y se marchó del despacho con ellas. No quería dejar ninguna pista de lo que allí había ocurrido, por lo que se las llevó a su alcoba para que la servidumbre las recogiera al día siguiente.

Antes de meterse en la cama, se desnudó despacio mientras miraba a su hijo, dormido en un pequeño catre que habían colocado cerca del fuego. Rowan tenía una expresión serena, de paz, con los labios relajados en una sonrisa.

Y ese milagro era obra de lady Daisy.

Aunque la dama no hubiera poseído una belleza que robaba el aliento, la determinación de Murtagh habría sido la misma. Necesitaba a esa mujer en su vida. Rowan la necesitaba.

Y, de un modo u otro, la dama iría con ellos cuando la comitiva MacMeinn partiera de la fortaleza Buchanan, de regreso a Mullach Creige.

Capítulo 13



A Daisy le explotaba la cabeza de dolor. ¡Maldito MacMeinn y su whisky!

Era cierto que había conciliado el sueño bastante rápido, en cuanto la habitación dejó de dar vueltas a su alrededor, tras tumbarse en la cama. Pero los sueños la habían asolado durante la noche, con él como protagonista, para su total desconcierto y bochorno.

Imágenes en las que la escena del pasillo se repetía, más intensa, porque el guerrero no se conformaba con acariciarle un pecho mientras la besaba.

Iba más allá.

La aplastaba contra la pared al tiempo que devoraba su boca y sus manos buscaban por debajo de la tela de su camisón…

Una nueva punzada en las sienes le recordó a Daisy que todo lo relacionado con ese hombre no era una buena idea y trató de espantar los recuerdos de aquel sueño erótico y desvergonzado. Bastante mal se sentía ya consigo misma.

—No tienes buena cara —le dijo Heather durante el desayuno—. ¿No has dormido bien?

—No. Debió de sentarme mal algo que comí ayer…

—¿Que comiste… o que bebiste? —se burló Lily, sentada frente a ella en la larga mesa—. El color de tu cara me hace sospechar que ayer tomaste demasiadas jarras de hidromiel.

—Puede ser —trató de disimular.

Se sirvió agua por tercera vez desde que había ocupado su asiento y bebió, sedienta. El maldito licor color ámbar secaba el cuerpo por la noche, además de proporcionarle el dolor de cabeza más épico que jamás había experimentado.

—No me lo puedo creer —escuchó susurrar a su cuñado Kendrew.

Hubo una conmoción en la mesa del desayuno y Daisy levantó los ojos hacia el punto al que miraban todos. Murtagh MacMeinn se acercaba a ellos con paso arrogante, fresco como una fruta recién recolectada y con un aspecto impecable. ¿Cómo podía sentarle tan bien a un hombre una falda de cuadros y una simple camisa beige? Daisy lo detestó por no aparecer con ojeras y la tez pálida, igual que ella.

—¡Murtagh! —exclamó Kendrew. Daisy se sostuvo la cabeza con ambas manos. ¿De verdad había que gritar de buena mañana?—. Me alegro de que nos acompañes. Ven, toma asiento y sírvete. Hoy será un gran día, hay mucho que celebrar. Los Juegos han sido magníficos, tú eres el vencedor indiscutible y, además, uno de mis hombres se ha comprometido en matrimonio. ¡Será una jornada inolvidable!

—El laird MacMeinn se marcha hoy con su gente, Kendrew —le dijo Daisy, aunque lo que deseaba en verdad era pedirle que bajara el tono de su potente voz.

—¿Cómo? —preguntó Heather, desilusionada—. ¡Murtagh, no podéis hacer eso! He preparado un gran banquete para la clausura de la reunión de clanes, y vos sois el ganador, tenéis que estar presente.

Murtagh se acercó a la mesa y ocupó la silla vacía al lado de Daisy. Carraspeó antes de hablar.

—No nos marchamos. He cambiado de idea.

Luego, la miró a ella directamente.

Las palpitaciones de sus sienes se intensificaron. ¿Estaba loco? ¿No se daba cuenta de que, observándola de ese modo, cualquiera podría suponer que entre ellos existía… *algo*?

—¿Qué tal ha pasado Rowan la noche? —le preguntó, ansiosa por desviar el tema de conversación a un terreno más seguro y lógico.

Si todos pensaban que le preocupaba el bienestar del niño, achacarían ese extraño vínculo que los unía al común interés por el pequeño.

—Muy bien. Se ha puesto muy contento al saber que nos quedaríamos un día más.

—¿Ha hablado?

Se mostró ilusionada y olvidó lo enfadada que estaba con él por haberla hecho beber whisky y soñar escenas vergonzosas.

Él apretó los labios antes de hablar.

Labios duros. Labios irresistibles.

Daisy parpadeó para que no leyera en sus ojos sus pecaminosos pensamientos.

—No. Ojalá consiga que se abra conmigo antes de partir. No sé qué pasará cuando tenga que separarlo de sus nuevos amigos, cuando volvamos a Mullach Creige.

—Os dije que los pequeños trabarían amistad enseguida —le recordó Lily, con una sonrisa complacida—. Ailsa parloteaba ayer sin cesar acerca de vuestro hijo. ¡Está encantada con él!

Daisy miró de reojo a Murtagh y comprobó que las palabras de su hermana obraban un extraño efecto en él. Pareció relajarse y casi llegó a sonreír. En verdad, cuando de su hijo se trataba, todo cobraba otro significado para ese hombre.

—Sí —intervino también Drustan—. Me ha dicho que será su pareja en las celebraciones de hoy, «porque una dama debe llevar siempre una buena compañía». —El guerrero trató de imitar la voz de su hija e hizo reír a todos los de la mesa.

Excepto a Murtagh.

—¿Qué ocurre? —le susurró Daisy.

—Ailsa seguramente se ponga un bonito vestido para una ocasión tan especial.

—Sí, ¿y qué?

—Rowan no deja que nadie lo bañe, que nadie lo peine, y su ropa… Ya lo habéis visto.

—A mi sobrina eso no le importa. No es más que una niña.

—Pero a mí sí me importa. Es el hijo de un laird, por todos los infiernos, su aspecto debería estar a la altura en un momento así. No quiero que sea el hazmerreír de la reunión.

Daisy detectó el orgullo herido de un padre. Jamás pensó que a alguien como Murtagh MacMeinn pudiera importarle lo que pensaran de él. Y, ciertamente, no creía que lo que opinaran otros de su persona hiciera mella en su ánimo.

Pero Rowan era otra cosa. No deseaba que nadie se burlara del pequeño y ella lo entendía.

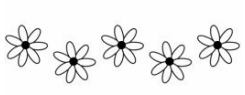
—Si me lo permitís, quisiera ayudaros —se ofreció—. Tal vez pueda conseguir que Rowan se asee y se vista como corresponde por un día. La otra mañana logré lavarle la cara y las manos antes de desayunar y no puso impedimentos.

La mirada rojiza de Murtagh casi la hizo sentir mal, porque había tanta esperanza en el fondo de sus pupilas que temió defraudarlo.

—¿Haríais eso por mí?

Se sintió incómoda con aquel tono tan íntimo.

—Lo haré por Rowan —le contestó, evasiva, antes de beber un poco más de agua porque, de pronto, se le había quedado la garganta seca.



Murtagh había contado con ello.

Debería sentirse un mal padre por utilizar de ese modo a su hijo, pero lo cierto era que no tenía ningún remordimiento. En el fondo, y aunque había buscado adrede el ofrecimiento de la dama, la situación no dejaba de ser verídica: Rowan era un desastre con su aspecto, y para la velada de aquel día era preferible que luciera lo más aseado posible.

—Sois un ángel —le dijo a Daisy, con la intención de turbarla aún más, antes de comenzar a servirse de las bandejas repletas que había sobre la mesa para aplacar su apetito.

Murtagh notaba que estaba incómoda con su presencia. Bajaba los ojos y no lo enfrentaba con la mirada directa, como solía ser habitual en ella. Estaba abochornada por lo que había ocurrido la noche anterior. Algo, por otra parte, muy lógico, teniendo en cuenta que era una auténtica dama y se había saltado todas las normas morales de una viuda de su posición para vagar en camisón por el castillo en compañía de un hombre.

Solo por eso, la deseaba con más fervor.

El desayuno le supo delicioso. Comió con gusto y disfrutó de la compañía silenciosa de Daisy, que aguantó a su lado hasta que terminó con todo lo que se había servido en el plato.

—Apenas habéis probado bocado —le dijo, al ver que ella solo bebía agua de vez en cuando.

—Tengo el estómago revuelto.

—¿Sabéis lo que va bien para asentar el estómago?

Daisy lo fulminó con la mirada.

—Si me decís que un poco de whisky, os juro que vaciaré esa jarra de vino dulce sobre vuestra arrogante cabeza.

Murtagh se sorprendió tanto con su rápida e inesperada respuesta, que no lo pudo evitar. Soltó una estruendosa carcajada que dejó estupefactos a todos los presentes.

Los bocados se quedaron a medio camino entre los platos y las bocas de los comensales. Los ojos que lo observaban se abrieron desorbitados, completamente anonadados por esa risa espontánea, jamás antes escuchada en aquel hombre taciturno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daisy, molesta por ser el centro de atención.

Heather se apresuró a contestar.

—Nada, cielo. ¿Habláis de algo gracioso? —se interesó, con la misma curiosidad que invadía al resto de los ocupantes de la mesa.

—No. De hecho, yo ya me retiro. Con permiso del laird MacMeinn, iré a buscar a Rowan.

—Por supuesto. Os acompañaré —le contestó, poniéndose en pie al mismo tiempo que ella.

Murtagh se dio cuenta de que su ofrecimiento provocaba otra furibunda mirada por parte de la dama y, esta vez, se mordió la lengua para no volver a reírse. No quería destrozar su reputación de hombre frío y distante, y esa mujer estaba logrando que los demás vieran una faceta suya que no deseaba compartir por el momento.

La siguió fuera del salón, fijándose más de la cuenta en el balanceo de sus caderas al andar. Esa mañana, Daisy llevaba un vestido de color amarillo y el pelo recogido en un rodete sobre la nuca. A pesar de su palidez por la noche intranquila, a Murtagh le parecía bellísima.

—Supongo que encontraremos a vuestro hijo jugando en el exterior, con mis sobrinos.

—Supongo.

—No hace falta que vengáis. Rowan ya me conoce, no tendré dificultad para convencerlo de

que venga conmigo a tomar un buen baño.

—Aun así, me gustaría estar presente. Quiero ver vuestra técnica de seducción para lograr tal hazaña.

Daisy se detuvo en seco y lo miró con una ceja arqueada.

—¿Qué os proponéis?

—Solo quiero aprender a hablar con mi hijo para que se sienta tan cómodo conmigo como con vos.

—¿Técnicas de seducción? —preguntó ella con un resoplido—. No os equivoquéis conmigo. Os advierto que lo de ayer por la noche fue un tremendo error. Jamás debí dejar que me besarais y mucho menos acompañaros después hasta el despacho de Kendrew para beber. ¡Soy una dama viuda, mi señor!

Él dio un paso hacia ella y le impuso su estatura.

—Sois viuda, en efecto. Vuestro esposo ya no está, pero vos seguís aquí. Estáis viva y sois muy joven. Respiráis, soñáis y deseáis como cualquier mujer. No hay nada de malo en ello, Daisy.

Usó adrede su nombre de manera íntima y comprobó que ella se azoraba. Esquivó su mirada y se retorció las manos.

—Vamos a buscar a Rowan —dijo, simplemente, poniéndose de nuevo en movimiento.

Cuando se dio la vuelta, Murtagh sonrió satisfecho.

El corazón le rebotaba fuerte contra sus costillas cuando salió a la explanada frente al castillo. Mientras caminaba entre las tiendas de campaña seguida por el laird MacMeinn, su cabeza era un hervidero de ideas y de culpabilidad. ¿Qué quería ese hombre de ella? Aquella mañana se comportaba de manera extraña, aunque no lograba adivinar por qué. Lo ocurrido la noche anterior no tendría que cambiar nada entre ellos, porque no había pasado nada…

De acuerdo, sí, un beso.

Un tórrido, excitante y abrasador beso en un pasillo en penumbra.

Pero, si ella estaba dispuesta a olvidarlo, no entendía por qué él no. Era una *sassenach*, como se empeñaba en llamarla. Y a los escoceses no les gustaban las mujeres inglesas. Según tenía entendido, a ese hombre en concreto, menos que a nadie.

¿Por qué la perseguía, entonces? ¿Por qué se empeñaba en consumirla con esa mirada que parecía perforarle el alma?

Por fin hallaron a los niños, en una zona más alejada del campamento, cerca del bosquecillo al que le gustaba escabullirse cuando necesitaba intimidad. Los pequeños estaban jugando a batallas con palos de madera que simulaban espadas. Daisy se acercó a ellos, aliviada de encontrarlos para no estar a solas con Murtagh.

—¡Tía Daisy! —gritó Brodie con alegría al verla.

—Hola, cielo. ¿Lo estáis pasando bien?

—Sí. Nosotros somos los escoceses y ellos los ingleses —dijo, señalando primero a Drake y luego al otro bando, Ailsa y Rowan.

—¿Y cómo va la batalla? Porque necesito que Rowan me acompañe. Su padre me ha pedido que lo ayude a ponerse muy guapo para la gran celebración.

El aludido negó con la cabeza, con el ceño fruncido.

—¿No quieres? Pero, tengo entendido que serás la pareja de Ailsa. Y para acompañar a una jovencita hay que engalanarse como corresponde —trató de convencerlo.

Rowan miró a la niña y dudó. Era evidente que quería representar bien su papel en la fiesta.

Para sorpresa de todos, fue la propia Ailsa la que intervino.

—¡No, tía Daisy! ¡No te lo puedes llevar! ¡Me quedaré sola para pelear contra ellos! —exclamó, con su teatralidad habitual, levantando el palo en dirección a sus primos.

Estaba claro que a la pequeña le importaba muy poco el aspecto de su nuevo amigo. Aun despeinado, aun con churretes en la cara, lo adoraba, y punto.

Daisy pensó en alguna forma de contentar a todos, y se le iluminó la mente con una malévola idea. Se agachó al lado de su sobrina y le pasó la mano por el brazo para tranquilizarla.

—Tienes razón. No puedes quedarte sola contra estos dos magníficos guerreros escoceses. Así que, ¿sabes qué? El laird MacMeinn ocupará el lugar de Rowan y peleará a tu lado para ganar esta batalla. Luchará en el bando inglés, como tú.

Los niños abrieron mucho los ojos ante ese inesperado anuncio. Ailsa, con una extraña mezcla de temor y alegría, y los pequeños Buchanan con evidente pavor. Rowan también meneaba la cabeza, aunque Daisy no supo descifrar si era porque no quería abandonar el juego, o porque no quería que su padre hiciera daño a sus amigos.

—No. Yo no juego. Y menos en el bando inglés.

La joven se incorporó y se enfrentó a Murtagh con una sonrisa maliciosa.

—No habláis con otras personas, no bailáis, no jugáis… Me lo ponéis muy difícil, mi señor. No conseguiré que los demás lleguen a apreciaros como merecéis.

—Yo no soy problema vuestro, milady. Es a Rowan a quien necesito que ayudéis.

—Algo que no podré hacer si sigue viendo en vos un ejemplo equivocado —susurró ella, inclinando la cabeza a un lado con una cándida sonrisa.

Él gruñó. Daisy se mordió el labio inferior para aguantar la risa, porque, en ese momento, Murtagh MacMeinn, por mucho que arrugara el ceño, no le daba ningún miedo.

—Vamos… —insistió.

Murtagh miró a los lados y comprobó que no había nadie más por la zona. A pesar de que estaban solos, lo vio abrir la boca para rechazar aquella absurda idea una vez más, puesto que alguien tan importante como él no podía rebajarse a practicar juegos infantiles y arriesgarse a que un miembro de otro clan pasara por el lugar y lo viera.

Sin embargo, Rowan se acercó a ellos antes de que dijera nada.

El niño extendió su falsa espada de madera y se la ofreció.

—Defiende a Ailsa —susurró.

Daisy fue testigo del impacto de aquellas palabras en el rostro de Murtagh. Después de mucho desearlo, por fin Rowan le había hablado. El guerrero inspiró bruscamente y contuvo el aliento unos segundos. Después, se agachó para ponerse a la altura de su hijo y tomó con suavidad el palo de sus manos.

—¿Quieres que ocupe tu lugar mientras acompañas a lady Daisy?

—Sí.

Si no se hubiese tratado del inconmovible laird MacMeinn, la joven habría jurado que los ojos se le empañaban.

—Está bien —aceptó, con un suspiro—. Solo un rato, pues yo también quiero tratar un asunto con la dama, ¿de acuerdo?

Daisy estuvo a punto de caer de espaldas cuando lo vio acercarse a sus sobrinos, sentarse en la hierba, con todo lo grande que era, y levantar el *palo-espada* junto a la niña, a la espera del

ataque de Drake y Brodie. Los dos pequeños se miraron entre ellos unos segundos, dubitativos, hasta que, con un grito de guerra, se lanzaron contra él con todas sus ganas.

Murtagh esquivó con agilidad las estocadas de los niños y, cuando estaban a su alcance, los agarraba por la cintura y los levantaba sobre su cabeza para dejarlos con suavidad al otro lado, sobre la hierba. Drake y Brodie se reían a carcajadas, y no tardaban en volver a levantarse para atacarlo de nuevo.

Ailsa comprendió que era más divertido participar en el otro lado y se cambió de bando de manera inesperada.

—¡Eso es alta traición! —rugió Murtagh con fingida indignación, antes de atrapar a la niña y hacerle cosquillas en la barriga.

Daisy no podía creerlo. El enorme guerrero, el terrible laird MacMeinn… ¡estaba jugando con sus sobrinos!

Miró a Rowan que, a su lado, los contemplaba también, ansioso.

Decidió que el baño podía esperar.

—Rowan, puedes ir también. Ya nos engalanaremos más tarde —le dijo, guiñándole un ojo.

No hizo falta más. Al niño se le iluminó la cara y salió corriendo para saltar sobre la espalda de su padre como un salvaje. Daisy se encogió al prever que alguno se haría daño, pero Murtagh se quitó de encima a su hijo echando los brazos hacia atrás para atraparlo y sujetarlo sobre la hierba, al lado de Ailsa.

—¡Estos escoceses son demasiados para mí! —bramó de nuevo Murtagh.

Los niños reían sin parar. El guerrero se puso entonces de rodillas y pudo abarcar más espacio, por lo que los pequeños tuvieron que esforzarse por esquivar sus largos brazos para no acabar sometidos sobre la hierba. Los palos de madera habían quedado olvidados y la batalla se había convertido en una guerra de cosquillas.

Al final, los cuatro se lanzaron sobre él y Murtagh cayó de espaldas, simulando un sufrimiento agónico mientras los deditos infantiles trataban de torturarlo como él hacía con ellos.

—¡Basta! ¡Me rindo, me rindo! —exclamó al fin, levantando las manos.

Se incorporó y la buscó con la mirada. Su imagen impactó a Daisy, con los ojos rojizos brillantes, el pelo blanco alborotado y los labios entreabiertos por la respiración costosa. Aunque no fueran guerreros de verdad, esos mocosos eran agotadores.

Le pareció un hombre completamente distinto al que se había encontrado el primer día en el bosque, muy alejado de la imagen de monstruo que se había formado al principio sobre él, tras escuchar la historia de cómo había echado a Nimue Kerr de su hogar.

Rowan y sus sobrinos saltaron a su alrededor con los brazos en alto, celebrando la victoria. Murtagh se levantó, se sacudió algunas briznas de hierba de las piernas y les acarició de manera ruda las cabezas antes de acercarse a ella.

—No sé si podré perdonaros esta encerrona —le dijo.

—¿Tanto os ha costado jugar un rato con ellos?

—Me refería a obligarme a participar en el bando inglés, *sassenach.* —Se inclinó sobre su oído para añadir—: Siempre es el bando perdedor.

La voz ronca y masculina le produjo un estremecimiento por todo el cuerpo. Después, sus ojos se quedaron muy cerca y Daisy notó de nuevo cómo aquel fuego que desprendían la abrasaban por dentro.

—Pues yo creo que, en esta ocasión, todos hemos ganado, *escocés*. Los niños lo han pasado bien, yo he disfrutado escuchando sus risas y vos… Admitidlo, os habéis divertido.

Murtagh volvió a gruñir.

—No lo haré. Es más, negaré ante cualquiera lo que acaba de ocurrir, por lo que preferiría que no lo comentarais con nadie.

—Ya veo. —Daisy hinchó su pecho de manera exagerada y trató de hablar con la voz más gruesa y grave posible—: «Soy Murtagh MacMeinn, soy fiero, peligroso y temible, y jamás haré nada para que el resto del mundo me vea de otra manera».

—Ese soy yo.

—Por lo que acabo de ver, no solo sois «ese».

—Con mi hijo es distinto. Con los niños…

—¿Y conmigo?

El guerrero entrecerró los ojos.

—¿Con vos?

—¿Por qué me permitís ver vuestro lado más humano?

Murtagh no le contestó. Se limitó a ignorar la pregunta, se giró y llamó a Rowan para que acudiera a su lado.

—Vamos —le dijo—, lady Daisy te ayudará a prepararte para la fiesta. Serás el mejor acompañante para Ailsa.

El pequeño esbozó una tímida sonrisa antes de mirar a la niña de reojo, y después se agarró de la mano de la dama para regresar con ella al castillo.

—¡Rowan, luego te veo! —gritó su sobrina al ver cómo se alejaba—. ¡Búscame, mi madre me va a poner un vestido azul y flores blancas en el pelo! —le recordó, por si acaso Rowan no la encontraba.

Daisy tuvo que contener la risa. A veces, Ailsa era demasiado melodramática para tener cuatro años.

Capítulo 14



Rowan echó una mirada asesina a la tina con agua que habían preparado en la alcoba del laird MacMeinn. En cuanto vio que pensaban meterlo allí dentro, el niño adoptó una actitud defensiva y un tanto agresiva.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Daisy con suavidad—. Será agradable, te lo prometo. El agua está caliente, no pasarás frío.

—No.

—Rowan, no lo pongas difícil. Lady Daisy no te hará daño —lo reprendió su padre.

El niño se había cruzado de brazos y miraba al suelo con obstinación. Cada vez que ella se acercaba, daba un paso atrás.

—Está bien, Rowan. ¿Te da vergüenza que yo te quite la ropa? ¿Prefieres que te bañe tu padre?

Los ojos azules del pequeño se elevaron rápidos y miraron al enorme guerrero, antes de volver a hundirse en las baldosas del suelo.

—Sí, creo que ese es el problema, laird —concluyó Daisy—. Pasó lo mismo el día que jugamos en el lago, no me dejó que le cambiara las ropas mojadas por prendas secas. Rowan no se siente cómodo, por eso a lo mejor nunca ha permitido que los sirvientes lo asearan como es debido. Tendréis que ser vos. Con vos tiene más confianza.

—Yo nunca he bañado a un niño —se quejó Murtagh.

—Hay demasiadas cosas que no habéis hecho o que no hacéis habitualmente. Pero me temo que no podréis escurrir el bulto con esta tarea. A menos que queráis que Rowan vaya al gran banquete así, tal y como está ahora.

Los dos adultos estudiaron el lamentable aspecto del niño. Daisy no osó preguntar desde cuándo no lo bañaban en condiciones, pero, por los nudos de su pelo y la roña que se apreciaba en la zona del cuello, hacía bastante.

—De acuerdo —rezongó el hombre—. Ven, hijo, acércate.

Rowan obedeció arrastrando los pies. Al llegar frente a su padre, echó una rápida mirada a Daisy.

—Me daré la vuelta para que te quites la ropa —lo tranquilizó ella—. ¿O prefieres que me marche?

—Quédate —habló el niño—. Pero no mires.

—Muy bien.

Se giró de cara a la pared y escuchó el sonido de las prendas que iban cayendo al suelo según Murtagh lo desnudaba. Después, se oyó el chapoteo del agua cuando lo metió dentro de la tina.

—Lavadle el pelo con el jabón, y frotad bien la zona del cuello y detrás de las orejas —le recomendó Daisy.

Rowan comenzó a quejarse cuando Murtagh lo restregó a conciencia.

—¿Podéis ser más delicado? —preguntó, mordiéndose el labio para no reír—. No os veo, pero, por los sonidos que emite vuestro hijo, parece que estéis intentando ahogarlo en lugar de

asearlo.

—No creo que yo pueda ser delicado, milady. Lo hago lo mejor que sé.

—Perdonadme. No pretendía burlarme.

El sonido del chapoteo y los gruñidos de Rowan se sucedieron, hasta que Murtagh volvió a hablar de manera repentina.

—Tampoco sé cómo plantearos, de un modo elegante y delicado, la idea que me ronda por la cabeza desde ayer, Daisy.

Al escuchar el tono íntimo con el que pronunció su nombre, a ella se le disparó el corazón.

—Pues, en ese caso, lo mejor es que la expongáis sin más —le dijo, intrigada.

—Os pido que no os ofendáis si os resulto brusco.

—Por el amor del cielo, ¿de qué se trata? —se impacientó.

—Mañana regresaremos a Mullach Creige y, como bien dijisteis, puede que no volvamos a vernos. Y eso es algo que ni Rowan ni yo podemos aceptar. Queremos que vengáis con nosotros.

De pronto, los chapoteos cesaron. Daisy miró por encima del hombro y los vio a los dos, padre e hijo, mirándola fijamente para ver cuál era su reacción.

Rowan tenía el pelo mojado lleno de espuma y los ojos muy abiertos, rebosantes de algo que se parecía peligrosamente a la esperanza. ¿Cómo se había atrevido ese hombre a preguntarle algo tan transcendental delante del niño? Si el pequeño se hacía ilusiones, y ella rechazaba aquella locura, sufriría mucho más.

Porque era una auténtica locura, eso estaba claro.

—¿En calidad de qué? —se encontró preguntando, en lugar de expresar claramente que era algo absurdo.

La mirada rojiza de Murtagh atrapó la suya. El suelo pareció moverse bajo sus pies y todo le dio vueltas antes de que el hombre despegase siquiera los labios.

—Como mi esposa, por supuesto.

Daisy se giró por completo como un resorte y lo observó con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—¿Habéis perdido la razón?

—No. Creo que estoy siendo bastante razonable. Vos sois viuda, yo soy viudo. Vos no tenéis hijos y yo tengo uno que os necesita. Es práctico, es factible y hasta lógico.

—¿Lógico? —balbuceó, perdiendo el color de la cara—. ¡No nos conocemos de nada! ¡Vos sois escocés y yo una inglesa! ¡Una *sassenach*, como os gusta recordarme cada vez que tenéis oportunidad!

—¿Y ese es el impedimento que encontráis? Vuestras hermanas están casadas con dos escoceses. Y, por lo que he podido comprobar, son muy felices.

—¡Ellas aman a sus esposos! —exclamó Daisy, fuera de sí—. ¿Cómo podéis ser tan frío? ¿Cómo podéis proponerme matrimonio de esta manera, como si fuera un contrato de negocios?

Murtagh se levantó de la banqueta que había ocupado para lavar al niño y se le acercó. Daisy dio un paso atrás.

—¿Queréis romanticismo, milady? Lo siento, eso no puedo ofrecéroslo. No tengo tiempo… y tampoco un corazón gentil. Tal vez estaríais más cómoda si os hubiese pedido que me acompañarais a Mullach Creige en calidad de niñera de mi hijo, pero dudo que vuestra familia aceptara algo así. Tenéis una posición elevada, no estaría bien visto que entrarais a formar parte de mi servicio.

—¿Y creéis que aceptarán que me despose con vos, así, sin más? Por si no os habéis dado cuenta, mis cuñados no tienen un buen concepto de vuestra persona.

—Puedo hacer que cambien de idea respecto a mí.

—¡¿Cómo?! —preguntó Daisy, abriendo los brazos a la desesperada. Se encontraba completamente desubicada y, sobre todo, muy alterada por el torbellino de emociones que esa conversación le estaba suscitando—. No cedéis en nada, mi señor. No sois amigable con ellos, no bailáis en las fiestas, no charláis en las cenas, no os integráis, no jugáis con los niños…

—He jugado —la interrumpió, levantando un dedo—. Antes he jugado con vuestros sobrinos.

Daisy estaba estupefacta.

—Habéis jugado *una vez*. Pero eso no sirve para lograr que los demás os vean con otros ojos.

—Vos lo habéis hecho. Ya no me veis como a un hombre terrible.

—Yo no… —No sabía ni qué decir. Se había vuelto completamente loco—. No, lo siento. Esto es un sinsentido.

—Perdonad la crudeza de mis palabras, Daisy, pero os he observado desde que llegué. Y vuestra hermana Lily me habló de vuestras circunstancias. Decís que es un sinsentido, pero ¿qué sentido tiene ahora vuestra vida? Yo os ofrezco algo que llenará vuestros días. Sé que os gusta cuidar de Rowan. Sois la única que ha conseguido que vuelva a hablar. Él está en esa tina de agua por vos, aunque se avergüence de que lo veáis desnudo. Él ha sido feliz junto a otros niños estos días, y ha sido gracias a vos.

Cada una de aquellas palabras se le clavó en el alma. *¿Qué sentido tenía ahora su vida?* Sus mejillas se colorearon por el bochorno. ¿Tan evidente era que vagaba por el mundo sin un rumbo fijo, a remolque de la vida de sus hermanas?

A pesar de eso, seguía encontrando ridícula aquella idea.

—No me casaré con un hombre como si fuera un mero contrato. Sé que Rowan llenaría mi vida, en parte… —se llevó la mano a la zona del corazón—, pero esta solución que me ofrecéis no aliviará el vacío que tengo aquí dentro. Siempre necesitaré más. Os agradezco que hayáis pensado en mí para esta propuesta, pero debo rechazarla. No lo entendéis, vos no sabéis que yo…

—Un año —la interrumpió, dando otro paso hacia ella.

—¿Qué?

—No me rechacéis sin darnos una oportunidad a mi hijo y a mí. Un año, Daisy. —Ella movió la cabeza, confusa, sin entender a qué se refería. Murtagh trató de explicárselo—. Hay una vieja costumbre en las Highlands, el *Lughnasadh.* Las bodas del dios Lugh es una celebración que algunos clanes llevan a cabo un poco más avanzado el verano, al inicio de las cosechas. En esas fechas, un hombre y una mujer pueden contraer un matrimonio de prueba que durará un año y un día, y durante ese tiempo todos los reconocerán como marido y mujer.

Daisy trató de asimilar toda esa información.

—¿Y qué ocurre cuando se acaba el plazo? —quiso saber.

—Si los cónyuges no desean seguir casados, se rompe el trato.

—No lo entiendo. ¿Qué beneficio tiene un matrimonio así?

Era algo horrible, en opinión de la joven, y la cosa menos romántica que había escuchado en su vida.

—Bueno, normalmente este tipo de uniones se hace para fortalecer lazos entre clanes. El hombre lo logra con la descendencia que pueda tener. Además, suele haber intercambios provechosos para las familias: tierras, alimentos, animales. Y la mujer adquiere un estatus más elevado. Durante el matrimonio puede acumular su propia fortuna y adquirir alguna propiedad para su vida posterior, pues solo estando casada puede hacerlo.

—Un mero contrato mercantil —susurró Daisy, decepcionada.

—Sí, pero en ese tiempo, podéis lograr que Rowan se integre en el clan MacMeinn, que se convierta en el niño alegre y feliz que he podido ver estos días. Eso no ocurrirá si mañana nos marchamos y vos no nos acompañáis.

La joven miró hacia la tina de agua, donde el pequeño los observaba sin perderse detalle.

—Ven con nosotros, Daisy —susurró, con aquella vocecita tierna que la conmovía.

Maldito MacMeinn. ¿Por qué había tenido que proponerle algo así en presencia del niño? Por supuesto, para presionarla y obligarla a aceptar aquella idea descabellada.

Pero imposible. Por mucho que lamentara desilusionar a Rowan, no podía embarcarse en esa locura.

—En esta reunión de clanes no se celebra el *Lughnasadh*, de todos modos —contestó al fin —. Lo siento, no puedo aceptar algo así. Y vos deberíais sacar a vuestro hijo del agua —dijo, por último—. Seguramente se habrá enfriado, porque está tiritando.

Salió a toda prisa tras su recomendación, pues no soportó la mirada dolida del niño cuando volvió a rechazar el ofrecimiento de su padre. ¡Ese condenado laird! ¡Había sido una auténtica encerrona! Seguramente lo había planeado al detalle, pidiéndole que lo ayudara a asear a Rowan para la fiesta, cuando lo que en verdad buscaba era encontrar el momento adecuado para ponerla en ese brete.

¡Y el juego con sus sobrinos! Ahora veía claro que había sido parte de aquella treta, para ablandarla, para que lo mirara con otros ojos de cara a esa propuesta matrimonial tan práctica y estudiada. ¿Por qué, si no, iba a rebajarse el laird MacMeinn, el vencedor de los Juegos, siempre tan arrogante, gélido y huraño, a rebozarse por la hierba con unos niños?

Daisy se alejó por el pasillo con el corazón acelerado de indignación. Se llevó la mano al cuello y acarició su colgante con dedos temblorosos. ¡Qué distinta había sido la petición de mano que hizo Richard en comparación!

Pero, lo que en verdad la incomodaba, lo que no dejaba de darle vueltas en la cabeza, para su tormento, era que, por unos desconcertantes segundos, aun siendo la peor proposición del mundo —tanto en la forma como en el fondo—, había tenido la tentación de aceptarla.

Definitivamente, Murtagh MacMeinn no era el único que parecía haber perdido la razón.



Los ojos de Rowan lo fulminaban desde la tina.

—No me mires así —le dijo Murtagh—, lo he intentado.

Se acercó a él y comenzó a enjuagar el jabón de su pelo. Sin embargo, había frotado tan fuerte, que había demasiada espuma.

—Mete la cabeza dentro —le pidió, con cierta brusquedad. Su hijo lo miró con espanto—. Vamos, no te pasará nada.

Antes de que pudiera protestar, le puso la enorme mano en la coronilla y empujó para sumergirlo.

Rowan salió con un grito de rabia y golpeó la superficie con sus pequeños puños.

—¿Lo ves? No ha sido para tanto. Si querías delicadeza, tendrías que haber dejado que te bañara ella. Tal vez así, al menos, se lo habría pensado un poco. Sé que a esa mujer le gusta cuidarte, podríamos haberla convencido si hubieras colaborado.

Tras la pequeña reprimenda, Murtagh lo sacó del agua y lo envolvió en el lienzo limpio para secarlo.

Debió imaginar que Rowan reaccionaría mal a ese trato. En cuanto le hubo puesto algo de ropa, el niño salió corriendo, con el cabello empapado y sin peinar, sin zapatos, gruñendo como un loco.

—¡Maldita sea! —masculló el guerrero, sentándose de nuevo en la banqueta que había ocupado momentos antes, para hundir la cabeza entre las manos en un gesto de derrota.

¡Qué mal había salido todo! No solo no había convencido a la dama para que aceptara su idea. Además, su hijo había vuelto al punto de partida. Estaba convencido de que cualquier avance que hubiera hecho durante esos días, acababa de desvanecerse. Lo había visto en sus ojos. En esas profundidades azules que dejaban ver su desesperación, su alma perdida por haber vivido demasiado tiempo solo en los bosques con la única compañía de Nimue y su locura.

Tal vez el consejo MacMeinn estuviera en lo cierto y no había esperanza para Rowan. Al día siguiente regresarían a Mullach Creige y el niño volvería a encerrarse en ese mundo oscuro del que él, como padre, era incapaz de rescatarlo. Por su propia seguridad y la de los que vivían en la fortaleza, quizá tendría que mantenerlo encerrado.

Solo con pensarlo se le retorcían las tripas de dolor.

Él quería que su hijo sonriera como le había visto hacer esos días. Que hablara como había hablado con lady Daisy y sus sobrinos. Que estuviera dispuesto a recibir enseñanzas y entrenamiento para convertirse en un buen guerrero, digno sucesor de su padre para cuando llegase el momento de asumir el liderazgo del clan.

Lo último que quería era mantenerlo prisionero en su propio hogar…

Unos golpes en la puerta llamaron su atención y levantó la cabeza.

—Adelante.

Se trataba de Tyler, su segundo al mando. Traía cara de circunstancias y una carta en la mano.

—Acaba de llegar, viene de Mullach Creige, de parte del consejo. Es urgente.

—¿La has leído? —preguntó, al ver que el sello que la lacraba estaba roto.

—Por supuesto que no, laird. Yo no, al menos. Pero el mensajero preguntó por Forbes y él la abrió. Ha debido de ser un error; en cuanto leyó el mensaje me lo entregó para que yo os lo trajera.

—¿Y por qué no lo ha traído él mismo?

El rostro de Murtagh se había oscurecido de forma peligrosa. No era la primera vez que el consejo le saltaba para dar funciones a Forbes que no le correspondían.

—Bueno, él pensó… creyó…

—Déjalo. La carta es de su padre, ¿verdad? Es de Akir.

El viejo consejero llevaba años dándole vueltas en la cabeza a la traicionera idea de que su hijo debía tomar las riendas del clan. Tyler era también hijo de otro de los ancianos, de Nathair, pero, si tenía pensamientos similares respecto a quién debía gobernar a los MacMeinn, lo ocultaba mucho mejor.

—Es de Akir —le confirmó.

Murtagh desplegó el papel con un suspiro de hastío. Leyó el mensaje y apretó la mandíbula con fuerza.

—Nos piden que regresemos cuanto antes —dijo—. Ha habido ataques a nuestras cosechas y a nuestros rebaños. Los miembros del clan están nerviosos y piden audiencias todos los días para solicitar ayuda.

Tyler cerró las manos en dos puños furiosos.

—¿Lord Thomas Hughes? —preguntó.

—¿Quién si no? Ha debido de mandar a sus mercenarios como prometió —contestó Murtagh, sin levantar los ojos del papel, como si necesitara leer una y otra vez las mismas palabras para asimilarlas—. Por suerte, según informa Akir, todavía no tenemos que lamentar ninguna muerte.

—Pero si no hacemos nada las habrá, laird. Vuestro suegro no se conformará hasta que saldéis la deuda que tenéis pendiente.

Murtagh gruñó.

—Yo no adquirí esa deuda —susurró con voz grave—. Y presiento que ese hombre no solo busca que yo cumpla la promesa que hizo mi padre. Quiere venganza por lo ocurrido con su hija.

Tyler no comentó nada esta vez, lo que le dio pistas a Murtagh de lo que pensaba acerca de ese tema.

Todos en el clan MacMeinn lo responsabilizaban a él de la muerte de Margery. Las habladurías habían ido incluso más allá, y se había extendido la versión errónea de que él había asesinado a su propia esposa.

En el fondo de su corazón, para su tormento, sentía, de algún modo, que así había sido.

Pero jamás había deseado su muerte. ¡Él estaba estúpidamente enamorado de su mujer! Aunque, ahora que lo analizaba desde la distancia que le había proporcionado el tiempo transcurrido, veía con claridad que había sido un amor ingenuo, cegado por su juventud, exaltado y completamente egoísta.

Porque Margery jamás lo quiso.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Tyler, sin querer entrar en elucubraciones acerca de las motivaciones de lord Hughes—. Se supone que hoy se celebran los últimos festejos, los Buchanan quieren convertiros en el protagonista, dado que sois el vencedor.

—Ya sabes que eso me trae sin cuidado. Deseaba asistir a esa fiesta, pero no para que honraran mi victoria. Tenía otros planes… Estaba pendiente de conseguir una buena alianza para nuestro clan. Esa que tanto me han reclamado los consejeros, precisamente, para ayudarnos con este tema —le explicó, moviendo el papel que sostenía en el aire.

—¿Una alianza? ¿Con los Buchanan?

—Y con los MacAuley al mismo tiempo.

—Sin duda, dos clanes muy poderosos. Pero, ¿cómo…?

—Eso ya no importa, porque lo que tenía pensado no ha funcionado. —Murtagh volvió a mirar la carta y suspiró—. Regresaremos cuanto antes. Di a los hombres que se preparen. Iré a despedirme de los anfitriones y partiremos en cuanto estemos listos.

Y en cuanto él encontrara a Rowan, porque a saber dónde se habría escondido su hijo esta vez.

Murtagh estrujó el papel entre sus manos y luego lo arrojó a la chimenea. Se apoyó con una mano sobre la repisa superior y miró cómo las llamas devoraban la misiva de sus consejeros.

De algún modo, sintió que sus esperanzas desaparecían al mismo tiempo, consumidas por el fuego.

Capítulo 15



La noticia de que el clan MacMeinn se marchaba de las tierras Buchanan se extendió rápidamente entre los miembros de los otros clanes. Kendrew y Heather, como anfitriones, lamentaban que Murtagh no se quedara para la última celebración, aunque ambos eran conscientes de que no podrían hacerle cambiar de opinión. Lo habían conseguido ya una vez, cuando quiso marcharse en plenas competiciones; dos, con ese hombre, era prácticamente imposible.

Mientras comentaban el asunto con Drustan y Lily, los cuatro reunidos en el gran salón de la fortaleza, el guerrero del que hablaban hizo acto de presencia con el gesto preocupado.

—Disculpad —les habló, sin andarse por las ramas—, no encuentro a mi hijo. Necesito que me ayudéis a buscarlo. Es posible que se haya escondido en algún lugar del castillo, pero es demasiado grande y yo no lo conozco bien.

—Por supuesto —le dijo enseguida Heather—. Daremos también aviso a todos los sirvientes, no os preocupéis.

—¿Dónde está lady Daisy? —preguntó.

Los miembros de la familia se miraron entre ellos. A ninguno le había pasado desapercibido el interés que mostraba Murtagh por la joven viuda.

—No la hemos visto desde el desayuno —le contestó Lily—. Se marchó con vos, si mal no recuerdo.

—Así fue. Pero se marchó de mi alcoba hace un rato y me gustaría despedirme de ella.

Ahora, los cuatro familiares de la dama lo miraron con estupefacción. Kendrew y Drustan, además, con muy mala cara.

—¿Acabas de decir que se marchó de tu alcoba? —inquirió Kendrew.

—¿Y qué hacía mi hermana en vuestra alcoba, por el amor del cielo? —preguntó Heather.

Murtagh se dio cuenta de cómo habían sonado sus palabras y, por un momento, dudó si aclarar o no el malentendido. Tal vez, si sus cuñados pensaban que había sucedido algo entre ellos, le reclamasen que asumiera las consecuencias de sus actos para restaurar el honor de la joven viuda.

Sin embargo, Murtagh no quería conseguir un matrimonio de ese modo.

Ya había tenido una boda con una novia obligada y el asunto había terminado muy mal.

Levantó las manos en actitud defensiva antes de explicarles lo ocurrido.

—Vuestra hermana solo me estaba ayudando a bañar a Rowan, nada más. Pero se marchó, y luego mi hijo se escapó corriendo; de ahí que ahora no pueda encontrarlo.

—Tal vez esté con ella, entonces —sugirió Drustan—. El niño se ha encariñado mucho con mi cuñada, según hemos podido ver estos días.

En eso no había pensado Murtagh. Era muy probable que Rowan hubiera ido a buscarla después de la desilusión de su rechazo. ¿Tal vez intentaría que ella cambiara de opinión?

Esa esperanza se evaporó tal y como empezó a fraguarse, porque, en ese mismo momento, Daisy apareció por la puerta del salón y se extrañó al verlos a todos reunidos. Miró a Murtagh de

soslayo, esquivando sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, al percatarse de sus rostros preocupados.

—El laird MacMeinn está buscando a su hijo —le explicó Heather—. ¿Lo has visto?

El guerrero se dio cuenta de que ella arrugaba el gesto y dejó de rehuirlo para mirarlo directamente, con una clara acusación en el fondo de sus pupilas.

—¿Lo habéis perdido… otra vez?

Fue como si lo abofeteara delante de toda su familia. Murtagh se giró hacia ella despacio, respirando hondo para intentar contener su enfado, aunque no lo consiguió.

—¿Y vos? ¿Me estáis cuestionando como padre… otra vez?

—Lo hago —respondió ella sin amedrentarse.

—¡Daisy! —la reprendió Heather, alarmada.

La dama miró a su hermana sin disimular su malestar.

—El laird puede ser un gran guerrero, el vencedor indiscutible de vuestros Juegos, pero no es capaz de lograr que Rowan…

—Milady, no oséis terminar esa frase —la amenazó Murtagh, dando un paso hacia ella.

Daisy apretó los labios y los puños a ambos lados de su cuerpo, en una actitud beligerante que ninguna mujer había mostrado antes en su presencia. La dama tenía un fuego dentro capaz de hacerle frente, a pesar de que la diferencia física entre ambos tendría que hacerla temblar. Debajo de todo el enfado que sentía por sus acusaciones, persistía una extraña admiración por esa mujer.

—Daisy, acompaña a tus hermanas a buscar al pequeño MacMeinn.

Kendrew se interpuso de pronto entre los dos. Aunque la orden era para su cuñada, el gesto protector y su mirada de acero iban dirigidos a él. El laird Buchanan le advertía a Murtagh con aquel ademán que no se acercara más a ella, como si tuviera que cuidarla de su mal humor. Eso no hizo más que acrecentar su ira. ¡Él no iba a causarle ningún daño a la joven! ¿Por qué todos se empeñaban en creer que era capaz de golpear a cualquiera que tuviera delante cuando su ceño se fruncía?

«Porque das miedo. Tú mismo te has ganado la fama de monstruo al no desmentir las acusaciones que siempre han vertido sobre tu persona», le contestó una voz en su cabeza.

—Yo también seguiré buscando a mi hijo —les informó, sosteniendo la dura mirada de Kendrew Buchanan—. Y cuando lo encuentre, los MacMeinn regresaremos a Mullach Creige.

Kendrew debió de intuir que su esposa Heather protestaría, porque levantó una mano en cuanto ella abrió la boca, aunque ni siquiera la había mirado, y habló él en su lugar.

—Lamentaremos que nos dejes antes de la celebración de esta noche, pero lo entendemos. Si necesitas cualquier cosa para vuestro viaje, por favor, házmelo saber.

Su tono cortés, pero frío y carente de amabilidad, le dio a Murtagh una idea de lo poco que el anfitrión lamentaba su marcha. Tal vez, porque se había hecho ilusiones de una posible alianza con los Buchanan y con los MacAuley, esta vez sí le afectó que lo despachara de aquella manera.

No dijo nada, sin embargo.

Estaba demasiado acostumbrado a semejante trato, por lo que se dio la vuelta y se alejó de la familia para pensar solo en su hijo. En dónde podría haberse escondido. En que ojalá no le hubiera ocurrido nada grave por su manía de huir siempre de aquella manera.

El pánico se había manifestado de manera débil en su estómago al enterarse de que Rowan había vuelto a desaparecer. Sin embargo, a medida que la búsqueda se alargaba sin resultados, Daisy notaba que esa angustia interior aumentaba por momentos. El niño no aparecía, y ella sentía algo que le recordaba demasiado al vacío que había experimentado al enterarse de que Nimue se había llevado a Jamie.

Era una nada desesperante que le helaba los huesos, que la empujaba a esa otra realidad en la que el mundo se apagaba y dejaba de tener colores y sonidos agradables.

Solo con pensar en que no volvería a verlo, notaba una opresión en el pecho que la impedía respirar.

—Daremos con él, no te preocupes —le había prometido Lily, apretando su mano con confianza cuando fue evidente que la situación la superaba.

Habían recorrido el castillo de arriba abajo, mirando en las distintas estancias, en los rincones, en la cocina y en la alacena, donde Daisy sabía que Rowan ya había estado alguna vez. Habían salido al exterior, a pesar de que los hombres rastreaban palmo a palmo el campamento, la zona del foso y la linde del bosquecillo al que tanto le gustaba ir. Daisy se había adentrado entre los árboles, con el corazón encogido de temor a cada paso que daba sin encontrar un rastro del pequeño.

Tras horas de infructuosa búsqueda, las hermanas Wadlow regresaron a la fortaleza. Al entrar en el gran salón vieron que Kendrew y Drustan también habían vuelto, junto con Murtagh que, en esos momentos, gritaba a un pobre sirviente. Daisy observó, atónita, cómo la furia le distorsionaba el gesto para, acto seguido, golpear la bandeja donde el criado llevaba una jarra de vino con copas y esta salía volando por los aires, cayendo después con un ruido estrepitoso cuando su contenido se esparció por el suelo.

—¡Murtagh, cálmate! —le espetó Kendrew.

—Ese hombre no tiene la culpa de que tu hijo no aparezca —le recordó Drustan.

Las jóvenes Wadlow se acercaron a ellos, preocupadas. Daisy no podía apartar la mirada del rostro del laird MacMeinn, consumido por la frustración que sentía. El guerrero lo estaba pasando realmente mal y sintió el extraño impulso de acudir a su lado para tratar de consolar toda esa angustia, aunque ella misma estaba llena de zozobra.

—Laird, tranquilizaos. Rowan saldrá de su escondite tarde o temprano. Seguro que, cuando tenga hambre…

—¿Qué sabréis vos? —A Daisy le sorprendió su tono cargado de acritud—. No lo conocéis.

Con qué rapidez ese hombre podía hacerla pasar de un estado de ánimo a otro. Ahora, Daisy ya no tenía ganas de consolarlo, sino de golpearle en esa dura cabezota que, en esos momentos, mantenía hundida entre las manos mientras se lamentaba.

Se acercó más y se colocó a un par de pasos de distancia, frente a la silla en la que se había dejado caer después de gritarle al sirviente.

—Sé que Rowan está aquí, no puede andar muy lejos, y eso ya es mucho, os lo aseguro. Sería infinitamente peor si no supierais su paradero, si no supierais si está bien, si está asustado, si está… si está vivo o muerto —terminó, en un susurro estrangulado por la emoción.

Murtagh levantó la cabeza al escucharla y la miró, sorprendido por sus palabras.

—No sé su paradero —le recordó, aunque con un tono menos agresivo.

—Rowan está en la fortaleza. Es un niño muy listo, no se alejaría tanto de vos. Está confundido y triste por lo que ha ocurrido antes. Solo se ha escondido y lo único que tenéis que hacer vos es encontrarlo, o esperar a que salga. Pero no lo habéis perdido. Tal vez yo no sepa lo que es tener un hijo, pero vos no sabéis lo que es perderlo. Perderlo de verdad y para siempre…

Alguien le puso las manos con suavidad sobre los hombros y Daisy se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas caían silenciosas, cargadas de todo ese dolor que se repetía con la desaparición de Rowan. Sabía que el niño aparecería, no dudaba de las palabras que le había dirigido a su padre, pero era distinto para ella. Daisy sí lo perdería… en cuanto lo encontraran. Murtagh se lo llevaría de su lado y tal vez jamás volviera a verlo.

Y aquella era una certeza que había calado en su interior durante las angustiosas horas de búsqueda.

El laird MacMeinn se levantó de su silla, incómodo al verla llorar de ese modo.

—Milady, lamento mucho lo que os dije en el bosque acerca de los hijos. Yo no sabía…

—Laird, será mejor que acompañe a mi hermana para que descanse un poco —lo interrumpió Lily, que era la que le acariciaba los hombros para que no se derrumbara delante de todos.

Daisy agradeció su intervención. No quería oír la disculpa de ese hombre, porque se rompería en mil pedazos si escuchaba alguna palabra sobre Jamie en esos delicados momentos.

—Lady Daisy… —insistió él, dando un paso hacia ella.

—Mi cuñada está agotada, Murtagh. —Drustan se interpuso en su camino.

La joven miró hacia atrás mientras se alejaba, guiada por Lily, y se dio cuenta de que todos los miembros de su familia parecían formar una barrera entre el laird MacMeinn y ella para protegerla.

Tal y como habían estado haciendo cada día de su vida desde que Jamie desapareció.

Cuando su hermana la dejó a solas en su alcoba, echada en la cama para que se tranquilizara mientras iba a ordenar que le prepararan una infusión reconfortante, Daisy se dio cuenta de que se había convertido en una mujer muy dependiente. Lo que acababa de ocurrir en el salón no merecía ese despliegue por parte de sus hermanas y sus cuñados, puesto que Murtagh solo pretendía disculparse. Y ella tendría que haber sido autosuficiente para escucharlo o para decirle que, en esos momentos, no quería oírlo. En cualquiera de los dos casos, tendría que haber podido hacerle frente.

Y, en cambio, la imagen que transmitía era la de una mujer desvalida.

Allí, tendida en el lecho, frunció el ceño. ¿Desde cuándo le importaba lo que pensara de ella un hombre?

Un hombre como Murtagh MacMeinn, además, que desaparecería de su vida en cuanto diera con su hijo y, al igual que ocurría con el niño, no lo volvería a ver.

Ante aquella idea tan cruda, notó una náusea en la boca del estómago que la obligó a incorporarse. Aunque no fue a más. No tuvo tiempo de prestar atención al malestar de su cuerpo porque escuchó algo.

Un ruido arrastrado, casi un susurro, debajo de su cama.

Se le disparó el corazón en el pecho y se puso en pie. Después, se agachó para levantar los faldones que cubrían el colchón y caían casi hasta el suelo para mirar allí debajo. ¿Rowan? ¿Era posible? Habían revisado todas las alcobas y no lo habían visto. Y, en ese momento, en los primeros segundos, tampoco lo vio. Hasta que sus ojos se acostumbraron a esa oscuridad y por fin pudo ver su silueta, agazapada en las sombras, al fondo, entre una de las patas de la cama y la pared.

Sintió un alivio tan inmenso que casi se mareó.

—¡Dios mío, Rowan, ahí estás! —le dijo—. ¡Qué susto nos has dado! Ven, por favor, sal de ahí para que pueda abrazarte.

El niño no se movió. Lo escuchó sollozar y se le encogió el alma.

—Si no vienes, iré yo. He pasado mucho miedo al no encontrarte, y tu padre está muy

preocupado.

Nada. Más llanto, silencioso y desgarrado.

Daisy no lo dudó y se tumbó en el suelo para poder arrastrarse bajo la cama. Reptó hasta Rowan y, en cuanto puso una de sus manos en la espalda del pequeño para consolarlo, él la buscó y se acurrucó junto a su cuerpo. Enterró la carita en su pecho y ella lo abrazó, sintiendo que el corazón le rebosaba de ternura.

—Shhh, todo está bien, Rowan. Todo va a estar bien, te lo prometo.

—No.

A la joven le sorprendió aquella única palabra.

—¿Por qué no? —le preguntó con suavidad, mientras le acariciaba el pelo.

—Madre no está. Y tú tampoco estarás.

—Oh…

Daisy no supo qué decir. Se le cerró la garganta y tragó con fuerza para deshacer el nudo.

—¿Por qué no quieres venir con nosotros?

La pregunta de Rowan se le clavó en el alma.

—No es que no quiera ir contigo —le contestó—. Eres un niño adorable y te tengo mucho cariño, de verdad.

—Entonces, cásate con padre.

—Rowan, no…

—Un año. Cásate un año.

Daisy estuvo a punto de sonreír ante la última súplica del niño. Era evidente que repetía lo que había escuchado unas horas antes mientras se bañaba y Murtagh proponía aquel descabellado trato, aunque no entendiera muy bien qué era lo que habían hablado los adultos.

—Un año y un día —susurró ella, recordando las palabras de MacMeinn.

De nuevo la idea la tentó. Estaba muy a gusto allí, bajo esa cama, con el cuerpecito tembloroso de Rowan entre sus brazos. Así podría acunarlo por las noches cuando el niño tuviera pesadillas, cuando se acordara de su verdadera madre.

Así podría consolarse ella también cuando se acordara de Jamie.

Ambos podrían compartir un cariño que sanara sus corazones heridos, se harían mucho bien el uno al otro.

La segunda opción era dejarlo marchar, y permitir que el dolor que ambos sentían en el alma por la ausencia de sus seres queridos continuara devorándolos más y más, sin saber con certeza si algún día podrían superarlo del todo.

—Daisy.

El susurro de la voz infantil la devolvió al momento presente. Notó los dedos de Rowan en su mejilla, acariciándola con suavidad.

—Dime.

—Me gusta cómo hueles.

—¿Si? ¿Y a qué huelo?

—Hueles como una madre.

En la oscuridad bajo la cama, a Daisy se le empañaron los ojos. Inspiró el aroma del cabello del niño recién lavado y, aunque jamás había podido oler de ese modo a Jamie, se encontró respondiéndole:

—Y tú hueles como un hijo.

Así, de pronto, decidió que un año y un día no era demasiado tiempo y que podría soportarlo, siempre y cuando pudiera abrazar de ese modo a Rowan cuando lo necesitara.

Capítulo 16



La dama y el niño se detuvieron en la puerta, antes de hacer su aparición en el gran salón. Iban de la mano, pero a Daisy le pareció mejor cogerlo en brazos. Creía que así ayudaría a su familia a entender mejor su decisión. Si la veían unida a Rowan, podría convencerlos de que no había perdido la cabeza del todo.

—Ven, deja que te lleve en brazos.

El pequeño la observó, ceñudo.

—No soy un bebé —protestó.

—¿Quieres que me case con tu padre? —preguntó ella, con los brazos en jarras—. Pues tendrás que colaborar. Abrázate a mí como has hecho antes, bajo la cama.

—No. Todos me verán.

—Esa es la idea. Que nos vean.

—Drake y Brodie me verán. Ailsa me verá —respondió testarudo, elevando su pequeño mentón.

El niño era tan orgulloso como su fiero padre. No quería que sus amigos lo vieran de esa guisa, en brazos de una mujer como si fuera un lactante.

Daisy se agachó a su lado y lo tomó de las manos.

—¿Quieres volver a verlos? ¿A menudo? Yo puedo hacer que vengan a visitarnos a Mullach Creige, y nosotros podremos visitarlos a ellos cuando nos apetezca, porque son mis sobrinos. Pero eso solo ocurrirá si logramos que mi familia acepte mi boda con tu padre.

—¡Si no quieren, mi padre los vencerá a todos y te llevaremos con nosotros! —exclamó Rowan con pasión.

—De eso nada —lo reprendió Daisy—. Nada de luchas, y menos contra mi familia. Me iré por las buenas o no me iré, ¿me has entendido?

El niño frunció más el ceño y se cruzó de brazos, mohíno. Desde luego, tenía a quién parecerse, pensó la joven. Tan cabezota como el padre.

Sin embargo, tras unos segundos de testarudez, relajó su expresión y la miró con aquellos enormes ojos azules que la desarmaban.

—Vale, cógeme —dijo, estirando los bracitos para que ella lo aupara.

Daisy lo premió con una cariñosa sonrisa antes de incorporarse y cargarlo sobre su cadera para llevarlo mejor. Rowan la abrazó y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Así?

—Así es perfecto —le contestó, feliz de ver que, a pesar de todo, Rowan cedía y se mostraba colaborador.

De ese modo cruzaron por fin las puertas del gran salón, y el grupo reunido junto a la chimenea guardó silencio al verlos llegar. Murtagh fue el primero en levantarse de su butaca y Daisy comprobó que tenía los ojos llenos de desesperación… Sentimiento que se evaporó casi enseguida cuando los vio.

—¡Rowan! —exclamó, dirigiéndose a ellos—. ¿Dónde lo habéis encontrado? ¿Está bien?

Casi se lo arrancó de los brazos cuando llegó a su lado para abrazarlo y comprobar por él mismo que estaba sano y salvo.

—Está bien, laird, podéis dejar de preocuparos.

—¡Menos mal! —exclamó Lily.

—¡Gracias al cielo! —intervino también Heather.

—Rowan, mírame.

El rudo guerrero levantó la cabeza del niño sosteniéndole por el mentón para revisar su rostro, lo palpó para cerciorarse de que no tenía heridas ni golpes en su pequeño cuerpo.

—¿Dónde…?

—Estaba bajo mi cama —le aclaró ella—. No sé cómo no lo vimos en nuestra primera inspección. He podido encontrarlo porque lo escuché llorar.

Los ojos rojizos de Murtagh la miraron con intensidad.

—¿Mi hijo estaba llorando?

Sonó a reproche y Daisy intuyó por qué. La culpaba a ella por la infelicidad del niño y, en parte, llevaba razón. Pero se resistió a dársela, porque él también había propiciado la huida del pequeño al proponerle matrimonio en su presencia. Las ilusiones que se había hecho Rowan y que después no se habían visto satisfechas eran solo responsabilidad suya.

—No me miréis así. Vos sois tan culpable como yo; incluso más, si me apuráis. No debisteis comentar ese tema en su presencia.

—¿Qué tema? —se interesó Heather.

Bajo la dura mirada de Murtagh, Daisy había olvidado por unos segundos que no estaban solos. Sus hermanas y sus cuñados los observaban muy intrigados.

No había un modo delicado de explicarles lo que estaba sucediendo, así que Daisy se decantó por la sinceridad más descarnada.

—El laird MacMeinn me ha propuesto un matrimonio de prueba —soltó a bocajarro—. Un año y un día, como es costumbre por estas tierras. —Ante aquel anuncio, hubo exclamaciones y rostros que pasaron de la conmoción, al más absoluto horror cuando añadió—: Y he aceptado.

Al decirlo, sus ojos se quedaron prendidos de los de Murtagh, en un duelo de miradas que lo retaba a desmentir su afirmación. También era una sorpresa para él, pero mantenía el tipo sin mostrar la alteración que debía de sentir por dentro.

O a lo mejor no la sentía, porque era frío como un bloque de hielo y aquello, no debía olvidarlo, no era más que un mero contrato de conveniencia.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Heather, dando un paso hacia ella al tiempo que miraba al laird MacMeinn de reojo.

—Esto es… —Lily balbuceaba, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar—. Esto es inaudito. No puedes hablar en serio.

—Como familiar de Daisy, en ausencia de su padre, debo decir que no estoy de acuerdo con esta unión —intervino Kendrew.

—Pues ya somos dos —lo secundó Drustan.

—No os ofendáis, laird, pero Daisy tenía otros pretendientes que estaban esperando…

—¿A que me decidiera? —la joven interrumpió a Heather—. Lo siento, sé que Lily y tú teníais la esperanza de que alguno de ellos se ganara mi corazón, pero, después de estos días, solo hay uno que lo ha conseguido.

Murtagh la miró con una ceja levantada mientras los rostros de sus hermanas palidecían al escucharla.

—¿Es que el laird MacMeinn y tú…? —Heather no pudo terminar la pregunta.

—Rowan —les aclaró ella antes de que alguna sufriera un desmayo—. El único que me ha conquistado por completo es este niño, que me ha devuelto las ganas de vivir. Y no quiero separarme de él.

Lily dejó salir de golpe el aire que retenía y se acercó a ella para tomarla de las manos.

—Cielo, todos hemos podido ver que has creado un vínculo muy especial con Rowan, pero él no es… —Se calló y miró a Murtagh de soslayo.

—¿Jamie? —preguntó ella—. ¿Crees que no lo sé?

—¿Quién es Jamie? —La voz grave del guerrero captó su atención.

Daisy lo miró y supo que por fin podía nombrar a su hijo delante de aquel hombre sin derrumbarse.

—Es mi hijo. Lo perdí siendo un bebé.

Vio calor en los ojos de aquel hombre tras su confesión, y eso la confortó.

—Lo siento mucho, no lo sabía. Aquel día en el bosque, mis palabras…

—No podíais saberlo —lo interrumpió ella.

—Daisy, recapacita. Es una locura —insistió Heather—. No lo conoces de nada, ni a él ni a su clan. Los MacMeinn son…

—¿Cómo somos, lady Buchanan? —quiso saber Murtagh.

—Sois intransigentes con los ingleses —terció Kendrew—. Y mi cuñada es inglesa. Aunque tú la aceptes como esposa, tu gente no lo hará.

—Cierto, todos recordamos cómo terminó tu primera esposa *sassenach* —añadió Drustan.

El rostro de Murtagh se oscureció peligrosamente.

—¿Qué insinúas, MacAuley?

El guerrero dejó a Rowan en el suelo y se volvió hacia los otros con aire desafiante.

—No insinúo nada —contestó Drustan sin achantarse—. Digo que aquello, te guste o no, ocurrió. Aunque nadie sepa en qué circunstancias…

Murtagh soltó un inesperado bramido y se abalanzó sobre él para golpearlo con fuerza en la mandíbula.

Drustan cayó hacia atrás y Kendrew se apresuró a sujetar al laird MacMeinn para impedir que continuara atacándolo.

—¡Basta, Murtagh, por todos los infiernos! ¡Tu hijo está presente!

El guerrero miró al niño que, atemorizado, se había pegado al costado de Daisy. Ella lo apretaba contra sí, igual de asustada ante aquel violento arrebato. La joven se preguntó qué era lo que habría ocurrido con su primera esposa para que reaccionara de ese modo cuando le hablaban de ella.

—¿Lo ves? —Heather se acercó y le pasó un brazo protector por la cintura—. No puedes casarte con este hombre.

—Lo siento —Murtagh se disculpó en el acto. Levantó las manos para pedir perdón y tranquilidad al mismo tiempo—. Lo siento —reiteró, jadeante—, me he dejado llevar. No volverá a ocurrir.

—Eso no podemos saberlo —lo contradijo Kendrew—. Y no puedo poner a mi cuñada en peligro permitiendo que se case contigo. Eres impredecible y furibundo.

Murtagh se puso muy serio y miró al laird Buchanan con intensidad.

—Jamás he hecho daño a una mujer, digan lo que digan. —Después, se volvió hacia Daisy y los ojos rojizos se hundieron en los suyos para reafirmar—: Jamás.

—Os creo.

—¡Daisy! —exclamó Heather, alarmada.

—Yo también os creo —intervino Lily, para sorpresa de todos—. Es verdad que sois impetuoso e irascible, pero no olvido que a mí me tratasteis con cortesía, a pesar de ser inglesa.

—¿Y qué? ¿Como creemos en su palabra vamos a dejar que Daisy se case con él? —preguntó Heather.

—No lo haremos —dijo Drustan, levantándose del suelo mientras se frotaba el mentón golpeado.

—No es vuestra decisión, sino la mía —se impuso Daisy—. Escuchadme, sé que lo hacéis con amor y el mayor de los respetos, pero ya me he cansado de que tengáis que estar pendientes de mí todo el tiempo. Necesito volver a sentirme una mujer autosuficiente, que no dependa para todo de sus hermanas y sus cuñados. Estos días, en los que he podido cuidar a Rowan, me he dado cuenta de todo lo que no tengo en mi vida… y que jamás tendré si sigo sobreviviendo a vuestra sombra. Quiero vivir mi vida, y este es el modo que he elegido. El laird MacMeinn ha sido muy amable ofreciéndome este matrimonio de conveniencia. Sé que lo hace pensando en el bienestar de su hijo y eso me enternece. Y me casaré muy tranquila sabiendo que mi familia está cerca y que, si ocurriera algo, podría recurrir a vosotros en todo momento.

—No ocurrirá nada —intervino Murtagh, para dejarlo muy claro—. ¿Creéis que soy tan idiota como para enemistarme con los Buchanan y los MacAuley causándole algún daño a lady Daisy? Ella estará a salvo en Mullach Creige, os doy mi palabra. Si nos desposamos, la alianza de nuestras familias será incuestionable.

Daisy se fijó en que, tanto Kendrew como Drustan, aflojaban su determinación. Intuyó que a ninguno de los dos les parecía mala idea tener como aliados a los MacMeinn.

Mucho mejor eso que enemistarse con ellos, imaginó.

Como nadie decía nada más, fue Lily la que rompió el silencio.

—Daisy, ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

Ella miró a Rowan, aún abrazado a su costado, y le sonrió antes de contestar.

—Estoy segura.

—No, no podéis estar hablando en serio. —Heather era más reacia.

—Sería un matrimonio de prueba, ¿verdad? —Kendrew quiso asegurarse.

—Un año y un día —susurró ella.

—Un año y un día —repitió Murtagh, mirándola de repente con ese fuego que ya había visto la noche anterior, cuando se encontraron en el pasillo—. En principio. Tal vez lleguéis a acostumbraros a mí, después de todo.

—Puede que seáis vos el que no llegue a acostumbrarse a mi presencia en vuestro hogar.

—Solo hay una manera de averiguarlo. ¿Aceptáis, entonces?

Daisy apretó el cuerpecito de Rowan contra sí. Podría cuidar de él, ayudarlo a comportarse como los demás niños, ayudarlo a que siempre tuviera ganas de jugar y de reír.

No pensó en que, con aquel matrimonio, no solo ganaba un hijo del que hacerse cargo.

O puede que sí lo pensara un poco… Solo un poco.

Pero espantaba esos pensamientos tan rápido como llegaban, porque la incomodaban.

Volvería a ser la esposa de alguien, y ese alguien no sería Richard. El único consuelo que le quedaba era saber que aquella boda no sería por amor, con lo cual, no sentía que lo estuviera traicionando tanto.

Aunque, fijarse más de la cuenta en los labios de otro hombre, recordar las sensaciones que habían recorrido su cuerpo cuando la besó, sentir el hormigueo en la punta de los dedos por las ganas de volver a acariciar su amplio y musculoso pecho… ¿no era ya una tremenda deslealtad hacia su difunto esposo?

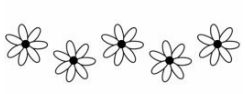
—Lady Daisy, ¿aceptáis? —la apremió Murtagh, al ver que no contestaba.

Sus ojos rojizos continuaban mirándola, tentándola con aquel fuego que la hacía sentir viva por dentro.

Inspiró hondo y cayó por completo en la tentación.

«Han pasado más de cinco años desde que Richard murió», se recordó, para mantener a raya el sentimiento de culpa que pretendía invadirla.

—Acepto —dijo al fin, sin despegar los ojos de los del guerrero.



Aquella noche hubo muchos motivos para levantar las copas y brindar en el gran salón de la fortaleza Buchanan.

Los Juegos habían sido magníficos en opinión de todos y los anfitriones no podrían estar más satisfechos. El laird MacMeinn se había proclamado vencedor justamente y todos honraron su victoria. Connor Buchanan y Anne Drummond se habían comprometido y, para asombro del resto de los clanes, Murtagh y Daisy también.

Los otros jefes, sus esposas, hijos e hijas miraban a la inglesa con estupor. Todos creían que se había vuelto loca, que nadie en su sano juicio se desposaría con un hombre con esa fama a cuestas. Además de que el clan MacMeinn, por sí solo, era suficiente como para pensárselo dos veces antes de aceptar una unión que obligara a la dama a convivir con ellos.

Murtagh, sentado a la larga mesa, con Daisy a su lado, observaba en silencio las expresiones y los cuchicheos de los asistentes a ese último banquete.

—Espero que nadie os haga cambiar de opinión —le dijo, antes de beber un buen sorbo de su copa.

—¿Por eso queréis celebrar la boda mañana mismo? —contestó ella—. ¿Pensáis que alguien de los presentes puede decirme algo que haga que me replantee mi decisión?

—No es solo por eso. Necesito volver cuanto antes a Mullach Creige, tengo asuntos urgentes que resolver. Si os parece muy precipitado, puedo marcharme mañana yo solo. Volvería al cabo de unos días para casarnos y llevaros conmigo.

—En ese caso, ¿dejaríais aquí a Rowan?

Murtagh la miró con los ojos entrecerrados.

—No. No me separaré de mi hijo.

—Entonces, prefiero irme con vosotros mañana. Yo tampoco quiero separarme de él y causarle una angustia innecesaria. Está muy ilusionado con la idea de que viajemos juntos a Mullach Creige. Además —Daisy bebió también y miró con disimulo a la cabecera de la mesa, donde sus hermanas y sus respectivos esposos daban buena cuenta de la cena—, no quiero darles opción a que cambien de opinión y me obliguen a volver a Inglaterra para evitar esta boda.

Murtagh se inclinó hacia ella y fue la primera vez en su vida que Daisy detectó un brillo pícaro en los ojos de ese hombre.

—¿Tan ansiosa estáis por convertiros en mi esposa, *sassenach*?

Bromeaba.

Aquel hombre bromeaba y eso le produjo un extraño calor en el pecho. Siempre le ocurría cuando él mostraba alguna de esas facetas que les ocultaba a todos excepto a ella, como había ocurrido esa misma mañana cuando había jugado con sus sobrinos.

—Por supuesto, *escocés* —bromeó ella también—. ¿Os habéis visto? ¿Qué dama no lo

estaría? Sois portentoso, el jefe de un poderoso clan de las Highlands y, además de todo eso, sois bastante atractivo.

La sonrisa confiada que exhibía Murtagh se desdibujó en sus labios al escucharla.

—¿Me consideráis atractivo? —le preguntó, ahora más serio.

A ella le extrañó que dudara de sí mismo.

—Pues… sí —se sonrojó—. Creo que sois un hombre admirable, ya deberíais saberlo. ¿Acaso las mujeres no anhelan vuestras atenciones?

Murtagh bufó antes de contestar.

—No he estado con muchas mujeres. Es complicado que se paren a contemplar mi supuesto atractivo cuando lo único que ven en mí es a un monstruo iracundo.

Daisy no salía de su asombro.

—Pero, habéis estado casado. Y me consta que Nimue Kerr… —se interrumpió al ver cómo se ensombrecía su gesto—. Disculpadme. No sé de lo que hablo.

Él inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio.

—Mi primera esposa, Margery, me temía. Puedo aseguraros que ella no me encontraba ni remotamente atractivo. Y, en lo que a Nimue respecta… Era algo enfermizo. Se obsesionó conmigo y yo no podía darle lo que ella quería. No lo entendió, jamás me entendió… Y yo no logré entenderla a ella tampoco. No había nada atractivo en esa relación, puedo asegúraroslo.

—Lo lamento. Si os sirve de consuelo, yo no os temo. Aunque tampoco pretendo obsesionarme con vos.

Murtagh dejó escapar una risa nasal.

—¿Qué os hace gracia?

—Vos. No dejáis de sorprenderme.

—¿Por qué?

Él se acercó todavía más y ella notó el calor que irradiaba su cuerpo. Se perdió en aquellos ojos rojizos que ahora sondeaban los suyos con descaro.

—¿Por qué estáis tan segura de que no os obsesionaréis conmigo? Tal vez logre conquistaros y sea yo el que os sorprenda a vos, para variar.

—¿Quién dice que no me sorprendéis? —susurró. Sus ojos se desviaron hacia sus labios, sin ocultar la fascinación que sentía por ellos.

—Basta. Dejad de mirarme así, o no respondo —le dijo, igual que había hecho la noche en que se encontraron en el pasillo.

Sin embargo, en aquella ocasión estaban solos, y ahora se encontraban rodeados de los jefes de otros clanes y de su familia. Daisy sintió curiosidad por saber lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Y qué vais a hacer si no aparto los ojos?

Murtagh emitió un gruñido que únicamente ella escuchó. Se acercó todavía más para hablarle al oído.

—No esperaré a la boda —musitó, en una especie de amenaza que a Daisy le sonó más como una promesa y la estremeció por entero.

Azorada, desvió por fin la vista y se encontró con las caras de sorpresa de sus hermanas. Lily y Heather la observaban como si tuvieran enfrente a una mujer a la que apenas reconocían. Cuando le hicieron un gesto con la cabeza, Daisy asintió y se levantó al mismo tiempo que ellas.

No contaba con la mano de Murtagh que, de nuevo, la apresó por la muñeca para retenerla.

—¿Adónde vais, milady?

Ella detectó la nota posesiva de su tono. Lo miró extrañada, algo incómoda.

—Mis hermanas quieren hablar conmigo, mi señor.

Los ojos del guerrero destellaron.

—Recordad lo que me habéis dicho hace un rato.

—¿Qué os he dicho?

—Que nadie os hará cambiar de opinión.

¡Así que estaba preocupado por eso! Daisy palmeó la mano que la sujetaba para que la liberara y le mostró una sonrisa tranquilizadora.

—No creo que mis hermanas quieran convencerme de anular el compromiso.

—¿Y si es, justamente, lo que pretenden? —insistió, sin soltarla.

Ella suspiró, armándose de paciencia.

—No cederé. Voy a desposarme con vos mañana, Murtagh.

Usó su nombre adrede para conseguir que se relajara. Y funcionó, porque soltó su muñeca y volvió su atención a la comida con un nuevo gruñido que ella interpretó como un signo de conformidad.

Sonrió mientras se alejaba de él. Iba a tener que aprender un nuevo idioma: el de los sonidos que emitía ese hombre para expresarse. Era un reto al que estaba más que dispuesta a enfrentarse.

Cuando llegó junto a sus hermanas, estas la asaltaron sin piedad.

—¿Qué es eso que hemos visto durante la cena? —preguntó Lily.

—No lo sé. ¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Esos cuchicheos, esa complicidad con el laird MacMeinn —respondió Heather—. Pensábamos que el tema de la boda era un compromiso de conveniencia, pero está claro que entre ese hombre y tú hay algo más.

—Va a convertirse en mi esposo. ¿Es que no os parece bien que hablemos, que nos conozcamos?

—¡Sí, por supuesto! —exclamó Lily—. Es solo que nos extraña que no nos hayas contado nada de lo que hay entre él y tú.

—No hay nada entre él y yo —susurró.

Las mejillas se le colorearon por la vergüenza, desmintiendo así sus palabras.

—¡Ajá! —la señaló Heather—. Así que, has accedido a esa boda no solo por el niño.

—¿Qué… qué quieres decir? —balbuceó.

—Menos mal —intervino Lily, ignorando su pregunta—. Estábamos muy preocupadas al ver lo mucho que te importa Rowan. No nos entiendas mal —se apresuró a aclarar, al ver que ella la miraba extrañada—, nos parece adorable que ese pequeño haya conseguido que vuelvas a sonreír, pero…

—Pero no es Jamie —la relevó Heather, al tiempo que la aferraba de una mano. Lily le agarró la otra—. Lo tienes claro, ¿verdad? No queremos que te hagas ilusiones y que un día la realidad se imponga, y te des cuenta entonces de que ese niño no es el hijo que te arrebataron. No soportaríamos verte sufrir tanto… otra vez.

El corazón se le encogió con aquellas palabras. Sabía que sus hermanas solo trataban de protegerla de un posible desengaño, pero en esos momentos no le apetecía escuchar tales consejos.

—Sé que Rowan no es Jamie. Sé que, muy posiblemente, jamás volveré a ver a mi hijo. —Las lágrimas acudieron a sus ojos e inspiró profundamente para poder seguir hablando—. Pero también sé que ese niño jamás volverá a ver a su madre. ¿Qué hay de malo en que nos demos consuelo mutuamente? Ambos sabemos quiénes somos, y si bien ninguno podrá sustituir la figura de un ser tan querido en el corazón del otro, al menos podremos mitigar nuestro dolor.

—Daisy… —Lily apretó su mano.

—Debo volver con mi prometido —dijo ella, limpiándose los ojos con dedos temblorosos—. Me está esperando.

Dejó a sus hermanas y regresó a su sitio en la mesa. Murtagh la miró y se dio cuenta de la rojez de sus párpados, pero no dijo nada. Simplemente, le acercó su copa de vino para que tomara un buen trago.

—¿Os han convencido? —quiso asegurarse.

—Ni lo han intentado, mi señor. Mañana habrá boda.

—Brindo por ello —le dijo él, elevando su copa en el aire.

Daisy asintió y bebió a pequeños sorbos. Notó un extraño vértigo en el estómago…

En ese momento, echó de menos el fuerte sabor del whisky que había tomado con él la noche anterior.

Capítulo 17



Su boda con Richard Hall, hijo del marqués de Lonbrook, fue preciosa. Daisy recordaba ese día con mucho cariño, porque había sido el más feliz de su vida. Se había celebrado con un fastuoso banquete, ella se había puesto un precioso vestido y había adornado su peinado con margaritas silvestres. Habían comido deliciosos asados y bebido los mejores vinos que su padre, el barón de Aldenford, tenía en la bodega. Habían danzado al ritmo de una música alegre y su suegro les había regalado Elderbrook, una de sus propiedades, para que Richard y ella comenzaran una vida juntos.

Todo había sido perfecto.

Al evocar aquellos momentos, Daisy rememoraba lo enamorada que se había casado la primera vez. Llevaba al hijo de su amado en el vientre y a su lado, en el altar, se encontraba un hombre que la miraba con adoración. Se conocían tan bien… Lo sabía todo de Richard. Desde el número de arruguitas que le salían en la zona de los ojos al sonreír, hasta su estado de ánimo en función de cómo la acariciara en cada momento. Casi podía leerle los pensamientos. Todo era seguridad a su lado, la tranquilidad de contar con él, con su apoyo, con su amor. La inmensa felicidad que le producía la certeza de saber que, junto a él, su existencia sería cómoda y plácida.

Por contra, durante su boda con Murtagh MacMeinn, la incertidumbre de lo que iba a ser su vida a partir de aquel momento la gobernaba. Esta vez, en el altar, se encontraba un hombre que no conocía en absoluto. Que la ponía nerviosa cuando la miraba con esa intensidad que abrasaba. La única promesa que le había hecho era que en Mullach Creige estaría a salvo, y que su vida, a partir de ese día, tendría más sentido, puesto que dejaría al pequeño Rowan a su cargo.

Tampoco aquella ceremonia se pareció en nada a su anterior enlace.

En primer lugar, no acudieron a la capilla. Se trataba de un matrimonio de prueba, por lo que la Iglesia no lo reconocía, aunque a todos los efectos y para todos los clanes, era una unión lícita. Improvisaron un pequeño altar con flores en el patio de la fortaleza, porque Heather y Lily no concebían una celebración tan poco romántica, y necesitaban adornarla de alguna manera. Al evento asistieron pocas personas. Tan solo sus hermanas, cuñados y sobrinos, junto con algunos de los hombres de confianza del laird Murtagh. Estos no se mostraron muy felices con el evento, según pudo deducir Daisy por sus gestos torvos y ceñudos.

O a lo mejor todos los MacMeinn eran así de desagradables y ella tenía que empezar a acostumbrarse.

Por suerte, para compensar, Rowan también estaba allí. Con una sonrisa y un brillo feliz en sus ojos que aligeraron su corazón.

Ella no vestía como una novia y Murtagh llevaba la ropa que le serviría para emprender viaje cuando acabara aquel trámite. Estaba decidido a partir en cuanto sellaran esa unión, dada la urgencia por regresar a sus tierras.

El encargado de la ceremonia fue el propio Kendrew Buchanan, que tomó aquella responsabilidad como un buen anfitrión. Pronunció un discurso en gaélico y les pidió que entrelazaran sus dedos. Después, ató sus manos con una tela que tenía los colores del clan

MacMeinn y volvió a hablar, esta vez en inglés para que la novia también lo entendiera.

—Este es un matrimonio de prueba, según petición expresa de los contrayentes. Los aquí presentes son testigos de esta particularidad. Cuando el plazo expire, ambos podrán renovar los votos si desean seguir casados, en cuyo caso acudirán a una capilla para que el enlace sea permanente. Por el contrario, si desearan romper la unión, deberán mantener los compromisos adquiridos durante el tiempo transcurrido.

—¿Qué compromisos? —quiso saber Daisy.

Kendrew puso las palmas de las manos hacia arriba, como si se tratara de un maestro de ceremonias acostumbrado a esos ritos, antes de contestarle.

—Me refiero, sobre todo, a los posibles hijos, querida cuñada —le explicó. Ella se puso colorada al escucharlo—. Si tuvierais descendencia, el clan MacMeinn reconocería a ese niño y lo protegería aunque el matrimonio finalmente se anule.

—Y las alianzas se respetarán también —añadió Murtagh, para sorpresa de todos—. Buchanan, MacAuley y MacMeinn… Pase lo que pase, se mantendrá el compromiso de ayuda de los clanes para con los otros.

Daisy siguió la mirada de Kendrew, que buscó a Drustan entre los presentes. Su otro cuñado hizo un leve asentimiento con la cabeza, aceptando aquella inesperada condición.

—Las alianzas se mantendrán —le dijo a Murtagh.

Los hombres MacMeinn relajaron su expresión tras aquella promesa, como si eso fuera lo único que les importara de aquella unión.

«¡Qué estúpida!». Por supuesto que era lo primordial en tales circunstancias. ¿Qué tenía ella que aportar a su clan, siendo solo una inglesa, una de esas *sassenachs* que tanto despreciaban? Lo único que les interesaba de su persona eran los lazos de sangre que la unían a los otros clanes.

Se le revolvió el estómago ante aquel pacto. Aunque era muy consciente del tipo de boda que había aceptado, saberse una mera mercancía hizo que se sintiera enferma. Su matrimonio ni siquiera había comenzado y ya estaban tratando asuntos clave en el caso de que al final se anulara.

Se llevó la mano al colgante del cuello, cerró los ojos y visualizó el rostro de Richard. Su luminosa sonrisa. Su ilusión por emprender una vida juntos, *para siempre*, brillando en el fondo de sus pupilas… ¡Qué distinto era todo ahora!

—Daisy, miradme.

La orden llegó brusca, junto con un apretón en los dedos que tenían entrelazados.

Ella buscó los ojos de Murtagh, molesta por haber sido arrancada así de sus recuerdos.

—¿Qué ocurre?

—No quiero que cerréis los ojos. No podéis abstraeros, no quiero que ningún fantasma se interponga entre nosotros. Miradme y sed consciente de quién es el hombre con el que os estáis desposando.

Daisy apretó los labios. No podía creer que él hubiera adivinado sus pensamientos con tanta facilidad.

—Soy plenamente consciente del hombre con el que me caso. Seré vuestra esposa durante un año y un día, mi señor, y os prometo que cumpliré con mis deberes maritales sin una queja durante ese tiempo. Pero, respecto a los fantasmas… No puedo gobernarlos a mi antojo. Vienen y van. Entran y salen de mi mente y de mi corazón sin que pueda evitarlo.

—Dijisteis que no pensabais en vuestro difunto esposo cuando yo estaba presente. ¿Acaso era mentira?

Daisy se sintió mortificada. ¿Por qué sacaba a relucir el tema precisamente en ese momento,

delante de todos los que escuchaban muy atentos cada una de sus palabras? Enrojeció hasta la raíz del cabello antes de contestar.

—No lo era cuando os lo dije, mi señor —musitó, con los dientes apretados—. Pero hoy… Hoy es distinto. La boda me trae demasiados recuerdos. Siendo vos también viudo, deberíais comprenderme mejor y tener paciencia conmigo.

—¡Ejem! —carraspeó Kendrew—. No creo que este sea un buen momento para…

Murtagh levantó la mano para interrumpirlo, aunque sus ojos no se despegaron de Daisy.

—Os casáis con un MacMeinn, milady, la paciencia no es nuestro fuerte. Somos mucho más pragmáticos, cuanto antes lo asimiléis, antes os adaptaréis a nuestro modo de vida.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta, mi señor. —Daisy cogió aire, furiosa por ese repentino despliegue de autoridad. ¿Qué mosca le había picado para mostrarse tan desagradable en un momento que tendría que haber sido, cuando menos, grato para los dos?—. Os estoy mirando, tal y como exigís —le recalcó, fulminándolo con los ojos—, así que terminemos de una vez por todas con este trámite para que, como bien habéis señalado, pueda adaptarme cuanto antes a vos y a vuestros nefastos modales.

Se volvió después hacia Kendrew a la espera de que diera por finalizada la ceremonia.

Y se preguntó por qué aceptaba algo así. Por qué aceptaba las condiciones de un hombre que, claramente, solo veía en ella a una cuidadora para su hijo y a una pieza clave en su alianza con otros dos clanes.

«Porque tú también deseas estar al lado de Rowan», le recordó una voz en su cabeza.

Enseguida, su cuñado los nombró marido y mujer delante de los testigos y Murtagh, sin previo aviso, en cuanto desataron sus manos unidas, la tomó de la barbilla para besarla sin ningún pudor.

«Y por esto también», volvió a escuchar en su interior, cuando el guerrero, con aquellos labios exigentes, prendió en su pecho la llama de un deseo que llevaba dormido ya demasiado tiempo.

Lady Daisy Wadlow no era la única que recordaba su boda anterior.

No, ya no era Daisy Wadlow.

Murtagh sintió una extraña satisfacción cuando miró a su esposa y se dio cuenta de que ahora era una MacMeinn.

Él también había pensado en su casamiento con Margery durante la boda, y tenía que reconocer que, a pesar de ser una ceremonia que los unía en un matrimonio de prueba, la sintió más auténtica que la primera.

Habían hecho pactos en el transcurso de la misma; habían discutido, incluso, pero prefería eso mil veces antes que las lágrimas que la joven hija de lord Hughes había derramado. Daisy no se había mostrado temerosa ni arrepentida. Le había plantado cara cuando él, en un arrebato inexplicable de celos, le había prohibido pensar en su difunto esposo.

Aún no entendía muy bien lo que le había ocurrido. Verla cerrar los ojos y respirar hondo, conectando con ese pasado que le era ajeno, había hecho crecer la ira en su interior. Un sentimiento posesivo que jamás antes había experimentado lo dominó. Y era absurdo, porque, por mucho que se empeñara, no podía competir con un recuerdo.

Ella tenía razón: se había comportado de un modo inaceptable. Intransigente y autoritario con

un tema tan delicado como su viudez. Tendría que encontrar un modo de compensarla… En cuanto ese monstruo verde de los celos que notaba enseñando los dientes en su interior se calmara.

Continuó mirando a su esposa. Se maravillaba por que hubiera aceptado casarse con él. No se engañaba al respecto, sabía que era únicamente por Rowan. Entre su hijo y la dama se había generado un lazo muy fuerte en muy pocos días, y gracias a dicha conexión él había vuelto a escuchar su vocecita infantil.

Pero, a pesar de eso, no iba a consentir que ella adoptara un papel secundario en aquella relación y se quedara relegada únicamente a cuidadora del niño.

Daisy era magnífica. Se había casado con él llevando puesto un simple vestido de viaje, en un tono verde oscuro, con un recogido sencillo en el pelo que dejaba su bello rostro despejado, y jamás una novia le había parecido tan hermosa.

Sus ojos habían brillado como dos cielos, emocionados al principio y furibundos después, cuando a él lo dominó aquel posesivo arrebato. De cualquier manera, eran los ojos más bonitos, límpidos y sinceros que había contemplado nunca.

Los de Margery siempre estuvieron llenos de pena y de terror.

Los de Nimue, cargados de un sentimiento demasiado turbio y asfixiante.

Daisy lo miraba y lo veía. Realmente lo veía. Con sus atroces modales, con su carácter irascible, con ese extraño atractivo que jamás creyó que poseyera, pero que ella había alabado la noche anterior, inflando su ego.

Nadie había inflado su ego por algo tan superficial como el aspecto físico antes de conocerla.

Ahora, quería ser apuesto para ella. Quería que, cuando lo mirara, no viera al monstruo que todos veían.

Quería que sus ojos encontraran a un hombre deseable y que le apeteciera irse a la cama con él. Sin llorar, sin temblar (al menos, no de miedo), aceptándolo tal y como era, y tomando, al mismo tiempo, únicamente lo que pudiera ofrecerle, sin forzarle tampoco a más, como había pretendido hacer Nimue en el pasado.

Deseaba encontrar con Daisy un término medio entre las dos mujeres más importantes de su vida hasta ese momento. ¿Podría conseguirlo? No sabía si un año y un día bastaría para lograrlo. Porque, de pronto, observando a la dama mientras se despedía de su familia, se le antojaba muy poco tiempo.

—Esposa —la llamó, cuando vio que la despedida se alargaba.

«Esposa».

Qué bien le sentaba pronunciar esa palabra. Y ver que ella se volvía y lo atendía al momento, con una aceptación clara en cada uno de sus gestos.

—¿Sí, mi señor?

—Es hora de partir —la apremió, aunque trató de suavizar el tono.

Observó cómo Daisy se giraba de nuevo y atrapaba a sus dos hermanas en un afectuoso abrazo. Escuchó las palabras de despedida que intercambiaron, la promesa de que volverían a verse pronto, en alguna visita que se hicieran las unas a las otras. Y Murtagh fue consciente de que, al unirse a la dama, había adquirido también compromisos familiares que antes no tenía. Los Buchanan o los MacAuley podrían presentarse en Mullach Creige cualquier día, y los MacMeinn tendrían que recibirlos y mostrarles una hospitalidad que no solían prodigar.

Podría soportarlo.

Y sus hombres y sus consejeros tendrían que aceptarlo también, y abandonar para siempre esa actitud defensiva por la que se cerraban constantemente a otros clanes. Después de todo,

Banner, Akir y Nathair le habían encomendado buscar alianzas. Ya las tenía, gracias a ese matrimonio. Ahora, todos los MacMeinn tendrían que apechugar con ello.

Por último, vio que Daisy se acercaba a sus sobrinos para despedirse y Rowan la acompañó. La pequeña Ailsa abrazó a su hijo tan fuerte que sus primos resoplaron.

—Déjalo ya, pesada —le dijo Drake.

—Te vas a quedar pegada —le advirtió Brodie.

La niña los ignoró y miró a su amigo con ojos llorosos.

—Te voy a echar de menos.

—Volveremos a vernos pronto —intervino Daisy—. Yo también os echaré de menos, mis niños —les dijo, dándoles a cada uno un beso en la cabeza.

Después, agarró a Rowan y se dirigió al caballo que le habían preparado. Su equipaje ya estaba cargado en otra montura, pues la dama tenía demasiados vestidos, en opinión de Murtagh, y habían necesitado un animal solo para sus pertenencias.

—Rowan, ven conmigo —llamó al niño, para que su esposa pudiera acomodarse antes de partir.

Para su sorpresa, su hijo negó con la cabeza.

Se acercó a él, consciente de que aún no estaba preparado para hablar en voz alta delante de todos los curiosos que habían acudido al patio para presenciar la partida.

—¿Cómo que no? No puedes quedarte aquí, Rowan…

El niño le tiró de la camisa para que se agachara a su lado. Murtagh lo hizo y solo entonces le susurró al oído.

—No quiero quedarme. Quiero ir con ella, en su caballo.

—Rowan, lady Daisy no está acostumbrada a viajar por nuestras tierras. Será una dura travesía y no creo que…

—No importa —lo interrumpió la dama, ya desde lo alto del animal—. Puede montar conmigo. Y, por favor, llamadme solo Daisy, esposo.

El primer impulso que tuvo Murtagh al ver la sonrisa que le dirigía en esos momentos, fue la de decirle a su hijo que viajaría con Tyler y que sería él mismo quien compartiera montura con la joven. ¿Cómo sería llevarla pegada a la espalda, con sus pechos apretados contra él mientras lo abrazaba por la cintura? Seguramente, igual de bueno que ir detrás de ella, aferrándola por las caderas, con los muslos pegados a los suyos, inhalando el aroma de su cabello y notando la turgencia de su trasero contra la entrepierna…

¡Por todos los infiernos! ¿De dónde habían salido esos pensamientos? ¿Se había vuelto loco? ¡Rowan lo estaba mirando fijamente!

—¿Padre? ¿Por qué te has puesto rojo?

Quiso que la tierra se abriera y se lo tragara.

—Tengo calor —respondió de forma brusca—. Si quieres ir con ella, ve —espetó enseguida, aferrándolo por la cintura para auparlo hasta el regazo de Daisy.

La joven lo miraba con extrañeza, sin comprender su actitud. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni él mismo entendía ese deseo repentino y fulminante que apenas podía disimular.

—En marcha —les ordenó a sus hombres, subiéndose casi de un salto a su montura.

Sabía que iba a ser un largo viaje. No por la duración del mismo, sino por esas ganas de estar a solas con la dama ahora que estaban casados.

—Esposo mío, ¿os encontráis bien? —le preguntó, una vez que hubieron dejado atrás la fortaleza Buchanan y ella detectó que su ceño continuaba arrugado.

«¿Esposo mío?».

Era demasiado agradable escuchar eso.

Lo descolocaba, lo ponía frenético.

Se movió sobre la silla de montar, incómodo al notar una fuerte erección que no había podido evitar al percibir su tono dulce y casi… casi cariñoso.

«Esposo mío».

Iba a ser un viaje muy muy largo.

Capítulo 18



A Daisy le sorprendió la rapidez con la que aceptó su nueva condición de mujer casada. No le había costado nada referirse a Murtagh como «esposo» e, incluso, había notado un agradable cosquilleo al pronunciar aquellas palabras.

Sobre todo, al notar el anhelo del guerrero cuando la escuchó.

Tal vez había sido algo demasiado íntimo, teniendo en cuenta que acababan de desposarse y estaban rodeados de todos los hombres del laird. Daisy había sentido un tirón en las entrañas cuando se encontró con los ojos de Murtagh tras interesarse por su malhumor.

Sin embargo, la sensación se esfumó de golpe cuando él respondió a su pregunta con uno de sus típicos gruñidos, apartó la cara y espoleó al caballo para situarse al frente de la comitiva. ¡Definitivamente, a ese hombre había que enseñarle buenos modales!

—¿Estás cómodo? —le preguntó, esta vez a Rowan, para tratar de ignorar la decepción que acababa de sufrir.

Era imposible entender a Murtagh MacMeinn. Su esposo reaccionaba de formas inesperadas y no era capaz de leerle los pensamientos, al contrario de lo que parecía ocurrirle a él con ella.

El niño asintió con la cabeza y se recostó sobre su regazo, feliz. Menos mal que con Rowan era mucho más fácil, pensó.

Daisy también azuzó al caballo para no quedarse rezagada, pues el grupo había partido a un ritmo bastante exigente. Se temió que sería así durante la travesía y se preparó mentalmente; jamás había sido una gran amazona. Pero no le había quedado más remedio que amoldarse a la petición de Murtagh para que viajara de esa manera y no en un carruaje, como solía ser costumbre en ella.

«Eso nos retrasaría mucho», le había dicho su esposo.

Y sí, estaba claro. Por cómo habían abandonado la fortaleza de los Buchanan, aquellos hombres tenían mucha prisa por arribar a Mullach Creige.

Tras las primeras dos horas de viaje, la joven no podía más. Se le había dormido el brazo sobre el que Rowan apoyaba la cabeza, tenía calambres en la espalda y le dolía el trasero. Su caballo se había quedado atrás y se sintió mortificada cuando tuvo que refrenarlo, exhausta, para recolocar el pequeño cuerpo de Rowan sobre su regazo y que no se le cayera. Si los MacMeinn que acompañaban a su esposo ya la miraban con cierto aire de superioridad, porque ella solo era una *sassenach*, no quería ni pensar en cómo lo harían ahora, en cuanto se percataran de que no era capaz de seguirles el ritmo.

—¿Mi señora? ¿Ocurre algo?

Daisy se sorprendió al escuchar la voz que llegaba desde atrás. Al girar la cabeza, vio a Tyler, el segundo al mando de aquella tropa, que cabalgaba por detrás de su posición. Ni siquiera se había percatado de que el hombre cerraba el grupo.

—Creía que era la última.

—El laird jamás permitiría que su hijo y su esposa viajaran sin nadie que les guardara las espaldas.

—Disculpad… Tyler, ¿verdad?

—Es mi nombre.

—Perdonadme. No pretendo ser una molestia, pero necesito que nos detengamos a descansar unos minutos.

En Inglaterra, cualquier caballero habría accedido al instante y se había preocupado por su bienestar.

Pero estaba en las Highlands.

Tyler la observó de un modo que le confirmó que, en efecto, era un auténtico incordio y, a continuación, emitió un agudo silbido que le taladró los oídos.

Al momento, el resto del grupo, que ya se encontraba a cierta distancia, se frenó. Daisy vio que el enorme caballo de Murtagh volvía grupas y galopó veloz hasta su posición.

—¿Qué ocurre? —preguntó, tirando de las riendas con fuerza para detenerse a su lado.

—La dama no quiere continuar —le explicó Tyler.

Ella lo miró con la boca abierta.

—¡Yo no he dicho eso! Solo he pedido unos minutos para descansar.

Con todo el jaleo, Rowan se despertó y se frotó los ojos antes de mirar a su padre y al otro guerrero alternativamente.

—Nos detendremos cuando caiga el sol. Siempre hacemos un alto en una posada que hay camino a Mullach Creige.

—Esposo, ya me duele el… la espalda —se corrigió al final—. No creo que pueda seguir vuestro ritmo.

—Dadme a Rowan, cabalgará conmigo.

Daisy suspiró, muy cansada.

—No es cuestión de viajar más ligera de peso, Murtagh. No me sostengo sobre este animal, no estoy acostumbrada a tan largas cabalgadas.

Los ojos rojizos del hombre la taladraron.

—Vuestra hermana Lily aguantó sin quejarse todo el viaje cuando me pidió ayuda y recorrimos este mismo trayecto.

Ella apretó los labios mientras digería la crítica antes de contestar.

—Lamento entonces que mi hermana no estuviera disponible para que pudierais haberla escogido a ella y no a mí para ser vuestra esposa.

Se sostuvieron la mirada unos segundos con intensidad. Al final, Murtagh rompió el silencio.

—Tyler, ocúpate de Rowan —ordenó—. Y vos, esposa, viajaréis conmigo.

—No es necesario. Solo necesito unos minutos para…

—No podemos detenernos —gruñó—. Ya he perdido mucho tiempo.

Se bajó del caballo antes de que ella pudiera protestar más y se dirigió a su hijo. Lo agarró para cambiarlo de montura y se lo entregó a Tyler.

—¡Pero yo quiero ir con Daisy! —se quejó el niño, con un sonoro bostezo.

—Podrás estar con ella en cuanto lleguemos a Mullach Creige. Ahora, la dama está cansada y debo cuidarla.

Rowan la miró por encima de la cabeza de su padre.

—¿Tú también tienes sueño?

Ella le sonrió.

—Un poco.

—Vamos —refunfuñó su padre, dando una palmada a los cuartos traseros del animal de Tyler para cortar la conversación. Después, se acercó a ella y extendió los brazos para ayudarla a

desmontar.

—Debe de ser muy grave lo que os espera en vuestro hogar para que no me permitáis unos momentos de respiro —le reprochó—. ¿O es, simplemente, parte de vuestro encantador carácter?

—Ya sabíais cómo era cuando decidisteis desposaros conmigo —se limitó a decir.

Daisy se dejó caer sobre sus fornidos brazos y sus rostros se quedaron a escasas pulgadas. Ella se hundió en aquella mirada que, de pronto, se le antojaba inescrutable.

—En realidad, no —susurró—, no os conozco en absoluto.

—Pues si queréis saber algo de mí, no tenéis más que preguntar —le respondió él, en el mismo tono quedo.

Aún permanecieron en esa postura un poco más. Murtagh no parecía notar que la sostenía en el aire a pulso y ella estaba demasiado concentrada en ese cosquilleo de su estómago que se activaba cuando lo tenía tan cerca, cuando podía sentir el calor de todo su cuerpo, cuando la miraba de ese modo…

—Vamos —repitió él al cabo, esta vez de un modo más suave.

La ayudó a subir a su caballo. Luego ató el de Daisy para que los siguiera y, por último, montó tras ella, dejándola en la parte delantera de la silla. Le pasó el brazo por la cintura y apoyó la enorme mano en su vientre.

La joven notó un calor repentino que encendió sus mejillas y aceleró su corazón como si hubiera estado corriendo un día entero bajo el sol. Enderezó la espalda para tratar de no rozarlo, aunque era casi imposible.

—Relajaos —le pidió él, al verla tan tensa.

—Es… demasiado íntimo —musitó, casi sin voz.

Murtagh acercó los labios a su oído y su voz ronca le produjo un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Sois mi esposa. Habrá mucha más intimidad de aquí en adelante. Relajaos, no os dejaré caer.

Daisy colocó las manos sobre la que él posaba en su vientre y se apoyó contra su pecho. Enseguida, sintió que su calor la envolvía y fue más que agradable, aunque el corazón no deceleró. Continuó agitado, entrecortando su respiración.

—Por cierto —volvió a hablar él, nada más espolear el caballo para que se pusiera en movimiento—, siento lo que he dicho antes. Perdonadme si os he ofendido al mencionar a vuestra hermana, no era mi intención. Estoy muy satisfecho con vos, y muy agradecido de que hayáis aceptado esta unión.

Que se disculpara tan rápido complació a Daisy. En verdad le había molestado la comparación, y fue un gran alivio escuchar aquellas palabras. Aun así, lo azuzó un poco más.

—¿Estáis satisfecho a pesar de que no aguanto ni dos horas sobre un caballo?

—Es cuestión de práctica. De todos modos, si lo preferís, la próxima vez que viajemos os procuraré un buen carruaje. Cuando no haya tanta prisa por llegar a nuestro destino.

No era la respuesta que Daisy esperaba. Sentía que la había hecho de menos con sus comentarios y no la consolaba que él buscara modos de hacerle la vida más fácil dada su falta de fortaleza.

—¿Qué es lo que os satisface de mí, si puedo preguntar? —le dijo, dejando al descubierto su frustración.

—Que sois la única persona que ha logrado llegar hasta Rowan —contestó, con cruda sinceridad.

Pues ya tenía su respuesta.

Y, aunque Murtagh no hubiera mencionado la alianza entre clanes, sabía que ese era el otro motivo para estar satisfecho con ella.

Aquello la llevó a pensar en la clase de personas que eran los MacMeinn. Cerrados, huraños, introvertidos. Se dio cuenta, mirando al grupo que los acompañaba, que solo conocía el nombre del segundo al mando. No había tenido ni tiempo ni oportunidad de conversar con ninguno de ellos. Algo lamentable, teniendo en cuenta que, cuando llegara a Mullach Creige, habría de convivir con esa gente.

—Habladme un poco de los MacMeinn —le pidió de improviso.

—¿Qué queréis saber?

—Podríais empezar por decirme el nombre de los integrantes de vuestra tropa. No los conozco, ¿cómo podré dirigirme a ellos si lo necesito?

—Muy bien. El que lleva a Rowan con él, es Tyler.

—Sí, os he oído nombrarlo antes.

—Tyler es el hijo de uno de mis consejeros, Nathair. Esos son Grant, Cormac y Lennox —le explicó, señalándolos según los nombraba—. Y aquel pelirrojo grande que encabeza la comitiva se llama Forbes, es hijo de otro de mis consejeros, Akir.

—¿Cuántos consejeros tenéis?

—Tres. Akir, Nathair y Banner. Eran los hombres que asesoraban a mi padre y desde entonces velan por el bienestar del clan. Todos los MacMeinn los respetan y acatan sus decisiones.

Daisy se extrañó al oírlo.

—Por cómo habláis de ellos, parece que son los que gobiernan en vuestro hogar. ¿No sois vos el laird?

—Lo soy. Pero el consejo lleva mucho tiempo al frente y es… complicado. Yo también velo por los intereses del clan, pero debo tener muy presentes sus opiniones si quiero mantenerme al mando.

—¿Serían capaces de relevaros de vuestras funciones? ¡Sois sin duda uno de los hombres más fuertes y capaces que conozco!

La joven sintió la sonrisa de Murtagh aun sin verla.

—Me halagáis, esposa. Pero no es suficiente con ser el más fuerte. Los apoyos son fundamentales. ¿Qué haría en el caso de que no me quisieran? ¿Pelearme con todos y cada uno de los hombres del clan? —Murtagh suspiró, resignado—. Por desgracia, esos tres ancianos son muy venerados por los MacMeinn. Hay un equilibrio de fuerzas entre ellos y yo, por eso sigo al mando.

Daisy se mantuvo en silencio un rato mientras meditaba acerca de esa información.

—¿Y creéis que aceptarán esta boda? No les habéis pedido consejo primero y, después de todo, soy una *sassenach*.

—Una de las cosas que me pidieron cuando partí de Mullach Creige para participar en los Juegos, fue que procurara alguna alianza beneficiosa con otro clan. Con este matrimonio lo he conseguido, no creo que se opongan a él.

—¿Aunque yo sea inglesa?

—No sois la primera inglesa con la que me caso.

Daisy sintió un inesperado pinchazo en el pecho tras esa afirmación.

—Sí, pero aquel matrimonio…

—¿Si?

Murtagh se había tensado a su espalda. La apretaba por la cintura con más fuerza, a la espera

de que completara la frase.

—No terminó bien —soltó al fin—. ¿No creéis que los MacMeinn pueden mostrarse reacios a que su laird tenga, de nuevo, una esposa que no es escocesa?

—¿Creéis que mi matrimonio no acabó bien porque Margery era inglesa? Me decepcionáis. Sobre todo, porque vuestras hermanas están casadas con dos guerreros de las Highlands y tienen una buena relación con sus esposos. Vos misma lo dijisteis: los aman y por eso son felices.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —musitó, con un hilo de voz.

Temía la respuesta. Aunque también le daba pavor que él no quisiera hablar de ello, por si existía algo que prefería ocultarle.

Murtagh guardó silencio unos segundos. Le clavaba los dedos en el abdomen, y Daisy estaba convencida de que ni siquiera se daba cuenta de que la apretaba con mucha fuerza.

—Si preferís no hablarme de ella, lo comprenderé —empezó a decir para librarle del compromiso, a pesar de que se moría por conocer lo ocurrido.

—Os lo diré —la interrumpió, brusco. Lo escuchó inspirar con fuerza, como si así se armara de valor para confesarle aquel asunto del pasado—. Margery era muy joven… y yo también. Me enamoré de ella nada más verla, me pareció la criatura más adorable que jamás había conocido.

De nuevo, Daisy sintió ese extraño pinchazo en el pecho. ¿Celos? ¡Qué estupidez! Lo que narraba había ocurrido hacía mucho tiempo.

—Me cuesta trabajo imaginaros como a un joven enamorado —le dijo.

—Enamorado e ingenuo —añadió él—. Creí que podríamos tener una buena vida juntos. Lo intenté... pero ella me tenía pánico. Y, si yo hubiera sabido lo que pasaría, jamás le habría tocado un pelo de su cabeza.

Las últimas palabras las pronunció con un sentimiento tan profundo y doloroso, que Daisy temió seguir preguntando. Mas ya era imposible contener la curiosidad.

—¿Qué pasó?

—¿Qué habéis escuchado vos? ¿Que murió por mi culpa? ¿Tal vez que yo mismo la asesiné?

Daisy se estremeció entre sus brazos. Giró la cabeza para buscar sus ojos y descubrió que él tenía la mirada ausente, muy lejos de allí, perdida en el pasado.

—Vos no la matasteis —declaró, convencida. De pronto, sabía en su corazón que aquel hombre no era capaz de cometer un crimen tan atroz.

—No. Pero sí fue mi culpa que ella buscara aquel final. Yo… No la forcé, tenéis que saberlo. Sin embargo, ella siempre me recibía con pavor. Se quedaba quieta, temblaba, lloraba en silencio. En mi engreimiento, me convencí de que acabaría por gustarle. De que, si la trataba con cariño, si era cuidadoso, amable y considerado, Margery terminaría por aceptarme como hombre.

—¿No lo hizo? ¿No llegó a aceptaros?

—Nunca. Y os prometo que jamás se lo reproché, aunque en mi interior me consumiera la angustia de que no me amara como yo la amaba a ella.

Daisy respetó el silencio que siguió a esa confesión. Intuía que él no había terminado su relato y le dio tiempo para que se recompusiera y pudiera seguir hablando.

—Margery se quedó encinta.

Lo soltó como si esa información le quemara dentro del cuerpo.

—¿Qué?

—Esperaba un hijo mío, pero eso tampoco la hizo feliz. Supongo que imaginaba que en su vientre crecía un monstruo igual que el hombre que lo había engendrado. Una noche, mientras dormíamos en nuestra cama, se marchó de la alcoba, tal y como estaba, en camisón, y subió a las almenas de la fortaleza. La seguí de inmediato al percatarme de su ausencia y la llamé… Traté de

disuadirla. Le pedí perdón, le prometí que jamás volvería a tocarla si ese era su deseo, le rogué para que no lo hiciera.

Daisy tragó saliva al imaginar la escena.

—¿Hacer… el qué? —preguntó en un susurro.

—Intenté llegar hasta ella —musitó Murtagh, y la joven casi no reconoció su voz por el dolor que destilaba—. Y no lo conseguí. Saltó antes de que pudiera evitarlo y se marchó, llevándose a mi hijo con ella.

Una lágrima se escapó de los ojos de Daisy. Se apretó contra el pecho de Murtagh, como si de ese modo pudiera consolar el horror que describía.

—Algunos creyeron que yo la había empujado. No sé… en cierto modo, tal vez lo hice.

Ella giró el torso para poder mirarlo y una de sus manos voló hasta su rostro para que le prestara atención.

—¡Por supuesto que no! No sois culpable de que Margery tuviera ese miedo arraigado tan dentro de ella. Decís que no le hicisteis daño, que fuisteis gentil en vuestro trato…

—Siempre —admitió Murtagh, cerrando los ojos—. Pero ella no me deseaba y yo no respeté sus sentimientos. Como esposo, intenté que me aceptara, de verdad que creí que podría llegar hasta su corazón.

—¿Margery os dijo alguna vez que no le agradaban vuestros encuentros? ¿Manifestó su malestar, sus miedos?

—Nunca verbalizó sus sentimientos y, sin embargo, eran evidentes. Fui un bruto, un egoísta. Fui ese monstruo que todos imaginan que soy.

A Daisy le dolió el alma al escucharlo hablar de ese modo. Cargaba con una culpa inmensa y ahora entendía por qué todos decían que era frío como el hielo. Después de aquella experiencia, era lógico que Murtagh se negara a abrirse a los demás, a dejar que alguien entrara de nuevo en su corazón.

Margery había preferido la muerte antes que seguir un día más a su lado y, para colmo, había matado también al hijo de ambos. No le extrañaba que el guerrero fuera tan protector y posesivo con Rowan. Ella mejor que nadie comprendía el dolor inmenso de perder algo tan valioso, sangre de su sangre, una parte misma de su corazón.

Le acarició con ternura la mejilla.

—Puede que hayáis cometido errores en el pasado, pero los reconocéis y os sentís culpable. Estoy segura de que, si Margery hubiera hablado con vos, habríais actuado de otra manera. No sois ningún monstruo —musitó, con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué estáis tan segura? —le preguntó con voz ronca.

Daisy se estiró para alcanzar sus labios y le dio un beso breve y sentido. Después, se giró de nuevo y se acomodó entre sus brazos con un suspiro antes de contestarle:

—Porque no me dejaréis caer y permaneceréis a mi lado, por muy dura que sea la travesía.

Capítulo 19



Al caer la noche, llegaron a la posada donde iban a pernoctar como estaba previsto. Murtagh pidió ayuda a sus hombres porque Daisy se había dormido en sus brazos y no quería despertarla.

Se notaba raro.

Después de hablar con ella, de confesarle lo que había ocurrido con su primera esposa, la opresión de su pecho se había aliviado considerablemente.

Y no estaba acostumbrado a sentirse bien.

Ese beso que su esposa le había dado, después de afirmar que no era un monstruo, había sido mejor que tomar un caldo caliente en un desapacible día de invierno junto a un buen fuego.

Desmontó y la tomó de nuevo entre sus brazos para llevarla al interior del establecimiento. Aunque tuvo mucho cuidado, Daisy abrió los ojos cuando entraron en la sala principal de la posada.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó, somnolienta.

—Os llevo a una de las habitaciones. Allí podréis descansar.

—No es necesario. Bajadme, os lo ruego, puedo caminar.

—Llevamos muchas horas a caballo, tendréis las piernas débiles.

Le hizo gracia que ella compusiera un mohín de desacuerdo.

—No soy tan frágil, esposo. Además, tengo hambre.

—Me ocuparé de que os lleven la cena al dormitorio.

Daisy le puso la mano en el pecho para que se detuviera y lo miró con esos increíbles ojos azules.

—Por favor. Dejadme aquí. Quiero compartir mesa con vuestros hombres, quiero que empiecen a aceptarme y no lo conseguiré si me aisláis del grupo por vuestro exceso de celo.

Ella tenía razón. Aunque en esos momentos Murtagh solo tuviera ganas de mantenerla a salvo, de protegerla, de cuidarla como algo precioso que la vida le había regalado, tenía que ceder.

Daisy no era Margery.

Daisy no temblaba de miedo, no había peligro alguno en permitir que conviviera con los MacMeinn como una más.

Daisy lo había acariciado y lo había besado por voluntad propia, porque había querido y no porque la forzara a hacerlo.

—De acuerdo —accedió.

La depositó en el suelo con cuidado y la sujetó por si le fallaban las piernas. Ella se enderezó y le demostró que era perfectamente capaz de caminar cuando se acercó a la mesa que ya ocupaba el resto de la comitiva. Rowan también estaba despierto, sentado en una silla y con una cuchara de madera en la mano, impaciente por que le colocaran un plato de comida delante.

La joven se acomodó junto a él y lo besó en la coronilla.

—¿Tienes hambre?

El niño asintió con énfasis, incapaz todavía de hablar delante del grupo.

Murtagh se sentó al otro lado de Rowan y estudió el rostro de sus hombres.

Como si intuyeran lo que esperaba de ellos, Tyler fue el primero que intervino.

—Ya veréis, mi señora, aquí sirven un plato de cordero en salsa muy sabroso. Os gustará.

—¿Queréis un poco de vino especiado para acompañar? ¿O preferís una jarra de cerveza? —le preguntó Cormac.

—El vino está bien, gracias —respondió ella, con sus exquisitos modales de dama inglesa.

Rowan le mostró a su padre su vaso vacío.

—¿Tú también quieres vino? —El niño asintió—. Está bien, pero tú lo tomarás aguado —concedió.

Murtagh miró a Daisy por encima de la cabeza de su hijo y ella le sonrió de manera espontánea.

¡Por todos los infiernos! ¿Por qué era tan encantadora? ¿Por qué, de pronto, sentía ese calor tan agradable en el pecho?

Enseguida, y por suerte, el trasiego de las bandejas de comida que iban llegando y de la bebida que se servía de manera generosa lo distrajo. Sus hombres se comportaron y charlaron de forma amigable con la dama, contándole cosas de los MacMeinn y contestando a las preguntas que Daisy formulaba. Murtagh notaba que ellos se sentían halagados al ver el sincero interés que la joven demostraba por sus costumbres, por sus respectivas familias, por su modo de vida. La forma en que los escuchaba, muy atenta, junto con su hermosa sonrisa, consiguió que la expresión de duda y recelo que habían mostrado desde la boda desapareciera de sus rostros.

—Os deseamos que paséis una buena noche, mi señora —le dijeron, cuando ella les comunicó su deseo de retirarse a descansar.

Murtagh se levantó de la mesa con ella para acompañarla hasta la alcoba que le habían asignado. Al llegar a la puerta, se detuvo y no cruzó el umbral.

—Espero que estéis cómoda. He pedido que os suban lo necesario para que podáis asearos, pero, si os falta algo, no dudéis en decírmelo.

Daisy lo miró, algo confusa.

—¿No… no compartiremos el lecho? —le preguntó.

Algo rugió en sus venas al escucharla. Sin embargo, se negaba a pasar su noche de bodas en una posada, después de una dura jornada de viaje.

—Seguramente estáis agotada y prefiero que descanséis bien. Aún nos queda camino por delante, mañana partiremos temprano.

¿Era decepción, esa sombra que había cruzado por los ojos azules tras su excusa?

—De acuerdo. Buenas noches, entonces —lo despidió.

Murtagh tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerse firme en su decisión, pues no deseaba otra cosa más que acercarse y tomarla entre sus brazos.

—Buenas noches —le susurró, antes de cerrar la puerta y alejarse para volver junto a sus hombres.

Aún tardó un buen rato en retirarse él también a su alcoba, con Rowan. Su hijo había dormido mucho durante el viaje y no tenía sueño, por lo que la velada en torno a la mesa de la cena se alargó, en compañía de buenas cervezas y de sus hombres. El niño se dedicó a jugar con un caballito de madera tallado que le regaló el posadero y Murtagh aprovechó para comentar con el

grupo el problema que los aguardaba en Mullach Creige.

—Supongo que todos sabéis ya lo que decía el mensaje que enviaron los consejeros.

—Sí, ese desgraciado de Hughes ha atacado en nuestras tierras con sus mercenarios, tal y como amenazó —respondió Cormac.

—En cuanto lleguemos, habrá que evaluar los daños —les dijo—. Imagino que las cosechas y el ganado han sido el blanco de su ofensiva, tendremos que ayudar a los MacMeinn que lo necesiten. Organizaremos patrullas de vigilancia por el territorio para repeler nuevos ataques.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? —quiso saber Forbes.

De todos los hombres bajo su mando, el pelirrojo era el que más oposición mostraba siempre a su liderazgo.

Murtagh ya estaba acostumbrado. La ambición de su padre, el consejero Akir, lo había llevado a pensar que algún día podía ocupar su puesto como laird del clan, y se crecía en ciertos momentos delante de los otros hombres, sobre todo si tenía la oportunidad de ponerlo a él en un aprieto.

—No lo sé —respondió.

Forbes le dirigió una mirada calculadora. Se notaba que disfrutaba dejándolo en evidencia delante de los demás.

—Podemos luchar contra esos mercenarios, laird, pero no podremos pasar sin cosechas y sin animales. Si las pérdidas que han causado son graves, nuestras armas no servirán contra el hambre y la necesidad —le recordó.

Como si él no lo supiera. La escasez de recursos era lo que había tenido que enfrentar su padre en el pasado, y por eso mismo había concertado su matrimonio con Margery. Lo conseguido con aquella desafortunada boda se podía haber perdido con los ataques de los mercenarios de Hughes, lo que significaría que todos los sacrificios, incluyendo la muerte de su esposa y su hijo no nato, no habrían servido para nada.

—Y, en tu opinión, ¿qué deberíamos hacer? —preguntó, cansado de no encontrar el apoyo que necesitaba en sus hombres—. ¿Crees que nuestro ejército debe ponerse al servicio de ese inglés, tal y como me requirió, para luchar en su bando contra nuestros compatriotas?

—Yo no he dicho eso —se defendió Forbes.

Era un tema delicado y la solución no resultaba sencilla. Y todos ellos, incluso los que criticaban sus decisiones, lo sabían.

—Resolveremos lo que hacer cuando lleguemos y conozcamos el alcance de los daños. Hasta entonces, no le daré más vueltas a este asunto —concluyó, sin querer enzarzarse en una discusión que no conducía a nada—. Rowan, es hora de ir a dormir —llamó a su hijo.

Se marcharon del salón y se acomodaron en una de las alcobas, cerca de la de Daisy. Murtagh ayudó al niño a lavarse un poco y se sorprendió al notar que no protestaba ni trataba de huir. La dama apenas llevaba un día como su esposa y ya notaba su influencia en ambos. Acostó al pequeño y este se durmió enseguida, aunque él no tuvo tanta suerte.

Dio vueltas y vueltas, intranquilo, notando en su cuerpo una fiebre que no había sentido en mucho tiempo.

Al fin, logró conciliar el sueño. Pero estaba demasiado alterado. Lo que le bullía en el pecho lo despertó de súbito, en plena noche, recordándole que ahora tenía una esposa y que esta se encontraba muy cerca. Reconoció que estaba excitado; después de haber pasado la mayor parte del día rozándose con esa hermosa mujer sobre el caballo, ¿qué hombre no lo estaría? Se puso boca arriba en la cama y se tapó los ojos con un brazo mientras trataba de serenarse, respirando hondo, lentamente…

Imposible.

Llevaba bastante tiempo sin yacer con una mujer y su cuerpo se lo recordaba hasta el punto de resultarle doloroso. Era plenamente consciente de que ella se hallaba a solo una puerta de distancia y que estaba en su derecho de esposo de meterse en su cama para satisfacer el deseo que lo devoraba.

Miró hacia el lado donde Rowan descansaba, aunque solo vio el revoltijo de mantas bajo las que se había sepultado para dormir calentito. Se levantó con cuidado de no despertarlo y, sin querer pensar demasiado en lo que estaba haciendo, se dejó guiar por sus más bajos instintos y las terribles ganas que tenía de esa mujer.

Salió al pasillo y se coló en la habitación donde Daisy descansaba. Había dejado una vela encendida en la mesilla, y gracias a la suave luz, llegó hasta la cama sin tropezar con nada. Se sentó al borde del colchón y la observó dormir mientras se obligaba a inspirar despacio y soltar el aire lentamente. No quería abalanzarse sobre ella como un energúmeno.

Le acarició la mejilla con los nudillos para no asustarla, pero, en cuanto la joven abrió los ojos, toda su contención voló por los aires. Se inclinó sobre ella y atrapó su boca antes de que pudiera emitir cualquier sonido.

¡Oh, por todos los infiernos! ¿Por qué había creído que era buena idea ser caballeroso y renunciar a su noche de bodas? Daisy sabía tan dulce como el vino que habían bebido durante la cena. Al tiempo, le resultaba tan excitante, que no comprendía cómo había tardado tanto en ir a buscarla.

—Murtagh… deteneos —la escuchó decir, a la vez que intentaba, sin mucho éxito, apartarlo de ella.

—Perdonad mi ímpetu —le susurró—. Vuestra belleza me abruma, habéis resultado una exquisita tentación durante toda la travesía, tan pegada a mí… Vuestro calor, vuestro olor…

Se inclinó de nuevo hacia la dama, confiando en que aquellas poéticas palabras la convencerían. Daisy tenía que entenderlo, ella también se había dado cuenta de lo íntimo que había resultado viajar el uno junto al otro, sin poder evitar el continuo contacto de sus cuerpos.

—Mi señor… no… podemos… —insistió en un susurro, para su frustración, empujándolo con más ahínco.

—¡Por el amor del cielo, sois mi esposa! Y sé que también lo deseáis. ¿Qué nos impide disfrutar de nuestra noche de bodas?

—Llegáis tarde —le dijo Daisy, de nuevo en un susurro. ¿Por qué hablaba con voz tan queda?—. Ya hay otro hombre en mi cama.

Murtagh se apartó como si lo hubiera abofeteado. ¿De qué estaba hablando? Miró al otro lado del colchón, pero, en su estupefacción, no vio a nadie.

—¿Os referís al recuerdo de vuestro difunto esposo? —preguntó, imitando su tono de voz quedo, tratando de entender lo que ocurría.

Quería ser paciente con ella. Se recordó que las damas inglesas eran distintas. No podía conducirse como lo había hecho con Margery, obligándola a asumir sus deberes conyugales sin tener en cuenta sus sentimientos. Le daría tiempo, la escucharía…

Aunque por dentro se estuviera muriendo de celos por culpa de un fantasma.

Daisy se incorporó hasta quedar sentada en la cama y lo miró con gesto confundido.

—¿Mi difunto esposo?

—Comprendo que vos…

—No —le aclaró rápidamente—. En el otro lado de la cama no duerme un recuerdo, os lo puedo asegurar.

Al decirlo, apartó las mantas y el pequeño cuerpo de Rowan quedó al descubierto. Su hijo estaba aovillado sobre el colchón, con un brazo estirado hacia la dama, como si la hubiera buscado también en sueños para cerciorarse de su presencia.

—¿Cómo ha…?

No pudo terminar la pregunta porque había elevado de nuevo la voz y Daisy reaccionó tapándole la boca con la mano para silenciarlo. Al hacerlo, se había acercado mucho a él y su delicado aroma femenino inundó sus sentidos.

—Lo despertaréis, esposo. Bajad el tono.

Murtagh se recreó en sus bellas facciones. A la luz de la vela, el brillo de sus ojos era muy cálido. Al igual que el tacto de aquellos dedos sobre sus labios. Notó que su corazón se aceleraba y que el deseo por ella, en lugar de menguar puesto que su hijo estaba presente, crecía y crecía.

Le apartó la mano con suavidad y depositó un beso en su palma. La vio estremecerse por el gesto y supo que tenía que salir de allí cuanto antes si no quería cometer una locura.

—En el futuro, tendré que procurar que mi hijo se quede en el lugar que le corresponde para que no usurpe mi lado de la cama —susurró—. No quiero a nadie entre mi esposa y yo cuando deba cumplir con mi responsabilidad marital. A nadie.

Daisy asintió y, de nuevo, elevó su mano, esta vez para apartarle el cabello de la frente con una caricia que le supo a poco.

—Quedaos tranquilo, mi señor. Rowan no me buscará cuando se dé cuenta de que yo no me marcharé, que me tendrá a su lado siempre que quiera.

—No me refería solo a…

—Sé lo que queríais decir —lo interrumpió ella—. Siento si durante la celebración de la boda os incomodé al acordarme de mi anterior esposo. Os lo repito, fue el momento. Pero, os aseguro que cuando vengáis a mí, mi atención estará puesta en vos y solo en vos.

Murtagh sintió alivio al escucharla e hizo el amago de levantarse para volver a su habitación; sin embargo, Daisy no había terminado de hablar.

—Y, si no fuera así, si la nostalgia me venciera en alguno de esos momentos, no temáis, os lo haré saber. No me gustan los engaños y no fingiré solo para complaceros. Aunque yo sea inglesa igual que vuestra primera esposa, no me comportaré como ella, mi señor. Expresaré con palabras muy claras mis sentimientos y responderé cuando queráis saber mi opinión sobre algo… Incluso sobre algún tema de alcoba, si eso os preocupa.

Había pronunciado las palabras en un susurro, pero su discurso se le metió bajo la piel y no supo cómo sentirse al respecto. Ella solo le ofrecía una cosa: sinceridad. Y no tenía muy claro que eso fuera suficiente.

Tal vez debería bastarle. Después de todo, aquello no era más que un matrimonio de conveniencia y, para más inri, de prueba. Ninguno de los dos perseguía un fin romántico con el enlace y, sin embargo…

—¿Daisy? ¿Padre? —Rowan se despertó y se incorporó. Se frotó los ojos con un bostezo—. ¿Ya es de día?

—No, cielo —le contestó Daisy, amorosa. Lo ayudó a recostarse de nuevo y lo tapó con la manta—. Vuelve a dormirte, yo te avisaré cuando tengamos que marcharnos.

Lo besó en la frente y Murtagh observó el rostro satisfecho de su hijo.

La paz de sus facciones, la respiración tranquila, la leve sonrisa de sus labios.

Jamás había visto a Nimue arroparlo o besarlo de aquella manera. Y era extraño, porque nunca había echado de menos esos gestos maternales. Pero, al ver lo que acababa de hacer Daisy, se percató de hasta qué punto la joven morena había sido negligente en sus funciones. Tal vez

porque había perdido la cabeza, o tal vez porque nunca había querido realmente a Rowan… Ya nunca podría saberlo.

La única certeza que le quedaba era que su hijo no había tenido nunca una verdadera madre.

Bien, se dijo. Si Daisy cumplía con ese papel, el matrimonio habría merecido la pena, aunque ellos dos no llegaran a un entendimiento como pareja.

—Murtagh, deberíamos descansar —Daisy lo sacó de sus cavilaciones—. Mañana nos espera otra dura jornada de viaje, según vuestras propias palabras.

—Sí, por supuesto.

Cuando trató de levantarse, ella lo retuvo sujetándolo por el brazo.

—¿Queréis dormir aquí? —La dama se sonrojó con el ofrecimiento—. Sois bastante grande, pero Rowan y yo podemos haceros hueco.

Él la miró con avidez. Se recreó en sus labios sonrosados, en lo suave que parecía la piel de su cuello, en las curvas de sus pechos, descaradas bajo la fina tela de su camisón…

Dormir con ella, abrazado a ella, notando su cálido cuerpo apretado contra el suyo.

No.

Aquello era mucho peor que montar juntos en el mismo caballo.

—Será mejor que regrese a mi cama. No soy de piedra, esposa.

Daisy esbozó una sonrisa comprensiva y sus mejillas enrojecieron más, sabedora del influjo que ejercía sobre él.

—Mañana será mejor que viaje en mi propia montura, entonces. No deseo que mi cercanía os distraiga u os perturbe.

Murtagh regresó sobre sus pasos y se inclinó sobre ella. Apresó su delicada barbilla entre el pulgar y el índice, y le levantó el rostro para buscar sus ojos.

—Mañana cabalgaréis conmigo. Os quiero cerca, muy pegada a mí. Tan pegada que pueda sentir ese tentador trasero vuestro en mi regazo. Puede que sea una tortura, esposa, pero es demasiado deliciosa como para renunciar a ella.

La besó después.

Más bien, arrasó con su boca. Tomó sus labios con codicia, con todo ese ardor que sujetaba dentro para no sacarla de allí a rastras y llevarla hasta su propio lecho para hacerla suya, lejos de Rowan.

Hundió sus dedos en el cabello rubio y la sostuvo sin ninguna delicadeza, dejándose llevar, saboreándola, mostrándole qué era lo que podía esperar de él cuando al fin pudiera dar rienda suelta a sus pasiones.

Y, eufórico, descubrió que Daisy respondía.

Gimió contra su boca, le entregó su aliento, entreabriendo los labios para que él pudiera profundizar en aquel beso abrasador. Lo abrazó sin pudor, anudó los brazos tras su cuello y lo apretó contra sí, demostrándole un sentimiento que logró rozarle el corazón como cuando la vio arropar a Rowan.

Daisy tenía cariño para los dos.

Aquel pensamiento logró devolverle a la realidad y se apartó de ella, jadeante.

—Buenas noches, soñad conmigo —le pidió, ronco, antes de abandonarla para huir a toda prisa.

No quiso mirar atrás.

Estaba seguro de que, si lo hacía, ninguno de los dos dormiría aquella noche.

Capítulo 20



Llevaba solo un día casada con ese MacMeinn y Daisy ya notaba que su vida era distinta.

Más plena, con más colores, con más sabores y muchas, muchas más sensaciones de las que había experimentado en los últimos años.

Eso no quería decir que el dolor hubiera desaparecido. La joven presentía que jamás dejaría de percibirlo, muy adentro, en la zona del corazón; tan cotidiano y tan familiar como sus propios latidos. Era algo con lo que tendría que convivir el resto de su vida, pero, al menos, ya empezaba a entender lo que le habían querido decir sus hermanas cada vez que trataban de hacerle ver que no era ella la que había muerto aquel fatídico día.

Hasta que volviera a reunirse con Richard y con Jamie —allá donde estuviera su hijo—, tenía que gastar su propia vida. ¿Y por qué no podía hacerlo de un modo en el que las heridas escocieran menos?

Aquella mañana había despertado al lado de Rowan, que se había pegado a su cuerpo durante la noche, y a ella se le había calentado el corazón.

¿Y sus sueños? ¡Oh, aquel engreído de MacMeinn sin duda se había encargado de que solo pudiera pensar en él, incluso dormida!

Tras su marcha, la noche anterior, le había costado relajarse. La había dejado en un estado tal de excitación, que había sido incapaz de conciliar el sueño con rapidez. Daisy había sentido la tentación de ir a buscarlo para rogarle que terminara lo que había empezado con aquel increíble, tórrido y húmedo beso. Llevaba más de cinco años sin que un hombre la tocara, y menos como lo hacía él. Se avergonzaba al reconocer que Richard jamás le había mostrado ese ardor tan impetuoso, casi salvaje.

Y aún se abochornaba más al reconocer que le encantaba eso de Murtagh.

Había sido inevitable soñar con él. Con sus manos aferrándola por el cabello, con su boca posesiva y exigente, con su cuerpo firme como el acero… «No soy de piedra», le había dicho. Pero, desde luego, tenía el pecho duro como una roca y unos brazos fuertes que…

—Basta, Daisy —se había amonestado, durante sus abluciones matutinas.

¿Cómo iba a ser capaz de aguantar todo el viaje montada en el mismo caballo que ese hombre si no podía apartar de sí aquellos lujuriosos pensamientos?

Había enrojecido como una adolescente al encontrarlo en la mesa del desayuno, junto a sus hombres. Murtagh la había mirado con una ceja arqueada al detectar su extraña y esquiva actitud, y fue incapaz de ocupar el asiento que quedaba libre a su lado.

Tras el tenso desayuno en el que, por fortuna, ocuparse de Rowan le dio una excusa perfecta para ignorar a su esposo, abandonaron la posada para partir hacia su destino. El niño mostró su enfado cuando quiso cabalgar con ella y su padre no lo consintió.

—Daisy vendrá conmigo —le explicó—, porque podría caerse del caballo.

Ella quiso protestar ante aquella exageración, pero mantuvo silencio al ver que Rowan se conformaba. La miró, preocupado, y luego miró de nuevo a Murtagh.

—No dejes que se caiga —le susurró a su padre.

El laird MacMeinn le sonrió antes de auparlo y acomodarlo con Tyler, como el día anterior.

—No lo haré, te lo prometo.

Así, Daisy viajó de nuevo con el férreo brazo de Murtagh rodeando su cintura, mortificada porque, cada vez que el caballo trotaba, él la pegaba a su cuerpo y su «tentador trasero» se rozaba con una parte muy concreta de su anatomía que era incapaz de ignorar.

Para cuando arribaron a Mullach Creige, la joven estaba agotada. No solo por el cansancio del viaje, sino por la tensión que había ido acumulando a cada paso del camino.

—¿Necesitáis ayuda para desmontar? —le preguntó su esposo, cuando él bajó del animal y comprobó que ella no lo seguía.

—Por favor —le pidió, estirando los brazos hacia él—. Estoy algo entumecida.

—Enseguida podréis descansar.

Daisy se dejó caer sobre el cuerpo de Murtagh, que la sostuvo sin problemas. Luego, elevó los ojos para contemplar aquella construcción enorme de piedra gris. Se erguía entre montañas, cuyos picos se veían todavía nevados a pesar de que el verano se acercaba. Era un edificio sin mucho adorno, con un claro componente defensivo por sus altos muros y la muralla que rodeaba todo el patio exterior. No era un lugar acogedor, como tampoco se lo habían parecido las chozas de Dunridge, la aldea que habían atravesado o las casas de las granjas MacMeinn que habían ido dejando atrás.

Seguramente, aquella sensación había sido causada por las miradas que había recibido de la gente, y no por el aspecto de sus hogares.

«¿Otra *sassenach*?», parecían decir con los ojos al observarla al lado de su laird.

Murtagh también le había ido informando de los acontecimientos que los habían llevado a regresar con tanta urgencia, y ella misma había podido ver algunos campos calcinados por los incendios provocados. No era de extrañar que los MacMeinn la recibieran con tal desconfianza. Según su esposo, los ataques a sus tierras los habían llevado a cabo mercenarios contratados por el padre de la difunta Margery, un lord inglés.

Iba a resultar muy complicado ganarse el cariño, o tan siquiera el respeto, de unas personas que no solo odiaban a los ingleses, sino que además los culpaban a todos por las malas acciones de un solo hombre vengativo.

—¿Qué os parece?

La pregunta de Murtagh la sacó de sus cavilaciones.

—Es… grande —respondió, sin saber qué más decir.

—Supongo que eso no os impresiona, teniendo en cuenta que vuestro padre es el barón de Aldenford. Vuestra casa en Inglaterra debe ser igual de grande, si no más.

Daisy no le habló de que ella habría podido tener otro hogar, además del que imaginaba, si Jamie aún estuviera con ella. Elderbrook, la propiedad que el padre de su esposo, el marqués de Lonbrook, les había regalado el día de su boda, pertenecería a su hijo si no hubiera desaparecido. Y ella habría podido vivir con él como señora de aquel castillo hasta que Jamie hubiera alcanzado la mayoría de edad para hacerse cargo de la herencia de Richard.

Pero todo eso pertenecía a una vida que había desaparecido junto con su bebé y que jamás tendría, por lo que se forzó a expulsar los recuerdos de su mente y a centrarse en lo que tenía en esos momentos frente a los ojos.

—Os equivocáis —respondió a su comentario—. El hogar de mi padre es grande, sí. Pero Mullach Creige me impresiona porque me transmite cierto… pavor. Tengo la sensación de que es frío por dentro.

—¡Vaya! No mentíais cuando me dijisteis que seríais sincera en todo momento.

La voz de Murtagh sonó molesta. Daisy desvió la vista de aquella mole de piedra para mirarlo a él, y se percató de su error.

—Perdonadme, soy una boba. Seguramente sea un hogar confortable y la gente que lo habita muy hospitalaria. Siento haberme dejado llevar por la primera impresión.

—Lo cierto es que no estáis equivocada —le dijo, a pesar de su ceño fruncido—. Los MacMeinn somos como las piedras de estos muros: fríos y, en apariencia, intratables.

A Daisy le hizo gracia que usara el mismo adjetivo que ella había pronunciado cuando lo reprendió por no ser más sociable. Se acercó y le acarició la mejilla para congraciarse con él.

—Vos lo habéis dicho, intratables solo en apariencia. Estoy segura de que me adaptaré a vuestra gente y conseguiré llevarme bien con todos.

—Me basta con que os llevéis bien con Rowan y conmigo.

—¿Acaso queréis que solo me relacione con vos y vuestro hijo? Lo siento, esposo, pero no creo que sea capaz de mantenerme al margen de la vida del clan. Y tampoco lo deseo. He decidido dar un vuelco a mi existencia con este matrimonio, y pienso hacerlo con todas sus consecuencias, sin esconderme más, disfrutando de todo lo que mi nueva familia pueda ofrecerme.

—Puede que os resulte complicado. Ya habéis visto el recibimiento, los ingleses no son bienvenidos.

—Pero vos me apoyaréis. Y, si el laird me trata bien, estoy convencida de que el resto de los MacMeinn también lo hará.

Él la miró entonces de una forma extraña.

—Sincera y optimista. No sé si el clan está preparado para esa combinación.

Daisy se aupó sobre la punta de sus pies para hablarle cerca del oído.

—Me basta con que vos estéis preparado —le susurró, devolviéndole sus mismas palabras antes de echar a andar hacia la entrada de la fortaleza.

Rowan no quiso entrar con ellos en el gran salón.

El niño, que se había mostrado muy alegre durante todo el viaje, perdió la sonrisa en cuanto pisaron Mullach Creige. Daisy lo había tomado de la mano para hacer su aparición en el gran salón, pues la joven quería que todos los allí reunidos fueran testigos de la buena relación que existía entre la nueva esposa del laird y su hijo. Sin embargo, cuando se acercaban, escucharon mucho alboroto y los gritos de alguna discusión que estaba teniendo lugar.

—No —susurró Rowan.

Daisy lo miró y comprobó que le había cambiado la cara. Era como si tuviera miedo de lo que podía encontrar allí dentro. Se zafó de su mano y escapó a todo correr, hacia el patio exterior.

La joven dio un paso en la misma dirección con la intención de seguirlo.

—¡Rowan! —lo llamó.

—Dejadlo —le dijo Murtagh—. Me temía que esto pudiera ocurrir.

Ella lo miró, confusa.

—Pero si ha sido un niño encantador durante todo el viaje. No lo entiendo.

—Yo también creía que los días que ha pasado en las tierras Buchanan podrían haberle hecho cambiar. Que vos podríais haberle hecho cambiar. Y, a partir de ahora, tendréis que seguir

intentándolo. —El laird movió la cabeza, defraudado—. Rowan ha sido más feliz durante su estancia en una fortaleza extraña de lo que ha sido nunca en Mullach Creige. Es como si este lugar lo repeliera, a pesar de que es su hogar —terminó, con infinita tristeza.

Daisy se acercó y le acarició el brazo para darle su apoyo.

—Conseguiremos que sea feliz, ya lo veréis. Para eso estoy aquí —le dijo.

Murtagh inspiró hondo tras sus palabras.

—Doy gracias al destino que os ha traído a nuestras vidas.

—Sí —susurró ella, desviando la vista hacia el camino por el que había huido Rowan—, yo también pienso que era inevitable que nuestros caminos se cruzaran. De un modo que no puedo explicar, siento que es aquí donde debo estar.

—Me alegro de escucharlo. Vamos, os presentaré oficialmente a los miembros más relevantes del clan.

Le ofreció el brazo para conducirla al interior del salón y Daisy lo acompañó, bastante nerviosa con lo que iba a encontrar allí dentro.

No era para menos.

Los tres ancianos, que enseguida reconoció como miembros del consejo porque estaban sentados tras una elegante mesa, presidiendo la sala, discutían con algunos hombres que parecían haber pedido audiencia. Estos últimos llevaban ropas de campesinos y estaban bastante alterados. Daisy detectó notas de desesperación en sus voces, aunque no entendió todo lo que decían, puesto que algunos solo hablaban en gaélico.

Se produjo un incómodo silencio cuando avanzaron hasta situarse frente al consejo.

—¡Murtagh, no esperábamos tu llegada tan pronto! —exclamó uno de aquellos ancianos.

—En tu carta me decías que era urgente, Akir. ¿Creías que el laird del clan no acudiría lo antes posible para ayudar a su gente?

En lugar de contestar, otro de los miembros del consejo tomó la palabra y la miró con fijeza.

—¿Quién es?

A Daisy le resultó muy desagradable.

Y muy poco cortés.

—Es mi esposa, lady Daisy MacMeinn —dijo Murtagh—. Daisy, él es Banner, consejero del clan.

—¡Tu esposa! —exclamó el tercer hombre, sin ocultar su sorpresa. Daisy supuso que era el que faltaba, Nathair, el padre de Tyler.

—¿Otra *sassenach*? —preguntó de nuevo Banner, con tono despectivo.

—¿Cómo? —Akir trató de enfocar sus ojos velados en ella, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—Es un placer y un auténtico honor conoceros —se le ocurrió decir a Daisy, porque sus modales así se lo requerían.

Pero no.

No era ni un placer ni un honor. Tan solo con aquella presentación ya le parecieron déspotas y antipáticos. Ahora entendía un poco mejor a Rowan y lamentó no haber huido con él cuando tuvo la oportunidad.

—Sí, mi esposa es inglesa. Es la hermana de lady Buchanan y de la esposa de Drustan MacAuley.

—¿Qué os ha dado a todos con esas mujeres? —preguntó Akir, al tiempo que torcía los labios en una mueca agria—. Fuertes guerreros de las Highlands rendidos ante una sola familia de ingleses.

—Queríais que consiguiera alianzas para el clan —lo interrumpió Murtagh—, y es lo que he hecho.

—Ya tuviste una esposa inglesa —le recordó Banner con crueldad—, ¿y cómo acabó aquello?

Daisy, que seguía sujeta al brazo de Murtagh, apretó el agarre para darle su apoyo ante tan hirientes palabras.

—No todas las mujeres inglesas son iguales —contestó él, sin mostrar que aquel interrogatorio tan poco cortés lo afectara en lo más mínimo. Tenía que estar muy acostumbrado a que le hablaran en esos términos para no inmutarse.

La joven, al contrario que él, no podía aplacar la indignación que crecía en su interior más y más con cada palabra que salía de las bocas de aquellos tres viejos.

—Olvidas que el hombre que ha atacado a nuestra gente también es inglés. Te has negado a enviarle una tropa de soldados como pactó tu padre porque no querías ayudar a su ejército y, sin embargo, te casas con una *sassenach*. Una actitud bastante contradictoria para el laird de los MacMeinn —le recriminó Akir.

En ese momento, Daisy se dio cuenta de que los campesinos que estaban allí presentes la observaban con malestar. Como si ella tuviera la culpa de que un lord inglés hubiera quemado sus campos y matado a su ganado.

Trató de dar un paso atrás, pero Murtagh la sujetó a su lado con firmeza.

—Mi esposa tiene lazos de sangre con el clan Buchanan y con el clan MacAuley. La experiencia nos dice que las mujeres de la familia Wadlow son fieles a sus esposos y a sus respectivos clanes, por lo que no tengo ninguna duda de que la presencia de Daisy nos será muy beneficiosa.

—¿Si? —intervino entonces uno de aquellos campesinos—. ¿Y qué hará ella por nosotros, laird? He perdido la cosecha de este año, al igual que otros, y muchas cabezas de ganado… No tenemos riquezas para reponer todo lo que ha desaparecido, no podemos prepararnos para cuando llegue el invierno. —La señaló con un dedo para añadir—. ¿Dará vuestra flamante esposa inglesa de comer a nuestras familias cuando no tengamos nada que llevarnos a la boca?

—Baja ese dedo, William, o te lo cortaré —le ordenó Murtagh—. Y pídele disculpas ahora mismo a tu señora.

Daisy lo miró de reojo y comprobó que, en realidad, no estaba tan sereno como ella creía. Tenía las aletas de la nariz dilatadas y las cejas arrugadas.

El hombre escondió la mano al momento y palideció al ver el rostro de su laird.

—Disculpad, lady MacMeinn. Todos estamos muy nerviosos con lo ocurrido.

—Eso no es excusa, William. Si te vuelvo a oír hablarle así a la dama, tu dedo será lo último de lo que tengas que preocuparte.

Un murmullo de pavor se extendió entre los campesinos, que se movieron, incómodos.

—Puede que William no sepa cómo tratar a su señora —intervino Banner, desde su posición de mando en aquella mesa—, pero las dudas que ha expuesto las tenemos todos. ¿Cómo nos ayudará este matrimonio? ¿A qué tratos has llegado con nuestros nuevos aliados?

—A ninguno, todavía.

—¿Cómo dices? —preguntó Akir, abriendo mucho sus ojos velados—. ¿Has regresado sin haber informado a los otros clanes de nuestros problemas?

—Antes, quería comprobar el alcance de los daños causados. No me parecía correcto pedir ayuda y endeudarnos con ellos sin saber si podemos solucionar lo ocurrido por nuestra cuenta.

Akir, enfadado, dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Nosotros ya hemos revisado los daños, por eso te envié esa carta urgente! ¡Un laird debe estar con su gente en un momento tan delicado como este, y tú no estabas, así que nosotros ya hemos hecho el trabajo que te correspondía!

Murtagh se soltó despacio del brazo de Daisy, con una calma helada que a la joven le puso el vello de punta. Avanzó hasta colocarse frente a la mesa, mientras los hombres se apartaban, cautos.

—Por favor, salid todos del salón —les pidió a los campesinos—. Aguardad en el patio, en unos minutos me reuniré con vosotros y saldremos a inspeccionar vuestras tierras.

Ninguno osó objetar nada. El laird se volvió después hacia los hombres que habían llegado con él y que habían accedido al salón junto con ellos.

—Vosotros también. Tyler —le ordenó a su segundo—, prepara a la tropa para partir de inmediato.

—¿Ahora? Acabamos de llegar, laird —se quejó Forbes.

Murtagh lo fulminó con la mirada.

—Si no quieres venir, puedes quedarte —le dijo, con un tono engañosamente suave.

—Mi hijo irá también —intervino rápidamente Akir.

Ante la intervención de su padre, el pelirrojo resopló, resignado, y se dio media vuelta para salir al patio como se le había ordenado.

—Esposo, ¿quieres que yo también me vaya? Supongo que necesitas discutir algún tema importante con el consejo y no quisiera ser una molestia —le dijo Daisy.

Los ojos rojizos de Murtagh conectaron con los suyos y ella notó ese tirón en las entrañas que ya empezaba a resultarle familiar con ese hombre. Pero, esa vez, no era por el deseo carnal que despertaba en su cuerpo, sino por otro sentimiento igual de poderoso. Quería quedarse con él y apoyarlo en esa situación. Quería ponerse a su lado y hacer frente a todos esos hombres que lo trataban de un modo injusto y que, claramente, no respetaban su autoridad, aunque él era el laird del clan.

—No, quédate, por favor.

No dijo más, y Daisy asintió, tratando de transmitirle con la mirada que estaba de su parte.

En cuanto los campesinos, la servidumbre y los hombres de la tropa salieron del salón, Murtagh se giró para quedar frente al consejo. Se acercó a la mesa y apoyó los nudillos en ella, inclinándose hacia el sitio de Akir.

—¿Qué ocurre? —preguntó el anciano al verse acorralado, con mucha arrogancia.

—La carta, Akir. Eso es lo que me ocurre. Le enviaste esa carta a tu hijo, no a mí —le recordó—. ¿Qué creías? ¿Qué él volvería corriendo hasta aquí para ayudar, dejándome atrás, para que todos vieran que se preocupa por las gentes del clan más que yo?

—¡No, por supuesto! ¡Yo no…!

—¡Sí, tú sí! —lo interrumpió Murtagh, golpeando la mesa con los puños de manera tan violenta, que derramó un par de copas de vino—. Lamento decirte que Forbes no es tan inteligente como tú y no captó el verdadero propósito de esa misiva. Por suerte, Tyler me es leal, y me informó enseguida de su llegada, creyendo que se había tratado de un error.

—Contrólate, Murtagh —le pidió Nathair.

Él miró a los tres consejeros con furia.

—Me controlaré cuando dejéis de conspirar contra mí. ¿Es que no veis que solo me importa el bien del clan? Os lo demostraré —les dijo, por último—. Solucionaré el problema que, según vosotros, yo he generado con lord Hughes.

—¿Vas a mandarle las tropas que te requirió? —preguntó Banner.

Por la manera de preguntarlo, Daisy, que escuchaba muy atenta, no pudo dilucidar si realmente quería que lo hiciera o detestaba la idea.

—Por supuesto que no. Pero, tal vez, si vuelvo a hablar con él…

—Lord Hughes no se avendrá a razones —lo interrumpió Nathair—. Se está aprovechando del pacto al que llegó tu padre con él para vengarse de ti.

—Te odia —puntualizó Akir con acritud—, y todos los MacMeinn pagamos por ello.

Daisy jamás había experimentado un rechazo tan profundo por alguien a quien acababa de conocer. Ese viejo era realmente desagradable.

Murtagh lo miró una vez más antes de darles la espalda y caminar hacia ella.

—¿Estás bien? —le susurró Daisy, cuando llegó a su lado.

De pronto, hablarle con la formalidad acostumbrada no le pareció suficiente. Su esposo necesitaba tener a alguien mucho más cercano a su lado, alguien en quien pudiera confiar, visto lo visto. ¿Era siempre así? ¿Murtagh tenía que mantener el liderazgo del clan a base de no romper el equilibrio con aquellos tres ancianos que parecían menospreciarlo? ¿Soportaba cada día los ácidos comentarios de Akir? No le extrañaba entonces que su esposo estuviera todo el día malhumorado y se mostrara huraño con todo y con todos.

—Estoy bien —le respondió él, atrapando sus manos para apretárselas en agradecimiento por su preocupación. Sus ojos, al mirarla, también le expresaron lo mucho que le había gustado el nuevo trato—. Siento tener que marcharme nada más llegar. Me habría gustado enseñarte Mullach Creige con más calma para que pudieras empezar a familiarizarte con el lugar.

A Daisy le encantó que él también prescindiera del trato de cortesía. Lo sintió así mucho más cerca de ella.

—Tranquilo, lo entiendo. Esos hombres que lo han perdido todo parecían desesperados… Tienes que ayudarlos.

—Por favor, mientras estoy ausente, busca a Rowan. No quiero que esté solo y ningún MacMeinn lo entiende como tú.

Daisy le puso una mano en la mejilla y se aproximó.

—Rowan estará bien conmigo, no debes preocuparte por eso. Y, con tu permiso, me tomaré la libertad de acomodarme a mi manera y trataré de ir conociendo a tu gente poco a poco.

—Por supuesto. Este es ahora tu hogar, haz lo que creas conveniente.

—Creo conveniente pedirte un beso antes de que te marches —le susurró, rodeándole el cuello con los brazos—. Quiero darles algo de qué hablar a esos tres ancianos que no dejan de mirarnos como si tú y yo fuéramos un error. No lo somos —Daisy frotó su nariz contra la de Murtagh—, solo estamos a prueba.

—Un año y un día —musitó él, cómplice, antes de tomar su boca en un beso que fue más casto de lo que a ella le hubiera gustado.

—Te veré a tu vuelta, esposo —le dijo después, en voz alta, para que los hombres que no les quitaban el ojo de encima la escucharan bien.

Murtagh aún la sostuvo un poco más por las mejillas, mirándola como si quisiera grabársela en la cabeza. Después, emitió un gruñido de frustración y, sin más, la soltó para marcharse del salón a toda prisa.

Daisy se quedó a solas con el consejo MacMeinn y se acercó a ellos.

—Milady, ¿sabéis lo que le ocurrió a la primera esposa de Murtagh? —le preguntó Akir con maldad.

Desde luego, no desaprovechaba ocasión, pensó Daisy.

—Sí, lo sé. Él me lo contó.

—Entonces, sabréis que…

—Voy a salir a buscar a Rowan —lo interrumpió. No quería escuchar las venenosas palabras de ninguno de ellos—. Después, me gustaría conocer a la servidumbre y acomodarme en mis aposentos —les hizo una breve reverencia con la cabeza para suavizar su brusquedad, dado que eran tres ancianos y les debía cierto respeto, aunque no lo sintiera—. Sé que solo soy una inglesa, pero trataré de adaptarme a vuestras costumbres lo antes posible. Gracias por vuestro amable recibimiento y por hacerme sentir tan bienvenida —dijo, por último, antes de marcharse también rumbo al patio, con la cabeza muy alta y paso decidido.

Capítulo 21



Cuando salió de nuevo al exterior, vio al grupo de Murtagh abandonando la fortaleza en compañía de los campesinos que se habían acercado hasta allí para pedir ayuda. Daisy se encontró con los ojos fijos en las anchas espaldas de su esposo, que iba sobre un caballo de refresco, deseando que la misión de evaluación de los daños ocasionados por los atacantes no le llevara mucho tiempo.

Se le escapó una leve sonrisa al ser plenamente consciente de aquel sentimiento. ¡Vaya, lo iba a echar de menos! ¿Quién lo hubiera sospechado?

Sacudió la cabeza para deshacerse de esa nostalgia absurda y prematura, y miró en derredor para decidir por dónde empezar a buscar al niño, dado que no conocía el lugar. Anduvo por el patio, algo perdida, hasta que se cruzó con una joven sirvienta que caminaba deprisa, llorando, mientras se sujetaba un paño contra la piel del antebrazo.

—Muchacha, ¿qué te ocurre? —se interesó, interponiéndose en su camino.

La chica, de cabello castaño y ojos oscuros, la miró, confusa.

—¿Quién sois vos?

«A pesar de su aflicción, brusca como todos los MacMeinn», pensó Daisy.

—Soy la nueva esposa de tu laird. Mi nombre es Daisy.

La jovencita hizo una genuflexión al momento, abochornada.

—Disculpad, lady MacMeinn, no lo sabía.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

—Dharma, mi señora.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

Ella se retiró el paño y Daisy observó la marca de unos dientes en la carne. La herida había sangrado un poco, de ahí que la jovencita se la tapara.

—Ha sido ese niño, mi señora. Traté de hacerlo entrar de nuevo en la fortaleza, pero se revolvió como un animal. No puedo… —Movió la cabeza en un gesto de negación y nuevas lágrimas cayeron por sus mejillas—. No me hago con él. El laird quiere que lo cuidemos, pero es imposible. Debería encerrarlo bajo llave, tal y como el consejo recomendó.

Daisy se enfureció al escucharla.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó, aferrándola por los hombros.

Dharma abrió los ojos, asustada por su reacción.

—Sería lo mejor para todos —insistió la joven—. Vos no habéis convivido con ese niño, ¡es un salvaje! Hay pocos sirvientes en esta fortaleza que no tengan alguna marca de sus mordiscos o patadas.

Daisy respiró hondo, armándose de paciencia. Si era cierto lo que decía, parecía lógico que pensara de ese modo respecto a Rowan. Sin embargo, ella quería demasiado al pequeño como para permitir que alguien hablara de encerrarlo como si fuera un demente.

—¿Dónde está, Dharma?

La chica volvió a negar con la cabeza.

—¡Oh, no, mi señora! Es mejor que no os acerquéis a él cuando se encuentra en ese estado. Es preferible esperar a que el laird regrese…

¿Esperar al regreso de Murtagh? ¿Y si no volvía en unos días? ¿Serían capaces de no atender las necesidades de un niño tan pequeño y dejarlo solo hasta que su padre pudiera hacerse cargo?

—¿¡Dónde está!? —insistió, zarandeándola por los hombros.

—Os… os acompañaré, mi señora —tartamudeó ante su evidente enfado—. Os lo mostraré.

Dharma se dio la vuelta y desanduvo el camino que había recorrido previamente. Daisy la siguió y ambas atravesaron el patio y llegaron hasta una construcción que servía de almacén para las armas de los soldados MacMeinn.

—Está escondido ahí dentro. Le he dicho muchas veces que es peligroso, que podría cortarse con algún filo, pero no escucha… o no me entiende.

—Te entiende perfectamente —le dijo ella, antes de dejarla atrás y acceder al almacén.

Echó un vistazo rápido por la zona y no lo vio. Caminó entre las cajas y barriles que contenían espadas, flechas, arcos y ballestas, hachas y dagas de distintos tamaños.

—¿Rowan? Soy Daisy, ¿dónde estás?

Al escuchar su voz, la cabecita rubia se asomó por detrás de una pila de escudos de madera. La miró con los ojos azules desolados y asustados. Le recordó a la primera vez que lo vio escondido en el establo de la fortaleza Buchanan, totalmente perdido y aislado del resto del mundo.

—Rowan, ¿qué te ocurre? —se acercó despacio para no espantarlo. Rodeó los escudos y se aproximó a él, hasta quedar agachada a su lado. Le acarició el cabello con suavidad, apartándoselo de la frente—. Estoy aquí contigo, puedes contármelo.

Rowan la miró fijamente. Estaba en cuclillas y se abrazaba las rodillas, hecho un ovillo, en un gesto claro de auto protección.

—Me da miedo —susurró.

—¿Qué te da miedo?

—El viejo. El viejo de ojos blancos.

«Akir».

—Rowan, acabo de conocerlo. Es cierto que ese hombre es muy antipático, pero no te hará daño, te lo prometo.

—Dijo que iba a encerrarme en la torre. Que no saldría jamás.

Daisy apretó la mandíbula. Al parecer, el anciano no se conformaba con hacerle la vida imposible a Murtagh. Por lo que Rowan decía, también había hostigado al niño.

—¿Cuándo te dijo eso?

Rowan parpadeó. Sus ojos enormes volvieron a pellizcar el estómago de Daisy, como si esa mirada infantil penetrara en ella hasta tocarle el corazón.

—Madre murió y él vino por la noche. Me asustó mucho.

—¿Fue a buscarte… mientras dormías? —Daisy no salía de su asombro.

Rowan asintió y hundió la cara entre los brazos. Ella lo tomó de la barbilla con suavidad para que la mirara.

—¿Se lo dijiste a tu padre?

—No. Él me dijo que lo mataría si hablaba con él. Y a mí me encerraría. No quiero que me encierren, Daisy…

—Ven. Ven aquí. —Daisy lo agarró y lo abrazó con fuerza. Lo besó en la coronilla para tranquilizarlo—. Nadie te encerrará, te lo prometo. Ni tu padre ni yo consentiríamos tal cosa.

Rowan le rodeó el cuello con sus bracitos y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Crees que lo matará por habértelo dicho? —susurró, temblando.

Estaba aterrorizado. Ahora comprendía mejor por qué se escondía, por qué atacaba cuando trataban de llevarlo a la fortaleza. Ese hombre despreciable le había metido tanto miedo dentro de su cuerpo, justo cuando su madre acababa de morir, que había resultado traumático para el niño. Si ya de por sí la imagen decrépita del anciano, con los ojos velados de forma casi fantasmal, daba pavor a cualquiera, no quería ni imaginar lo que habría sentido Rowan frente a él mientras lo amenazaba de aquella manera tan horrible.

—No se le ocurriría atacar a tu padre, cielo. Y, si lo hiciera, saldría perdiendo. ¿Acaso no me dijiste que tu padre es el guerrero más fuerte? Akir jamás podría vencerlo, te lo aseguro.

Aquellas palabras parecieron surtir efecto, porque Rowan levantó la cabeza para mirarla.

—Me gusta que hayas venido.

—Y a mí me gusta estar aquí. No querría estar en ningún otro lugar. Lo malo es que no conozco la fortaleza y puedo perderme con mucha facilidad. ¿Tú podrías enseñarme dónde está todo?

A Rowan se le iluminó la carita.

—¡Sí! Y te mostraré mi alcoba. Está al lado de la de padre.

—De acuerdo. Pero, antes, quiero pedirte un favor —Daisy le apartó el pelo de la frente con cariño—. Dharma está ahí fuera, esperándonos, y quiero que le pidas perdón por morderla. Le has hecho una herida en el brazo, ¿lo sabías?

Rowan bajó los ojos, avergonzado.

—No quería. Estaba asustado.

—Lo sé. Pero ella no, y solo trataba de cuidarte. ¿Te disculparás?

—Sí, Daisy.

—Muy bien, vamos.

La joven se incorporó y le tendió la mano. Rowan y ella salieron del almacén y la cara de Dharma, al verlos juntos, fue de auténtica sorpresa.

—Mi señora… —comenzó a balbucear.

—Dharma, Rowan tiene algo que decirte.

La chica miró al pequeño y entrelazó las manos a la altura del regazo, a la espera.

—Perdón —susurró él, en un hilo de voz.

—Creo que no te ha oído, Rowan. Si hablas tan bajito, no te escucharán ni las piedras.

—Las piedras no escuchan, Daisy —protestó el niño, ahora más alto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tampoco hablan.

—Entonces, ¿quieres que todos piensen que tú eres una piedra? Si no hablas…

—Sí hablo.

—Pues Dharma no te ha oído.

La jovencita presenciaba aquel extraño diálogo entre la dama y el niño sin dar crédito. Posiblemente, pensó Daisy, era la primera vez que escuchaba la voz de Rowan.

—Perdón por haberte mordido, Dharma. ¿Te he hecho daño? —dijo al fin el pequeño, con más firmeza.

Ella se acarició la zona herida antes de contestar.

—Un poco.

—¿A ver?

Para sorpresa de las dos jóvenes, Rowan se soltó de la mano de Daisy y acudió al lado de Dharma. Ella le mostró el brazo y la marca de sus dientes en la carne enrojecida.

—Lo siento —repitió el niño, mirándola con sus enormes ojos—. Ya no te morderé más.

Dharma tragó saliva, conmovida.

—Gracias —le contestó.

—Rowan me va a enseñar la fortaleza. Me gustaría que nos acompañaras, Dharma. Así, podrás presentarme al resto de la servidumbre para que pueda ir aprendiéndome los nombres de todos.

A la chica se le iluminó el rostro al igual que le había ocurrido a Rowan cuando le propuso la idea.

—¡Oh, por supuesto, mi señora! Para mí será un honor.

Al ver la enorme sonrisa con la que la joven aceptó la propuesta, sin horrorizarse por tener que pasar tiempo con el niño del que un rato antes había renegado, Daisy comprendió que, en el fondo, tenía un corazón generoso y que lo había perdonado del todo al ver que se podía tratar con él sin ningún problema con un poco de paciencia.

—¿Sabes? —le dijo a Rowan, señalando a la sirvienta con la mirada—. Creo que podría convertirse en una buena amiga. Seguro que Dharma conoce muchos juegos y se sabe muchas historias que podría contarte para entretenerte, cuando te aburras.

—¿Si? —preguntó Rowan, mirándola con ilusión.

A Dharma le sorprendieron tanto esas palabras, que en un principio no supo cómo reaccionar. Miró a Daisy y ella la animó, haciéndole un gesto con la cabeza para que se pronunciara.

—Claro que sí —dijo al fin, ensanchando su sonrisa—. Podríamos ser amigos. Sé muchas adivinanzas que podrían gustarte.

—Pues no perdamos más tiempo. Enseñadme la fortaleza y mostradme cuáles serán mis aposentos. Estoy deseando presentarme a todos los MacMeinn que viven aquí. A partir de hoy, comienza una nueva etapa para todos —anunció Daisy, con un suspiro satisfecho.

Después, volvió a tenderle la mano a Rowan para que la guiara y echaron a andar hacia el interior de aquella construcción de piedra gris a la que, desde ese día, Daisy tendría que llamar «hogar».

Mientras su esposa se acomodaba en su nueva residencia, el laird Murtagh MacMeinn y sus hombres recorrían los campos arrasados de sus tierras.

—Es un auténtico desastre, laird —le dijo Tyler.

—¿Alguna persona ha resultado herida? —quiso saber.

—No. El consejo ya lo comprobó.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Forbes—. Las familias que han perdido la cosecha necesitarán ayuda para pasar el invierno. Y a los que les faltan animales de sus rebaños también.

—Repartiremos los recursos del clan entre todos —resolvió Murtagh—, incluidos los de Mullach Creige.

—Esos recursos son limitados. No será suficiente.

El guerrero inspiró hondo. Aunque odiaba admitirlo, el pelirrojo llevaba razón. Sin cosechas, con la mitad de animales en sus rebaños, no aguantarían todo el invierno.

—De momento, formaremos patrullas de vigilancia para evitar nuevos ataques. Por mi parte, volveré a hablar con lord Hughes para tratar de llegar a un entendimiento con él.

—¿Y no sería mejor solicitar ayuda a los clanes de vuestros cuñados? —preguntó Cormac—.

Después de todo, os habéis casado con una *sassenach* precisamente para eso.

Murtagh lo fulminó con los ojos tras el comentario.

—¿Si? ¿Qué sabes tú de los motivos que me han llevado a tomar a lady Daisy como esposa?

—Solo digo que…

—Si vas a decir sandeces, es mejor que no digas nada —lo interrumpió de malas maneras—. Y no vuelvas a referirte a ella como *sassenach*. Ahora es escocesa por matrimonio, ¿me has entendido?

Murtagh reconocía que la furia de sus palabras no estaba motivada únicamente por el comentario de Cormac. El problema que tenía entre manos contaminaba su ánimo y su mal humor se agriaba por momentos.

Odiaba haber dejado a Daisy sola nada más llegar, rodeada de personas desconocidas. Le habría gustado estar a su lado mientras se instalaba, mientras se aclimataba a su nueva vida. Sabía que los ancianos del consejo no serían amables con ella. A lo sumo, la tratarían con una fría cortesía.

Tampoco había tenido tiempo de presentársela a los sirvientes, para que todos comprendieran que Daisy era ahora su señora. ¿Y si no le mostraban el respeto que merecía? Gruñó para sus adentros. Si se enteraba de que alguno de ellos se había comportado con ella de manera indebida, le arrancaría la piel de la espalda a latigazos.

¿Y Rowan? Había sido un mazazo para sus esperanzas cuando vio cómo repetía la misma conducta que había exhibido antes de partir a las tierras Buchanan. Pensó que, al llevar a Daisy con ellos, su hijo dejaría de huir, de esconderse… Pero eso, precisamente, era lo que había hecho nada más bajarse del caballo. ¿Y si jamás lograban que se comportara como un niño normal, sin conducirse como un salvaje con todo aquel que se le acercara?

Murtagh suspiró, agotado.

Porque aún tenía mucho que resolver antes de regresar a Mullach Creige.

—¿Qué vamos a hacer, laird?

—Os lo he dicho. Yo iré a pedir una audiencia con lord Hughes. Un par de hombres me acompañarán. El resto, formaréis las patrullas de vigilancia hasta que yo regrese.

—¿Vais a ir en persona a ver al inglés? —preguntó Tyler, sin salir de su asombro—. Pensaba que le ibais a mandar una misiva.

—¿Creéis prudente presentaros en su castillo? —preguntó Cormac—. Podría ordenar que os mataran.

Murtagh lo pensó.

—No… No lo hará. Acabar conmigo sería fácil y rápido, y él quiere venganza por lo ocurrido con su hija. Quiere verme sufrir. Quiere que me doblegue y le preste nuestras tropas para humillarme, porque sabe que no soportaría ver a mis hombres luchando en el bando inglés.

—¿Y si le devolvéis la dote que vuestro padre recibió cuando os desposasteis con lady Margery? —preguntó Tyler.

—No sé si eso lo satisfará. Es mi última opción, aunque, si no veo otra salida, habrá que intentarlo.

—¿Cómo? —intervino de nuevo Forbes—. En las arcas del clan solo hay telarañas. Ni siquiera tenemos lo suficiente como para ayudar a nuestra gente tras este desastre —dijo, señalando los campos quemados—. ¿De dónde vais a sacar la suma que os reclama?

—Si es necesario, aunque no me gusta la idea, pediré un préstamo a nuestros nuevos aliados. Los Buchanan no estarán en disposición de colaborar después de los gastos que habrán tenido durante los Juegos, pero los MacAuley siempre han sido un clan con recursos. Hablaré con

Drustan.

—Yo iré con vos hasta el castillo de Thomas Hughes —se ofreció Tyler.

Murtagh miró a Forbes, pero el pelirrojo se limitó a sorber por la nariz a la espera de instrucciones.

—Yo también iré —dijo entonces Cormac.

Al laird MacMeinn no le pasó desapercibido el amago de sonrisa del hijo de Akir. Si Tyler y Cormac lo acompañaban, él se quedaría al cargo de las tropas MacMeinn hasta su regreso.

No le hacía gracia dejarlo al mando, pero sabía que, aunque ambicionara el liderazgo, influenciado por su pernicioso padre, le importaban los MacMeinn. Y, por eso mismo, se preocuparía de las defensas con diligencia.

—Muy bien —anunció, decidido—. Forbes organizará las patrullas para vigilar el territorio, entonces. Volveremos lo antes posible, cuidad bien de los MacMeinn.

Tras aquella última orden, Murtagh, en compañía de Tyler y Cormac, puso rumbo a Inglaterra, al castillo del que había sido su suegro, lord Thomas Hughes.

Capítulo 22



La vida en Mullach Creige no era como la que Daisy tuvo anteriormente, casada con Richard. Al contraer matrimonio con Murtagh lo había asumido y, sin embargo, le sorprendió para mal el modo en que los MacMeinn la trataron desde el principio.

La única persona amable resultó ser Dharma, y tal vez lo era por el episodio acontecido con Rowan y por haber acotado sus quehaceres diarios únicamente al cuidado de ellos dos.

El resto de la servidumbre del castillo la recibió con gesto cauteloso y distante, sin llegar a ser irrespetuoso, pero muy frío, en cualquier caso. Cuando Daisy trataba de entablar una conversación con alguno de ellos, le contestaban con poco más que monosílabos, lo que hacía muy difícil la comunicación.

—¿Qué se servirá esta noche en la cena? —le había preguntado al cocinero, la primera vez que entró en las cocinas, con la intención de que todos vieran que, durante su estancia allí, se preocuparía por los menús que se elaboraran.

—Cordero —le había respondido el hombre, sin más.

—Bien. Me gusta el cordero. ¿Habrá guarniciones de verdura, pan, quesos y algo de fruta?

Los ojos del cocinero le habían devuelto una mirada impaciente, como si le molestara su mera presencia.

—Sí.

Daisy se había marchado de allí al notar la muda hostilidad de todos los que trabajaban en las cocinas.

Y lo mismo le había ocurrido con los demás sirvientes al tratar de ser amigable con ellos durante esos días en los que la ausencia de Murtagh se notaba demasiado. Cuando le servían las comidas, cuando se los encontraba limpiando en alguna zona de la fortaleza, cuando visitaba los establos… Todos los MacMeinn eran antipáticos, incluidas las esposas de Akir y Nathair, a las que Daisy conoció también, aunque eran bastante mayores y no eran muy dadas a abandonar sus aposentos en Mullach Creige. El día de su llegada acudieron a la cena para presentarse a la nueva señora, y ella pudo constatar que no la consideraban como tal. Le hablaron y la miraron como si Daisy fuera alguien que estaba allí de paso, alguien que no permanecería mucho tiempo entre ellos y, por lo tanto, alguien que no tendría ninguna influencia en sus vidas.

Todos los habitantes de la fortaleza compartían esa exasperante actitud. Y la cosa empeoraba si Rowan estaba con ella, porque miraban al niño del mismo modo: como si no mereciera estar allí, como si ambos fueran algo que tuvieran que soportar a la fuerza y su única reacción posible fuera una gélida resignación.

La joven intentó, por lo tanto, encontrar aliados en Dunridge, la aldea cercana. Fue un par de días hasta allí, paseando de la mano con Rowan, en busca de niños con los que el pequeño pudiera jugar y entablar alguna amistad como había ocurrido con sus sobrinos. Y, aunque Rowan se comportaba bien estando con ella, tranquilo y dispuesto a socializar, los otros niños le tenían miedo. Cuando se acercaban a algún grupo que correteaba por los campos, huían de él despavoridos.

—¡Es el hijo del laird!

—¡Cuidado, es un salvaje, me lo ha dicho mi madre!

—¡Corred u os morderá, os dará de patadas y puñetazos!

—¡Está loco! ¡Y viene con la *sassenach*!

A Daisy le dolía el corazón cuando los escuchaba, y más cuando miraba el rostro de Rowan, oscurecido por la pena.

—¿No podemos volver con Drake, Brodie y Ailsa? —le preguntó el segundo día que intentaron encontrar amigos.

—Nuestra vida está aquí, Rowan. Hemos de hallar el modo de que todos ellos vean lo maravilloso que eres. Jugarán contigo cuando te conozcan. ¿Sabes? Cuando alguien tiene miedo, hace lo mismo que esos niños: corre y no se detiene para mirar atrás.

—¿Tienen miedo? ¿De mí?

—Y también de mí —le dijo ella, para tranquilizarlo—. Soy inglesa, y a los MacMeinn no les gustan los ingleses.

Rowan la miró.

—A mí me gustas.

—Y a mí me gustas tú —le contestó, con una sonrisa.

Después, lo observó con aire crítico, se agachó a su lado y le pasó la mano por el enredado y largo cabello. A pesar de que su comportamiento había mejorado mucho, con el tema del aseo personal todavía tenía problemas. Ni Dharma ni ella habían conseguido lavarlo en condiciones, y Murtagh no estaba para poder desnudarlo y ayudarlas con el baño.

—¿Me permitirás cortarte el pelo? Podría arreglarlo un poco, dejártelo como el de tu padre. Si no queremos que te sigan llamando «salvaje», tenemos que mejorar tu aspecto.

Rowan también se pasó la mano por el cabello y miró en la dirección por la que habían huido los niños. Luego, volvió a mirarla a ella, con dudas.

—¿Me harás daño?

—¡Oh, por supuesto que no! No duele nada, ya verás.

El pequeño asintió y se abrazó a ella.

—De acuerdo, Daisy.

Y así, con la cara hundida en su cuello, Rowan se puso a llorar de repente.

Puede que fuera un niño salvaje, distante y problemático, pero ella no tenía ninguna duda de que bajo esa apariencia poco cuidada se escondía un gran corazón, falto de cariño y calidez.

El desplante de los críos de Dunridge había supuesto un duro golpe para él, y ese corazón escondido en el pequeño pecho lloraba ahora desconsolado y herido.

—Lo conseguiremos, Rowan. Haremos que nos quieran —le susurró Daisy, abrazándolo muy fuerte.

Durante la cena, ese mismo día, los consejeros del clan y sus ancianas esposas le afearon su comportamiento. Su tono condescendiente y endurecido le hizo pensar que trataban de educarla… a su manera.

—Nos han llegado quejas, lady Daisy —Akir fue al grano en cuanto les sirvieron los *haggis* que habían cocinado para la velada.

Ella pinchó varias veces de manera distraída aquella bolsa hecha con el estómago de una

oveja y rellena de vísceras, sin atreverse a probarla, antes de contestar.

—¿Qué tipo de quejas?

—Acerca de vuestras visitas a Dunridge con el hijo del laird.

Daisy levantó la vista del plato para observar los ojos velados del anciano.

—¿Qué tipo de quejas? —volvió a preguntar, ahora más molesta.

—Mi señora, los aldeanos no quieren que sus hijos estén cerca de ese niño —le explicó Nathair, como si ella misma no fuera más que una niña grande—. Sería mejor que, de aquí en adelante, no lo saquéis del castillo a pasear.

Ella clavó el cuchillo con saña en la comida de su plato y respiró hondo para no dejar que el enfado que crecía en su interior se desbordara.

—Ese niño se llama Rowan —les recordó—, y será el futuro laird MacMeinn si no ocurre nada que lo impida. Quizás deberíais tenerlo presente antes de hablar de él como si no fuera más que una especie de mascota con la que me entretiene pasear. No podéis pretender que lo tenga encerrado para que nadie lo vea, para que no hable con nadie, para que nadie llegue a conocerlo.

—¡Ese niño no es capaz de comportarse! —se quejó Banner—. Y no ha pronunciado ni una palabra desde que murió su madre. ¿Cómo queréis que hable con los demás?

Daisy partió la bola rellena de su plato en varios trozos, sin llevarse ninguno a la boca todavía, antes de contestar.

—Rowan —hizo énfasis en su nombre una vez más—, es capaz de hablar. Solo hay que estar dispuesto a escucharlo y tener paciencia. Si hubierais pasado por las mismas penurias que él, a buen seguro lo entenderíais. No es más que un niño.

Nathair hizo un gesto con las manos para destensar el ambiente.

—Lo entendemos, milady. Y sabemos que vos os habéis encariñado con él, algo que os honra. Como esposa del laird, ese niño es ahora…

—¡Rowan! —Daisy perdió sus exquisitos modales para dar una palmada en la mesa—. ¡Maldita sea, se llama Rowan, mostrad un poco más de respeto!

—Ni Rowan ni vos seréis bien recibidos en la aldea, mi señora, por eso intentamos aconsejaros al respecto. Os tomáis nuestra recomendación como un ataque, cuando solo tratamos de protegeros a ambos —le explicó Banner.

Daisy deslizó su mirada por todos aquellos rostros envejecidos. Trató de buscar un poco de empatía en los de las dos mujeres que tenía enfrente; al fin y al cabo, ellas también eran madres. Pero solo encontró en sus ojos la misma censura que brillaba en los de sus esposos. Estaba claro que eran de la misma opinión que los consejeros, y no se detuvo a imaginar si era por la costumbre de obedecerlos durante toda su vida, o porque en verdad tenían el corazón de piedra.

—Es mejor dejar que el hijo del laird crezca y, poco a poco, tal vez, consiga cambiar la imagen que todos los MacMeinn ya tienen formada de él. Cuando pase un tiempo sin que ataque a nadie, conseguiremos que empiecen a verlo de una forma distinta —le dijo Nathair.

—Y, en cuanto a vos —añadió Banner— si no conseguís adaptaros a nuestras costumbres —al mencionarlo, miró su plato intacto y luego otra vez a ella—, jamás os respetarán.

Daisy elevó el mentón, pinchó un pedazo de aquel batiburrillo de vísceras y se lo llevó a la boca.

El fuerte sabor casi le produjo una náusea, pero se obligó a masticar con calma y a tragar, porque los ocupantes de la mesa no le quitaban el ojo de encima.

—No sirve solo con que os acostumbréis a nuestras comidas —le susurró Akir con cierto regocijo, al intuir que su silencio se debía al esfuerzo al que se veía obligada para no escupir lo que tenía en la boca—. También debéis acatar nuestras normas. Escuchar nuestros consejos y

hacer lo que sugerimos es parte fundamental de vuestra adaptación.

Daisy terminó de tragar y luego bebió un buen sorbo de vino.

—Entonces, lo que me recomendáis es no salir de la fortaleza con Rowan. Que no nos dejemos ver fuera de estos muros, ni él ni yo.

—Exacto, mi señora —dijo Akir.

A Daisy, aquel «mi señora» le sonó tan falso que estuvo a punto de echarse a reír.

Volvió a pinchar otro trozo de comida y lo engulló, masticando al tiempo que sostenía las miradas de aquellas personas.

Había tenido que tragar y adaptarse a cosas mucho más desagradables en su vida, pensó, ya sin notar apenas el fuerte sabor de las vísceras.

Lo que le revolvía el estómago en esos momentos, no era la comida.

—¿Lady Margery se avenía siempre a lo que le sugeríais?

La pregunta sorprendió a los consejeros, que se miraron unos a otros antes de responder.

—Sí, mi señora —habló Nathair—. Cuando le dábamos algún consejo, solía seguirlo.

—Ella siempre se comportó de un modo muy calmado, apenas hablaba, aunque tampoco salía mucho de su alcoba, de todas maneras.

Esta última frase, para asombro de Daisy, había salido de los labios de la esposa de Akir y, por su tono, parecía encontrar mucho más adecuado el modo de ser de Margery que el de ella.

—Es decir, que no os generó ningún problema —concluyó—. Y querríais que yo fuera como mi antecesora, ¿verdad?

—Nos gusta que la esposa de nuestro laird lleve una vida tranquila, si os referís a eso —le explicó Banner—. Aquí tenéis todas las comodidades que podáis desear, no es necesario que acudáis a la aldea. Lo que necesitéis, no tenéis más que pedirlo.

Ella se limpió los labios con la servilleta y bebió más vino. Se terminó toda la copa, pues precisaba del calor de la bebida para soportar aquella conversación.

—Necesito poder moverme sin que estéis pendientes de cada uno de mis pasos —dijo al fin —. Necesito encontrar amigos para que Rowan juegue como el resto de los niños de su edad; necesito salir de entre estos muros y disfrutar de un aire que no esté viciado con la malignidad que llevo respirando desde que llegué a Mullach Creige…

—¿¡Cómo osáis!? —se escandalizó Akir.

—No, ¿cómo osáis vos a decirme que no debo salir con Rowan de la fortaleza? Señor mío, no somos monstruos, ni personas de las que debáis avergonzaros. Tal vez, si mostrarais un poco más de respeto por ambos, si nos dierais apoyo en lugar de esos consejos que nadie os ha pedido, los miembros del clan comenzarían a vernos con otros ojos, sin tener que esperar a que Rowan se haga mayor. Si me disculpáis, mañana tengo planeada otra visita Dunridge, así que me retiro ya a descansar.

Tras decir aquello, se levantó con mucha dignidad, sin hacer sonar las patas de su silla al arrastrarla como habría hecho otra persona airada, y salió del salón con paso elegante.

El corazón le palpitaba fuerte tras el enfrentamiento. Por la indignación, sobre todo; aunque, también, porque sabía que con su actitud acababa de ganarse unos enemigos con demasiado poder. Esperaba que Murtagh no se lo tomara a mal cuando volviera. Ella era una recién llegada al clan, pero ya había podido comprobar con sus propios ojos que aquellos ancianos y sus respectivas esposas no le hacían ningún bien a Rowan.

Se detuvo un momento y se apoyó en la pared del pasillo. Por unos instantes, la imagen de su hijo Jamie se le había colado dentro. Si tan solo hubiera mostrado el mismo arrojo la noche en que Beathag se lo llevó, si la hubiera hecho frente del mismo modo, tal vez, ahora…

«Estabas débil, recién parida. Había matado a Richard», le recordó una voz en su cabeza para evitar que se muriera de dolor allí mismo, en ese frío corredor de Mullach Creige.

Inspiró hondo. Se limpió las lágrimas que no habían llegado a derramarse aunque estaban ahí, calientes y ácidas, abrasando sus ojos.

—No pude defender a Jamie, pero juro, por mi propio hijo, que no le haréis ningún daño a Rowan —susurró.



Al llegar a los aposentos del niño, descubrió con alegría que Dharma había conseguido lo imposible: lo había bañado. El aspecto de la doncella era desastroso, porque estaba despeinada y parte de su ropa se encontraba mojada, pero lucía una hermosa sonrisa en su jovencísimo rostro.

—Ha sido complicado, pero al menos no me ha mordido ni me ha dado ningún golpe. Hemos llegado a un acuerdo: por cada parte que me dejaba lavarle, yo le contaba una adivinanza.

—Buen trabajo, Dharma. Muchas gracias. Si te sirve, a mí tampoco me deja que lo bañe —bajó el tono de voz para decirle en confidencia—: Creo que le da vergüenza que lo veamos desnudo.

—¡Si es muy pequeño! —respondió ella en el mismo tono susurrado.

Daisy se encogió de hombros. Tampoco lo entendía. Tal vez porque en toda su vida solo su madre lo había visto desnudo y, al llegar a Mullach Creige, había sido incapaz de confiar en las demás personas. Solo con su padre parecía relajarse lo suficiente, según había podido presenciar el día en que lo bañó en el hogar de los Buchanan.

—¿Has encontrado lo que te pedí? —le preguntó a la chica.

—Sí, mi señora. Las he dejado ahí, sobre la mesa, con unos lienzos limpios. ¿Queréis que os ayude?

—No será necesario. Ve a cambiarte de ropa, estás empapada.

Dharma asintió y, antes de salir, se despidió de Rowan.

—Mañana te contaré nuevas adivinanzas, si quieres.

Rowan, que estaba sentado frente al fuego, ya vestido con su ropa de dormir y el cabello mojado, le sonrió.

—Sí, quiero.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, Dharma.

La joven esbozó una sincera sonrisa antes de salir y también se despidió de Daisy con una ligera genuflexión.

Cuando se quedaron a solas, Daisy se acercó al niño.

—Así que, adivinanzas. ¿Lo has pasado bien?

—No me gusta bañarme.

—Pero ¿por qué?

Rowan cerró los ojos, como si de ese modo esquivara un feo recuerdo. Por primera vez, Daisy intuyó que había algo más que se ocultaba tras su fobia al baño. Algo que no era solo la vergüenza porque lo vieran desnudo, como ella pensaba.

No quiso forzarlo para averiguar de qué se trataba, pues todavía tenían por delante otra tarea que no sabía si le iba a gustar.

—Mira, Dharma nos ha traído las tijeras que le pedí. Voy a recortarte el cabello como

dijimos, ¿de acuerdo? —Al ver que los ojos de Rowan se abrían mucho, asustados, se apresuró a añadir—: No te haré daño, te lo prometo.

El asentimiento fue apenas imperceptible.

Daisy fue a por uno de los lienzos y se lo colocó por encima a modo de capa para que los cabellos no le cayeran sobre su ropa de dormir. Después, peinó a Rowan con suavidad y cogió las tijeras.

—¿Estás preparado?

Le hizo gracia que él se encogiera y cerrara los ojos, como si esperara un agresivo ataque en cualquier momento.

No lo pudo evitar, se inclinó sobre él y lo besó en la mejilla con ternura.

—No dolerá, tranquilo.

Empezó a recortar los largos mechones rubios, que le llegaban hasta los hombros, para dejarlos a la altura de su mentón. Pero a Daisy no la satisfizo.

—Creo que lo voy a dejar un poco más corto de lo que te dije, Rowan. Estarás más cómodo.

—¿Corto como lo llevaba Drake? —preguntó de pronto.

A la joven no se le había ocurrido. ¡Pues claro! Seguramente, para Rowan, su sobrino Drake, el mayor de los niños con los que había congeniado, era un modelo a seguir mejor que su padre en cuanto al aspecto.

—Exacto, lo dejaré como el de Drake. ¿Te gusta así?

Rowan asintió.

Tanto Drake como Brodie llevaban el cabello mucho más corto, apenas les bajaba de las orejas, para que no les molestara en los ojos durante sus juegos. Y así se lo dejó a Rowan: cortito, muy cortito.

—Déjame ver.

Daisy lo rodeó hasta quedar frente a él. Así, con el rostro despejado, los ojos del niño resaltaban más. Y, a la luz del fuego, de pronto, con ese tono de rubio en los mechones, sin saber por qué, le recordó mucho a su difunto esposo.

Parpadeó y sacudió la cabeza. No era lógico que Rowan se le pareciera. Seguramente, era por el nuevo peinado. Murtagh lo llevaba largo hasta los hombros, mucho más salvaje, y Richard siempre había sido más aseado y más elegante con su aspecto.

—Tu padre me matará cuando te vea —susurró, al comprender que, tal vez, se había excedido.

Rowan miró el cabello que ella había cortado y había ido colocando sobre la mesa. Había mucho. También había algunos mechones que habían caído al suelo y estaban esparcidos alrededor de la butaca que ocupaba. Después, se pasó la mano por la cabeza y la movió, descubriendo la ligereza de no llevar el pelo tan largo.

—Me gusta —le dijo—. Le diré que no te mate.

—Eso es muy considerado por tu parte —Daisy le acarició el pelo con una sonrisa, aprovechando para peinárselo con los dedos—. Creo que estás muy guapo.

—Tú eres muy guapa —contesto Rowan, con los ojos totalmente rendidos ante esa mujer que lo mimaba.

—Vamos, es hora de acostarse. Mañana iremos de nuevo a la aldea; te prometo que conseguiremos que alguno de esos mocosos juegue contigo. Cuando descubran que eres listo, bueno y divertido, todos querrán ser amigos tuyos.

El niño la miró con ilusión.

—¿De verdad?

—De verdad. Vamos a dormir.

Daisy le quitó el lienzo que le había puesto sobre los hombros y sopló su cuello para quitarle el resto de los pelos que se le habían quedado pegados a la piel. Después, lo tomó en brazos y lo llevó hasta la cama. Lo acostó, lo arropó y le dio un beso en la frente.

—Que descanses bien, Rowan.

El niño la retuvo antes de que ella se alejara de la cama.

—Daisy.

—Dime, cielo.

—Te quiero.

Ella se llevó una mano al pecho y notó que las piernas le temblaban de emoción. Se inclinó de nuevo hacia él y lo abrazó con sentimiento.

—Yo también te quiero.

—Buenas noches.

Rowan se acurrucó después de esa muestra de afecto y ella se aseguró de que la manta cubriera bien todo su cuerpecito. Después, salió de la alcoba con el corazón acelerado. Se apoyó en la puerta y cerró los ojos, sobrepasada por la emoción. ¿Era así como se sentía una madre todas las noches?

Las lágrimas escaparon de sus ojos al comprender que Jamie, quizás, no había compartido con nadie lo que ella acababa de compartir con Rowan.

Y, por un momento, aunque la odiaba a muerte, deseó en su corazón que Nimue se hubiera ocupado de Jamie como una verdadera madre. Aunque fuera una impostora, no quería pensar que su hijo no había disfrutado del calor de sus abrazos y de su mimo maternal.

—Espero que lo estés cuidando bien, bruja, allá donde quiera que lo tengas escondido —susurró, antes de encaminarse a su propia alcoba.

Esa noche, Daisy encontró a Jamie en sus sueños.

Sabía que era él, lo había sentido en su corazón mientras lo abrazaba.

Sin embargo, al despertar, suspiró con desesperanza al darse cuenta de que no podía ser, porque el niño que se le había aparecido estando dormida tenía el rostro de Rowan.

Y, después de cinco años y medio, ella ni siquiera sabía cómo era el rostro de su verdadero hijo.

Capítulo 23



Habían sido los ocho días más largos de su vida. Murtagh no veía el momento de volver a pisar Mullach Creige, de volver a ver a su hijo… y de reencontrarse con Daisy. ¿Cómo podía haber echado tanto de menos a una persona a la que apenas conocía? Que la noche de bodas se quedara en suspenso era uno de los asuntos que más lo había torturado. Por muchos problemas que tuviera encima, por mucho que lo molestara el hecho de tener que haber ido hasta el castillo de lord Hughes, no había podido sacarse a Daisy de la cabeza cada día, a la hora de prepararse para dormir.

Pensaba en ella, en la suavidad de aquellos labios rosados y mullidos, en la tersura de la piel de su cuello, en el brillo de sus ojos azules al mirarlo con deseo, y en las escasas caricias que habían compartido como una promesa de lo que le esperaba cuando al fin pudieran yacer juntos en el mismo lecho.

Ardía de ganas por hacerla suya y llevar aquel matrimonio de prueba un paso más allá.

Por desgracia, había tenido que posponer sus lujuriosos deseos porque lord Hughes, cuando se presentaron ante sus puertas, le había dado largas.

Murtagh sabía que lo castigaba adrede. Quería que sufriera, y hacerlo esperar después de haber sembrado la devastación en sus tierras formaba parte de su venganza.

Por eso, el laird MacMeinn y sus dos hombres acamparon cerca de la fortaleza inglesa, con la esperanza de que aquel hombre vil tuviera a bien recibirlos.

Pasaron tres días durmiendo al raso antes de que una tropa de soldados se acercara a ellos para guiarlos hasta el castillo, donde lord Thomas Hughes los atendería por fin.

Por fin… y para nada.

El inglés no se avino a razones.

—¿Quieres que perdone la deuda que tu padre contrajo conmigo, así, sin más? —le había preguntado, sentado en su silla de gran señor, en aquel inmenso salón lleno de hombres armados que lo protegían.

Su esposa embarazada, una dama demasiado joven para él, y sus hijos mayores —fruto de su anterior matrimonio—, permanecían cerca, atentos a todo lo que allí se hablaba.

—Quiero que dejes a los MacMeinn en paz —le había respondido él, sintiendo unas ganas inmensas de atravesarlo con su espada aunque su familia estuviera presente.

Algo del todo imposible, porque, antes de dejarle entrar en el gran salón junto con sus hombres, los habían despojado de sus armas.

—Los dejaré, cuando tú cumplas con lo estipulado en el contrato de bodas con mi querida y difunta hija.

—Mis tropas no lucharán en tu bando —le recordó, una vez más.

—Ya hemos tenido antes esta conversación, ¿me equivoco? —Lord Thomas Hughes había ladeado la cabeza, aburrido—. Si no has cambiado de idea al respecto, no entiendo para qué has venido hasta aquí.

—Pensé que podríamos encontrar otro modo de…

—No lo hay —lo había interrumpido—. Si los MacMeinn no luchan para mí, tendrás que devolverme la dote de Margery.

—Necesito tiempo para reunir esa cantidad —le había dicho Murtagh, apretando los dientes al ver que era imposible razonar con aquel hombre.

—¿Tiempo? Has tenido mucho tiempo. Mi hija lleva bajo tierra muchos años… —espetó Hughes con amargura.

Y aquel era el motivo principal por el que Murtagh no lo había matado.

La culpa era mucho peor que la deuda que le reclamaba. Por lo que les había hecho a los MacMeinn con sus mercenarios, se merecía que lo degollara sin miramientos. Pero la muerte de su hija, de la que se responsabilizaba, pesaba como una losa en su corazón y sabía que, de alguna retorcida manera, le debía algo a ese hombre.

Aunque ese algo fuera perdonarle la vida, en lugar de reunir a todos los guerreros MacMeinn y arrasar con todo lo que tenía, como había hecho él con su gente.

—Sí —admitió, en relación a lo que había dicho de Margery—, pero yo no me enteré de lo que mi padre y tú habíais acordado hasta hace poco —Murtagh había dado entonces un paso hacia él—. Dame tiempo y te devolveré tu dinero.

El inglés lo había mirado con fijeza durante unos segundos, aceptando aquel duelo de voluntades silencioso. Se sabía a salvo rodeado de tantos soldados y no le había temblado la voz al contestar al laird escocés.

—Si quieres tiempo, la deuda se incrementará por cada día que pase, a partir de mañana, sin que yo reciba lo que me corresponde.

—¿Cuánto? —había susurrado Murtagh, con la voz arrastrada de furia contenida.

—Margery estuvo casada contigo seis meses. La suma total aumentará seis monedas de oro por día.

—¡Eso es desmesurado! —había explotado Tyler, que permanecía a su lado.

Murtagh había levantado la mano para calmarlo, aunque él mismo notaba gran agitación en su interior por aquella injusticia.

—De acuerdo. Te lo devolveré todo, con esos intereses —había aceptado al final, sin saber qué otra cosa podía hacer por el momento.

Tras aquello, se habían marchado de allí con una sensación de derrota. Murtagh habría querido destrozarlo. Las ganas de reunir a sus tropas —no para que se unieran a lord Hughes, sino para atacarlo en su propio hogar—, hacían equilibrios en la balanza de su moral y su culpa, que lo refrenaba por lo ocurrido con Margery.

La imagen de su difunta esposa embarazada, en lo alto de las almenas, con el rostro desquiciado de horror, se le apareció durante el camino de regreso, impidiéndole tomar una decisión que sus hombres hubieran encontrado más lógica que aquella sumisa retirada.

Por suerte, para librarlo de aquella tortura, Daisy acudió a sus pensamientos. Su bello rostro y su cariñosa sonrisa se mezclaban con la incertidumbre y el pesar que cargaba en su corazón y, de alguna manera, le ayudaba a soportarlo.

Jamás había tenido tantas ganas de volver a Mullach Creige.

Antes de alcanzar la fortaleza, pasaron por Dunridge para interesarse por los MacMeinn que más habían sufrido durante su ausencia. Al llegar, se encontraron con la desagradable sorpresa de que los mercenarios de Hughes habían vuelto a hacer de las suyas, pero, esta vez, habían atacado donde moraban la mayoría de los miembros del clan.

Murtagh apretó entre sus dedos las riendas de su caballo, respirando para contener la ira que lo invadió al ver algunos tejados de las chozas quemados y paredes de piedra derruidos.

Sin embargo, a pesar de los daños evidentes, enseguida detectó que los ánimos estaban elevados. Vio que un grupo de hombres trabajaban para reparar las viviendas; las personas que caminaban por las calles parecían también ocupadas en alguna tarea, y se escuchaban gritos y risas de los niños que jugaban.

Una de las mujeres que, si mal no recordaba Murtagh, se llamaba Mirren, se acercó a él con un cesto lleno de hogazas de pan.

—¡Habéis regresado! —exclamó.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Se produjo una incursión en la aldea, mi señor. —Esta vez, su rostro se ensombreció—. Mi esposo… y otros dos hombres murieron. No pudieron evitar que esos malnacidos se lo llevaran todo. No dejaron ni un animal, ni un saco de trigo. Se llevaron las verduras y destrozaron los huertos.

Murtagh desvió la vista hacia el pan que llevaba.

—¿Y eso?

La pena que se acumulaba en sus ojos dio paso a otra luz mucho más esperanzada y agradecida.

—Lady MacMeinn ha cuidado de nosotros en vuestra ausencia, laird. Es una gran mujer, a pesar de ser inglesa.

Aquello lo dejó perplejo.

—¿Cómo que ha cuidado de vosotros? ¿Cuándo…? —Sacudió la cabeza, sin comprender lo que había ocurrido allí—. Dices que tu esposo y otros hombres han muerto, ¿dónde estaban las tropas que debían defenderos? ¿Por qué no…?

Se interrumpió y las palabras murieron en su boca cuando vio a un grupo de chiquillos corriendo por el camino, jugando como si en el mundo no existieran personas malvadas dispuestas a quebrar su felicidad. ¿Ese de allí era Rowan? Tenía el cabello mucho más corto y parecía uno más de aquella pandilla. ¿Realmente era su hijo?

—¿Qué demonios está pasando? —masculló, totalmente aturdido y desconcertado.

Tres días antes

La mañana después de cortarle el pelo a Rowan, Daisy no pudo cumplir su promesa de llevarlo Dunridge para encontrar amigos con los que jugar. Cuando la joven acudió al gran salón a la hora del desayuno, con el niño de la mano, se encontraron con una escena que no esperaban.

Los miembros del consejo MacMeinn estaban atendiendo a un grupo de aldeanos que había acudido hasta Mullach Creige para pedir ayuda.

—El laird no está —Akir lo dijo con tono acusatorio, como si su ausencia fuera únicamente culpa de Murtagh—, tendréis que esperar a su regreso.

—Mi señor… —lloraba una de las mujeres, temblorosa—, han matado a mi esposo. Han saqueado nuestra despensa, se han llevado todo… ¿Qué haremos mis hijos y yo?

—Las otras veces que atacaron se limitaron a los campos, a quemar las cosechas y llevarse algunos animales. Pero ahora… ¡Se han atrevido con la aldea! —exclamó un hombre.

—¿Y dónde estaban las patrullas de vigilancia? —preguntó otro, más anciano.

—Estaban donde el laird ordenó que estuvieran —le contestó Banner—. Murtagh pensó que

había que proteger lo que quedaba en los campos, dado que ya hemos perdido mucho.

—Cierto, eso fue lo que ordenó antes de marcharse.

La última frase había salido de los labios del pelirrojo Forbes, que estaba de pie, al lado de su padre, con una mano apoyada en su hombro. A Daisy le dio la sensación de que buscaba su apoyo en un momento crítico. Y no era para menos. Si Murtagh lo había dejado al mando y no había sabido defender a su gente, estaba en un serio aprieto, por mucho que ahora trataran de echarle la culpa al laird.

—Tú solo has hecho lo que se te ordenó —dijo Akir en voz alta, palmeando la mano de su hijo en un gesto que todo el mundo entendió como: «Tranquilo, tú has actuado bien».

—Pero ¿qué haremos? —insistió la mujer llorosa—. Tengo hijos pequeños, mis señores. Y mi pobre Lark… Muerto por defendernos, asesinado a manos de esos miserables.

A Daisy se le rompió el corazón al escuchar su llanto.

Sin pensarlo, avanzó hacia ella y se detuvo a su lado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

La aldeana levantó los ojos hacia la elegante dama y pareció sorprendida.

—Mirren, mi señora.

—Lamento mucho la muerte de tu esposo —le dijo—. ¿Dices que no os han dejado nada en la despensa?

—Se han llevado todos los víveres, milady —le explicó el hombre mayor que había hablado antes.

—¿Tu nombre?

—Harris.

—Bien. Mirren, Harris y los demás, no os preocupéis. Hasta que mi esposo regrese, os ayudaremos en lo que podamos.

A su espalda, Banner tosió escandalosamente y Akir emitió una especie de carcajada ronca y ácida.

—¿Y se puede saber cómo pensáis hacer eso? —le preguntó a continuación—. Aguardaremos hasta que Murtagh regrese para ver cómo vamos a solucionar todo este embrollo. Es responsabilidad suya, como laird, conseguir la ayuda que necesitamos. Nosotros no disponemos de…

—Sí disponemos —lo interrumpió Daisy, decidida—. Una de las cosas que hice nada más llegar fue recorrer Mullach Creige en compañía de mi doncella, Dharma, para conocer a todos los sirvientes y familiarizarme con la fortaleza. También visité las cocinas, señor mío, y la fabulosa despensa. Si lo administramos bien, hay comida, vino y cerveza suficiente para abastecer a las familias durante bastantes días.

Los tres ancianos consejeros perdieron el color de la cara al escucharla.

—¡Esas son las provisiones de los que viven en el castillo! —bramó Banner.

—Sí, mi señora. Esos víveres son propiedad de…

—¿Del laird? —Daisy volvió a interrumpir, esta vez a Nathair—. Tengo permiso expreso de Murtagh para proceder según crea conveniente. Y, en estos momentos, me parece más que conveniente ayudar a nuestra gente.

Los aldeanos la miraron estupefactos al escucharla decir «nuestra gente».

—No podéis tocar esa comida. No es tan solo de Murtagh —masculló Akir, furioso.

—Además, los MacMeinn pueden cazar, pueden pescar y repartir los recursos que les queden entre ellos —añadió Nathair.

—Por supuesto que haremos eso —le concedió Daisy. Se volvió hacia Harris—. ¿Podrías

organizar a los hombres para conseguir algo de carne o pescado estos días? Si repartimos lo que hay en la despensa de Mullach Creige, aquí también necesitaremos ir reponiendo algunos víveres.

—Por estos parajes montañosos no hay mucha caza, mi señora. Pero algo conseguiremos.

—Bien. Será solo hasta que llegue la ayuda.

—¿Qué ayuda, si puedo preguntar? —estalló Akir—. Vuestro esposo no ha regresado, no sabemos lo que habrá conseguido, desconocemos a qué pacto habrá llegado con lord Hughes.

Daisy lo fulminó con la mirada. Estaba empezando a detestar a ese hombre con toda su alma.

—No sé mucho del tema que trae de cabeza a mi esposo con ese tal lord Hughes, pero vosotros olvidáis que vuestro laird se ha desposado conmigo en aras de conseguir valiosas alianzas. La ayuda llegará, os lo aseguro. —Miró a los aldeanos, consciente de que el consejo no podría impedirle asaltar la despensa si los MacMeinn se posicionaban de su lado—. Harris, Mirren y los demás, acompañadme.

—¡Yo quiero ir! —exclamó de pronto Rowan.

El pequeño, aunque no comprendía bien lo que estaba sucediendo, miraba a Daisy con devoción. La joven estaba segura de que era, sobre todo, porque se había enfrentado a Akir, el anciano que lo atemorizaba.

—Por supuesto que vendrás —dijo en voz alta y con orgullo, dado que por fin el niño había hablado en presencia de otras personas—. En ausencia de tu padre, eres su representante, y repartirás conmigo la comida entre los MacMeinn. Ya es hora de que vayas aprendiendo cómo debe comportarse un buen jefe. Dharma —llamó a su doncella—, ven también con nosotros. Nos ayudarás.

—¡Esto es inconcebible! —bramó Akir, levantándose de la silla—. ¡Forbes, impídeselo! ¡No puede llevarse nuestra comida!

En un primer impulso, el pelirrojo se colocó frente a ella para cerrarle el paso. Daisy lo miró sin amedrentarse.

—¿De verdad no me dejarás compartir la comida con tu gente? Muy bien —se puso de lado para que el guerrero quedara cara a cara con el grupo de aldeanos que la seguía—, díselo a ellos. Diles que los dejarás morir de hambre mientras tú y tu padre os atiborráis con esos *haggis* que tanto os gustan.

Los ojos de los MacMeinn que habían ido a pedir ayuda se posaron sobre la fornida figura del pelirrojo. Forbes miró a los soldados de la tropa que había quedado a su cargo y no encontró el apoyo que necesitaba. A fin de cuentas, aquellas personas eran parte de su clan, sus propias familias, por quienes luchaban, a quienes protegían.

—Creo que lady MacMeinn tiene razón —habló Lennox, uno de los hombres de Murtagh.

—Vamos a preparar una carreta para transportar los víveres —lo secundó Grant.

El pelirrojo apretó los dientes y miró de reojo a su padre, que continuaba rojo de furia.

—De acuerdo —claudicó al fin, viendo que los guerreros del clan se posicionaban del lado de los aldeanos.

—¡Forbes!

El grito desesperado de Akir no sirvió de nada. Daisy fue hasta la despensa de Mullach Creige y los sirvientes que se hallaban en la cocina, junto con el cocinero, se escandalizaron por lo que se proponía hacer. La joven, sin embargo, estaba decidida. Allí había bastantes sacos de harina para poder hacer pan, kilos de carne y pescado en salazón y verduras del huerto que, al contrario que los de la aldea, no había sido destrozado. Había tarros de miel y mermeladas varias, sacos de frutos secos, quesos, barriles de vino, cerveza e hidromiel.

—Bien, dejaremos lo imprescindible para los habitantes del castillo y el resto lo llevaremos a la aldea.

—Milady —la mujer, Mirren, la miró con la boca abierta—. Es muy generoso por vuestra parte. Jamás creí que…

—Dadle las gracias al joven Rowan —respondió ella rápidamente—. Él no quiere que ninguno de los niños MacMeinn pase hambre, ¿verdad?

Todos miraron al pequeño, que asentía tras sus palabras. Al ser el centro de atención, había recuperado su habitual timidez.

—Mi joven señor Rowan, muchas gracias —le dijo Harris, haciéndole un gesto de respeto con la cabeza—. Seréis un gran laird cuando llegue el momento, sin duda.

Daisy esbozó una sonrisa de satisfacción al escucharlo. Después, instó a todos para que se pusieran manos a la obra.

Cargaron las provisiones en la carreta y, juntos, fueron hasta la aldea, donde repartieron tanto la comida como las tareas que debían acometer tras los ataques.

Forbes, finalmente, se mostró colaborativo y organizó a los hombres para reparar las chozas que habían resultado dañadas, formó partidas de caza y pesca, y retomó la vigilancia del territorio, esta vez, con la prioridad de proteger a los miembros del clan en lugar de los campos.

—Todos los recursos se repartirán por igual entre los MacMeinn hasta que el laird regrese y disponga cómo hemos de actuar —les dijo el pelirrojo, sin apartar los ojos de Daisy, que movía la cabeza, conforme.

La joven, junto con Rowan, visitó la choza de Mirren y de sus hijos para darles consuelo tras la muerte del cabeza de familia. Daisy le prometió a la mujer que la ayudaría en todo lo que pudiera, mientras que Rowan se acercó a los niños para asegurarles que podía ser un buen amigo.

—Sé jugar a muchas cosas —les dijo—. Y cuando vengan a vernos mis otros amigos, Drake, Brodie y Ailsa, también podrán jugar con nosotros.

Los hijos de Mirren lo miraron al principio con desconfianza. Pero, como su madre no dijo nada del hijo del laird esta vez, sino que se limitó a mirarlo, agradecida, dieron por hecho que ya no había que tenerle miedo y que podían aceptarlo en su grupo.

—¿Sabes jugar a batallas? —le preguntó el más mayor.

—Sí. Pero yo siempre voy en el bando escocés, es el que prefiere mi padre.

El hijo de Mirren asintió, satisfecho con la respuesta.

—Me llamo Lark, como mi padre. Y ellos son mis hermanos: Sam, Tracey y John.

—Yo me llamo Rowan.

—Ya lo sabemos.

—¿Te has cortado el pelo? —le preguntó Tracey, acercándose a él con curiosidad.

—Me lo ha cortado Daisy.

Se quedaron mirándose el uno al otro, hasta que los ojos de la niña se inundaron de una repentina tristeza.

—Mi padre ha muerto.

Y Rowan, demostrando que no era el salvaje que todos habían dicho siempre que era, tal vez influenciado por la espontaneidad que había conocido en su amiga Ailsa, la abrazó para consolarla.

Capítulo 24



Murtagh escuchó el relato de Mirren sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿Daisy se había enfrentado al consejo para ponerse del lado de los aldeanos? ¿Y Rowan había conseguido hacer amigos, por fin?

—Debo regresar enseguida a Mullach Creige —dijo, cuando la mujer resumió lo ocurrido en su ausencia—. Debo hablar con mi esposa. Iré a buscar a Rowan y…

—Si lo que queréis es encontrar a lady MacMeinn, ahora está en la choza de Row y Marie. Hirieron a Row durante el ataque y la señora ha ido a interesarse por él.

Si Murtagh no hubiera desmontado del caballo unos minutos antes, se habría caído desde lo alto, sin duda.

Sin más demora, echó a andar hacia la choza que Mirren le señaló, a grandes zancadas. ¿Daisy estaba allí, en la aldea, en lugar de permanecer donde él la dejó para que estuviera a salvo, en Mullach Creige? ¡Y Rowan! Correteando extramuros de la fortaleza a pesar de que la amenaza de los mercenarios flotaba sobre sus cabezas.

Abrió la puerta de la vivienda con tanto ímpetu, que la madera chocó contra la pared y sobresaltó a los ocupantes de la sala.

—¡Murtagh, has regresado! —exclamó Daisy al verlo, con una sonrisa sincera.

Maldita fuera esa hermosa y cálida sonrisa. Por un instante, casi le hizo olvidar su enfado.

Daisy estaba sentada a la mesa de la familia, con un vaso de vino ante ella, seguramente, una cortesía que Marie había tenido con su visitante.

—Sí, ya he vuelto. ¿Qué haces aquí?

La joven, que se había levantado para salir a su encuentro, se detuvo al escuchar el enfado en su pregunta. Se quedó a medio camino entre la mesa y él.

—El esposo de Marie, Row…

—Sé quién es Row. Llevo toda mi vida conviviendo con mi gente, no tienes que explicarme quién es Row.

—¿Por qué estás enfadado? —quiso saber ella. Su sonrisa se había esfumado al verlo de tan mal humor.

—Mi señor, lady MacMeinn ha sido muy amable viniendo a nuestro humilde hogar —le explicó la propia Marie, saliendo en defensa de la dama—. Nos ha traído este ungüento de Mullach Creige para las heridas —le mostró el pequeño tarro—. Ha sido más que generosa con nosotros.

—Podrías haber pedido a cualquiera que les trajera la medicina. No tenías por qué salir de la fortaleza.

Murtagh no podía despegar los ojos de ella. Era tan bonita… ¡y tan inconsciente! ¿No se daba cuenta del peligro que corría? Si lord Hughes se había atrevido a atacar una vez la aldea, podría volver a hacerlo en cualquier momento.

—Me diste permiso, antes de marcharte, para que obrara según mi criterio. Y, después de lo sucedido, creí oportuno dar apoyo a nuestra gente.

—¿«Nuestra»? Tú eres inglesa, Daisy Wadlow.

Ante esas palabras, ella cogió aire por la nariz y se cuadró de hombros. Marie, a su lado, observaba aquel intercambio, totalmente aterrorizada por su mal humor. Se le veía en la cara que temía por la señora y a Murtagh le escoció que incluso los MacMeinn pensaran que podría llegar a hacerle algún daño a su mujer.

—Ya no soy Daisy Wadlow —le contestó. Se aproximó a él y le clavó el dedo índice en el pecho—. ¿O se te ha olvidado que ahora soy tu esposa?

Con su cercanía, lo único que consiguió fue que se le nublara del todo el juicio. La aferró por la muñeca aprovechando que tenía el brazo levantado y tiró de ella hacia el exterior. La condujo de malos modos hasta la parte trasera de la choza, buscando algo de intimidad, y cuando estuvieron solos la soltó… Solo para poder aferrarla por la nuca y atraerla hacia su boca como un auténtico salvaje.

La besó con una mezcla explosiva de sentimientos burbujeando dentro de él. La añoranza, el miedo, la incertidumbre, la lujuria… Todo se enredó en ese impulso descontrolado para que sus labios la tomaran con una pasión que era incapaz de contener. ¡Y qué bien sentaba estar de vuelta para poder besarla a su antojo!

Cuando el aire de sus pulmones se agotó, porque sus lenguas enredadas parecieron consumirlo todo, se apartó para que ambos pudieran respirar. Y lo hicieron entre jadeos, mirándose el uno al otro con los ojos llenos de ese deseo que los quemaba desde las entrañas.

Un rayo de sensatez alcanzó por fin la mente de Murtagh y la aferró de las mejillas, esta vez con exquisita suavidad.

—No me he olvidado de que eres mi esposa, *sassenach*. Por eso mismo acabo de comportarme como un energúmeno —le acarició los pómulos con sus pulgares, muy despacio, contemplándola como si su mera presencia lo maravillara—. No podría soportar que te sucediera algo malo. Y aquí, en la aldea…

—Aquí está mi sitio, *escocés* —le contestó—. Donde se me necesita.

—Yo te necesito —le confesó, en un susurro—. Y solo por eso, deberías haberte quedado en la fortaleza.

Daisy pareció no escuchar la última parte. Buscó sus ojos, como si no pudiera creer lo que había dicho.

—¿Me necesitas?

Murtagh se dio cuenta de que aquella conversación se estaba poniendo demasiado intensa, seguramente por culpa de las emociones del reencuentro, y carraspeó, incómodo, antes de recular. No quería que Daisy confundiera lo mucho que la apreciaba —y la lujuria que le corría por las venas—, con un sentimiento más profundo.

Él conocía su corazón y la coraza con la que lo había protegido durante todos aquellos años, desde la muerte de Margery. Se lo había intentado explicar a Nimue y ella no lo había querido entender. Ahora, no deseaba llevar a Daisy a engaños y repetir los errores cometidos con la joven morena. Si su esposa llegara a enamorarse y él no pudiera corresponderla como merecía…

No. No quería volver a pasar por lo mismo.

—Quería decir que te necesitamos —le explicó—. Rowan te necesita. He visto que ha conseguido hacer amigos, supongo que, gracias a ti, y su pelo…

—¿De verdad? —Daisy se separó de él, molesta—. Después del beso que acabas de darme, ¿me hablas de lo buena que soy cuidando de tu hijo?

El silencio se instaló entre ambos mientras trataban de recuperar el resuello.

Murtagh sabía que la joven esperaba más de él; era evidente en el brillo de sus ojos, en sus

labios entreabiertos, en el movimiento errático de su pecho tras aquella muestra de pasión explosiva que, por suerte para ella, no había ido más allá. La joven ignoraba que había estado a un paso de arrastrarla a alguna zona menos transitada para hacer realidad lo que llevaba soñando desde que se desposaron. La tomaría aunque estuvieran a plena luz del día, escondidos en alguna arboleda como un par de animales en celo.

—Volvamos a la fortaleza. Quiero conocer todo lo ocurrido en mi ausencia y reunirme con el consejo. No he logrado resolver el conflicto con lord Hughes y tenemos que tomar decisiones.

Daisy parpadeó, como si no entendiera bien sus palabras tras el brusco cambio de tema.

—Cuando dices «tenemos», ¿te refieres al consejo MacMeinn?

A Murtagh le sorprendió escuchar un tono de censura en la pregunta.

—Por supuesto, mujer. El clan necesita…

—Te necesita a ti —lo interrumpió—. En estos días, he podido ver que esos tres ancianos no miran por nadie más que por sí mismos.

Si Daisy los hubiera llamado viejos buitres, no le habría extrañado nada. En el fondo, pensaba igual que ella, pero llevaba tantos años dejándose llevar para no generar conflictos internos, que le era muy complicado hacerles frente de un modo definitivo.

—Aun así —le contestó—, he de reunirme con ellos. Voy a buscar a Rowan, volveremos los tres juntos a Mullach Creige.

Arrogante, cabezota, insufrible.

Aquellos eran, entre otros, los adjetivos que aparecieron en la mente de Daisy al ver cómo su esposo se daba la vuelta para ir en busca de Rowan. ¿Cómo podía ser tan duro de mollera?

Anduvo tras él, con la esperanza de que podría hacerle ver que los MacMeinn necesitaban un líder que se preocupara por ellos sin tener que consultar cada una de sus decisiones con Akir, Banner y Nathair. Ella había sido testigo de cómo habían tratado a los aldeanos en un momento de absoluta desesperación, y no era así como se gobernaba un clan.

Al menos, esa era su opinión.

Encontraron a Rowan jugando junto al arroyo cercano a la aldea, con un grupo de niños y niñas de varias edades. En cuanto los hijos de Mirren lo aceptaron como a uno más, días atrás, se les unieron otros chiquillos dispuestos también a jugar con él.

—¡Rowan! —lo llamó Murtagh.

El pequeño levantó la vista al escuchar su nombre y su rostro manifestó la inmensa alegría de ver de nuevo a su padre. Tiró al suelo el palo que estaba usando como arma ficticia y corrió hacia él para abrazarlo. Murtagh se agachó y lo recibió con cariño. Después, lo miró para aprenderse su nuevo aspecto y le pasó la mano con rudeza por el cabello rubio.

—¿Qué te ha hecho Daisy?

—Me lo cortó. Me gusta.

—¿Te gusta?

—Así no me tengo que peinar.

—Tampoco te peinabas antes —se rio Murtagh, alborotándole los cortos mechones—. ¿Quiénes son todos estos niños?

—Mis amigos, padre.

El laird se puso en pie con una sonrisa satisfecha y miró al grupo que había interrumpido el

juego y lo observaban con cautela y mucho respeto.

—Me alegro de que por fin Rowan haya encontrado amigos de su edad —les dijo a todos—. Ahora se tiene que venir conmigo, pero volverá otro día.

Intentó coger a su hijo en brazos para llevárselo, pero el niño se echó atrás para impedirlo.

—Puedo ir solo —se quejó, con las mejillas enrojecidas.

Daisy se mordió el labio inferior para no reírse ante la cara de pasmo de Murtagh. Tal vez ignoraba que Rowan era tan orgulloso como él y que no deseaba que sus amigos lo vieran como a un bebé en brazos de su padre.

—Está bien —susurró el laird, elevando los brazos a modo de disculpa.

El niño pasó a su lado y continuó andando hacia ella. La joven le tendió la mano para regresar a Mullach Creige, tal y como quería su padre.

—¿Dónde habéis dejado vuestra montura? —les preguntó Murtagh.

—Hemos venido dando un paseo —le informó Daisy.

El guerrero meneó la cabeza con disgusto.

—Es un paseo muy largo… y peligroso en estos días. Podrían haberos atacado, podrían…

—No nos ha sucedido nada —lo interrumpió ella—. Además, no hemos venido solos. Hemos traído escolta.

—¿Quién?

—Lennox y Grant. Ambos sabían que su laird no les perdonaría si algo llegara a sucedernos. Tienes buenos hombres que te son muy leales, *escocés*.

Ante ese nuevo dato, Murtagh relajó su expresión.

—Muy bien, pero el camino de vuelta lo haremos a caballo. Rowan, monta tú con Tyler.

Daisy no preguntó con quién iría ella. Estaba muy claro, y se le formó una bola de nervios en el estómago ante la perspectiva de volver a cabalgar con el enorme cuerpo de Murtagh completamente pegado al suyo.

Tal y como lo recordaba, fue una auténtica tortura.

Su esposo la sujetaba con firmeza, con un brazo rodeando su cintura, apretándola contra él. Cuando se inclinaba hacia delante, su rasposo mentón le rozaba la mejilla; su olor varonil, que le recordaba al musgo y a tierra mojada, inundaba sus sentidos y le producían estremecimientos que la obligaban a cerrar los ojos.

—Te noto alterada, esposa —le susurró en el oído una de aquellas veces en las que tembló entre sus brazos.

—Me aprietas muy fuerte —dijo ella, a modo de excusa.

—Me gustaría apretarte todavía más fuerte —dejó caer, antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja—. ¿Quieres que lo haga?

¡Dios bendito! Daisy notó a su espalda lo excitado que estaba. A diferencia de otras recién casadas, ella no era una virgen ignorante de lo que pasaría una vez estuviera a solas con su esposo. Tragó saliva cuando su imaginación se disparó y notó que la sangre se le agolpaba en las mejillas.

—Si te refieres a la noche de bodas que aún no hemos tenido…

—No —musitó, antes de darle un beso húmedo en el cuello—, no creo que pueda esperar hasta esta noche. He soñado contigo todos estos días, Daisy, he soñado con todo lo que pensaba hacerte una vez te tuviera entre mis brazos.

El susurro de aquella voz cálida y ronca era demasiado para ella. Inhaló de manera entrecortada, casi jadeante por la urgencia que despertó en su cuerpo. Necesitaba que la tocara, que la acariciara como hacía muchos años que nadie la acariciaba.

Sin darse cuenta de lo que hacía, sus manos se posaron en los fuertes muslos de Murtagh y le clavó los dedos cuando notó que el estómago se le contraía de puro deseo y se humedecía entre las piernas.

—¡Por todos los infiernos, mujer!

Murtagh no se limitó a besarla en el cuello esta vez. La mano que la sujetaba por la cintura ascendió hasta uno de sus pechos y lo apretó sin disimulo, sin importarle que alguno de los hombres que lo acompañaban pudieran verlo. Daisy jadeó ante la pasión de aquel asalto y todo su cuerpo vibró de anhelo entre sus brazos. Giró un poco el rostro y se encontró de lleno con la boca del guerrero, que atrapó sus labios en un beso ansioso.

—¡Ejem!

Daisy escuchó el carraspeo tras la bruma de placer que la envolvía, lejano y débil. Aunque Murtagh, por suerte, tenía los sentidos un poco más despejados, y prestó atención a Tyler.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con voz rasposa por la interrupción.

—Solo quería informaros de que voy a llevar a Rowan a las cocinas; los dos tenemos hambre y buscaremos algo de comer —les dijo—. Así podrás *hablar* a solas con tu esposa… un buen rato —terminó, guiñándole un ojo al laird.

La joven miró en derredor, aturdida. Estaban en el patio de Mullach Creige y ella ni siquiera se había dado cuenta de que ya habían traspasado los muros de la fortaleza.

—Gracias, Tyler —musitó Murtagh.

Después, desmontó. La aferró por la cintura para bajarla del caballo y, cuando sus pies tocaron el suelo, la mantuvo sujeta, encerrándola entre su cuerpo y el del animal. Daisy notaba sus dedos apretando sus caderas, con una necesidad que, lejos de desvanecerse por la interrupción, era muy evidente.

Los ojos rojizos de Murtagh la devoraban, centrados únicamente en ella, como si el mundo a su alrededor no existiera o no tuviera ninguna importancia en esos momentos.

—Dime que no eres una de esas damas inglesas timoratas que no pueden yacer con un hombre si no es la hora de acostarse para dormir —susurró, ronco de deseo.

Su tacto, su aliento, su cercanía, esa mirada… todo la abrasaba. Murtagh estaba ardiendo y le contagiaba las ganas inmensas de perderse entre sus brazos. Ambos necesitaban sofocar ese fuego que llevaba muchos días devorándoles las entrañas.

—No lo soy —le respondió, apenas sin voz.

—¿Quieres acompañarme a mi dormitorio?

Daisy no podía negarse a la súplica en su tono, al modo en que sus dedos se aferraban a sus caderas, a la pasión que subyacía en cada uno de sus gestos.

—Llévame a tu cama, esposo.

El gruñido de satisfacción que reverberó en la garganta del guerrero la estremeció casi como una caricia. ¿Desde cuándo la excitaba tanto el lado más salvaje de un hombre? Deseaba comprobar cómo se desataba, cómo la lujuria invadía el espacio que existía entre sus cuerpos. Quería sentirlo dentro de ella, haciéndola suya de un modo carnal, respirar entre sus labios, apretarlo entre sus muslos, clavarle las uñas en esa piel dura, bajo la que se escondían todos esos poderosos músculos que lo convertían en el hombre más imponente que jamás había visto.

Reconocía, muy dentro de su ser, que todos esos síntomas no eran más que pura atracción animal.

Pero era lo que Murtagh hacía con ella, en lo que la transformaba cuando la miraba de esa manera, con aquel fuego en sus ojos de demonio…

No.

De demonio no.

Jamás lo había visto de ese modo, por más que los demás se empeñaran en que lo hiciera.

Ahora que se fijaba bien, ahora que lo tenía tan cerca que sus alientos se entremezclaban, podía ver que el color de los iris de su esposo eran de un tono tierra oscura, fértil, lleno de promesas.

Levantó los brazos y le rodeó el cuello para pegarse todavía más a él.

—Hazme tuya, MacMeinn —le insistió, antes de besarlo.

Capítulo 25



En la intimidad del dormitorio, Murtagh trató de ir más despacio. Daisy se enterneció cuando, tras cerrar la puerta que los aisló del resto del mundo, él respiró hondo, como si tratara de contener las ganas que tenía de lanzarse sobre su cuerpo para no asustarla.

Supo que el recuerdo de Margery flotaba en aquella alcoba y que su esposo no quería repetir los errores del pasado.

Las manos masculinas se movían con cuidado mientras desataban los lazos de su vestido, mientras la despojaba prenda a prenda, y sus dedos temblaron cuando le rozó por primera vez la piel desnuda de sus hombros. Las ásperas yemas se deslizaron por sus clavículas y, justo cuando iban a llegar al colgante de su cuello, Daisy lo agarró para detener su avance.

—Aguarda —le susurró.

Se coló un tinte de alarma en aquella súplica y él dio un paso atrás, observándola con gesto cauto.

Daisy tocó la piedra de ámbar de la que no se había separado desde que Richard se la entregó. Cerró los ojos y buscó el cierre del colgante, en la nuca, para quitárselo.

—Fue un regalo de mi primer esposo —le explicó a Murtagh, mientras lo dejaba con cuidado sobre la mesita junto a la cama—. No quiero tener su sombra entre nosotros. Tampoco quiero la de Margery —lo miró y sus manos volaron a las cintas que cerraban la camisa masculina en la zona del pecho—, así que deja de tratarme como si fuera a romperme. Yo no soy ella. No me estás forzando a nada y no tienes que ser cuidadoso. No soy virgen. Si algo me molesta o no me gusta, te lo diré, te lo prometo.

Ante aquel discurso, Murtagh volvió a gruñir y la aferró del pelo para besarla como estaba deseando.

Cuando se apartó de su boca, sin resuello, musitó contra sus labios.

—Y cuando sientas placer ¿también me lo dirás?

—Lo siento ahora, esposo. Contigo a mi lado, abrazándome fuerte. —Sus ojos lo buscaron y ella también enterró los dedos entre los mechones blancos de su cabello—. Pero tendrás que esforzarte, *escocés*, porque aún quiero sentir mucho más.

Daisy no se esperaba que él reaccionara con tanta eficacia a su ruego. Sus rudas manos aferraron el escote de la única prenda que aún llevaba puesta, la fina camisola interior, y rasgaron la tela por la mitad en lugar de sacársela por la cabeza.

Ella jadeó por la sorpresa y notó que se le encendían las mejillas al ver que su desnudez quedaba expuesta de manera tan repentina. Bajo el escrutinio de su esposo, se le endurecieron los pezones sin que los tocara y apretó los muslos, notando ese pellizco en el vientre que clamaba por las atenciones masculinas.

—Eres hermosa, *sassenach*.

Daisy era consciente de que su cuerpo había adquirido algunas curvas de más durante su embarazo y no poseía una cintura tan delgada como antes de dar a luz, pero se sintió bella ante el halago sincero en los labios de Murtagh.

Por toda respuesta, ella lo ayudó a deshacerse de la camisa y también lo contempló con descaro, llenándose los ojos de toda esa piel expuesta, de su anchura, de la fuerza que subyacía en la forma de sus hombros, en sus poderosos brazos, en la firmeza de su pecho salpicado de vello oscuro. Verlo desnudo de cintura para arriba, llevando tan solo la falda de cuadros, le produjo un estremecimiento de anticipación. ¿Cómo podía una prenda de la que sus hermanas y ella se habían burlado en el pasado por considerarla femenina, sentarle tan bien a un hombre?

Pero, por muy fascinante que le resultara, Daisy quería verlo sin nada.

Sus manos volaron esta vez hacia el cinturón de cuero y se lo quitó de manera apresurada, poniendo de manifiesto que estaba tan ansiosa como él. Murtagh la ayudó y a ella no le pasó desapercibida la sombra de una arrogante sonrisa en sus labios. Le gustaba verla excitada. Casi tanto como a ella verlo a él.

Se le secó la boca cuando lo tuvo completamente desnudo ante sus ojos.

Murtagh era… indescriptible. Magnífico. Poderoso.

El cabello rubio platino le caía sobre los hombros alborotado y la fiereza de sus ojos, que la observaban con un hambre voraz, le daban un aspecto salvaje.

Su vista se desvió hasta la zona de la entrepierna y no lo pudo evitar.

Lo comparó con Richard.

—Háblame, mujer —le pidió, con voz ronca.

¿Qué le hablara? ¡No podía ni pensar! La mente de Daisy se había quedado completamente en blanco. Aquello era… era…

—Te doy miedo. —Murtagh malinterpretó su gesto de pasmo absoluto.

La joven consiguió arrancar sus ojos de aquella parte específica de su cuerpo para hundirlos en su mirada atormentada.

—No, *escocés*. No tengo miedo. Es que eres… imponente.

A juzgar por cómo soltó el aire que retenía en los pulmones, Daisy intuyó que sus palabras lo complacían.

—Ven aquí, de cerca lo soy más —le dijo, arrogante, antes de atraerla hacia él para abrazarla íntimamente.

La piel de Murtagh quemaba. Sus bocas se encontraron a medio camino y se devoraron con ansia, mientras las manos recorrían el cuerpo del otro, buscando rincones prohibidos y deseados.

Cuando el guerrero abandonó sus labios, dejó un reguero de besos y mordiscos por su mentón, por su cuello, hasta que sus dientes encontraron uno de sus pezones y lo atrapó con cierta rudeza, logrando que Daisy gimiera de placer.

—He pensado mucho en ti —le susurró, antes de volver a su boca—. En tenerte justo así, desnuda entre mis brazos.

Le apretó el pecho que había dejado de morder y pasó el pulgar por la zona que antes había probado con su lengua. Con la otra mano la sostenía para que no hubiera una pulgada libre entre ambos cuerpos. Enseguida, Murtagh quiso más y sus dedos buscaron un poco más abajo, entre sus piernas, logrando que ella jadeara de placer al sentir la íntima caricia.

—Había olvidado esto, *escocés*… —farfulló, sin darse cuenta ni de lo que decía.

Él la empujó hacia la cama y se dejaron caer sobre el colchón, enredados y avariciosos. Daisy lo besaba también y le tiraba del pelo para variar el ángulo de su boca, para buscar un beso más profundo, para que no se escapara sin haberla saciado por completo.

De pronto, sin saber muy bien cómo había sucedido, él estaba acomodado entre sus piernas, rozando la cara interna de sus muslos con las caderas. Estaba sobre ella, pero no la aplastaba, sostenía su peso con uno de sus antebrazos sin dejar de acariciarla, de besarla con fuerza, de

reclamar cada porción de piel para su disfrute.

—Vamos, no me hagas esperar más —jadeó ella contra sus labios, antes de morderle el rasposo mentón—. Ya he esperado demasiado tiempo.

Murtagh emitió otro de aquellos gruñidos que a ella le derretían las entrañas. ¡Cómo la excitaba verlo así, desatado, perdiendo por completo el control!

Cuando se hundió por fin en su cuerpo, lo hizo sin contemplaciones, de una sola embestida. Brusco, salvaje y posesivo, como no podía ser de otra manera tratándose de Murtagh MacMeinn.

Daisy gritó a las vigas del techo al notarlo dentro, sintiéndose viva, plena.

Era maravillosamente erótico.

—¿Te he lastimado? —le preguntó él, sin resuello, buscando su mirada.

—No. He gritado de gozo.

La sombra de una sonrisa arrogante cruzó por su boca una vez más.

—En ese caso, grita cuanto quieras, mujer —le susurró, empujando con fuerza con sus caderas hasta que ella volvió a gemir en voz alta, disfrutando del placer que experimentaba.

Daisy nunca se había sentido igual. Después se torturaría pensando que era una mala persona…

Porque no pudo evitar de nuevo las comparaciones.

Richard jamás logró que le fuera imposible reprimir esos sonidos en la garganta. Con Murtagh necesitaba liberarlos y dejarse llevar. La pasión de ese hombre la contagiaba hasta tal punto, que conseguía desinhibirla completamente. El modo en que la acariciaba, en que la besaba y la lamía con la lengua; el modo en el que se movía sobre ella, potente y exquisito al mismo tiempo; el modo en que le cambiaba el ritmo, endiablado y salvaje, y no dejaba lugar alguno para el recato que había estado presente en sus anteriores encuentros amorosos con su difunto esposo.

Richard siempre fue muy dulce. Considerado en exceso, solo ahora se daba cuenta. Y no era que no hubiera disfrutado con él cuando hacían el amor. Claro que lo había hecho, y mucho, porque lo amaba. Pero lo que le estaba haciendo Murtagh en esos momentos… era, simplemente, indescriptible.

Daisy echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando el guerrero descendió con la boca por su garganta y le mordió el ángulo entre su cuello y el hombro, al tiempo que la penetraba más profundamente. Era como si quisiera fundirse con ella en un solo ser. Sus rudas maneras, en la cama, cobraban un significado distinto y, en su contradicción, a Daisy le parecía tremendamente tierno…

Porque había cierta desesperación en esa intensa manera de amarla. Como si ni él mismo pudiera creer que ella gozaba entre sus brazos. Como si pensara que, en cualquier momento, su esposa pudiera llegar a rechazarlo.

Y eso, a Daisy, la conmovía.

Y, justamente, por eso también, trataba de hacerle entender que lo que compartían era mutuo. Lo besaba y acariciaba con idéntica pasión. Lo envolvía con sus piernas, intentaba abarcarlo con todo su cuerpo, aunque era prácticamente imposible: ella era muy pequeña a su lado. Condición que no le impedía, sin embargo, entregarse a él por entero y dejarse llevar por el inmenso placer que le estaba prodigando.

Murtagh la llenaba de gozo a muchos niveles, y esa felicidad fue creciendo más y más, ramificándose por sus venas, concentrándose en ese punto entre sus piernas hasta que el placer se tornó mágico, explosivo e incontenible.

Daisy gritó de nuevo mientras le clavaba las uñas en los hombros y él, al verla fuera de sí, gruñó con satisfacción y empujó sobre su cuerpo un par de veces más antes de acompañarla,

dejando escapar un ronco gemido de su garganta.



Después de aquello, Murtagh se quedó quieto sobre ella, tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración.

¿Qué había sido eso?, se preguntó, con los labios entreabiertos apoyados en el hombro de esa fascinante mujer. Jamás había experimentado nada igual. Apenas había terminado y ya quería empezar a hacerle de nuevo el amor. No deseaba salir de ese cuerpo que lo había recibido con tal ardor; no deseaba alejarse de aquellos ojos azules que lo habían contemplado todo el tiempo con aprobación.

Nadie lo había mirado así en toda su vida.

Ni siquiera Nimue, que lo había amado a su manera.

Daisy lo miraba distinto. Como si realmente lo viera y supiera quién era él y lo que podía esperar. No era un hombre cariñoso, no era un hombre capaz de prometer amor como Nimue siempre había pretendido que hiciera.

Murtagh era muy tosco en sus maneras, casi brutal en el lecho. Nimue siempre lo disfrutó de un modo enfervorecido y codicioso, mientras que Daisy…

Le era muy difícil poner en palabras lo que acababa de experimentar.

Se había sentido comprendido, se había generado una conexión entre los dos y habían compartido el momento.

Eso era.

Se habían compartido el uno con el otro.

Los dedos de Daisy le acariciaban ahora el cabello, con la mejilla pegada a su sien, envolviéndolo en un cálido abrazo. Se incorporó y se apoyó en los antebrazos para no aplastarla. Capturó sus ojos azules y se perdió de nuevo en ellos.

—¿Te he hecho daño? A veces me dejo llevar y puedo ser…

—No. No me lo has hecho.

Murtagh se inclinó y la besó en los labios, muy despacio. Después, besó su mejilla, su mentón, otra vez los labios, la otra mejilla… Regó su rostro de pequeños besos hasta que ella, impaciente, lo aferró del cabello con fuerza y estampó la boca contra la suya en busca de una caricia menos casta.

Él sonrió cuando sus labios se separaron.

—Creo que va a ser muy placentero compartir el lecho contigo todas las noches, esposa.

—Me asignaron una alcoba propia el día de mi llegada, Murtagh.

—Mis padres no compartían dormitorio, tal vez por eso han pensado que debías tener una habitación para ti. —Murtagh volvió a besarla, hundiéndole la lengua de un modo perverso al tiempo que empujaba con sus caderas, porque aún estaba dentro de ella—. Pero yo te quiero en mi cama, mujer, quiero poder hacerte estas cosas siempre que me apetezca.

Daisy le devolvió una mirada turbia de deseo. Respondió a ese ataque elevando las piernas para apretarlo entre sus muslos.

—¿Y cuándo dormiremos? —preguntó, juguetona.

Murtagh gruñó y se abalanzó sobre su cuello para saborear la suave piel de esa zona.

—Lo haremos cuando estemos exhaustos.

—Creo que en estos próximos días tendré unas horribles ojeras, entonces —se rio ella, dando

por buena su respuesta.

Algo muy cálido se expandió por el pecho de Murtagh al escucharla reír entre sus brazos. La contempló embobado, sabiendo que jamás podría cansarse de ese sonido y de esa luz que irradiaba su bello rostro así, relajado, satisfecho y feliz después de que él le hiciera el amor.

Un año y un día no iban a ser suficientes, volvió a pensar.

—Daisy…

Las palabras que iba a decirle se esfumaron cuando escucharon unos apremiantes golpes en su puerta.

Murtagh levantó la cabeza.

—¿Qué demonios…?

Se apartó de ella de mala gana y así, tal y como estaba, completamente desnudo, abrió sin ningún pudor.

Al otro lado, Cormac carraspeó, incómodo ante tal visión.

—¿Quién se muere? —espetó de malos modos al guerrero.

—Siento la interrupción, laird. Pero el consejo requiere vuestra presencia de inmediato. Se han enterado de que habéis regresado y Akir está como loco. Le está gritando a todo el mundo.

—Diles que acudiré en cuanto me sea posible.

—Pero, laird…

—¡Cormac! ¿Tengo que darte detalles de lo que estaba haciendo con mi esposa?

—No, claro que no. Ya me lo imagino —contestó, mortificado.

—Diles que iré enseguida —repitió, algo más conciliador, antes de cerrarle la puerta en las narices.

Al girarse, encontró a Daisy sentada en la cama, cubriendo su desnudez con la sábana y una ligera sonrisa en los labios.

—Has sido muy brusco. Pobre Cormac.

—De pobre nada. Nos ha interrumpido en un momento íntimo. Si fuera un buen hombre, les habría dicho a esos tres viejos que se fueran al infierno, en lugar de venir aquí corriendo para fastidiarnos nuestra noche de bodas.

La risa de Daisy, de nuevo, le contrajo el estómago con un cálido estremecimiento.

—Mi señor, no es nuestra noche de bodas. El sol no se ha puesto todavía. Y, además, por suerte, no ha interrumpido nada. Ya habíamos terminado.

Murtagh se acercó a ella despacio, moviéndose como lo haría un depredador en busca de su presa.

—¿Si? —preguntó, lascivo—. ¿Quién lo ha dicho?

Se reunió con ella de nuevo en la cama y le arrancó de las manos la sábana que la cubría.

Le demostró a su esposa que él no había dado por finalizado aquel encuentro, y que volver a escucharla gemir de placer bien merecía que el consejo se impacientara…

A Daisy aún le temblaban las piernas cuando acompañó a Murtagh al gran salón. Él la llevaba de la mano y a ella no se le borraba la sonrisa del rostro. Un rostro que, seguramente, tenía marcas y estaba enrojecido por la fricción de la barba de unos días que el hombre no había tenido tiempo de afeitarse.

No le importaba que todo el mundo supiera lo que habían estado haciendo. ¡Era su esposo!

Ante ese pensamiento, se llevó la mano al cuello para tocar la piedra de ámbar, con ese gesto aprendido de la costumbre que ya apenas podía controlar.

Su corazón se saltó un latido al no encontrar el colgante.

Se palpó la piel desnuda y, de pronto, se le formó un nudo en la garganta.

Había olvidado volver a ponérselo después de hacer el amor con Murtagh. Lo había expulsado de sus pensamientos por completo y la culpabilidad de espantar de ese modo el fantasma de Richard amenazó con agriarle aquel momento.

Por suerte, llegaron enseguida al gran salón y otras preocupaciones se impusieron, recordándole que ahora el guerrero que sostenía su mano la necesitaba y que se debía a él. Ya tendría tiempo de pensar en el pasado… más tarde. Ahora, Murtagh se enfrentaba a los horribles viejos del consejo por algo que había hecho ella, así que trató de centrarse en lo que Akir le gritaba a su esposo según atravesaban la sala.

—… y nos dejó sin nada, ¡sin nada! ¡Esta mujer —la señaló con su huesudo dedo—, asaltó nuestra despensa y se lo llevó todo! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué vamos a comer? Ha hecho que los aldeanos puedan subsistir durante unos días, pero, después ¿qué? Seguirán pasando hambre, porque no tenemos recursos suficientes. ¡Lo único que ha conseguido con su impulsividad es que nosotros también pasemos hambre!

—¿Has pasado hambre alguna vez en tu vida, Akir? —le preguntó Murtagh con frialdad.

—¡No! Porque tu padre sabía cómo gobernar el clan, sabía cómo conseguir lo que necesitábamos.

—Sí, lo sabía. Pero yo no comparto su manera de ver las cosas. Yo no pienso vender mis principios y mi lealtad para con Escocia entregándole nuestras tropas a un inglés. Habrá que buscar otra manera.

—¡No la hay, maldita sea!

El anciano se levantó de la silla desde donde lo increpaba y movió el brazo con rabia, derribando las copas y los candelabros que tenía en la mesa frente a él.

Daisy se sobresaltó con ese gesto violento y los dedos de Murtagh apretaron los suyos para tranquilizarla.

—Te limitas a evadir tu responsabilidad como laird —continuó Akir—. Te marchaste y dejaste la aldea desprotegida. Todo lo que ha ocurrido es culpa tuya. ¡No eres digno del cargo que ocupas!

—¡Ah, por fin llegamos al quid de la cuestión! —le respondió el guerrero, con la voz helada, sin inmutarse por su ira desbocada—. Creo recordar que la orden que di antes de marcharme fue la de formar patrullas de vigilancia, y cualquiera de los hombres podrá atestiguarlo. En ningún momento envié a los soldados MacMeinn a proteger los campos que ya estaban quemados y jamás pretendí que se olvidaran de reforzar las protecciones de la aldea. Aun así, aceptaré mi culpa…

—¡Laird, no! —intervino Cormac, aunque guardó silencio cuando Murtagh levantó la mano que tenía libre para que no lo interrumpiera.

—Aceptaré mi responsabilidad por dejar al mando al inútil de tu hijo —le dijo a Akir—. Pensé que sería capaz de organizar las defensas, pero ni eso ha sabido hacer.

El pelirrojo, que también estaba presente, lo fulminó con la mirada, mas no abrió la boca.

—Eres injusto, Murtagh —saltó Daisy, acudiendo al rescate de Forbes.

Él la miró con una ceja levantada.

—Intento protegerte de los ataques del consejo, mujer. ¿Acaso te pones de su parte?

—No. Pero Forbes ha ayudado mucho en la aldea. Todos cometemos errores, esposo, y tal

vez él se equivocó a la hora de prever dónde se produciría el siguiente ataque de los mercenarios, pero después ha tratado de enmendar el daño. No es un inútil.

Todos los hombres del salón se mostraron sorprendidos por la intervención de la joven. Forbes, en especial, que le dio las gracias con la mirada y un leve asentimiento de cabeza.

—Tienes un corazón bondadoso, esposa. Puedo admitir que se equivoquen, pero no cuando el resultado es tan desastroso —Murtagh miró entonces al pelirrojo—. Habrá un castigo adecuado para que no vuelvas a cometer el mismo error.

Daisy abrió la boca, indignada, y le soltó la mano.

—¡No lo habrá! —exclamó.

El guerrero pareció no escucharla y Banner intervino en medio de la conmoción que habían causado sus palabras.

—Entonces, para la dama también ha de haber un castigo —declaró—. Ha vaciado nuestra despensa sin permiso, saltándose la autoridad del consejo. Equivocarse es un crimen para los MacMeinn, pero robar nuestros recursos también lo es.

Daisy notó un fuego que le nació en el estómago y le subió hasta la garganta. Abrió la boca para protestar, pero Murtagh se le adelantó.

—Esos recursos no eran vuestros. Son del clan —explicó con rotundidad—, y los aldeanos son miembros del clan.

—Además, voy a reponerlos —añadió ella enseguida.

Todas las miradas volvieron a centrarse en la joven.

—¡Ja! ¿Y cómo vais a hacer eso? —preguntó Akir con una incredulidad palpable.

—Desde que llegué a Mullach Creige, os habéis empeñado en menospreciarme, señor. ¿Porque soy inglesa? ¿Porque no os agrado? Aún no lo comprendo, no me habéis dado ni una oportunidad. Pero, sin ánimo de pecar de arrogancia, sabed que vuestro laird ha hecho un magnífico casamiento, demostrando que tiene más inteligencia que todo su consejo. Lo primero que hice nada más repartir los víveres de la despensa con los aldeanos, fue escribir a mi padre, el barón de Aldenford, y a mis hermanas. Tengo una familia que me respalda. No solo las dos que viven aquí en Escocia, señores. El esposo de mi hermana Rose tiene una gran fortuna, y mi hermana Bluebell tiene también recursos suficientes para echarnos una mano. Os puedo asegurar que la ayuda está en camino y los MacMeinn no pasarán hambre este invierno.

Se hizo el silencio en el salón tras su discurso. Murtagh la miraba muy serio y Daisy estaba convencida de que era porque, al contrario de lo que había manifestado, ni él mismo había sido realmente consciente de con quién se había desposado hasta ese mismo momento. Con el matrimonio, no solo había forjado beneficiosas alianzas con los Buchanan y los MacAuley. Ahora, estaba emparentado también con el barón de Aldenford, con Diego de Valterra, marqués de Osorio, y con dos capitanes de un barco mercante que había logrado hacer fortuna lejos de la piratería, de manera honrada. Bluebell y Declan podrían conseguirle provisiones suficientes y hacerlas llegar hasta Mullach Creige.

Murtagh la tomó de nuevo de la mano y la llevó a un aparte para hablarle en privado.

—¿Por qué no me has explicado todo esto antes?

—No me has dado tiempo, esposo. ¿Te recuerdo lo que hemos estado haciendo nada más poner un pie en la fortaleza? —siseó ella, con las mejillas enrojecidas.

El guerrero inspiró hondo para asimilar toda aquella información.

—No me gusta que hayas actuado sin consultarme. No me gusta deber nada a nadie. Aunque se trate de tu familia…

—No es un préstamo —lo tranquilizó ella.

—Pues peor. No me gusta la caridad.

—¿Caridad? Y no es mi familia, Murtagh. Lo quieras o no, ahora es *nuestra* familia.

Él movió la cabeza, como si rechazara esa idea.

—Da igual —dijo, sin querer ahondar en esa cuestión—. Lo aceptaré, pero se lo devolveremos en cuanto podamos.

A Daisy la decepcionó que él se tomara a mal aquella ayuda. Sabía que, tanto sus padres, como sus hermanas y respectivos cuñados, atenderían a su mensaje de auxilio de corazón, sin esperar nada a cambio, solo porque la amaban.

Pero Murtagh no entendía que alguien pudiera apoyarlo y quererlo de ese modo.

Tal vez porque nadie lo había apoyado y querido nunca así, pensó con tristeza.

Aquella idea la paralizó unos segundos. ¿Eso significaba que ella ya había empezado a sentir algo por él?

Su mano voló de nuevo hacia su cuello de manera inconsciente, aunque seguía vacío. A Murtagh no le pasó desapercibido el gesto, aunque Daisy no pudo interpretar la sombra que cruzó por su mirada.

Trató de desviar la atención y regresó al tema que comentaban.

—Si prefieres devolverles la ayuda cuando nos recuperemos, hazlo —le dijo—. Pero no la rechaces ahora, los MacMeinn la necesitan.

—No la rechazaré.

—¡Murtagh! —lo llamó de nuevo uno de los consejeros. Esta vez, Nathair—. No nos has contado el resultado de tu reunión con lord Hughes.

El laird miró en derredor. El salón estaba lleno de personas, con los ancianos, sus hombres y algunos de los sirvientes atentos a lo que allí se hablaba.

—Nos reuniremos en mi despacho —anunció, dejando claro que aquella información era más delicada. Se volvió luego hacia Daisy—. Te veré más tarde, en la cena.

Después de lo que habían compartido un rato antes, aquella despedida le resultó muy fría. En un impulso, la joven le aferró de la mano para retenerlo.

—¡Espera!

Murtagh se detuvo y la miró. Ella se dio cuenta de que todos los del salón estaban descaradamente atentos y no quiso abochornarlo con alguna muestra de afecto que el guerrero no había pedido. Por eso, pensó rápido y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza para disimular que había estado a punto de rogar por un gesto cariñoso antes de separarse.

—No castigarás a Forbes, ¿verdad?

Su esposo suspiró con cierto hastío.

—Son nuestras costumbres. Tal vez tú no lo entiendas, pero aquí hacemos las cosas de cierta manera. Habrá castigo.

Tras su aseveración, la dejó allí plantada y siguió la estela de los tres ancianos, que se dirigían ya al despacho tal y como les había pedido.

Daisy lo observó mientras se alejaba y apretó los labios, obstinada.

—No, no lo habrá —musitó en voz baja, cuando ya no podía oírla.

Capítulo 26



Rowan se acercó corriendo a ella en cuanto su padre se alejó. Daisy ignoraba que el niño estuviera en el salón, no lo había visto. Dharma se acercó también, tras él, por lo que supuso que habían estado juntos ese tiempo.

—¿Está padre enfadado porque ahora tengo amigos?

—No cielo, al contrario. Está muy contento.

—¿Y por qué se ha encerrado contigo en la alcoba? ¿Te ha regañado?

Daisy enrojeció hasta las orejas. De reojo, vio que Dharma disimulaba la risa y carraspeó mientras pensaba rápido.

—Teníamos que hablar de algo importante.

—¿De qué?

—De cosas de mayores. Pero quédate tranquilo, no me ha regañado ni está enfadado contigo. —Su atención se centró entonces en la joven sirvienta—. Dharma, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, mi señora.

—¿Son habituales en Mullach Creige los castigos, como ha dicho mi esposo?

A la muchacha le cambió el semblante.

—Sí, mi señora. Precisamente, hablé de este mismo tema con vuestra hermana Lily, cuando le expliqué que me habían castigado por derramar agua hirviendo sobre el brazo de la cocinera por accidente.

Daisy se mostró horrorizada, tal y como había hecho Lily cuando supo de esa historia.

—Si fue un accidente, ¿por qué…?

—No tuve cuidado. Ahora, os puedo asegurar que presto mucha más atención cuando manejo el agua hirviendo.

La dama movió la cabeza con disgusto.

—Y, según tu experiencia, ¿cuál puede ser el castigo para Forbes por el error que cometió al organizar las defensas de la aldea?

—Seguramente reciba unos cuantos latigazos.

Daisy se tapó la boca con la mano, sin poder creer que Murtagh fuera capaz de ordenar un escarmiento tan brutal.

—Debéis tener en cuenta que para los MacMeinn no es algo extraño. El propio laird recibió dolorosos castigos durante su infancia y su juventud a mano de su propio padre, cuando no hacía las cosas como Henson quería. Habréis podido ver en su espalda algunas de las cicatrices.

—Pero eso es… es… —No le salía las palabras. Entonces, miró a Rowan, y sus ojos se abrieron espantados—. ¿Alguna vez ha castigado él a Rowan de ese modo?

—¡No! ¡Jamás le ha puesto una mano encima al niño! —exclamó Dharma. Bajó la voz para añadir—: Y eso que ha tenido motivos sobrados, mi señora. Antes de vuestra llegada, Rowan mordía y atacaba a todo aquel que se le acercaba. Lo visteis por vos misma el día en que pisasteis Mullach Creige por primera vez. Sin embargo, el laird nunca lo ha castigado por ello, ni aun cuando el consejo se lo pedía reiteradamente.

Aquello tranquilizó a Daisy en cierta manera. Si Murtagh había sido capaz de mostrar compasión por su hijo, ella podría conseguir que la sintiera también por el resto de los MacMeinn a su cargo, por muchos errores que cometieran.

Con esa idea en la cabeza, pasó el resto del día en compañía del pequeño Rowan y Dharma, hasta que llegó la hora de la cena y se reunió de nuevo con su esposo en el gran salón.

—¿Rowan ya se ha ido a dormir? —le preguntó Murtagh, cuando se sentó frente a él en la larga mesa.

—Sí, estaba agotado. Dharma se ha encargado de acostarlo, es una jovencita muy cariñosa.

Daisy miró en derredor y constató que los consejeros y sus esposas no iban a acompañarlos esa noche.

—¿Dónde están los demás?

—¿Quiénes?

—Pues, los consejeros. Estas noches pasadas he cenado con ellos, y las esposas de Akir y Nathair también han salido de sus aposentos para acompañarnos.

Murtagh pareció sorprendido.

—Es raro. No suelen compartir mesa conmigo. Siempre he cenado solo; en ocasiones, con alguno de mis hombres de confianza. A veces con Rowan, pero nunca con los ancianos y sus mujeres.

A Daisy le extrañó y, al mismo tiempo, le dio mucha pena.

—Tal vez querían conocer mejor a la nueva esposa de su laird —meditó en voz alta.

—Tal vez. Pero, ahora que yo estoy aquí, no aparecerán.

Ni siquiera había un tinte de decepción en su tono. Murtagh estaba tan acostumbrado a la soledad, que no se molestaba por el hecho de no tener compañía durante ese momento tan especial del día.

Para Daisy era algo inconcebible. Pensó en el hogar de su padre: todos se reunían alrededor de la mesa del gran salón para la cena. Hablaban, se contaban cómo les había ido el día, se reían, disfrutaban de la familia.

Imaginar a Murtagh solo, día tras día, con sus pensamientos como única compañía, le encogía el corazón.

—Bueno, a partir de ahora no cenarás en soledad —le prometió, con una cálida sonrisa.

Enseguida llegaron los platos con la comida y Daisy se animó al ver que no había *haggis*. Aquella noche les sirvieron una sopa espesa y picante de verduras, seguida de pescado asado.

—¿Qué tal te fue la entrevista con lord Hughes? —le preguntó a su esposo, al ver que él comía sin pronunciar palabra.

Estaba acostumbrada a conversar y ese silencio la incomodaba.

Murtagh la miró y tragó antes de contestarle.

—Mal. Pero esa es una cuestión que no ha de preocuparte. Ya lo he hablado con el consejo.

No le gustó nada que la excluyera así de los problemas del clan.

—Ahora yo soy parte de los MacMeinn. Preferiría que compartieras conmigo tus cuitas. Te ayudaré en todo lo que pueda…

—Ya has ayudado bastante —la cortó.

—¿Sigues molesto porque pedí ayuda a mi familia sin tu permiso? —le preguntó.

Él dejó la copa que tenía en la mano con un golpe seco sobre la mesa.

—Pues sí.

A Daisy se le iluminó una idea en la cabeza al comprobar su malhumor.

—Hice algo indebido —continuó.

—Así es.

—Me salté tu autoridad y la del consejo MacMeinn.

Murtagh inspiró hondo al escucharla.

—La del consejo no me importa tanto, pero la mía, sí.

—Cometí un error.

—No te quepa duda.

—Entonces, según tus propias normas, merezco un duro castigo, al igual que Forbes.

El rostro de Murtagh mostró su estupefacción ante aquella afirmación.

—¿Qué estás diciendo, mujer?

—Lo he hablado con Dharma y ya me ha explicado cómo se aplican en Mullach Creige los correctivos. Quiero ser una MacMeinn, quiero integrarme en vuestro clan, así que te pido, por favor, que no muestres un trato de preferencia conmigo solo porque sea tu esposa a prueba. Quiero recibir el mismo castigo que le apliques a Forbes. Los dos cometimos un error que afecta a todo el clan.

Murtagh entrecerró los ojos y Daisy detectó un destello rojo de furia en ellos.

—Sí, pero el error de Forbes nos costó la vida de tres aldeanos, y tú lo único que has hecho es pedir a tu familia que nos envíe víveres para subsistir.

—Y les he generado a los MacMeinn una deuda con los Wadlow que no podrán saldar fácilmente —Daisy lo miró, muy seria—. Un error es un error, exijo que me apliques el castigo pertinente.

—¿Quieres recibir unos latigazos? —susurró Murtagh, lúgubre.

—Claro que no quiero, no estoy loca. Lo único que deseo es que trates con equidad a todos los miembros de tu clan. Y ahora yo soy una MacMeinn. ¿O no me consideras como tal?

El guerrero emitió uno de sus típicos gruñidos y Daisy tuvo que hacer un esfuerzo por aguantar la sonrisa que quería asomar a sus labios. Se alegró al darse cuenta de que ya era capaz de interpretar esos sonidos que salían de su garganta.

—Eres una MacMeinn —espetó con contundencia, confirmando lo que ella ya había intuido.

—Entonces…

—Lo tengo que pensar —zanjó, antes de hundir su cuchara en el plato de sopa para seguir comiendo, en silencio.

Daisy decidió darle una tregua y lo dejó cenar tranquilo. Sin duda, su cabeza sería en esos momentos un hervidero de ideas y preocupaciones. Esperaba poder lograr que se abriera a ella, que la tuviera en cuenta, que contara con su apoyo siempre que lo necesitara…

Pero, poco a poco.

Por otra parte, Daisy no se acostumbraba al silencio, así pues, cuando terminó el pescado, se levantó de su silla y rodeó la mesa para acercarse a él.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Murtagh.

Ella, descarada, se sentó en su regazo y se estiró para alcanzar la fuente con el queso y las uvas que les habían servido.

—Me apetece comer el postre contigo.

—Daisy…

—¿Qué? Estamos solos, es lo bueno de que los ancianos no se hayan presentado.

A continuación, cogió una uva y la sostuvo entre los dientes. Después, se inclinó sobre sus labios y lo besó, introduciendo el fruto dulce en su boca.

Al momento, el cuerpo de su esposo respondió. Se removió en la silla, tenso. La acomodó mejor y ella notó la rápida erección que crecía bajo su trasero.

Cuando intentó repetir con otra uva, Murtagh la retuvo. Le sostuvo la barbilla con dos dedos y la miró con los ojos encendidos.

—¿Y si tomamos el postre en nuestra alcoba? —preguntó con voz ronca.

Ella respondió abrazándolo y apretándose contra él. Se acercó a su oído y le mordió el lóbulo de la oreja.

—Me parece una magnífica idea —le susurró.

Después, lo besó. Murtagh reaccionó y la atacó a su vez, hundiéndole la lengua en la boca con apremio, enredando sus dedos en el recogido que se había hecho para asistir guapa a esa cena. No le importó que la despeinara, ni que apretara con más fuerza de la necesaria uno de sus pechos.

Al contrario.

La excitó comprobar lo ansioso que estaba, lo mucho que la deseaba.

—Por todos los infiernos, *sassenach*, ¡qué bien sabes! —musitó, despegando sus bocas solo para acariciarla con sus labios en el cuello.

—Llévame a la cama, *escocés*…

—¡¡Laird!!

El grito de Tyler los sobresaltó y los sacó de aquella burbuja de pasión en la que ambos se habían aislado del resto del mundo.

Daisy, mortificada por ser descubierta en esa postura, se levantó y se alisó el vestido con ademanes nerviosos.

Murtagh resopló con fastidio.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es tan urgente que no puede esperar a que terminemos de cenar?

El rostro colorado de Tyler, jadeante, no auguraba buenas noticias.

—Otro incendio. En la granja de Bern y Alice.

Aquello enfrió por completo el deseo de la pareja. Murtagh se volvió hacia Daisy y ella entendió lo que quería decirle solo con la mirada.

—Ve con ellos, rápido. Te necesitan.

No hizo falta más. Él asintió una sola vez, la atrajo con brusquedad y le devoró los labios de manera ruda y rápida, antes de soltarla y alejarse en compañía de Tyler para acudir a la zona atacada por los mercenarios de Hughes.

Desde luego, aquello distaba mucho de la vida pacífica e idílica que Daisy siempre había imaginado cuando se casó la primera vez.

Al ver que Murtagh se demoraba en volver, Daisy se retiró a su alcoba para tratar de descansar. Se desvistió y se puso el camisón para meterse entre las sábanas. Estaba agotada, había sido un día muy largo y muy intenso, pero la preocupación por lo que estaría ocurriendo con ese incendio no le permitía conciliar el sueño.

Se sentó en la cama y sus ojos se posaron sobre el colgante que se había quitado antes de yacer con su esposo.

El rostro de Richard se le apareció, borroso por el paso del tiempo. Su recuerdo estaba lleno de palabras, de gestos, de sentimientos antiguos. Pero ya casi no podía visualizar sus rasgos con nitidez.

Estiró el brazo y cogió la piedra de ámbar entre sus dedos.

Notó que la conexión con el pasado había perdido fuerza. ¿Tal vez porque se había entregado a otro hombre?

Se le llenaron los ojos de lágrimas, consciente de que, si quería continuar con su vida, tenía que dejar atrás ese arraigo.

—No te olvidaré nunca —susurró, acariciando la piedra con un cariño infinito—. Pero no puedo aferrarme a algo que ya no existe. Nuestra vida juntos, todos nuestros sueños, nuestro Jamie… —se le quebró la voz al nombrar a su hijo—. No sé dónde está. En mi corazón siento que sigue vivo… pero apenas tengo esperanzas. —Hundió la cabeza entre los hombros y se limpió la cara para secar su llanto—. Perdóname, Richard. Perdóname…

Se tumbó de nuevo, con el colgante encerrado en su puño, y cerró los ojos deseando que el sueño la alcanzara para librarla unas horas de esa inmensa pena que la inundaba.

No supo cuándo se durmió.

Una caricia en su pierna la despertó en plena oscuridad; la luz de la vela se había apagado. Notó la mano áspera ascender por su muslo, por debajo de la tela del camisón, pasearse por su trasero desnudo y, después, rodear su cadera para buscar ese punto sensible entre sus piernas.

La imponente presencia a su espalda no la asustó. Al revés. La excitó cuando los labios del guerrero se posaron en su cuello y la besaron, apretándola contra él. Reconoció el inconfundible olor de Murtagh y su corazón se aceleró, ansioso por darle la bienvenida a su lecho.

Las caricias se intensificaron y los dedos del hombre exploraron con delicadeza su femineidad, arrancándole gemidos de placer, consiguiendo que ella misma lo buscara, rozándole la entrepierna endurecida con sus nalgas.

—Daisy... te necesito —le susurró Murtagh en el oído.

—Ya me tienes en tu cama —jadeó ella—. Y bien dispuesta.

El gruñido ronco le llegó a las entrañas y algo se le derritió dentro, transformándola en una criatura temblorosa, necesitada de sus atenciones.

La mano de Murtagh aferró sus caderas y la movió, la colocó en una posición más asequible y, sin previo aviso, la penetró desde atrás, abrazándola fuerte por la cintura, apretando su espalda contra su amplio y cálido pecho.

Daisy volvió a gemir por la increíble invasión. Todo su cuerpo se estremeció al recibirlo y vibró cuando él comenzó a moverse, saliendo y entrando de su interior mientras le lamía, besaba y mordía el hombro y el cuello. Sus dedos le apretaron un pecho y torturaron su pezón con pequeños tirones. Pero enseguida, a medida que el calor aumentaba, a medida que Murtagh incrementaba la velocidad y la fuerza de su vaivén, la mano volvió a buscar de nuevo ese punto entre sus piernas que la volvía completamente loca.

La acarició con maestría, con una cadencia estudiada, llenándola de un gozo indescriptible.

—¡Murtagh! —exclamó, mordiéndose los labios, cuando aquel placer que combinaba sus embestidas con el roce insistente de sus dedos fue demasiado.

—Vamos, pequeña, grita mi nombre. Grita para mí.

Empujó con más energía y su dedo pulgar trazó círculos sobre su sexo, trastornándola.

La joven sollozó de placer.

Jamás antes había sentido tanto, tan profundamente.

Sin darse cuenta, abrió la mano que aún mantenía cerrada en un puño y la piedra de ámbar cayó sobre el colchón. La dejó allí abandonada para estirar su brazo hacia atrás y aferrarse al cabello de su esposo, para que no se apartara, para que continuara con aquella deliciosa maniobra, para que la llevara hasta el límite de su propio placer.

—¡Sí, Murtagh, sí…! ¡No pares! —jadeó, cuando notó que algo en su interior estaba a punto

de explotar.

Y Daisy gritó cuando ocurrió. Cuando todo ese goce se concentró entre sus piernas y se liberó de golpe, en exquisitas oleadas que la hicieron temblar entre los brazos de su amante.

Murtagh todavía empujó varias veces más en su interior, hasta que el orgasmo lo alcanzó a él también y lo sobrellevó con el rostro hundido en el hueco entre su hombro y su cuello, dejando escapar un sonido grave que le erizó el vello de la nuca.

Ambos se quedaron inmóviles, con la respiración agitada.

Cuando Daisy logró calmar un poco su corazón, le tiró del cabello para que levantara la cabeza y, a la vez, giró el rostro para buscar sus labios. Murtagh la besó con una suavidad y una dulzura que contrastó con la forma en la que acababa de hacerle el amor.

—Me alegro de que ya estés de vuelta, *escocés*.

—No tanto como yo —respondió, abrazándola con más fuerza, como si necesitara de su contacto.

—¿Qué tal ha ido? ¿Alguien ha resultado herido?

Daisy sabía que comentar en ese momento el asunto por el que había tenido que salir corriendo no resultaba agradable, pero era algo demasiado grave como para obviarlo.

—No, gracias al cielo, el fuego solo ha dañado los campos.

Ahora que sabía que no había que lamentar ninguna pérdida, la joven decidió aplazar la conversación para el día siguiente. Murtagh parecía agotado, y no era algo físico, como acababa de comprobar. Los problemas que soportaba sobre sus hombros y que afectaban a todo el clan pesaban demasiado.

Con suavidad, se giró entre sus brazos para quedar frente a frente y volvió a besarlo, con ternura, dándole el consuelo que necesitaba.

—Descansa ahora —le susurró, pasándole una pierna por encima de las caderas para apretarlo contra su cuerpo—. Yo velaré tus sueños, no me iré de tu lado.

Él la aferró de las mejillas y, aunque apenas podían ver nada en esa penumbra, la joven intuyó que buscaba sus ojos.

—Daisy…

No le salían las palabras.

—¿Qué? Háblame, Murtagh.

Pasaron unos segundos en los que el guerrero no dijo nada. Solo le acariciaba la cara con los pulgares, en suaves pasadas.

—No habrá castigo. —Era lo último que Daisy esperaba escuchar en ese íntimo momento—. No ordenaré que te den latigazos. Es más, si alguien se atreviera alguna vez a tocarte…

Dejó la amenaza flotando en aquella oscuridad y la joven, aunque habría deseado que sus palabras fueran otras, sonrió.

—¿Y Forbes? —lo presionó, dado que el tema lo había sacado él.

Lo escuchó suspirar, derrotado.

—Tampoco él recibirá latigazos. Espero que sepa la suerte que tiene de que ahora seas mi esposa.

—Esposa a prueba —susurró ella, rozando los labios con los suyos sin llegar a materializar el beso—. Un año y un día.

—Un año y un día —repitió él, antes de aferrarla por la nuca para que dejara de jugar y enredara la lengua con la suya.

Ninguno de los dos pareció darse cuenta de que aquellas palabras habían perdido su verdadero significado y ahora, cuando se las decían, escondían una promesa que no se atrevían a

pronunciar en voz alta por miedo a que el otro pudiera cambiar de idea.

Pero era inevitable.

Un año y un día era un tiempo finito y, cuando se terminara el plazo, ambos tendrían que tomar una decisión.

Capítulo 27



Hubo algunos ataques más en los días sucesivos.

Por fortuna, Murtagh había intensificado las defensas y las tropas MacMeinn realizaban turnos de vigilancia extenuantes, por lo que pudieron interceptar a varios grupos de esos mercenarios y terminar con ellos antes de que causaran más daños. Él mismo se había unido a las batidas que recorrían los campos, las granjas y los alrededores de Dunridge para proteger a los miembros del clan y lo poco que quedaba de sus cosechas y sus rebaños, porque sabían que, aunque ya habían liquidado a unos cuantos, Hughes mandaría a más de sus hombres para continuar con el asedio.

Aun así, a pesar de esa nube negra que tenía sobre la cabeza, porque todavía no había resuelto cómo pagaría lo que lord Hughes le demandaba para dejarlos tranquilos, el laird sentía que su vida era plena en el aspecto más personal.

Se despertaba con un sentimiento de euforia que jamás había experimentado antes. La perspectiva de una nueva jornada lo llenaba de energía. La caída del sol por la noche lo animaba en lugar de sumirle en la apatía, como siempre le había ocurrido.

Y era por Daisy.

Porque ella estaba a su lado cuando despertaba, cada mañana, abrazada a él. Porque durante el día podía recurrir a ella si lo necesitaba; lo escuchaba, lo atendía y se mostraba receptiva si, en un momento determinado, lo asaltaba de improviso el deseo y la arrastraba con él a un lugar apartado para hacerla suya de manera rápida y urgente. Jamás se oponía, siempre lo aceptaba. La sonrisa luminosa con la que lo despedía después, con los ojos encendidos y la respiración acelerada, eran un premio casi tan satisfactorio como el goce de poseerla.

Y, al anochecer, cenaban juntos, a veces con los hombres de confianza del laird y sus esposas, ya que Daisy los invitaba para que el momento fuera más familiar. Hablaban, compartían lo que habían hecho durante el día, y él, por primera vez en su vida, exponía las dificultades que se había encontrado durante la jornada para desahogarse, aunque aquellos que lo escuchaban no pudieran solucionar el problema y únicamente se limitaran a apoyarlo.

Después, llegaba la hora de retirarse a descansar. Murtagh no podía expresar con palabras el calor que le nacía en el corazón cuando cerraba la puerta de su dormitorio y veía a Daisy, esperándolo, aguardándolo en el lecho, despierta, dispuesta y totalmente exquisita.

En esos momentos, podía comprender por qué Drustan MacAuley, en el pasado, se había atrevido a cruzar las defensas de Mullach Creige y se había arriesgado a una incursión en solitario con la intención de rescatar a Lily Wadlow, la que entonces era su invitada, aunque todos pensaran que la había secuestrado. Ahora veía la desesperación de aquel guerrero de otra manera y no se le ocurriría mofarse de él como lo hizo en su día. Entendía perfectamente lo que debió de sentir Drustan al perder a Lily, al saberla lejos de él y no poder verla cada día, abrazarla, besarla y susurrarle sentimientos al oído justo antes de dormirse.

Si él perdiera a Daisy…

No. Aquello no iba a ocurrir. Ya pensaría en alguna manera de que ella se quedara una vez

transcurrido el tiempo de prueba. Llevaban menos de un mes casados, pero Murtagh ya sabía que la quería a su lado toda la vida. La excusa había sido Rowan: le hacía mucho bien. Pero había descubierto, en esos días, que él la necesitaba mucho más.

Con respecto a su hijo, no podía estar más feliz. Todo lo que buscaba con ese matrimonio se había hecho realidad: Rowan era un niño completamente distinto. Se había abierto a los demás, gracias a Daisy e incluso a la jovencita Dharma. Ambas lo cuidaban y lo trataban con un cariño infinito. Ahora, el resto de los sirvientes no se apartaban de él temerosos de sus reacciones. No se habían producido más rabietas, su hijo no había vuelto a morder a nadie y ya no escapaba corriendo como un loco.

Daisy había comenzado a darle clases de escritura y de lectura, y él mismo lo había llevado consigo a los entrenamientos con las tropas para que se familiarizara con la espada y aprendiera su manejo.

¿Podía un hombre desear más?

Lo único que empañaba su existencia era la constante amenaza de lord Hughes, y el hecho de que era la única cuestión que no había compartido con nadie más que con el consejo, Tyler y Cormac, dado que ellos dos estuvieron presentes cuando el inglés le dio aquel ultimátum. Los días pasaban y la deuda crecía, pero Murtagh continuaba sin saber cómo demonios iba a saldarla. Tal vez había llegado la hora de consultar a su esposa, aunque la mera idea de volver a recurrir a su familia, ahora que estaba a punto de llegar la ayuda solicitada, lo desesperaba.

No le gustaba depender de nadie, y ya les debía mucho a los Wadlow como para seguir pidiéndoles más.

—Hoy estás muy pensativo —le dijo ella una de aquellas mañanas, durante el desayuno.

Rowan también estaba con ellos en la mesa y miró a su padre con ojo crítico tras el comentario de la dama.

—¿Has tenido una pesadilla? —le preguntó—. Yo a veces las tengo.

Aquello llamó su atención. Rowan jamás había expresado algo así.

—¿De verdad? Nunca me las has contado.

—Se las cuento a Daisy. —Rowan se metió una enorme cucharada de gachas en la boca, como si esa explicación fuera suficiente.

Pero no lo era. Murtagh frunció el ceño al sentirse excluido y miró a su esposa.

—Tú tampoco me has hablado de sus pesadillas.

—No quería preocuparte. Es normal que los niños…

—Es mi hijo —le recordó, con más dureza de la que pretendía. Para suavizarlo, posó su mano sobre la de Daisy—. Perdona. Es solo que quiero saber lo que le ocurre. Por muchos problemas que tenga encima, mi hijo siempre es lo más importante.

Ella asintió.

—Perdóname tú a mí. Tenía que haberte informado.

—Perdona, padre —dijo también el niño.

Murtagh esbozó una leve sonrisa al escuchar su tono contrito.

—Sabes que puedes contármelo todo, Rowan. No quiero que me tengas miedo.

—No tengo miedo de ti —su hijo se irguió en la silla, como si el mero hecho de sugerirlo lo ofendiera—. Y tampoco de Akir.

—¿De Akir?

Daisy se removió en su silla y Murtagh se dio cuenta de que había algo más que no sabía. La miró con gesto interrogante.

—Al parecer, Akir atemorizó a Rowan tras perder a su madre —le explicó ante su muda

pregunta.

No era suficiente información, pero no quería estallar de ira delante del niño. ¿Qué le había dicho ese viejo odioso a su hijo? ¿Cómo se había atrevido? ¿Y cómo era que no se había dado cuenta… mientras que Daisy sí conocía esa circunstancia?

—Pero ya no me asusta, porque soy un guerrero —habló de nuevo Rowan, distrayéndolo de la furia que sentía.

Al ver su gesto y la seguridad que emanaba de su pequeño cuerpo, su padre se dio cuenta de que las lecciones con la espada estaban empezando a inflar su ego masculino. Aquello lo complacía, pero en su justa medida. Estaba bien que no tuviera miedo, pero tenía que tener cuidado para que el niño no se convirtiera en un arrogante sin cabeza cuando llegara la hora de empuñar un arma de verdad.

—Y, además de Akir, ¿qué otras cosas te dan miedo? ¿Qué pesadillas has tenido? —quiso saber.

Rowan remoloneó y mareó las gachas de su plato con la cuchara. Estaba claro que, aunque ahora se sintiera más valiente, fuera lo que fuera lo que no le dejaba dormir bien por las noches, le resultaba complicado exteriorizarlo.

—Rowan, cuéntaselo a tu padre —lo animó Daisy, acariciándole la cabeza.

—Es el bosque —dijo, en un susurro—. Sueño que estoy allí, y se oyen sonidos… Está oscuro. Y Daisy no está. Y tú no estás…

Murtagh entendió que su hijo hablaba de la vida antes de llegar a Mullach Creige. A pesar de lo pequeño que era cuando Nimue lo llevó allí, aún conservaba esos recuerdos.

—Pero ¿y tu madre? ¿Ella no está contigo en el sueño? —le preguntó con suavidad.

—Ella… —Rowan soltó la cuchara y pareció encogerse sobre sí mismo—. Ella me dice que me calle, que no llore. Y luego se va… Y me deja solo. La busco, pero me caigo en el río. El agua está muy fría, es negra. El agua tira de mí, me hunde…

A Rowan se le atragantaron el resto de las palabras y miró fijamente su plato, como si pudiera ver esas imágenes en el fondo de sus gachas.

—Por eso nunca quiere bañarse —le explicó Daisy ante el silencio de su hijo—. Le da miedo el agua.

Murtagh notaba que la inesperada información le sobrepasaba. Todo lo que él sabía, todo lo que había visto —desde que Nimue y el niño llegaron a Mullach Creige—, indicaba que la joven morena había sido una madre horrible.

No supo qué decir.

Su primer impulso al conocer todos esos detalles de los miedos de su hijo era el de atacar a las personas que lo habían atemorizado. Ya arreglaría cuentas con Akir, se dijo. Aunque, respecto a Nimue, poco podía hacer ya, salvo sentirse culpable por haberla expulsado de su hogar y haber permitido —sin saberlo—, que su hijo naciera y se criara solo con ella.

—Ahora no estarás solo nunca más —escuchó que le decía Daisy al niño, al ver que él no hablaba—. Y ya has visto que los baños no dan miedo, que el agua está calentita y que siempre habrá alguien a tu lado para sacarte de la tina.

Después lo abrazó y Rowan se dejó querer. Murtagh se levantó y acudió también a su lado. Se agachó junto a su silla y le tocó el hombro para que lo mirara.

—Te prometo que aquí estás a salvo, Rowan. No dejaremos que te pase nada malo.

El pequeño soltó a Daisy y le rodeó el cuello con sus bracitos. Murtagh le devolvió el abrazo y miró a Daisy por encima de su cabeza.

—Gracias —musitó.

—¿Por qué? —quiso saber ella, sin comprender a qué se debía esa gratitud.

—Por estar aquí, con nosotros.

Los ojos azules de la joven brillaron de emoción y él extendió un brazo en su dirección. Ella se aferró a su mano y Murtagh sintió que todo lo que le importaba en el mundo estaba ahí, en ese pequeño círculo que habían formado entre los tres.

Unos pasos apresurados, que se dirigían hacia ellos, rompieron el encanto de aquel momento.

—¡Mi señor!

El laird se incorporó y se giró hacia el recién llegado. Cormac le hizo un saludo con la cabeza a la dama antes de hablar.

—Buenos días, perdonad la interrupción.

—¿Qué ocurre?

—Han llegado cuatro carretas con víveres, mi señor. Y me han entregado esta carta para lady MacMeinn.

Le tendió el sobre a Murtagh en lugar de dárselo a Daisy, pero él se lo entregó a su esposa para que la leyera.

Daisy sonrió y rompió el sello de su padre para desplegar el papel ante sus ojos.

—Es la ayuda que pedí —les informó a los dos hombres, que aguardaban para saber qué ponía—. La carta es de mi padre. Me felicita por mi matrimonio y lamenta que fuera tan precipitado. Le hubiera gustado conocer a mi esposo y estar presente en la boda.

Murtagh se enderezó al escucharlo sin saber cómo sentirse al respecto. ¿Conocer a otro lord inglés, a otro suegro que, en cualquier momento, podía ponerse en su contra? No le hizo gracia la idea y se alegró de la premura de su casamiento. Ya tenía bastante con Thomas Hughes.

—También dice —continuó leyendo Daisy—, que podemos contar con ellos para lo que necesitemos. De momento, han enviado lo que han podido reunir en tan poco tiempo. Dice que tanto Rose y Diego, como Bluebell y Declan, han colaborado para reunir todas las provisiones. Y, por último, indica que está deseando conocer a mi esposo y a su hijo. Todos os consideran ya parte de la familia.

Fue incómodo para Murtagh escuchar aquello. ¿Tanta cortesía así, sin más? La amabilidad que le dispensaban esos extraños le resultaba inverosímil. A Daisy, que lo miró con los ojos encendidos de emoción tras leer las letras de su padre, le parecía lo más normal del mundo. Ahí se notaba que ella no era MacMeinn, que no había tenido que vivir toda su vida recelando de los demás, velando por sí misma, protegiéndose de todos y de todo lo que le rodeaba porque eso era lo que le habían enseñado desde niña.

—Tendrás que volver a escribir a tu padre para darle las gracias de nuestra parte —le indicó, al ver que la joven esperaba a que él dijera algo.

—¿Vamos a ver lo que nos han enviado?

Daisy estaba tan feliz que Murtagh esbozó una leve sonrisa, a pesar de que por dentro no lograba encajar su agradecimiento con el malestar de ser objeto de la caridad de un inglés.

—Vamos.

Salieron al patio junto con Rowan y vieron las carretas, que estaban cargadas hasta arriba con barriles de vino y cerveza, sacos de harina, cereales y semillas para replantar las cosechas; cajas llenas de quesos, embutidos, miel y mermeladas; jaulas con gallinas, gansos y cinco hermosos cerdos.

Era mucho. Suficiente para repartir con los aldeanos y recomenzar. Los animales criarían, darían huevos. Podrían vivir durante una temporada mientras volvían a cultivar los campos y conseguían más cabezas de ganado.

—¡Es increíble! —exclamó su esposa, entusiasmada.

—Cormac, busca a unos cuantos hombres disponibles. Vamos a repartir los víveres entre los miembros del clan.

—¡Espera! —la voz cascada de Akir resonó potente en el patio.

Murtagh se giró para ver que los tres consejeros salían de la fortaleza alertados por Forbes, que también los acompañaba. En ese momento, lamentó haber sido blando y haber hecho caso a su esposa en el asunto del castigo. Seguía pensando que el pelirrojo merecía unos cuantos latigazos para que aprendiera a quién debía lealtad. Estaba claro que seguía prestando más atención a lo que su padre le decía y esperaba de él, que a lo que su sentido común le dictaba. ¿No se daba cuenta de que, para cumplir con las expectativas de Akir y llegar a ser el laird de los MacMeinn, tenía que desplazarlo a él? Murtagh no estaba dispuesto a renunciar a su puesto como jefe del clan. Y menos aún para cedérselo a Forbes, una marioneta en manos de su padre, que solo miraba por su propio interés.

—Antes de repartir esos víveres, hay que reponer lo que tu esposa se llevó de la despensa de Mullach Creige.

Ahí lo tenía. Akir se preocupaba primero por su bienestar. Luego, si sobraba algo, les daba las migajas a los miembros del clan.

—Es lo justo —lo secundó Banner, al ver que se le oscurecía la mirada ante sus exigencias.

—Me comprometí a hacerlo —habló entonces Daisy—. Repondré lo que me llevé.

—No tienes que responsabilizarte de eso, esposa. No lo cogiste para ti, sino para ayudar —le dijo él, conteniendo las ganas de salir al paso de Akir para estrangularlo. Ya no solo estaba molesto con el viejo por ser tan desagradable y manipulador. Ahora, sabía que había hecho daño a Rowan, atemorizándolo. Y, aunque no conocía los detalles y el alcance de dicho daño, se lo haría pagar… Aunque en otro momento, cuando su hijo no estuviera delante, atento a cada cosa que ocurría a su alrededor.

—Aun así. —Daisy se había vuelto hacia los tres consejeros—. Llenaré la despensa de Mullach Creige de nuevo y luego iré con los hombres a la aldea para repartir el resto.

—¡Voy contigo! —exclamó Rowan.

El entusiasmo de su hijo suavizó el malhumor de Murtagh. Ser testigo de cómo se atrevía a alzar la voz delante de tantas personas, incluso del perverso Akir, lo satisfacía. Hasta tal punto, que dejaría que Daisy cumpliera con la palabra dada al consejo, aunque eso significara dejarles creer que se habían salido con la suya.

—Muy bien —concedió—. Primero nos ocuparemos de la despensa de la fortaleza, luego iremos a la aldea.

Varios sirvientes salieron también al patio para ayudar en las tareas. La joven Dharma fue una de ellos y el niño corrió a sus brazos cuando la vio, deseoso de explicarle las buenas noticias.

—¡Dharma, vamos a ir a Dunridge! ¡Podré jugar con mis amigos!

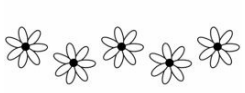
La doncella se agachó para recibirlo y le acarició el cabello con una sonrisa.

—Me alegro mucho.

—¿Vendrás con nosotros?

Murtagh se dio cuenta de que Rowan le había cogido mucho cariño a la jovencita y se alegró por ello. Siempre era bueno que el niño tuviera más personas a las que acudir si lo necesitaba, además de Daisy y él mismo.

—Vamos —exclamó, centrándose en el momento presente—, pongámonos manos a la obra.



Daisy notaba su corazón ligero por primera vez en mucho tiempo. Leer las palabras de puño y letra de su padre y recibir la ayuda solicitada habían elevado su ánimo. Echaba mucho de menos a su familia y aquel gesto le hacía sentirse más cerca de ellos, de alguna manera. Ella también lamentaba que sus padres no hubieran estado presentes en su boda, así como Rose, Bluebell y sus respectivos esposos. Y deseaba que, si su vida continuaba ligada a la de ese rudo highlander, encontraran la manera de volver a reunirse todos para que pudieran conocerlo.

A él y a Rowan, al que ya quería como si fuera su propio hijo.

Ayudó en la tarea de descargar los víveres de la carreta con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro. Murtagh se acercó a ella una de esas veces y aprovechó para susurrarle al oído, logrando que se estremeciera.

—Me encanta verte feliz.

Ella giró el rostro y lo miró con ojos brillantes.

—Soy feliz.

El guerrero le pasó una mano por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Quieres compartir esa felicidad conmigo, ahora, en nuestro dormitorio? —ronroneó, con los labios pegados a su sien.

El deseo se enroscó en el estómago de Daisy con una velocidad apabullante. Ese hombre conseguía excitarla con una palabra, una mirada o el mero roce de los labios contra su piel.

—Me gustaría —respondió, casi sin aliento—, pero tenemos mucha tarea por delante. Además, Rowan espera con ilusión la visita a la aldea para ver a sus amigos.

Murtagh gruñó de frustración y a Daisy se le escapó una suave carcajada. Le encantaba ese hombre.

Se separaron y continuaron trabajando. En uno de los viajes que Daisy realizó desde la carreta a la zona de la despensa, se cruzó con Dharma que, a su vez, acababa de pasar al lado de Forbes. Y ocurrió algo que despertó su curiosidad y que estiró más la sonrisa de sus labios.

—Dharma —cuchicheó cuando la chica estuvo a su altura—, ¿Forbes acaba de acariciarte la mano cuando se ha cruzado contigo?

La sirvienta enrojeció visiblemente.

—Por favor, mi señora, no lo comentéis con el laird —le pidió.

—¿Es que acaso Murtagh no lo vería con buenos ojos? —se extrañó Daisy.

—No es eso. Lo que hay entre Forbes y yo… acaba de empezar. No estoy segura de lo que es y no quiero hacerme ilusiones… Además, sé que él y el laird no se llevan bien.

Daisy trató de tranquilizarla y le tocó el brazo con cariño.

—Seré muy discreta, no te preocupes. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Dharma se lo agradeció con una tímida sonrisa antes de bajar la vista al suelo y seguir su camino.

Ella observó cómo se alejaba y suspiró con aire enamorado. Reconocía el sentimiento que había visto en sus ojos, en la forma de sus labios al curvarse en su rostro iluminado.

El amor…

Se llevó la mano al cuello y palpó la piel desnuda. Recordó que había guardado el colgante de Richard en un lugar seguro, porque, aunque no se sintiera cómoda llevándolo ahora, no deseaba perderlo. Tras aquella noche de pasión con Murtagh en la que la piedra se escapó de sus manos, la recogió a la mañana siguiente, cuando el guerrero abandonó la alcoba, y la depositó en el

pequeño cofre donde tenía sus otras joyas.

A veces echaba de menos su tacto entre los dedos, porque el gesto de acariciarla estaba demasiado arraigado en ella. Pero lo cierto era que el apego a ese colgante se diluía poco a poco, día a día, y la causa era el hombre que en ese momento atravesaba el patio cargado con un saco de harina en cada uno de sus hombros.

Daisy lo admiró una vez más.

No se cansaba de mirarlo.

Murtagh tenía el ceño fruncido porque estaba concentrado en su tarea, no porque estuviera molesto o enfadado. Darse cuenta de que empezaba a conocerlo hasta ese extremo le generó calor en el pecho. Los músculos de sus brazos resaltaban en esa postura y su espalda parecía más ancha. La estatura, imponente, volvió a encandilarla al ver cómo la falda de cuadros se movía, ondulante, con cada uno de sus enérgicos pasos.

El hombre se percató de su escrutinio y se detuvo al llegar a su lado.

—¿Por qué me estás mirando así, esposa?

Ella estiró la mano para apartarle unos mechones blancos y rebeldes que le habían caído sobre los ojos. Después, le pasó la yema de los dedos por la fuerte línea de su mentón.

—Porque ya estoy lamentando no haber aceptado tu anterior proposición —le dijo, muy bajito, para que solo él la escuchara.

—Y yo estoy a un segundo de dejar caer estos sacos y cargarte a ti sobre mis hombros, *sassenach*.

Daisy se aupó sobre la punta de sus pies y le rozó la boca con la suya.

—Esta noche, *escocés*. Seré toda tuya.

Murtagh, aunque tenía las manos ocupadas, se inclinó y atrapó su boca en un beso hambriento.

—Va a ser un día muy largo —susurró, antes de apartarse y continuar caminando, dejándola atrás.

Capítulo 28



Tal y como Murtagh predijo, fue un día muy largo e intenso. Dharma se llevó a Rowan para que jugara con los otros niños de Dunridge mientras ellos, ayudados por algunos de los hombres MacMeinn, repartían los víveres entre los miembros del clan.

Daisy visitó además a casi todas las familias, empezando por las que habían perdido a alguno de sus miembros en los anteriores ataques, y finalizando en la misma choza donde Murtagh la encontró cuando regresó de su reunión con lord Hughes.

Marie y Row, sus ocupantes, se mostraron muy felices de volver a verla. Row se había recuperado bastante bien de sus heridas y el matrimonio quiso que compartiera con ellos un vaso de vino y un poco del estofado que la mujer había preparado.

—Oh, muchas gracias, de verdad, pero debo regresar con Murtagh. Solo quería saludaros y comprobar que todo iba bien. ¿Qué tal el ungüento que os traje para las heridas?

—Muy bien, mi señora. Creo que, gracias a él, han cicatrizado mucho mejor —le contestó Row.

—Decidle al laird que venga también, serviré comida para los dos —le ofreció Marie.

Daisy miró la pequeña marmita que humeaba sobre el fuego. Allí no había suficiente para cuatro personas, pero la emocionó que, aun así, ella les ofreciera lo único que tenían.

Los MacMeinn no eran como los Buchanan y los MacAuley le habían contado. ¿Eran serios? Sí. ¿Algo antipáticos cuando no conocían a la persona con la que trataban? Sin duda. Y el mayor ejemplo de todos era su propio esposo. Pero, una vez se traspasaba esa barrera, poseían un buen corazón, generoso y agradecido.

Daisy declinó una vez más la invitación de Marie y salió de su hogar para reunirse de nuevo con el grupo.

En el rato que había estado de casa en casa, el tiempo había cambiado y el cielo se había oscurecido con espesas nubes de tormenta. Tendrían que darse prisa y regresar cuanto antes a Mullach Creige si no querían que les pillara el aguacero por el camino.

Afortunadamente, vio que Dharma llegaba hasta la zona de las carretas llevando a Rowan de la mano, por lo que le ahorró la tarea de ir a buscarlo. La jovencita traía cara de circunstancias, y enseguida comprobó por qué. El niño estaba lleno de barro, desde los pies hasta el último mechón de su cabello rubio. En la cara, toda embadurnada, destacaban sus redondos ojos azules.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha ocurrido? —les preguntó, tratando de contener una carcajada al verlo de esa guisa.

—Estaban practicando un juego que, según él, le enseñasteis vos, mi señora.

—¿Yo? —Daisy miró al niño y se inclinó para ver hasta dónde llegaba el desastre. Tenía fango hasta detrás de las orejas—. ¿Cuándo te he enseñado yo a rebozarte por el barro?

—El día en que jugamos en el lago, con Drake, Brodie y Ailsa —le explicó.

—Ah, ya recuerdo.

Daisy no le dijo que, en realidad, aquello fue una guerra de agua. El que se llenaran de barro había sido culpa de sus traviesos sobrinos, que llevaron el juego un paso más allá.

—Los otros niños están igual, mi señora.

Daisy chasqueó la lengua, con una sonrisa.

—Pues me temo que hoy todos tendrán que darse un buen baño, aunque no les guste.

Miró a Rowan con intención y vio en su cara lo disconforme que estaba con aquella idea. Quiso decirle algo más para que enfrentara el momento del temido baño con más ganas, pero un trueno resonó de pronto y pareció partir el cielo en dos.

El niño se encogió de miedo y se abalanzó sobre ella para abrazarla.

—¡No, Rowan, la mancharás! —exclamó Dharma.

—No me importa. Aunque sí que me molestará si la lluvia comienza a caer antes de que podamos llegar a Mullach Creige.

Murtagh se acercó a ellos en ese momento, alertado por aquel sonido que anunciaba la tormenta.

—Vamos, es hora de regresar —anunció. Miró a Rowan y arqueó una de sus cejas—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. Es que me he asustado con el ruido.

—Me refería a todo eso que tienes por la ropa, por la cara y el pelo.

—¡Ah! Es que he ganado yo. Hemos jugado a batallas de barro, me lo enseñó Daisy.

El guerrero la miró en busca de una explicación y ella se limitó a encogerse de hombros. No había tiempo, tenían que abandonar la aldea cuanto antes.

El cielo se oscureció todavía más en el trayecto de vuelta y, tal y como la joven temía, la lluvia comenzó a caer antes de que pudieran alcanzar la fortaleza. Para cuando llegaron a su destino, estaban empapados. Rowan, además, a causa de todo el barro que tenía pegado por el cuerpo, presentaba un aspecto lamentable. Todos se habían calado hasta los huesos, pero el niño era el que más tiritaba de frío.

—Ordenaré que pongan agua a calentar de inmediato para el baño —se ofreció Dharma, en cuanto atravesaron las puertas y se resguardaron de la intensa lluvia.

—Gracias.

—Tú también deberías darte un baño, Daisy. No quiero que cojas un enfriamiento —le recomendó Murtagh.

—Lo cierto es que me vendría muy bien. —Nada más decirlo, la joven estornudó—. ¿Qué ocurre, cielo?

Acababa de darse cuenta de que Rowan la observaba con los ojos muy abiertos. Parecía asustado.

—¿Te vas a poner enferma?

La madre del niño había muerto a causa de una enfermedad, según recordaba Daisy. Jamás había ahondado en ese tema, como tampoco Murtagh le había preguntado nada acerca de la muerte de Richard y las extrañas circunstancias que se dieron aquel nefasto día. Era como si entre ellos hubieran hecho un pacto nunca pronunciado para dejar atrás el pasado, para darse tiempo y así pudieran llegar a conocerse bien antes de desenterrar las tristezas del otro, cuando hubieran adquirido una mayor confianza mutua.

—No, voy a estar bien, te lo prometo. —Se agachó a su lado y le puso las manos en los pequeños hombros para que la creyera.

—Báñate tú primero —le pidió entonces—. Después, puedes bañarme a mí.

Daisy se sintió muy halagada con la petición. Rowan siempre se había mostrado muy vergonzoso con ella, y la única vez que Dharma lo había bañado, había terminado empapada por la incomodidad del pequeño.

—¿No te importa que sea yo la que te frote bien detrás de las orejas? —le preguntó en tono juguetón, tirándole de los lóbulos manchados de barro.

—No. Seguro que frotas más suave que padre —le susurró en el oído.

Daisy sonrió. Luego, miró a Murtagh.

—Pediré que llenen la tina de agua de Rowan y la que hay en mi alcoba.

Su esposo no dijo nada. Se limitó a mirarla con una intensidad que prendió fuego en sus entrañas y que le dijo mucho más que si hubiera usado palabras: la estaba imaginando sumergida en el agua. A Daisy se le secó la boca y enrojeció ante el deseo que se manifestaba en sus ojos.

—Me portaré bien, padre —dijo Rowan, que malinterpretó el silencio de su padre—. Dejaré que Daisy me lave y no armaré alboroto.

—Eso espero —le respondió, con la voz más ronca de lo normal.

Después de aquello, Murtagh se alejó, tras echarle a su esposa otra ojeada cargada de promesas que ella esperaba que cumpliera esa misma noche.



Pero no fue esa noche.

El guerrero no esperó, porque imaginar a su mujer desnuda, metida en una tina de agua caliente, era demasiado excitante.

Tras acudir a su dormitorio y cambiar su ropa mojada de la lluvia por otra seca, acudió a la alcoba que Daisy tenía asignada. Aunque durmiera cada noche con él, la dama tenía todavía sus enseres personales en la habitación donde se había instalado al llegar. Y allí estaba, también, la tina para su baño.

Murtagh pensó que ordenaría el traslado de aquellas cosas a su dormitorio, para que ella no tuviera que cambiar de lugar cuando quisiera vestirse o darse un baño. La quería con él, a su lado, y compartirían la alcoba para todo.

¿Qué tenía Daisy, que le era imposible dejar de pensar en ella? Había descubierto, desconcertado, que la tenía siempre en la cabeza, hiciera lo que hiciera, hablase con quien hablase y fuera cual fuera el tema de conversación. Cuando se quedaba enganchado en esos ojos azules y preciosos, se le vaciaba la cabeza y lo único que le apetecía era quedarse a solas con ella, estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que se le quedaran los labios entumecidos.

Y eso era, justamente, lo que le había ocurrido cuando ella mencionó que se daría un baño caliente, tras haberse empapado con la tormenta. Quería estar a su lado cuando se sumergiera en el agua y disfrutar de la visión que ya recreaba en su cabeza.

Entró en su alcoba sin llamar para descubrir que una de las sirvientas ya la estaba ayudando con el aseo.

—¡Murtagh! —exclamó Daisy, sobresaltada.

Después, miró a la doncella de reojo y enrojeció. Era evidente que su presencia la incomodaba por la circunstancia de estar desnuda, con él mirando, y la criada pendiente de los dos.

—Fuera —le dijo, con un tono autoritario y seco.

La reacción fue inmediata. La sirvienta se secó las manos en el delantal y salió de la alcoba como alma que llevaba el diablo.

Daisy chasqueó la lengua en cuanto la puerta se cerró y se quedaron a solas.

—¿Por qué has sido tan brusco con Greta?

El guerrero se acercó hasta la tina para poder contemplarla mejor.

—¿Lo he sido?

—Sí, *escocés*. Cuando haces gala de tu *simpatía*, todos a tu alrededor huyen espantados.

—Tú no huyes.

—Yo estoy metida en el agua.

—No —le aclaró él—, no me refiero a este momento preciso. Hablo en general. Tú no huyes de mí, aunque esté enfadado.

Murtagh se sentó en el taburete que Greta había dejado libre. El vapor que se elevaba del agua caliente rodeaba el cuerpo dorado de su esposa, que tenía el cabello rubio mojado, las mejillas encendidas y los labios sonrosados.

—No sería muy buena esposa si huyera de ti. Además —le dijo, sacando un brazo del agua para tocarle la frente arrugada con un dedo—, ya puedo distinguir cuándo estás realmente furioso y cuándo, simplemente, estás siendo tú.

—¿Qué significa eso?

Daisy le sonrió al tiempo que masajeaba su ceño fruncido.

—Que eres un gruñón, Murtagh MacMeinn. Gruñes por todo.

—¡No es verdad! —protestó él, precisamente, con uno de esos gruñidos.

Ella dejó escapar una suave carcajada y se volvió a reclinar en la tina. Lo ignoró y comenzó a lavarse con un lienzo, con suaves pasadas por sus brazos, su cuello, su pecho…

—Déjame que lo haga yo —le pidió, con la boca seca.

—¿Tú? ¿Quieres hacer la tarea de una doncella? —Daisy volvió a sonreír.

—Quiero acariciarte el cuerpo —declaró con pasión, al tiempo que se remangaba la camisa.

Los ojos de su esposa se volvieron hacia él y la sonrisa se borró de sus deliciosos labios, que se entreabrieron ante su descarada petición. Con un jadeo, le entregó el lienzo y el jabón.

Él frotó aquel trapo hasta conseguir un poco de espuma y después comenzó a frotar el cuello de la joven con cuidado. Fue descendiendo y lo pasó por sus clavículas, mientras ella lo miraba y lo dejaba hacer, fascinada, y muy excitada a juzgar por lo duros que tenía los pezones. Eran demasiado tentadores como para ignorarlos durante mucho tiempo, por lo que continuó moviendo el lienzo sobre su piel hasta rodear uno de sus pechos y lavarlo a conciencia, con mimo, entreteniéndose. Al final, soltó el trapo y lo amasó directamente con la mano, algo más exigente esta vez, apretando el pezón, buscando una respuesta que no tardó en llegar, en forma de gemido.

Murtagh no se pudo contener y se inclinó sobre ella para atrapar ese sonido entre sus labios y saborearlo.

Era puro placer.

Daisy le insufló aún más ganas al devolverle la caricia con su lengua, buscándolo, abriéndose a él para que profundizara más, llamándolo con ese jadeo ahogado que le produjo un fuerte cosquilleo en la columna vertebral.

Su mano siguió deslizándose por la piel suave y húmeda, cada vez más abajo, y hundió el brazo en el agua caliente sin importarle ya mojarse la manga de la camisa. Se habría metido él mismo en aquella tina si hubiera sido más grande, pero tuvo que conformarse con explorarla con sus dedos mientras se llenaba los ojos con cada uno de sus gestos.

Daisy era más hermosa todavía cuando el placer la inundaba.

La joven se aferró a los bordes de la tina y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Se humedeció los labios con la lengua cuando él rozó con suavidad, pero con insistencia, ese punto entre sus piernas que la volvía loca.

Y, después, cuando dos de sus dedos se colaron en su cálido interior, fue él quien estuvo a punto de volverse loco.

Daisy gimió fuerte, con un sonido ronco y algo salvaje que fue como una descarga de ansia pura en sus venas.

Aguantó al pie de aquella tina sin hacer otra cosa más que acariciarla y adorarla con sus manos, porque deseaba darle tanto placer como pudiera antes de tomar él el suyo.

—Vamos, pequeña, grita como tú sabes —le susurró con un jadeo cerca de su oído—. Déjame escucharlo.

Y Daisy gritó. ¡Vaya si gritó! Se arqueó dentro del agua, sujetándose con fuerza a los bordes, mientras su cuerpo se movía con los espasmos del orgasmo más húmedo y maravilloso que Murtagh jamás había presenciado.

Apenas la dejó descansar. En cuanto vio que ella bajaba de esa nube, entre los vapores del agua caliente, tiró de su mano para que se incorporara.

—¿Qué…? —balbuceó Daisy, confusa, con los ojos todavía nublados de pasión.

—Creo que ya estás limpia —susurró él casi sin voz, ronco de deseo.

La joven se puso en pie dentro del agua y él la encerró entre sus brazos para besarla en un ataque muy necesitado.

—Te voy a mojar toda la ropa —murmuró ella contra sus labios.

—Al infierno la ropa…

Murtagh la ciñó por la cintura y la sacó del baño. Daisy se encaramó a él rodeándole las caderas con sus piernas y lo abrazó por el cuello, pegando los pechos mojados a su camisa.

Él notaba aquella turgencia que lo ponía frenético mientras la boca de su esposa reclamaba más atenciones. Gruñó contra esos labios sintiendo que no podría esperar mucho más para compartir con ella todo ese ardor que le recorría por el cuerpo impaciente y tirano, consiguiendo que se condujera con su habitual brusquedad.

Caminó hasta la cama y se sentó, con Daisy todavía a horcajadas sobre sus muslos. Ella tiró de su camisa para sacarla por encima de la cabeza y, después, sus manos y sus ojos lo acariciaron a placer, con una avaricia demasiado lenta, recreándose… Y, cuando sus dedos maniobraron con la hebilla de su cinturón, Murtagh perdió la paciencia.

Él la necesitaba con urgencia.

—Olvídalo —jadeó, apartándole las manos y moviéndose para subirse la falda de cuadros, que quedó arrugada en sus caderas.

Así, la alzó por la cintura y guio su erección hacia ella.

La penetró con dureza, con desesperación. El cuerpo de Daisy era el paraíso; exhaló un salvaje gruñido de satisfacción cuando ella le abrazó la cabeza y se vio con la cara enterrada entre sus pechos. El mundo a su alrededor dejó de existir, porque no había más aire que el que respiraba con su aroma, más tacto que el de aquella piel mojada, más vida que la que palpitaba en el interior de esa mujer.

—Daisy… —murmuró, mientras deslizaba los labios por uno de esos pezones duros y sonrosados.

Ella se movió, o tal vez fue él quien la balanceó, aferrándola por las nalgas, atrayéndola hacia su cuerpo, alejándola… para volver a pegarla a sus caderas, una y otra vez, a un ritmo que se incrementaba por momentos, endiablado. Durante un corto segundo, sopesó la posibilidad de hacerlo más despacio, para que durara más, para que el placer se alargara todo lo posible…

Ya habría tiempo, pensó.

En otra ocasión, pensó.

Cuando no estuviera tan hambriento de ella, pensó.

Daisy le tiraba del pelo y dejaba caer húmedos gemidos junto a su oído, logrando que la cabeza le diera vueltas. Era exquisito. Era condenadamente erótico disfrutar de ese vaivén mientras le devoraba los pechos, alternando las caricias para que ninguno quedara desatendido, mordiendo, lamiendo, succionándolos…

—¡Oh, Dios…! —Daisy se retorció sobre él, se apretó contra sus caderas, aprisionándolo con sus muslos al tiempo que escondía la cara en el hueco entre su hombro y su cuello.

Tembló entre sus brazos y Murtagh le levantó la cabeza, aferrándola por el cabello mojado de su nuca, para poder observar su rostro mientras se dejaba llevar de nuevo por aquel placer desatado.

—Eso es… Eso es… —gimió él también, empujando con más ganas en su interior, desbocado, sujetándola con fuerza por la cintura.

El escalofrío llegó primero, le hizo estremecerse, y después se dejó ir del todo, con los ojos cerrados y la cara hundida entre los gloriosos pechos de su esposa. Rugió contra su carne, la mordió al sentir el éxtasis recorriendo todo su cuerpo y después se abandonó a su abrazo, a las caricias de las yemas de los dedos en su espalda y a los besos ligeros que ella depositaba en su sien, en su mejilla, en su cuello…

—¡Mi señora!

La llamada, junto con los golpes en la puerta de la alcoba, los sacaron de aquel ensueño de un modo brusco y desagradable.

Murtagh gruñó.

—Voy a tener que hablar muy seriamente con la servidumbre de este castillo y con mis hombres. Se empeñan en estropear siempre los mejores momentos…

Daisy soltó una suave risa y envolvió su rostro con las manos para depositar un beso suave en sus labios.

—Sin duda, ha sido un gran momento.

—¡Mi señora!

—Voy a matar a quien quiera que esté ahí fuera —murmuró él, resistiéndose a soltarla.

La joven movió la cabeza y la giró hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

—Rowan os reclama, milady —era la voz de Dharma—. Requiere vuestra presencia para el baño.

—Debo ir con él —le dijo a Murtagh, aunque sus dedos se paseaban, perezosos, por su amplio pecho.

—Sea. Pero, esta noche, te quiero para mí solo.

El guerrero enfatizó aquella petición apretando uno de sus pechos con codicia antes de apoderarse una última vez de sus labios.

No obstante, le agradó que ella no rehuyera la promesa que le había hecho a su hijo respecto al baño.

Y le agradó todavía más que, mientras se vestía para acudir a su encuentro, no dejara de mirarlo y de suspirar como si no hubiera tenido bastante…

Él tampoco. En esos momentos, estaba convencido de que jamás podría cansarse de su mujer.

Capítulo 29



Cuando llegó a la alcoba de Rowan, Daisy todavía tenía las mejillas encendidas y estaba sofocada. ¡Su esposo no dejaba de sorprenderla! Se estremeció cuando imágenes de lo que acababan de compartir se le colaron en la mente de improviso. Richard jamás había interrumpido así ninguno de sus baños, con esa necesidad ardorosa, con esa desvergonzada manera de acariciarla por todo el cuerpo, sin importarle acabar tan empapado como ella a pesar de estar vestido. Había sido una experiencia completamente nueva y excitante que estaba deseando volver a repetir…

Respiró hondo y trató de serenarse.

Se centró en la tarea que tenía por delante y comprobó que Rowan estaba enfurruñado, todavía lleno de barro, sentado en el suelo, en una esquina de la habitación.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Dharma.

La joven parecía desesperada. Se retorcía las manos de impotencia.

—Hoy no ha habido manera, mi señora. Se le ha metido en la cabeza que tenéis que ser vos la que lo lave. No me ha permitido ni que lo desnude.

—De acuerdo. Puedes marcharte, ya me encargo yo.

—Voy a traer más agua caliente, esta ya se habrá enfriado.

—Muchas gracias, Dharma.

Daisy se acercó al pequeño, que la observó con gesto acusatorio.

—Has tardado mucho.

—Perdóname, no me he dado cuenta. —Le acarició el cabello rubio pegoteado de barro seco —. Pero ya estoy aquí, y juntos, vamos a deshacernos de todo esto. Empezaremos por la ropa sucia.

Rowan asintió, demostrando que, incluso él, estaba incómodo con toda esa suciedad adherida al cuerpo.

Daisy lo ayudó a desvestirse con mimo, preguntándole por ese rato que había estado jugando con sus amigos para distraerlo. Enseguida, Dharma regresó con el agua caliente y rellenaron la tina para que la temperatura del agua fuera agradable.

Cuando Rowan por fin se metió en la bañera, dejó escapar un suspiro de placer. Daisy le frotó con el lienzo y el jabón con suavidad.

—Echa la cabeza hacia atrás —le pidió, antes de llenar un cuenco de madera y mojarle la cabeza para lavarle el pelo.

Después, masajeó su cuero cabelludo con cuidado, tratando de no darle tirones ni de ser brusca como Murtagh.

—Tú no haces daño —le dijo el pequeño.

Daisy sonrió.

Le aclaró la espuma del cabello y, cuando su mano descendió por su cuello para lavarle también la nuca y detrás de las orejas, vio la mancha roja.

La sonrisa se le quedó congelada en el rostro y se le cortó el aliento.

Ahí estaba, en su hombro, una mancha rojiza con forma de frambuesa.

Idéntica a la que tenía su hijo Jamie cuando nació.

Daisy boqueó y el lienzo con el que lo estaba lavando se le resbaló de las manos. Acarició la piel de esa zona con un cuidado casi reverencial, como si temiera que el antojo desapareciera si lo frotaba.

El niño, al notar que ocurría algo raro, miró por encima de su hombro.

—¿Qué te pasa?

Sus ojos se encontraron y el mundo de Daisy colapsó. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo no lo había reconocido antes? Los rasgos de su cara, la forma de los ojos, la curva de su barbilla, el color de su cabello…

Por eso le recordó a Richard cuando le cortó el pelo.

Por eso siempre había sentido una conexión inexplicable con ese niño.

—Daisy, tienes una cara muy rara —le dijo.

—Mi señora, ¿os encontráis bien? Parecéis mareada —intervino también Dharma, que dejó la ropa sucia que estaba recogiendo y se acercó a ella, preocupada.

La joven no podía hablar. Se había quedado sin voz. Lo miraba y jadeaba, impotente, incrédula, totalmente sobrepasada por el cúmulo de emociones que le presionaban en el pecho y en la garganta.

¡Aquel era Jamie! ¡Era su hijo!

Y era tan inesperado, que no podía poner en orden todos esos sentimientos que le llegaban en intensas oleadas y que le llenaron los ojos de lágrimas silenciosas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el niño, estirando su mano para acariciarle la cara.

Daisy cerró los ojos ante el contacto para concentrarse en ese momento único.

Su hijo la estaba acariciando.

Su niño, su bebé…

—Jamie —susurró con voz ronca.

Notó que se mareaba y se inclinó hacia un lado. Dharma la sostuvo antes de que se cayera de la banqueta que ocupaba.

—¡Mi señora! ¿Qué ocurre?

—Mi hijo. Es mi hijo. Me lo quitaron… Pero es él, es Jamie.

La doncella la miraba sin comprender lo que decía. Y ella no podía apartar los ojos de esa carita que la observaba asustada por su extraño comportamiento.

Al notarlo, su instinto de madre prevaleció y trató de serenarse.

—Estoy bien, no te preocupes —le dijo, acercándose de nuevo a él para acariciarle las mejillas con ambas manos.

Lo observó como si lo estuviera viendo por primera vez. Distinguió la mezcla de su familia con la de Richard en su expresión, en sus gestos, en sus rasgos. ¡Había estado tan ciega!

—Jamie…

—Me llamo Rowan, ¿se te ha olvidado? —le preguntó el niño con extrañeza.

Las lágrimas seguían cayendo desde sus ojos y se mezclaban con una sonrisa que no creía haber mostrado nunca antes, porque jamás la había invadido un sentimiento tan intenso y maternal como el que experimentaba en ese preciso instante.

—Mi señora.

El tono de la sirvienta delataba cierta alarma, como si pensara que había perdido la razón. Daisy no la miró, porque no podía apartar sus ojos del niño, aunque sabía que la jovencita estaba estupefacta.

Al recordar dónde se encontraban, y la historia que le habían contado acerca de Rowan, la pregunta surgió sin que pudiera contenerla entre sus labios.

—¿Cómo se llamaba la madre de Rowan? Murtagh dijo que no era Margery, pero jamás me dijo su nombre.

Antes de que Dharma lo pronunciara, Daisy ya lo sabía.

—Nimue, mi señora.

Confirmarlo le produjo un efecto devastador.

Se enfadó.

La ira explotó en su interior borrándole la sonrisa, quemando su estómago cuando la bilis le subió hasta la garganta.

¿Cómo era posible? Sabía que sus cuñados, Kendrew y Drustan, habían buscado a Jamie en Mullach Creige los días posteriores a su rapto, sin encontrar rastro de él. Nimue, la muy víbora, se había escondido en los bosques durante años y solo regresó cuando cayó gravemente enferma…

Al pensar en ello, la rabia que sentía cobró una nueva dimensión.

Su hijo, su bebé, criado en mitad de un oscuro bosque, alejado de las personas que lo amaban, alejado de cualquier compañía que le hiciera bien. Recordó las primeras veces que vio a Rowan, tan atemorizado, tan asustadizo, tan infeliz. ¡Y el consejo MacMeinn había pretendido encerrarlo bajo llave alegando que era un demente!

Nuevas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Le dolía tanto el corazón que le costaba hasta respirar. ¡Su pobre niño había vivido una cruel infancia por culpa de esa bruja egoísta y desquiciada!

Si no se lo hubiera llevado, ahora los dos vivirían en su propio hogar, en Inglaterra, en Elderbrook, y Jamie sería el joven señor del castillo. Un momento… ¡Jamie *era* el señor de Elderbrook! ¡Era el único heredero del marqués de Lonbrook!

—Daisy, no llores —escuchó su vocecita.

Los ojos azules de su hijo la observaban, apenados. Y lo último que ella deseaba era causarle malestar.

—Ven —lo llamó, con los brazos abiertos—, se me pasará si me abrazas.

—Te voy a mojar la ropa.

—No me importa.

Rowan la abrazó y ella lo apretó con fuerza contra su pecho. Cerró los ojos e inhaló su aroma. Lloró al tiempo que sonreía y alargó el momento todo lo que pudo.

Pero cinco años y medio de amor no se podían soltar así, en un solo gesto, porque era demasiado y no cabía todo de golpe en ese pequeño cuerpo que sujetaba contra sí.

—Jamie…

—Te equivocas otra vez —la regañó con suavidad, separándose de ella—, me llamo Rowan.

Daisy lo miró y le acarició el rostro con ternura. ¿Cómo iba a explicárselo? ¿Cómo iba a contarle que ella era su auténtica madre? La culpa le mordió el corazón cuando se dio cuenta de que también tendría que admitir que no había sabido cuidarlo bien, que se lo arrebataron delante de sus narices, que no había sido capaz de conservarlo a su lado para evitarle todo ese dolor que vino después, aunque Murtagh hubiera intentado…

¡Murtagh!

Se le fue la sangre de las mejillas y palideció. Nimue también había engañado a Murtagh y él siempre había creído que Rowan era hijo suyo. ¡Por todos los cielos, no lo era! Era hijo de Richard Hall, era nieto del marqués de Lonbrook.

Daisy se agarró a los bordes de la tina porque sentía que, de nuevo, se mareaba.

—Mi señora, voy a avisar a vuestro esposo. No sé qué ocurre —le dijo Dharma, alarmada—, pero no tenéis buena cara. Tal vez tengamos que avisar a la curandera.

—No, tranquila. Iré ahora a hablar con él. —Daisy miró de nuevo a Rowan—. ¿Te importa que Dharma te ayude a salir y a secarte? Me reuniré contigo de nuevo para la cena.

—¿De verdad? —La vocecita era una mezcla de decepción y esperanza.

—De verdad. Lo siento, cielo —le dijo, acariciándole el cabello mojado—, pero es muy importante que hable ahora con tu padre.

No es su padre.

¡Oh, por todos los infiernos! ¿Cómo iba a decírselo? Rowan era lo que Murtagh más quería en ese mundo, ¡y ella iba a destrozarlo cuando le confesara la verdad!

Pero no podía guardar ese secreto. Ninguno lo merecía: ni Rowan, que tenía derecho a saber quién era en realidad, ni Richard, allá donde estuviera, ni Murtagh, por más dolor que pudiera causarle a su corazón. Nimue lo había engañado de la manera más cruel, y ahora…

Ahora le tocaba a ella deshacer ese entuerto.

Murtagh se había reunido de nuevo con el consejo de ancianos en su despacho. Ahora que habían llegado las carretas con la ayuda de la familia de Daisy, les quedaba únicamente un asunto grave por resolver: el pago de la deuda que exigía lord Hughes para terminar con ese feo asunto que no dejaba respirar al clan.

—Dijiste que podías pedir un préstamo a tus cuñados —le recordó Akir—. Y creo que es la única opción.

—Están obligados a echarnos una mano, por la alianza que hemos creado con ellos —añadió Nathair.

El laird los escuchaba atentamente, pero su mente rechazaba sus palabras con fiereza. Acababan de aceptar los víveres que los Wadlow habían enviado, y ya se sentía miserable solo por eso. Los MacMeinn deberían ser autosuficientes y su orgullo estaba resentido al tener que depender de la caridad de otros. Pedir una fortuna a sus cuñados era lo último que deseaba en esos momentos.

—Tengo que pensar…

—¿Qué tienes que pensar? ¡No tenemos tiempo! —explotó Akir—. Los mercenarios de ese inglés pueden volver a atacar en cualquier momento. ¡No podemos sufrir más acoso!

—Voy a reforzar las guardias de nuestras tropas, y voy a…

Unos golpes en la puerta interrumpieron su respuesta. Daisy asomó la cabeza con precaución y lo buscó con la mirada.

—Disculpadme, señores. Necesito hablar con mi esposo.

—¿Cómo osáis irrumpir de este modo en una reunión privada? —la amonestó Banner.

—Perdonadme, es urgente —se defendió ella, ante la antipatía del hombre.

Murtagh se levantó y fulminó a los consejeros con los ojos.

—Mi esposa no tiene que pedir perdón por entrar en mi despacho. En todo caso, sois vosotros los que tenéis que pedir disculpas por hablarle en ese tono. Ella es lady MacMeinn, vuestra señora, y merece todo vuestro respeto. Es la última vez que os dirigís a Daisy de malas formas.

—¿Lo que tiene que decirte es más urgente que conseguir el dinero para pagar a lord

Hughes? —preguntó Akir, sin rebajar el tono.

—Es lo que pienso averiguar. Salid del despacho y dejadme a solas con ella, por favor.

—Murtagh… —Nathair intentó mediar.

—¡Fuera!

El guerrero perdía la paciencia con ellos con rapidez. En los últimos tiempos, apenas le quedaba suficiente para aguantar una reunión completa. Era imperante que encontrara un modo de superarlos, de sacarlos para siempre de esa posición de poder que mermaba el suyo y que no le permitía tomar las decisiones que creía más oportunas para su gente.

Los tres ancianos se levantaron también de sus butacas y salieron en silencio, pasando al lado de Daisy con gesto altivo. ¡Cómo los detestaba!

Cuando se quedaron a solas, la joven cerró la puerta para una mayor privacidad. Murtagh estaba intrigado. Acababan de estar juntos y no le había dicho nada… Claro que, tampoco su cabeza hubiera aceptado una conversación seria, teniéndola desnuda como la había tenido sobre su regazo.

Solo con recordar los apasionados momentos de los que habían disfrutado en la alcoba, se excitó de nuevo.

Se acercó a ella y, antes de que pudiera decir nada, la sujetó por las mejillas y le devoró la boca con intensidad.

—Murtagh…

—Shhh, me encanta que vuelvas a buscarme tan pronto. Cerraré con llave.

—Murtagh… —Daisy intentaba hablar, pero él continuaba besándola y parecía que los pensamientos se le desbarataban—. Murtagh, tengo que decirte…

Él hundió la lengua en su boca y la saboreó a placer. Era tan suave, tan deliciosa. ¿Por qué tenían que hablar de asuntos urgentes, cuando era mucho más satisfactorio besarse?

—¡Murtagh! —exclamó Daisy de pronto, apartándose con algo de brusquedad—. Por favor, necesito decirte algo.

—¿No puedes decírmelo… *luego*? —preguntó, estirando los brazos hacia ella para volver a atraparla.

Le sorprendió que la joven diera un paso atrás, negando con la cabeza. Era la primera vez que lo rechazaba, y no le gustó en absoluto.

—De acuerdo —susurró, cruzando los brazos sobre el pecho, con gesto serio—. Cuéntame qué es eso tan importante.

Se dio cuenta de que Daisy se retorcía las manos y tenía los ojos esquivos. Su mirada azul paseó por toda la habitación y comprendió que estaba nerviosa. ¿Qué demonios tenía que decirle? La excitación abandonó su cuerpo para dejar paso a una inquietante intriga.

—¿Tienes un poco de whisky? —le preguntó.

—Creía que no bebías licores fuertes.

—Bueno, ya bebí contigo una vez. Si no te importa, me gustaría tomar un trago.

Aquello era más serio de lo que imaginaba. Murtagh acudió al aparador que había tras la gran mesa y sacó una botella con dos vasos. Sirvió el licor color ámbar en ellos y le entregó uno a su esposa.

Daisy lo bebió de un solo trago y después cerró los ojos con un estremecimiento que sacudió todo su cuerpo.

—¿Qué ocurre? Me estás poniendo nervioso.

—Bebe tú también.

La observó con fijeza. Tenía las mejillas pálidas y los labios temblorosos. Tal vez por eso le

hizo caso y volcó el contenido de su vaso en su garganta.

—Ya. Habla.

—Verás… —Daisy caminó de manera errática por la sala y él trató de dominar su impaciencia—. ¿Recuerdas que mi hermana Lily llegó hasta Mullach Creige en busca de un modo para romper la maldición de mi familia?

De todo lo que podía haberle dicho, aquello era lo último que esperaba oír.

—Lo recuerdo. De hecho, le pregunté a Lily cómo consiguió salvarte al final, pero no llegó a decírmelo.

—Porque las cosas no salieron tan bien como esperábamos. Nimue y su abuela Beathag fueron con ella hasta Inglaterra y vivieron con nosotros un tiempo.

Aquella información lo sorprendió. Sabía que la joven morena se había ido con Lily y los demás cuando abandonaron Mullach Creige, pero jamás imaginó que llegara tan lejos en su compañía. Hasta Inglaterra, nada menos.

—Nimue detestaba a los ingleses —dijo, sucinto.

—Es verdad. Aun así, quiso ayudarnos a deshacer la maldición. La sangre de nuestro antepasado corría también por sus venas y era una pieza clave para anular el hechizo.

Al decir aquello, Daisy cerró los ojos y movió la cabeza, como si los recuerdos fueran demasiado dolorosos.

—¿Quieres más whisky?

—Por favor —le pidió, ofreciéndole el vaso vacío.

Murtagh lo rellenó y esperó a que se lo bebiera.

—No lo sabía. Expulsé a Nimue de aquí por traicionarme y por tratar de engañarme al insinuar que podía estar encinta… —Dejó escapar el aire de sus pulmones de golpe—. Y luego resultó que era cierto y yo fui un necio cuando la desprecié y le dije…

—No —lo interrumpió ella, de manera brusca—. Es decir, sí se quedó encinta, Murtagh, pero perdió al bebé.

Aquellas palabras lo paralizaron. No tenían ningún sentido.

—No lo perdió —rebatió—. Regresó con Rowan.

—No, Murtagh…

Notó un desagradable sabor a bilis en la boca cuando comprobó que dos gruesas lágrimas caían por las pálidas mejillas de Daisy.

—¿No? ¿Qué quieres decir con *no*?

Había elevado el tono de voz y había dejado escapar parte de esa ira que, de pronto, comenzó a arder en su estómago. Algo en el rostro de la joven, en su forma de mirarlo, en el timbre de su voz… había hecho saltar todas sus alarmas.

—Si me dejas que te lo explique…

—No te lo estoy impidiendo. Habla, mujer, deja de dar tantos rodeos. ¿Qué pretendes decirme?

Estaba siendo brusco. Le habló como siempre le había hablado a Nimue y no le gustaba. Pero no podía evitarlo, porque lo peor de su carácter salía a relucir cuando se ponía a la defensiva.

—Lily averiguó que tendríamos que romper la maldición el día en que yo me pusiera de parto.

Aunque sabía que ella había tenido un hijo, a Murtagh le impactó escuchar aquello. Sobre todo porque ahora, después de haber compartido con ella tantas noches, le costaba imaginar a Daisy embarazada de otro hombre.

—Y la rompisteis, puesto que te salvó la vida —dedujo, aunque sin convicción, dado que,

según ella, las cosas no habían ido bien.

—Sí, yo me salvé. Pero Richard, mi esposo —le aclaró, como si él necesitara saber el nombre de ese otro hombre—, murió aquel día. Beathag lo asesinó ante mis ojos.

Se le había quebrado la voz y lloraba con más sentimiento. Él no supo qué decirle, aunque no hizo falta, porque ella prosiguió.

—Esa bruja lo acuchilló en el corazón y luego se llevó a Jamie, me quitó a mi bebé…

—Me dijiste que lo habías perdido —la interrumpió, porque esa alarma que se le había disparado dentro era más intensa a cada segundo que pasaba.

—Lo perdí porque me lo robaron, Murtagh. Se lo llevaron; yo estaba débil, Richard estaba en el suelo, con el pecho ensangrentado, y ella… —Daisy sollozó con fuerza y se limpió las lágrimas que le caían por la cara, aunque no sirvió de nada, porque continuaban cayendo sin contención—. Beathag se llevó a mi hijo, se lo entregó a Nimue y ella escapó.

—No.

Ni siquiera fue consciente de haber dicho nada, pero aquella palabra se escapó de entre sus labios casi sin fuerza.

—Murtagh, lo que trato de decirte…

—¡No! —Esta vez, fue más rotundo—. No quiero oírte más.

—Escúchame. Sé que es doloroso, Nimue te engañó, nos engañó a todos. He pasado más de cinco años buscando a mi hijo, y por fin…

—¿Qué insinúas, Daisy? —No lograba controlar la bola de ira que se le había formado en la boca del estómago y que iba a reventar de un momento a otro—. ¿Me quieres hacer creer que mi hijo no es mi hijo? ¿Quieres quedártelo porque tú perdiste al tuyo, es eso?

Si hubiera clavado una daga en el pecho de Daisy, su rostro habría mostrado, seguramente, la misma estupefacción y el mismo dolor ante esas palabras.

—No quiero quedármelo —susurró, entre lágrimas—. No es cuestión de quién se lo quede, Murtagh, sino de quién es él. No es Rowan MacMeinn, por mucho que te duela. Es Jamie Hall, hijo de Richard Hall, nieto y único heredero del marqués de Lonbrook. Es mi hijo, yo soy su madre, no Nimue —terminó, con más firmeza.

—¡¡No!! —Un gruñido de advertencia acompañó a la negación—. Y, si fuera cierto lo que dices, que no lo es, ¿por qué no vinisteis a buscarlo antes? Tu familia sabía que Nimue regresaría a Mullach Creige, Lily sabía que este era su hogar y que había muchas posibilidades de que volviese aquí.

—¡Claro que vinieron! ¡Kendrew y Drustan estuvieron aquí, buscándola! Pero ella no había regresado porque estaba en los bosques, escondida…

—Yo no recuerdo que nadie preguntara por ella, y mucho menos por un niño robado.

Daisy se humedeció los labios con la lengua y sus ojos se movieron, frenéticos. El guerrero supuso que trataba de inventar alguna mentira más para torturarlo.

—Tú no estabas cuando ocurrió, Murtagh. Me dijiste que habías estado unos años fuera, luchando por Escocia. Seguro que fue en aquellos días cuando Kendrew y Drustan vinieron, cuando ellos…

—¡¡Basta!!

El guerrero se levantó tras golpear la mesa con un puño. La observó iracundo. La capa de hielo que antaño recubría su corazón y que ella había logrado deshacer con su cariño, volvió a solidificarse a su alrededor. De nuevo era víctima de las artimañas de una mujer y no podía ni quería consentirlo. Primero, Margery, con su rechazo continuo y su posterior suicidio, que lo habían sumido en un infierno de culpabilidad porque se había llevado consigo a su hijo no nato.

Luego, Nimue y su desquiciada manera de quererlo, de obsesionarse con él, que lo había desesperado hasta el punto de arrojarla de su lado y cometer la estupidez de dejarla a su suerte con un hijo suyo en el vientre. Y, ahora que había encontrado un poco de paz, ahora que tenía a Rowan para sanar todas las heridas de su corazón, ¿Daisy insinuaba que todo era una mentira?

—Márchate —le dijo, clavándole la mirada como si quisiera hacerla desaparecer con los ojos.

—Está bien. Dejaré que lo medites, hablaremos luego en la cena…

Hubo unos largos segundos de silencio incómodo. Murtagh jamás pensó que de su boca saldría lo que dijo a continuación:

—No. Márchate de mi hogar. Vete, doy por terminado este matrimonio de prueba.

Con cada palabra, notaba que el corazón se le rompía. Sentía el dolor de los ojos de Daisy clavándose en su carne, pero se conocía demasiado y comprendía que, si permitía que ella se quedara, la destrozaría.

Porque él era así. Era cruel con sus adversarios y, en ese momento, la joven Wadlow se había convertido en una rival que pretendía disputarle el amor de su hijo.

Y no solo el amor.

¡Quería quitárselo para siempre!

—Si me marcho —habló Daisy, en un susurro—, me llevaré a Jamie conmigo.

Fue la gota que colmó su paciencia.

Murtagh se acercó a ella de dos zancadas, imponiéndole su corpulencia.

—¿Por qué me torturas así? —le preguntó, desgarrado—. Me estás obligando a hacer algo que no quiero.

Dos nuevas lágrimas cayeron desde los ojos de Daisy sin que siquiera parpadeara.

—¿Vas a castigarme? ¿Vas a darme unos latigazos, como es costumbre en Mullach Creige, para que me retracte de mis palabras? No lo haré, *escocés*. No luché por mi hijo cuando me lo arrebataron; en aquel momento fui incapaz. Pero pienso pelear por él ahora que lo he encontrado, no te quepa la menor duda.

Murtagh apretó los dientes y la tomó con brusquedad de los hombros.

—¡Rowan no es tu hijo! ¿Qué locura se ha apoderado de ti?

Ella levantó una mano y le acarició la mejilla, sin dejar de llorar.

—No es una locura, te estoy diciendo la verdad. No quiero hacerte daño, me importas demasiado… Creo que he llegado a amarte en estos días, Murtagh.

Al escucharla, la sujetó con más fuerza, clavándole los dedos en los hombros.

—Si me amaras de verdad, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Precisamente, porque te amo, no puedo consentir más tiempo este engaño. Te dije que siempre sería sincera contigo, te prometí que no te ocultaría nada. Tenías que saberlo, te mereces…

—¡Ya basta, Daisy! —la silenció, al tiempo que cerraba los ojos para no verla llorar—. Ya basta.

Después, fue hasta la puerta y la abrió de golpe.

—¡Guardia! —bramó. Al momento, uno de los soldados MacMeinn se presentó ante él—. Acompaña a lady Wadlow a sus aposentos y enciérrala allí con llave.

—¿Mi señor? —pregunto el hombre, atónito.

—Haz lo que te ordeno. Que no salga ni se reúna con mi hijo hasta nueva orden.

—¡Murtagh! —la escuchó protestar, a su espalda.

No pudo mirarla. Era incapaz de gobernar todo lo que estaba sintiendo en su interior en esos momentos. Le había dicho que lo amaba. Y, si hubiera sido una dulce confesión, pronunciada en

un momento de pasión, él se habría sentido el hombre más afortunado y feliz del mundo. Acababa de darse cuenta de que el amor de Daisy era un tesoro, porque implicaba cariño, complicidad, deseo, fuego y ternura al mismo tiempo… Algo que jamás había tenido.

Nadie lo había querido, con todo lo que era, con sus defectos incluidos, como lo había querido ella en esos días.

Pero la joven había pronunciado esas palabras al mismo tiempo que lo traicionaba de la peor de las maneras.

Se marchó del despacho furioso, ciego de ira, asqueado consigo mismo por la orden que acababa de darle al guardia.

Pero Daisy no le había dejado alternativa. ¡Quería llevarse a su hijo! Y él no iba a consentirlo. Se quedaría encerrada hasta que decidiera lo que hacer con ella.

—Un año y un día… —masculló, rojo de rabia.

Se detuvo, con la respiración agitada, y golpeó la pared con el puño varias veces, destrozándose los nudillos.

Porque al final, ni siquiera habían llegado a completar el periodo de prueba de aquel matrimonio.

Menos de un mes es lo que había durado la felicidad en su vida.

¿Por qué había creído que esta vez sería distinto?

Capítulo 30



Le había prometido a Rowan… a Jamie, que cenaría con él. Daisy observaba la puerta cerrada de su alcoba y lamentaba no haber echado a correr para escapar, para evitar que el guardia de Murtagh la encerrara bajo llave.

Claro que, ¿adónde podría haber ido? No le permitirían marcharse de Mullach Creige con su hijo así como así.

Estaba sentada en el borde de la cama, tensa, con las manos a cada lado de su cuerpo, aferrada a la colcha, con los ojos clavados en la puerta.

Esperaba que se abriera de un momento a otro. Sabía que Murtagh era propenso a los enfados, a esos estallidos de furia que encogían el alma de cualquiera que estuviera a su lado… Pero también había visto lo rápido que se aplacaba cuando no tenía razón, y lo poco que tardaba en pedir perdón por sus errores. Esa era una de las cosas que más le gustaba de él: que se disculpaba sin complejos, reconocía sus fallos y trataba de enmendar las cosas.

En cuanto se diera cuenta de que la verdad era inevitable, iría a buscarla.

Aunque tal vez tardara más de lo habitual, porque el dolor que había visto en sus ojos, en cada uno de sus ademanes mientras discutían, era un signo inequívoco de que se le había partido el corazón al enterarse de que Rowan no era hijo suyo. Y, por mucho que Daisy lo amase, aquel amor no había sido suficiente como para volver a pegar los pedazos tras el desengaño.

Ella había sido la primera sorprendida cuando le confesó sus sentimientos. ¿Cuándo había empezado a quererlo? No estaba segura, pero la certeza se le presentó clara ante los ojos cuando vio el daño que le hacía con sus palabras. Ojalá no hubiera tenido que hacerlo, pero, tal y como le había explicado también a él, no era justo para nadie guardar ese secreto.

Rowan era Jamie, ya no tenía dudas. La edad del niño, la marca de nacimiento, el parecido con Richard, las circunstancias de su llegada a Mullach Creige… Todo coincidía. No eran alucinaciones de una madre desesperada.

Y, en cuanto Murtagh llegara a la misma conclusión, iría a buscarla, le pediría perdón por aquel trato infame, y entre los dos encontrarían una manera de convivir con la verdad. Al fin y al cabo, estaban casados. Si ella había aceptado a Rowan cuando pensaba que era hijo del guerrero, ¿por qué no podía él aceptarlo sabiendo que Daisy era su verdadera madre? Seguiría siendo una figura paternal para el pequeño, que no había conocido a más padre que él.

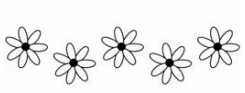
Murtagh no anularía aquel matrimonio de prueba. No lo haría… Ella no le dejaría.

La puerta de la alcoba, sin embargo, continuaba sin abrirse.

Los minutos pasaban, uno tras otro, sin que nadie irrumpiera en la habitación.

Daisy paseó para desentumecer su agarrotado cuerpo, se asomó a la ventana, se sentó frente al fuego, volvió a caminar sin rumbo entre aquellas cuatro paredes… y terminó por echarse en la cama, agotada mentalmente, con el corazón dolorido y el alma en carne viva.

—Murtagh —lo llamó en un susurro, como si él pudiera oírla—, no nos hagas esto.



Se había quedado dormida sin darse cuenta. El fuego casi se había apagado en la chimenea y la oscuridad había inundado los rincones del dormitorio cuando escuchó al fin la llave dando vueltas en la cerradura.

Se despertó sobresaltada y se sentó en la cama casi de un salto.

—¿Murtagh? —lo llamó.

—No, milady. Soy Akir.

La decepción y el desagrado la inundaron al reconocer la encorvada figura del anciano que entró sin permiso, seguido por su hijo Forbes.

—El fuego —dijo el consejero.

La indicación fue suficiente para que el pelirrojo se acercara a la chimenea y alimentara las llamas para reavivarlas. Akir se movió en esa dirección y se dejó caer en una de las butacas cercanas al calor, de nuevo, sin su permiso.

—Sentaos conmigo, lady Wadlow.

Que no la llamara por el apellido de casada la irritó bastante.

—¿Qué hacéis en mi alcoba? ¿Sabe Murtagh que estáis aquí?

—¡Oh, por supuesto que no! Os creía más inteligente.

—¿Dónde está mi esposo?

Trató de conectar su mirada con la del anciano, pero no estaba segura de que él pudiera verla con nitidez con aquel velo blanquecino en los ojos.

—El laird de los MacMeinn, por segunda vez en su vida, está completamente ebrio y consumido por la ira. La primera vez que lo vimos así fue cuando su esposa Margery cayó desde lo alto de la torre y se mató. Ya ha roto unas cuantas cosas en el salón y varios hombres tratan de tranquilizarlo.

El estómago de Daisy se contrajo de preocupación.

—Debo ir con él, me necesita.

Dio un paso hacia la puerta de la alcoba, pero el enorme cuerpo de Forbes se interpuso.

—Sentaos, milady —le reiteró de manera brusca.

Daisy lo miró y apretó los labios. Le había salvado de unos buenos latigazos en su momento, pero ahora se mostraba autoritario con ella, al igual que su arrogante padre. No le quedó más remedio que obedecer y esperar que la conversación no se alargara mucho. Tenía que ver a Murtagh. Su corazón sufría por él.

—Nunca me ha gustado que mi hijo posara sus ojos en una joven del servicio —comenzó a hablar Akir—. Toda mi vida he tratado de hacerle entender que debía buscar una esposa con una posición mucho más elevada, adecuada para alguien destinado a convertirse en laird de los MacMeinn.

Daisy parpadeó y movió la cabeza, confusa con aquel tema tan inesperado e irritada con el último comentario.

—Los MacMeinn ya tienen un laird —le respondió con rapidez—. Y, en estos momentos, no tengo ningún interés en conocer la vida amorosa de Forbes.

—No os impacientéis. No soy un hombre que habla por hablar, mis palabras tienen un por qué y es lo que trato de explicaros… si me lo permitís.

—No creo que necesitéis mi permiso. Ya estáis aquí, en mi alcoba, sin haber sido invitado.

El anciano esbozó una cínica sonrisa ante su réplica.

—Como os decía —retomó su discurso—, nunca me ha gustado que mi hijo retozara con las jóvenes del servicio. Sin embargo, en esta ocasión, nos ha venido bien. Me ha ayudado a terminar de atar los cabos sueltos, por decirlo de alguna manera. Veréis, en cuanto el laird nos expulsó antes de su despacho, cuando fuisteis a buscarlo con aquella urgencia, supe que el asunto requería de toda mi atención. La verdad, quedé asombrado al escuchar lo que le confesasteis a Murtagh.

Daisy no podía creerlo.

—¿Nos habéis espiado?

De nuevo, aquella sonrisa odiosa apareció en el rostro arrugado del hombre.

—Imagino que censuráis dicho comportamiento, pero lo he hecho por el bien de nuestra gente.

—No lo creo —rebatió, muy indignada—. No sois generoso con los miembros del clan, he podido comprobarlo por mí misma. Vuestro interés en conocer los secretos de Murtagh solo puede deberse a que queréis arrebatarle el mando y sustituirlo por vuestro hijo.

Los ojos velados de Akir se desviaron hacia las llamas de la chimenea.

—Ese muchacho nunca ha tenido interés en gobernar. No nos escucha, nos discute todos los consejos que le damos, quiere erradicar el modo de vida que los MacMeinn han llevado durante generaciones.

—Tal vez porque ese modo de vida implica ser cruel con vuestra gente. Implica manteneros encerrados en vosotros mismos, alejados de otros clanes amigos. Murtagh se ha dado cuenta de que no es la mejor manera de relacionarse con los demás.

Akir volvió a mirarla.

—Nos desviamos del tema, milady. Como os decía, escuché parte de vuestra conversación. Y cuando Dharma le contó a Forbes cómo os habíais indispuesto durante el baño del niño, cómo habíais preguntado por su madre y cómo os habíais dirigido a él, llamándolo con otro nombre, todas las piezas encajaron. —Los ojos velados del anciano parecieron taladrarla antes de exponer su conclusión—: El niño es vuestro hijo perdido, ¿verdad? No es hijo de Murtagh y Nimue. Esa bruja loca lo engañó y el muy necio cayó por completo en su trampa.

Daisy sintió un vértigo horrible bajándole por la garganta hasta el estómago. Una cosa era desvelar esa cuestión ante Murtagh y otra muy distinta admitirlo delante de Akir y darle el poder… ¿de qué? ¿Qué pensaba hacer con esa información? Viniendo de él, no podía ser nada bueno.

—¿No decís nada, milady? —la presionó el consejero—. Jamie… —ronroneó, consiguiendo que ella se tensara—. Ese es su nombre, ¿me equivoco? Y, tras mis pesquisas, debo decir que su nombre no es lo más importante en este momento de revelación, sino su apellido. El niño es nieto del marqués de Lonbrook, nada menos. Un noble inglés con bastante poder.

—¿Cómo habéis averiguado tanto en tan poco tiempo? —se asombró Daisy, con disgusto.

—¡Oh, me sobreestimáis! Sin embargo, debo confesar que no soy tan capaz. En realidad, comencé a investigar acerca de vos desde el primer día en que pusisteis un pie en Mullach Creige. Sé que vuestro primer esposo fue Richard Hall, el padre de Jamie. Sé que vuestro suegro quedó desolado tras su muerte y la desaparición de su único heredero. Pero, al fin, el niño ha aparecido —Akir chasqueó la lengua contra el paladar—. Por desgracia, ya hemos visto cómo se lo ha tomado Murtagh.

Daisy apretaba los reposabrazos de la butaca en la que estaba sentada con ambas manos.

—Mi esposo no acepta la verdad. Para él, Rowan es su hijo.

—Pero no lo es. Es el hijo de un inglés. Y, como comprenderéis, él no tiene cabida en nuestro

clan.

—¿Qué queréis decir?

Daisy temía la respuesta. Un miedo primitivo le atenazó la garganta al presentir que aquel hombre cruel sería capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Tranquilizaos, no quiero hacerle ningún daño. A fin de cuentas, es solo un niño.

—Un niño al que ya amedrentasteis sin piedad cuando Nimue murió —le recordó Daisy con tono acusatorio—. Le dijisteis que ibais a encerrarlo, lo aterrorizasteis.

—Pero no lo encerré, después de todo —se defendió. Suspiró como si le pesara tener que decirle aquello, aunque la joven sabía que solo fingía—. Rowan no puede quedarse aquí, milady, lo entendéis, ¿verdad? Murtagh no renunciará a su hijo y se enfrentará a todos los que le planten cara para obligarlo a asimilar la verdad. Ya habéis visto lo que ha hecho con vos… Y ha sido generoso. A cualquier otra persona la habría encerrado en las mazmorras sin pestañear.

—No, él solo necesita algo más de tiempo.

—Os engañáis. En el fondo, lo sabéis tan bien como yo. No entrará en razón; no en lo que a Rowan se refiere. Y los que conocemos el origen del niño no lo dejaremos pasar, lady Wadlow. No permitiremos que un inglés ocupe un cargo que no le pertenece. Se desencadenará una guerra interna y Murtagh tendrá que luchar contra los MacMeinn que no acepten a su hijo. ¿Eso es lo que queréis?

Daisy abrió la boca en un jadeo.

—¡Por supuesto que no!

—Claro que no, milady. Y, por eso, os propongo una solución que nos beneficiará a todos. En el poco tiempo que lleváis entre nosotros habéis velado por los intereses de los MacMeinn a vuestra manera y, aunque no lo creáis, os lo agradezco. Por eso, os pido que lo hagáis una última vez.

—¿Cómo? —se impacientó Daisy.

—Marchándoos de aquí junto con vuestro hijo, por supuesto. Saldréis esta misma noche; Forbes os escoltará hasta Inglaterra. Os ayudará a volver con vuestra familia.

—¿Por qué hasta Inglaterra? Puede acompañarme hasta Ardencaple o hasta la fortaleza Buchanan. Allí, mis hermanas y mis cuñados…

—Allí, Murtagh os encontrará muy rápido cuando vaya tras el niño —la interrumpió—. Iréis a Inglaterra, al hogar del marqués de Lonbrook. Vuestro suegro recompensará a Forbes por devolverle a su nieto, a su único heredero. Tal hazaña merece su peso en oro. Y, cuando mi hijo regrese, y sea él quien salde la deuda que Murtagh adquirió con lord Hughes, todos los MacMeinn comprenderán que un buen líder tiene que saber solucionar problemas, y no alargarlos en el tiempo con las penalidades que eso conlleva. Se acabarán para siempre los ataques de los mercenarios y encontraremos un poco de paz. Entonces, Forbes ocupará el puesto de laird al que está destinado.

Los pensamientos de Daisy cruzaban por su cabeza a toda velocidad. Alguno de ellos, incluso, viajaba hasta la región del corazón, donde el mero hecho de imaginar que abandonaba a Murtagh, que se llevaba a Rowan a sus espaldas, le producía fuertes y dolorosos pinchazos.

—Mi esposo se volverá loco si hago lo que decís —musitó.

—Según he podido entender por la conversación que habéis mantenido con él en su despacho, el vuestro era un matrimonio de prueba. Y Murtagh le ha puesto fin. Sois libre, milady. ¿Creéis que él os permitirá quedaros en Mullach Creige? Sabéis que no. Os enviará de regreso con vuestras hermanas… Pero sin el niño —le explicó Akir—. Yo os ofrezco una nueva vida junto a vuestro hijo. Es sangre de vuestra sangre, y de la de vuestro difunto esposo.

Rowan… es decir, Jamie, no pertenece a las Highlands. Es inglés. El heredero de un marqués, nada menos. ¿Queréis privarlo del título y las riquezas que le corresponden por nacimiento?

Daisy se humedeció los labios. Sentía una angustiosa opresión en el pecho ante la decisión que debía tomar. Tal vez, si hablaba de nuevo con Murtagh…

—Él no lo entenderá —susurró Akir, como si le leyera el pensamiento—. No hay una solución que contente a todos, lady Wadlow. Si tanto os cuesta elegir, os recomiendo que miréis por el bienestar del niño. A partir de hoy, ahora que los miembros del clan van a enterarse de quién es en realidad Rowan, no podrá llevar una vida tranquila en Mullach Creige. Os juro que me encargaré personalmente de que así sea.

Era el hombre más odioso que Daisy había conocido.

Respiró hondo, aunque la opresión de su pecho no disminuyó. Sabía que su huida sería un duro golpe para Murtagh. Y ella estaría incumpliendo su promesa de no esconderle nada. Aunque, tras comprobar lo mal que había encajado la verdad, no le quedaban muchas alternativas.

—¿Dónde está Rowan? —preguntó.

—*Jamie* —apuntilló Akir— está con Dharma, preparado y dispuesto para partir con vos.

—¿Ahora? —los ojos de Daisy se abrieron, sorprendidos y alarmados.

Todo iba demasiado rápido.

—No podemos perder tiempo. Murtagh está borracho, es nuestra oportunidad. Cuando recupere la sobriedad y algo de sensatez, será imposible que os llevéis al niño.

El corazón comenzó a latirle muy deprisa.

—Está bien —dijo, apenas sin voz.

—Coged lo indispensable para el viaje, milady. Y una capa abrigada, nos vamos —habló Forbes.

A partir de ese momento, Daisy tuvo la sensación de haber perdido el control de su propia vida. Sus manos se movían solas mientras metían algo de ropa en un morral; sus pies caminaban de un lado a otro sin que ella pudiera detenerlos; sus ojos miraban sin ver. Era como si otra persona le hubiera usurpado el cuerpo y la voluntad, obligándola a hacer algo que en realidad no quería.

—Ya estoy lista —anunció, aunque ni siquiera sabía qué era lo que había metido en su equipaje.

Forbes la acompañó afuera, hasta la muralla de Mullach Creige, donde Dharma esperaba junto a Rowan, ambos vestidos y dispuestos para marcharse. El niño tenía cara de sueño y parecía molesto.

—¿Dónde vamos, Daisy? —preguntó, con un bostezo—. Padre se enfadará si no me voy a la cama pronto.

Ella se agachó a su lado y lo miró. Tenía el cabello rubio alborotado y un mohín en sus labios… Le recordó más que nunca a Richard, lo cual le vino muy bien para reafirmarse en aquella triste decisión que acababa de tomar.

—Tranquilo, he hablado con él. —Eso fue todo lo que le explicó, porque era lo único que podía decir sin mentirle—. Nos vamos de viaje.

—¿Padre no viene? —se extrañó.

—No puede. Es el laird del clan, cielo, tiene asuntos que atender.

—¡Pero tengo sueño! ¡Es de noche! —protestó.

—Lo sé —Daisy lo abrazó, aguantando las ganas horribles que tenía de llorar—. Tú irás en el caballo con Forbes, así podrás dormirte. Me temo que yo no podría sostenerte.

Se odiaba por someter a Rowan a un viaje tan peligroso, tan arriesgado. Pero Akir llevaba razón en una cosa: si esperaban a que a Murtagh se le pasara la borrachera, jamás podría llevárselo.

—¿No viene ningún otro guerrero con nosotros? —preguntó, aun así.

—No hará falta, un grupo pequeño pasará más desapercibido. Si os preocupa vuestra seguridad, sabed que soy suficientemente capaz de protegeros —espetó el pelirrojo con arrogancia.

—Forbes siempre gana en las competiciones de lucha, mi señora —intervino Dharma, con ojos de enamorada—. Ha vencido a todos los demás MacMeinn contra los que se ha enfrentado.

Daisy no pudo contener su lengua ante aquella bravuconada.

—¿A Murtagh también?

El rostro de Forbes se contrajo de rabia y Dharma bajó los ojos al suelo, nerviosa.

—No… —respondió la sirvienta, mirando de reojo al guerrero—. Creo que al laird nunca le ha ganado.

—Marchémonos, estamos perdiendo un tiempo precioso —las apremió el hombre, pues era evidente que no quería seguir hablando de ese tema.

Montaron en los caballos y se dirigieron a la puerta, donde los guardias, advertidos previamente por el anciano consejero, los dejaron salir de la fortaleza sin ponerles trabas. A Daisy se le pasó por la cabeza que todos los que habían colaborado en aquella fuga tendrían que vérselas con Murtagh cuando se enterara de lo ocurrido.

Ella misma tendría que enfrentarse a él si los perseguía y conseguía dar con ellos.

Esa posibilidad empeoró el malestar que ya sentía. Porque, por un lado, sabía que lo que estaba haciendo era lo mejor para Ro… para Jamie. Para darle una vida tranquila, cómoda y segura, como siempre había deseado para él cuando soñaba con el futuro junto a Richard.

Pero, por otro lado, imaginar que Murtagh no iría tras ellos, o que no los encontraría, le generaba una desazón aún mayor. ¿No volvería a verlo? ¿Se había terminado todo entre los dos? ¿Ahí acababa esa otra vida que podría haber tenido, al lado de un hombre al que amaba y que le había mostrado aspectos del amor que jamás antes había conocido?

Se llevó una mano al estómago, angustiada.

Miró hacia atrás una última vez, repasando la oscura silueta del castillo que dejaban atrás. Para otros, quizá, Mullach Creige era un lugar inhóspito y frío. Ella había pensado lo mismo cuando lo tuvo ante sus ojos la primera vez. Sin embargo, había descubierto que, allí, una vida feliz era posible y que, en realidad, la calidez de sus aposentos y del corazón de sus ocupantes, una vez superada la barrera de su reservado carácter, era acogedora.

Mucho más que agradable…

El nudo en su estómago se intensificó y la invadió una repentina náusea.

Acababa de darse cuenta de que había llegado a amar a Murtagh de un modo distinto a como quiso a Richard.

Con el highlander todo había sido más caótico, más imperfecto… y más real. Había amado a ese hombre desde la verdad de sus circunstancias, con sus defectos, con sus bruscos cambios de carácter, con sus espontáneas y esquivas sonrisas. No había sido un amor idílico como el que tuvo con Richard. No había sido fácil, ni cómodo, ni maravilloso cada minuto de cada día que habían pasado juntos.

Había sido abrasador. Intenso. Arrollador.

Había sido apasionante y mucho mejor de lo que jamás pudo llegar a imaginar.

Había sido un soplo de vida en su apagado corazón, que se había rendido por completo ante

ese guerrero.

—Dios mío, ¿qué estoy haciendo? —susurró, llevándose los dedos a las mejillas al percatarse de que estaba llorando.

Amaba a Murtagh MacMeinn como jamás había querido a Richard. Pero ya no podría decírselo nunca, y no podría seguir aprendiendo ese lenguaje misterioso y adorable que eran sus constantes gruñidos. No podría volver a acariciarlo, ni a pasar un dedo por su ceño fruncido para que se relajara. No podría abrazarlo cuando las preocupaciones lo invadieran, cuando todos los demás pensaran que era un ogro y él fingiera que no le importaba causar esa impresión. No podría darle su apoyo cuando tuviera que enfrentarse a los tres ancianos consejeros que lo querían destituir como laird del clan. No podría volver a besarlo en mitad de la noche, invitándolo para que sus cuerpos se buscaran y se enredaran desnudos entre las sábanas…

Su mente se llenó con las imágenes del último encuentro del que habían disfrutado, cuando la había sacado de la tina de agua y había dejado que lo amara a horcajadas sobre él. Rememoró los sonidos, los jadeos, los gemidos. Sintió en la piel todas aquellas caricias húmedas, porque no le había dado tiempo ni a secarse tras el baño. Se le aceleró el corazón cuando el mismo vértigo que había notado estando entre sus brazos le contrajo las entrañas.

Y se le rompió el alma cuando recordó cómo la había poseído, con qué intensidad, con cuánta necesidad la había buscado, como si aquella unión fuera mucho más que un encuentro físico. Daisy se había sentido tan amada…

Sin embargo, él había decidió poner fin a ese matrimonio de prueba.

Sin más.

Sin una oportunidad, sin permitir que, entre los dos, pudieran encontrar un modo de convivir con las consecuencias de los viles actos de Nimue Kerr.

Daisy continuó llorando en silencio todo el camino, deshecha, confundida, dolida y desesperanzada. Cuando la situación le resultaba insoportable, miraba hacia el caballo de Forbes y buscaba a su hijo, para recordarse por qué estaba haciendo aquello. Por qué no daba la vuelta de inmediato para volver con Murtagh…

Su aflicción era tal, que no se percató de que alguien los seguía en la oscuridad.

Forbes tampoco lo hizo, demostrando así que no era un escolta tan capaz como había manifestado.

Y eso fue la perdición de aquel pequeño grupo.

Capítulo 31



Murtagh sentía como si alguien estuviera golpeando su cráneo con una maza de hierro. Le palpitaban las sienes y le molestaba la luz que entraba por la ventana; sobre todo ese maldito rayo de sol que se colaba entre los cortinajes y le quemaba en las retinas, a pesar de tener los ojos cerrados.

Se incorporó y se quedó sentado en la cama. Dejó escapar un quejido ronco cuando todo le dio vueltas y el dolor de cabeza se intensificó.

—¡Por todos los demonios! ¿Cuánto bebí ayer?

No lo recordaba. Y tampoco tenía muchas ganas de pensar en ello, porque eso lo llevaba, inevitablemente, hasta la conversación que había mantenido con Daisy.

Infierno de mujer.

Él, que se había mofado de Drustan MacAuley en el pasado, cuando se presentó en Mullach Creige ciego de vino por culpa del recuerdo de Lily Wadlow, se veía ahora en las mismas circunstancias. ¿Qué tenían esas hermanas que arrebataban la cordura y el buen juicio de los hombres?

Si no lo hubiera engatusado desde el primer instante en que posó sus ojos sobre ella, esa mujer estaría en esos momentos encerrada en las mazmorras. ¿Cómo se había atrevido a decirle que Rowan no era hijo suyo?

Notó un fuerte pinchazo en el pecho y se masajeó la piel a la altura del corazón. Estaba tan aturdido y enfadado todavía, que lo invadió el deseo de buscar de nuevo una enorme jarra de vino, o tal vez un buen vaso de whisky…

No. El whisky le recordaba demasiado a ella.

Y nada de vino, ni de cerveza. Tenía que conseguir despejar su mente para poder pensar con claridad.

Debía encontrar la manera de revocar su propia decisión en lo que a su matrimonio se refería, porque, en el fondo, no deseaba renunciar a ella. Ahora, algo más sereno, trató de encontrar una lógica a la conversación que habían mantenido. Tal vez, el dolor por la pérdida de su hijo había llevado a Daisy a confundir la realidad. La joven había sufrido mucho y era admisible que volcara sus esperanzas en la figura de Rowan, dado que el niño había llegado a aceptarla y a quererla como a una madre.

Si se trataba de eso, si era un trastorno transitorio, él podía pasarlo por alto y ayudarla a superarlo. La perdonaría por aquel arrebato y le haría entender que, aunque Rowan no fuera quien ella creía que era, ahora podía considerarlo también un hijo, y cuidarlo y amarlo como tal. Por supuesto, no pensaba decirle que sustituyera a un niño por otro, no era tan bruto. Pero, dado que había tenido la desgracia de perder al suyo, podía encontrar en Rowan un consuelo.

Acto seguido, rememoró el rostro de Daisy al confesarle que Nimue no era la verdadera madre del pequeño y meneó la cabeza con disgusto.

No…

No creía que pudiera convencerla tan fácilmente. Había algo muy definitivo en sus ojos al

revelarle aquel descubrimiento.

Cuando abandonó la cama para asearse y vestirse, sin dejar de darle vueltas al problema, alguien lo reclamó con unos golpes en la puerta.

—Adelante.

Murtagh se sorprendió al ver que se trataba de Nathair. Quizá, de los tres ancianos consejeros, era el más sensato y el que más atención solía prestarle.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —le preguntó, entrando en la alcoba sin ser invitado. Los ojos de Nathair se detuvieron en las heridas de sus nudillos—. Ayer formaste un buen escándalo, golpeabas todo lo que se ponía a tu alcance. No es propio de un laird.

El guerrero no respondió. Se terminó de vestir con movimientos enérgicos hasta que, de pronto, un pensamiento destacó en la maraña que tenía en la cabeza. Miró a Nathair, pero, en lugar de contestarle, abordó un tema distinto.

—Durante los años que estuve ausente de Mullach Creige, cuando me puse a las órdenes del Canciller Arran para luchar por Escocia, ¿recuerdas que viniera alguien buscando a Nimue o a un niño recién nacido?

Nathair se sorprendió ante aquella inesperada cuestión.

—¿Cómo dices?

—Intenta hacer memoria. Vosotros tres siempre os enteráis de todo lo que ocurre, así que, si se produjo esa visita, tienes que acordarte.

—De eso hace mucho.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Murtagh, alterado—. ¿Que no lo recuerdas?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo. Pero no entiendo qué importancia puede tener ese hecho, después de tanto tiempo.

El guerrero se mesó el cabello con impaciencia. Tenía ganas de aferrarlo por la pechera y zarandearlo para que no fuera tan esquivo con sus respuestas.

—¿Quién vino a Mullach Creige? ¿Hace cuánto tiempo? ¿Qué querían?

—Murtagh, estás muy alterado. Tal vez, sería mejor que te…

—¡Habla, por todos los infiernos!

—De acuerdo, tranquilo… —Nathair se sentó en una de las butacas junto al fuego, llevando la paciencia de Murtagh al límite—. Déjame pensar. Fue hace… ¿unos cinco años? Puede que un poco más. —El anciano estiró las manos hacia las llamas, como si su decrépito cuerpo necesitara de todo el calor que pudiera conseguir—. Visitaron Mullach Creige preguntando por Nimue, sí, es verdad.

—¿Quiénes?

—Kendrew Buchanan y Drustan MacAuley.

Escuchar aquellos nombres fue como recibir un puñetazo en la boca del estómago. Se le cortó la respiración. Caminó despacio hasta la otra butaca y se dejó caer pesadamente frente al anciano.

—Lo había olvidado —prosiguió Nathair—. Estaban buscando a Nimue y pensaron que podrían encontrarla aquí, puesto que era aquí donde ella se había criado y crecido.

—¿Y el niño?

—¿Qué niño?

—¿Preguntaron por un niño? ¿Por un bebé?

Nathair se llevó la mano a la cabeza y se frotó las sienes, como si le costara recordar.

—Puede ser. Creo que esa bruja se había escapado, huía de ellos… ¿Por el bebé? No sabría decirte. Sinceramente, no presté mucha atención a esa parte.

No, por supuesto que no. Murtagh podía imaginar la escena: los tres ancianos recibiendo la visita de los guerreros con la arrogancia que los caracterizaba. Su máxima prioridad para ellos habría sido, con toda probabilidad, que se marcharan por donde habían llegado. Estaba convencido de que no les ofrecieron ningún tipo de hospitalidad y, en cuanto les dejaron claro que Nimue no estaba tras los muros de Mullach Creige, los invitaron a abandonar las tierras MacMeinn. Ellos eran así. Los asuntos que no les incumbían no les generaba ningún interés. Si era un problema que Kendrew y Drustan tenían con la joven morena, no iban a molestarse en intervenir.

A pesar de todo, aquella historia coincidía con lo que Daisy le había contado y abría una herida muy fea y dolorosa en su interior. Murtagh hundió la cabeza entre sus manos y jadeó en busca del aire que no le llegaba a los pulmones. ¿Nimue lo había engañado?

Revisó todos los momentos que tenía guardados en la memoria desde que ella se presentó con el niño ante sus puertas. El poco cariño que siempre le mostró a Rowan, su interés centrado únicamente en él, en ese amor que le tenía, dejando a su hijo al margen. La sensación constante de que Nimue no era una buena madre; de que él, como padre, estaba obligado a suplir todas sus carencias y su falta de atención hacia el pequeño.

—No era su hijo… —susurró, cuando la verdad lo golpeó en la cara.

Las señales habían sido evidentes, pero él las había pasado por alto. ¿Por qué iba a dudar de ella? Había convivido con Nimue durante muchos años, habían sido amantes, y, aparte de que le resultara irritante y agobiante en algunos momentos de su relación, jamás imaginó que pudiera ser tan sumamente retorcida como para inventar una mentira tan cruel.

—¿Qué dices? —Nathair se había inclinado hacia él, muy interesado ahora en esa frase aislada que se le había escapado de los labios.

Murtagh lo ignoró y se levantó de la butaca con decisión.

—Debo hablar con mi esposa. Si me disculpas…

Se dirigió a la puerta para ir en su busca, pero el anciano lo detuvo antes de que alcanzara la salida.

—Ella no está.

—¿No está en su alcoba? —se extrañó—. Ayer ordené que la encerraran bajo llave.

—No está en Mullach Creige —le aclaró—. Es justo lo que venía a decirte, la noticia se ha extendido rápidamente y todos saben ya que la *sassenach* ha huido de ti.

Una extraña neblina oscura le cegó los ojos durante unos segundos, al tiempo que todo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo es posible?

Nathair, en lugar de responder, añadió más leña a ese fuego que había prendido en su interior.

—¡Ah, y se ha llevado al niño!

En ese momento, toda la furia que sentía se mezcló con un pánico irracional. ¿Daisy y Rowan no se encontraban en Mullach Creige?

—¿Con quién se han marchado? ¿Quién los escolta? ¿Cómo han burlado a los guardias?

Las preguntas se agolpaban en su cabeza y el miedo crecía, alcanzando dimensiones desconocidas para él. Si les ocurría algo a alguno de los dos… En esos momentos de angustia, su ira no se centraba en Daisy por haberse llevado al niño. El temor a que pudiera ocurrirles algo durante la travesía, a que fueran atacados, era mucho mayor.

—¿Qué esperabas? —La pregunta llegó desde la puerta. Akir se había personado también en su alcoba, acompañado, cómo no, por el tercero de los consejeros—. Sabíamos que si no hacíamos algo terminarías por aceptar a ese niño como tu verdadero hijo. Has sentido debilidad

por él desde que llegó.

—Y no podíamos consentir que un inglés llegara a ser algún día tu sucesor —añadió Banner.

Nunca antes los había odiado tanto.

Murtagh se controló para no estallar, porque con ellos debía ser más listo si quería vencerlos. Pero la ira borbotaba en su interior como magma ardiente deseoso de ser liberado.

Ni siquiera trató de disimular esa verdad tan horrible que acababa de descubrir y que le había dejado el corazón en carne viva.

—¿Cómo os habéis enterado del origen de Rowan? Según confesó, Daisy lo descubrió ayer mismo. —Volvió a mirarlos, uno a uno, dejando que todo el desprecio que sentía por ellos asomara a sus ojos rojizos—. Y no me digáis que fue la propia Nimue la que os lo dijo, porque no habríais esperado tanto tiempo para atacar.

—¿Atacar? Murtagh, todo lo que hacemos o decimos lo ves como una ofensiva hacia tu persona, pero nosotros solo velamos por el bien del clan.

—¡No! ¡Mi esposa, en el poco tiempo que lleva aquí, ha cuidado mejor de nuestra gente que vosotros! Velar por ellos es preocuparse de su bienestar, y vosotros tres tenéis en mente una única cosa: mantener vuestro estatus, vuestro cargo de poder, vuestra buena vida.

Las palabras surgieron solas y fueron una auténtica revelación incluso para él. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Todo lo que hacían los tres ancianos estaba disfrazado de sabiduría y experiencia, de un interés por el clan anclado en las viejas costumbres y tradiciones, pero, en realidad, sus reglas servían para mantener a los MacMeinn sometidos por el temor. Bajo el pretexto de que sus normas estaban pensadas para la seguridad de su gente, impedían que los aldeanos y los granjeros que vivían más allá de los muros de Mullach Creige se relacionaran con los demás clanes. Cuando acudían a unos Juegos, por ejemplo, solo iban un puñado de soldados a competir. No daban la oportunidad a nadie más, cuando aquellas reuniones servían, entre otras cosas, para conocer gente y otros modos de vida, para hacer amistades, para afianzar alianzas. Los MacMeinn no podían interactuar con los miembros de otros clanes por culpa de las viejas costumbres y el anticuado pensamiento de que solos estaban mejor.

No era cierto.

Lo único cierto era que, de ese modo, los tres buitres carroñeros se mantenían en el poder.

—Daisy fue la única que hizo algo por los aldeanos cuando se quedaron sin nada —prosiguió —. Vosotros no queríais compartir las reservas de Mullach Creige, y tampoco ofrecisteis otra solución. Daisy ha estado visitando la aldea regularmente, interesándose por los MacMeinn que habían perdido a un ser querido o que habían resultado heridos. Los ha apoyado y los ha cuidado, llevándoles hasta medicinas cuando era necesario. Si así es como actúa una inglesa con nuestra gente, no veo por qué un inglés no puede llegar a ser un buen laird. Estoy convencido de que lo haría mucho mejor que vosotros… y mucho mejor de lo que lo he hecho yo durante todos estos años —terminó, en un susurro culpable.

—¡Cómo te atreves! —rugió Akir, indignado tras ese discurso.

—Nos ofendes, Murtagh —dijo Nathair.

—Bien —se alegró él, sin recular ni una pulgada en su postura—, es justo lo que pretendo. Lo que os merecéis.

—Has perdido la cabeza, sin duda.

Banner lo contemplaba como si fuera un verdadero estorbo del que tuvieran que deshacerse. A Murtagh no le afectó aquella mirada. No era nada nuevo. Había soportado esa censura y ese desprecio desde que ocupó el puesto de su padre.

Pero acababa de decidir que ya era suficiente. Así tuviera que pelear y batirse con cada uno

de los hombres que los apoyaran, aquel era el último día en el que escucharía a ese consejo decrépito y amargado.

—Mi paciencia se agota —les dijo, arrastrando las palabras con evidente amenaza—. Decidme cómo os habéis enterado de lo de Rowan, cómo ha escapado Daisy, con quién se ha marchado y adónde ha ido.

Los tres guardaron silencio, tozudos y arrogantes.

Sus ojos destellaron con un fulgor rojizo y apretó los puños a ambos lados del cuerpo, tenso, controlando la respiración para no abalanzarse sobre su espada y partirles en dos con ella.

—Hablad, maldita sea, o me obligaréis a hacer algo con lo que llevo fantaseando durante demasiado tiempo.

La espesa ira en su tono de voz pareció advertir a los ancianos de que sería muy capaz de hacerlo. Lo habían llevado hasta más allá del límite, y el Murtagh que callaba y otorgaba, el que se marchaba sin intervenir cuando algo no le convencía, dejándolos a su aire, no volvería.

Nunca más.

—¡¡Hablad!! —rugió, golpeando de nuevo la pared con el lateral del puño, puesto que ya tenía los nudillos destrozados del día anterior.

—Se ha ido con Forbes, tranquilo —dijo Nathair.

—¿Solo un hombre? —preguntó con pánico.

—Forbes es muy capaz… —comenzó a defenderlo su padre.

—Forbes es un buen guerrero, pero es insensato y engreído, imagino que por tu culpa. Forbes no podrá cuidar de mi familia si son atacados por los mercenarios de lord Hughes.

El rostro de Akir perdió el color al escucharlo.

—Hace mucho que no hay ataques. Lord Hughes está a la espera del pago que te ha reclamado.

Murtagh respondió a esa afirmación con un bufido.

—Habéis cometido un gran error dejando que mi esposa y mi hijo se marcharan.

—No es tu hijo. Y, por lo que dijiste ayer, tu matrimonio de prueba ya se ha terminado —le soltó Banner.

El rostro del laird se tiñó de una oscuridad que, por primera vez en sus vidas, hizo temblar a los tres ancianos. A Murtagh ya no le hizo falta volver a preguntar por qué sabían lo que sabían, o cómo lo habían averiguado. Siempre se enteraban de todo, tenían espías por todas partes. Y él se ocuparía de limpiar Mullach Creige de ratas en cuanto solucionara el problema que tenía entre manos en ese momento.

—Si les sucede algo malo a mi esposa y a mi hijo —remarcó, ante el último comentario de Banner—, conoceréis lo que supone vivir en el infierno. Porque, para vosotros, yo seré Satán, y no pararé hasta que os quedéis sin voz de tanto gritar. La agonía será lenta y dolorosa, os lo prometo. Tanto, que desearéis morir… pero no os dejaré hacerlo. Os reviviré las veces que sean necesarias para volver a torturaros hasta que ya ni siquiera os sintáis personas, sino meros sacos de pellejo y huesos… que es lo que sois.

Tras aquella amenaza, Murtagh salió de la alcoba rumbo al patio de armas. Tenía que organizar una patrulla a la mayor brevedad para salir en busca de su familia.

Al fin admitió que le daba igual quién fuera Rowan y que su matrimonio con Daisy fuera de prueba. Ellos eran su familia; eran las dos únicas personas en el mundo que lo amaban de verdad, con un cariño limpio y sincero.

Y él los quería de igual modo.

Eran su hijo y su esposa, y mataría a cualquiera que dijera lo contrario.

Capítulo 32

El hogar de los MacAuley, Ardencaple, estaba más cerca de Mullach Creige que la fortaleza Buchanan, por lo que Murtagh y sus hombres se encaminaron hacia allí en busca de Daisy y Rowan. Había muchas posibilidades de que su joven esposa hubiera hecho un alto en su camino hacia Inglaterra para informar a sus hermanas de lo ocurrido. Después de todo, encontrar a su hijo perdido durante tantos años era una noticia que merecía ser compartida.

Cuando llegaron, sin haber hallado durante el trayecto ninguna pista del grupo de Daisy, Lily y Drustan se mostraron muy sorprendidos por la visita. Salieron a su encuentro en cuanto los caballos invadieron el patio del castillo, junto con el padre de Drustan, el laird Patrick MacAuley, su esposa Evanna y su otro hijo, el joven Fergus.

«La familia al completo», pensó Murtagh, cuando se fijó en que Lily sostenía a su bebé en brazos y la pequeña Ailsa asomaba la cabeza por detrás de las piernas de Drustan. Aquel pensamiento le llevó a una conclusión evidente y desoladora: «Daisy no está aquí».

—¡Murtagh! ¿Qué te trae por Ardencaple? —le preguntó Drustan.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió al momento Lily. La joven era muy intuitiva, aunque tampoco había que ser muy listo para detectar, por su ensombrecido semblante, que algo malo sucedía—. ¿Daisy está bien?

—No —respondió, sin rodeos—. Se ha ido de Mullach Creige.

—¿¡Qué!?

—Pensé que podía haber venido aquí. Tal vez haya ido a la fortaleza Buchanan, buscaré allí.

Cuando hizo el amago de volver grupas para abandonar el lugar, Drustan lo detuvo.

—¡Espera! Pero ¿qué demonios…? Baja ahora mismo del caballo y entremos. Cuéntanos qué ha pasado para que podamos ayudarte.

—Murtagh, por favor —le pidió Lily, dando un paso hacia él—. Es mi hermana.

Tal vez fuera por el color de sus ojos, azules, muy parecidos a los de Daisy. Lo convenció la desesperación de su mirada y decidió que merecían saber lo ocurrido. Asintió y levantó un brazo para llamar la atención de sus hombres.

—Desmontad. Haremos un alto antes de proseguir la búsqueda.

—Por favor, entrad, sed todos bienvenidos —intervino Patrick.

—Ordenaré que os sirvan algo de comida y bebida para recuperar fuerzas —dijo también Evanna, dándose la vuelta para volver al interior.

Murtagh se bajó del caballo y, al momento, algunos sirvientes se acercaron para hacerse cargo de los animales. Siguió los pasos de la familia, pero se detuvo bruscamente cuando la pequeña Ailsa se interpuso en su camino sin mostrar un ápice de temor.

—¿Dónde está Rowan? Es mi amigo, ¿por qué no lo has traído?

«En realidad, es tu primo», pensó Murtagh, aunque no se lo dijo. De todos modos, lo averiguaría en breve.

—Rowan está con Daisy, y tenemos que encontrarlos, a los dos.

—¿Los has perdido? —La pequeña chasqueó la lengua, como si enterarse de ese hecho

supusiera una auténtica decepción. Seguramente, a sus ojos, era incomprensible que un guerrero de su talla pudiera perder a dos personas.

Para él también era algo imperdonable, y bastante mal se sentía ya.

—Algo así —reconoció.

La niña lo miró fijamente, como si estuviera decidiendo si valía la pena o no confiar en él.

—Vamos, mi padre te ayudará a buscarlos —resolvió.

Estaba claro que la pequeña tenía a Drustan en un pedestal y creía firmemente que no había nada que él no pudiera arreglar.

A pesar de que por dentro notaba una desazón que apenas lo dejaba respirar, tuvo que reprimir una sonrisa cuando vio la soltura con la que la niña se daba la vuelta y caminaba tras su familia, convencida de que la seguiría. Esa chiquilla tenía un fuerte carácter, como su madre y sus tías.

Ya en el gran salón, los MacAuley se sentaron alrededor de la gran mesa y Murtagh, junto con sus hombres, hicieron lo propio. Los criados fueron llegando con jarras de vino y fuentes de comida, por lo que él esperó a que el ajetreo terminara para comenzar a hablar.

—Daisy se ha marchado de Mullach Creige esta madrugada —dijo, de sopetón y sin preámbulos, al ver que todos lo miraban y aguardaban una explicación—. Y se ha llevado a Rowan con ella.

Hubo un silencio incrédulo tras esas palabras, hasta que Lily lo rompió.

—¿Qué le habéis hecho?

—Yo… ¡Nada! —exclamó.

¿Por qué las sospechas siempre recaían sobre él? Aunque, si tenía que ser del todo sincero, en esa ocasión sí tenía culpa de lo ocurrido. No había escuchado cuando Daisy habló con él y le contó la verdad. A cambio, la había encerrado en su alcoba bajo llave.

—Vuestro semblante os traiciona. —Lily no pensaba darle tregua—. ¿Qué ha pasado? ¿Mi hermana no se ha adaptado a la vida con los MacMeinn y con vos?

—No, todo lo contrario. Ella les ha cogido mucho cariño a los miembros del clan, y viceversa. Y el matrimonio iba bien. Estar casado con Daisy ha sido agradable.

—¿Agradable? —lo interrumpió Lily.

—Más que agradable —concedió, ante la censura de su mirada—. Era una buena esposa.

—¿Era?

—Es —gruñó.

—Murtagh, ¿qué está ocurriendo? —intervino Drustan, al verlo tan ofuscado—. ¿Por qué se ha marchado Daisy?

Él miró a todos los presentes. A la familia MacAuley y a sus propios hombres, que también prestaban atención, deseosos de saber qué había sucedido con lady MacMeinn y el niño.

—Lady Lily, Drustan, ¿podemos hablar a solas?

—¿Por qué? —preguntó el laird Patrick.

—Es un asunto delicado y prefiero que la hermana de Daisy lo sepa primero.

—Me estáis poniendo muy nerviosa, Murtagh —dijo Lily, aunque se levantó de la silla, deseosa de retirarse a un lugar más apartado para poder hablar.

Su esposo la siguió y se dirigieron hacia el despacho del jefe del clan. Cuando estuvieron los tres a solas, el matrimonio MacAuley lo enfrentó. La postura de Drustan, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas ligeramente separadas, demostraba que estaba igual de tenso que la joven.

Los miró a ambos, sin saber cómo abordar el tema. ¿Cómo les decía que Rowan era su

sobrino desaparecido?

—Daisy descubrió algo que la perturbó bastante. En realidad, la conmocionó. Y a mí también.

Los ojos de Lily lo taladraban, fijos en los suyos. Contenía la respiración.

—¡Por todos los demonios, Murtagh! ¿Qué averiguó? —Drustan no era tan paciente como su esposa.

—Ella…

Respiró hondo. Le costaba decirlo. Sabía que era cierto, que era una verdad que tendría que digerir y aprender a vivir con ella, pero eso no lo hacía más sencillo.

Expresar en voz alta que Rowan no era hijo suyo le resultaba muy doloroso.

—¡Murtagh! —Esta vez, fue Lily la que lo apremió.

—Daisy averiguó que Rowan es, en realidad, el hijo que Nimue le robó el mismo día de su nacimiento.

A Lily estuvieron a punto de salírsele los ojos de las órbitas. Drustan dio un paso hacia él, pero se quedó a medio camino, sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué estás diciendo? —susurró la joven rubia.

Se llevó las manos al pecho, con la respiración agitada.

—¿Tú lo sabías? ¿Lo has sabido todo este tiempo… y no has dicho nada? —le preguntó Drustan.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Cuando Daisy me lo contó, no quise creerla. Por eso mismo se ha marchado. Yo estaba convencido de que Rowan era mi hijo, que Nimue lo había dado a luz después de que yo la echara de Mullach Creige. Al poco tiempo de regresar, ella murió. Llegó muy enferma, diciendo que el niño era mío, y siempre me he sentido culpable por obligarla a dejar la fortaleza estando encinta. Por eso jamás hablaba de ella con nadie…

—Y por eso nosotros tampoco supimos que la madre de Rowan era Nimue. O, al menos, que tú creías que era Nimue —Lily movía la cabeza, impresionada con la revelación—. Si lo hubiéramos sabido, te habríamos dicho que no era posible. Ella se vino a Inglaterra cuando nos marchamos de Mullach Creige y estuvo conmigo y con mi familia todo ese tiempo… Pero no estaba embarazada, Murtagh. Nos enteramos de que había perdido un bebé, aunque eso ocurrió antes de llegar a nuestro hogar. Fue, o eso creemos, la causa de que se llevara a mi sobrino.

Cada palabra de Lily se le clavaba como una espina en el corazón. Aunque ya sabía quién era Rowan, escuchar la explicación que definitivamente corroboraba toda la historia fue demoledor.

—Kendrew y yo fuimos hasta Mullach Creige a buscarla, Murtagh…

—Lo sé —lo interrumpió. No quería escuchar más—. Ya lo sé. Como os digo, lo he sabido hoy mismo. Os prometo que ignoraba todo lo ocurrido y, durante todo este tiempo, Rowan ha sido mi hijo. Lo he tratado como tal, lo he querido como tal. Desde la primera vez que lo vi me entregué en cuerpo y alma a él.

Su voz dejaba traslucir un desgarrado sentimiento. Lily se sentó en una de las sillas, con una mano todavía en el pecho y la mirada perdida.

—Mi sobrino —musitó—. Jamie estuvo con nosotros, jugó con Ailsa, con Drake y Brodie. Todo ese tiempo lo tuvimos al lado, y no nos dimos cuenta… —Levantó los ojos hacia Murtagh —. Daisy sí —reconoció—. Daisy sintió debilidad por ese pequeño desde el primer momento, sentía que algo la unía a él de alguna manera. Ella creía que era el recuerdo de Jamie… Pero no. Era él, y el corazón de Daisy lo reconoció al instante.

—¿Y qué ocurrió? —Drustan no estaba tan conmovido. Se le veía más preocupado por lo que estaba sucediendo en esos momentos—. ¿No pudiste soportarlo cuando mi cuñada te dijo que su

padre era un inglés? ¿Qué le hiciste, qué le dijiste? ¿Acaso renegaste del niño, por eso ella se ha visto obligada a huir?

Murtagh se encendió como un fuego alimentado con yesca seca.

Con un rugido, se abalanzó sobre Drustan y trató de golpearlo con fiereza. El otro, que ya empezaba a conocer sus violentos arrebatos, lo esquivó a tiempo.

—¡Murtagh! —gritó Lily, interponiéndose rápidamente entre los dos para impedir una pelea.

El MacMeinn respiraba con dificultad por la ira.

—No vuelvas a decir que he renegado de mi hijo —le advirtió a Drustan, apuntándole con un dedo—. Jamás le daría la espalda, jamás lo alejaría de mí a propósito. Reconozco que la noticia me afectó mucho, y me afecta todavía, pero Rowan es mi hijo. No me importa su origen, ese niño es mi familia. Al igual que Daisy —añadió con pasión—. Ellos son la única familia que me ha aceptado y me ha querido de verdad en toda mi vida. Yo no los eché de Mullach Creige. Si fuera así, no estaría ahora aquí, buscándolos.

—Murtagh… —Lily quiso decir algo, pero él ya había aguantado suficiente.

—Estoy perdiendo el tiempo con tanta explicación. Voy a reunir a mis hombres y nos marcharemos de inmediato para continuar…

—Espera —lo detuvo Drustan—. Daisy y Rowan son también nuestra familia, y somos aliados, Murtagh. Iremos contigo, te ayudaremos a buscarlos. Avisaremos a los Buchanan; cuantos más seamos, antes daremos con ellos. Enviaremos patrullas en todas direcciones, preguntaremos por todas las aldeas y granjas de aquí hasta Inglaterra…

—Ese es, precisamente, el destino de Daisy según mis consejeros. Su escolta la lleva al hogar de su difunto esposo y hacia allí me dirigía. Quise venir aquí primero porque tenía la esperanza de que ella avisaría a sus hermanas de lo ocurrido, pero no ha sido así.

—Entonces, os acompañaremos con más motivo. Si el marqués de Lonbrook os ve aparecer en las puertas de su castillo con vuestros hombres, verterá aceite hirviendo sobre vuestras cabezas —dijo Lily—. Disculpadme, laird, pero dais mucho miedo. Será mejor que acudamos a mi padre, el barón de Aldenford, y que sea él quien le pida una reunión al marqués. Un encuentro más civilizado será, sin duda, mucho más efectivo.

Murtagh movió la cabeza, disconforme.

—Eso suena a que nos demoraremos más de la cuenta.

—¿Qué pretendes? ¿Atacar el castillo del marqués y llevarte a la fuerza a Daisy y a Rowan?

—¿Por qué no? Si además cuento con vosotros y con los Buchanan, como has dicho, no será muy complicado. Estoy seguro de que podremos arrasar con ellos.

—¿Con quién? —Esta vez fue Lily la que lo enfrentó—. ¿Con el abuelo del niño y su gente?

Fue como si le arrojaran un cubo de agua helada sobre la cabeza. La esposa de Drustan tenía razón, no podía entrar a la fuerza en Inglaterra. Esas personas eran la familia de Rowan, de Daisy… Y ella jamás se lo perdonaría si les hacía daño.

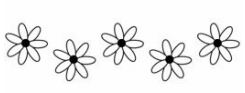
—Está bien —concedió al fin, aplacándose—, lo haremos a vuestro modo.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —preguntó Lily, yendo hacia la puerta.

La joven rubia parecía deseosa de reunirse con su hermana y su sobrino.

Aunque ese deseo no era, ni de lejos, tan fuerte y decidido como el suyo. Murtagh necesitaba recuperarlos y ya intuía la agonía que tendría que soportar hasta que por fin pudiera abrazarlos. Preveía el viaje a Inglaterra lento, al igual que las negociaciones entre los ingleses que podían devolverle a su familia.

Iba a ser un infierno.



Unos días después, en el castillo del barón de Aldenford

—No eres como el primer esposo de Daisy. De hecho, no te pareces en nada a él.

El hombre lo estudiaba minuciosamente con unos duros ojos castaños. Ante tal escrutinio, Murtagh se sentía empequeñecer. Algo de lo más extraño, porque el barón de Aldenford era un anciano y, para colmo, estaba enfermo. Lo recibió en su despacho, con el pie derecho en alto, vendado, apoyado sobre un escabel de terciopelo rojo.

No le respondió. ¿Tenía que hacerlo? No creía que hubiera nada que replicar ante esa observación.

—Y me alegro de ello —prosiguió James Wadlow, para su sorpresa—. Richard era un buen hombre y yo lo apreciaba, pero jamás lo deseé como yerno. Siempre sentí que mi Daisy merecía más. Un esposo que no pusiera su vida en peligro, para empezar, que fue justamente lo que hizo Richard al dejarla encinta. Él sabía de la maldición que perseguía a mi familia y, aun así, la cortejó y la enamoró, exponiéndola a sus fatales consecuencias.

—Pero, al final, Daisy se salvó y él fue la víctima.

El barón de Aldenford asintió gravemente ante aquella conclusión.

—También perdimos a Jamie. Mi nieto fue la otra víctima. —Hizo una pausa para intensificar el repaso que le hacía a su persona, apretó los labios e hizo una honda inspiración cuando terminó—. Ahora que sabemos que estuvo contigo, que tú te ocupaste de él y lo cuidaste como si fuera tu propio hijo, quiero darte las gracias. ¿Qué hubiera sido de él si esa mujer no hubiera salido nunca del bosque donde se escondió y tú no los hubieras aceptado en tu hogar? Los Wadlow estamos en deuda contigo.

—De ninguna manera —se apresuró a decir—. Soy yo quien os debe agradecimiento por la ayuda que nos prestasteis cuando Daisy os escribió y os pidió los víveres para mi gente.

Ambos guardaron silencio unos segundos, sin apartar la mirada el uno del otro.

—¿La amas? —preguntó James Wadlow, de sopetón.

¿Y decían que él era brusco en sus formas? Ese inglés no se andaba con rodeos.

Ante sus dudas e incomodidad, el barón continuó:

—Estoy enfermo, como habrás observado. Mi salud empeora por momentos, por lo que no tengo tiempo de ser cortés. Lamento ponerte en este brete, pero te pido sinceridad. Quisiera marcharme de este mundo sabiendo que todas mis hijas tienen una buena vida, al lado de personas que las aman de verdad. Si tú no eres una de esas personas, no puedo morirme todavía. Antes, tengo que encontrarle un buen esposo a Daisy, que la quiera a ella y, por supuesto, al hijo fruto de su primer matrimonio.

—Daisy ya tiene un esposo, barón. Me tiene a mí. Y Rowan ya tiene un padre.

—Lily y Heather me han dicho que vuestro matrimonio es de prueba. No la querías para siempre cuando pronunciasteis los votos, así que no te pongas tan digno conmigo y contéstame a la pregunta. ¿La amas? ¿La quieres en tu vida para siempre? Porque si no es así, ya puedes regresar a Escocia con tu clan. El marqués de Lonbrook ya se habrá encargado de Daisy y el niño al descubrir que Jamie está vivo. Y, de todas maneras, yo iré a buscarlos, por si acaso, así que puedes marcharte con la conciencia muy tranquila. Ellos estarán bien.

Murtagh entrecerró los ojos al escucharlo.

—Creo que no me habéis entendido. Daisy y Rowan… Jamie —concedió—, no necesitan que nadie se ocupe de ellos. Ya tienen una familia y un hogar, en Mullach Creige, conmigo. Y me los llevaré allí en cuanto los encontremos.

El barón lo miró fijamente y entrelazó los dedos de las manos con parsimonia. El gesto hablaba por sí solo: su posesivo discurso no lo impresionaba en absoluto.

Aún esperaba una respuesta.

—Los amo —susurró al fin Murtagh, a regañadientes, pero con sinceridad—. A los dos. No regresaré a Escocia sin ellos, así tenga que recorrer Inglaterra palmo a palmo hasta encontrarlos.

James Wadlow sonrió lentamente, complacido con su respuesta.

—¿Lo ves? No era tan difícil. —Alargó la mano para agarrar una campanilla que tenía a su lado, sobre la mesa, y la hizo sonar. Al momento, apareció uno de los criados en la puerta—. Necesito un emisario de inmediato —le pidió—, voy a escribir una carta para el marqués de Lonbrook.

—Sí, mi señor.

En cuanto el hombre desapareció, el barón se levantó de la silla con ayuda de su bastón. Murtagh intentó ayudarlo, pero James Wadlow no se lo permitió y se irguió con orgullo, aunque no pudo evitar un gesto de dolor.

—Tranquilo, ya estoy acostumbrado —le dijo—. Vamos, hemos de prepararnos. Mandaré esa misiva y partiremos de inmediato.

—Si vamos a ir, ¿por qué perdéis el tiempo enviando una carta a ese marqués?

El barón volvió a mirarlo de arriba abajo.

—Porque si me presento contigo, con Drustan y con Kendrew, acompañados de vuestras tropas, sin poner a Oliver Hall sobre aviso, nos acribillarán a flechazos desde las almenas. Creerán que están siendo invadidos por una horda de bárbaros.

Era muy posible, pensó Murtagh.

Y, aunque eso significase tener que esperar unos días más para reencontrarse con Daisy y Rowan, lo aceptaba. Haría lo que fuera por ellos, hasta aceptar las absurdas normas de cortesía de los estirados ingleses.

Capítulo 33



—Os lo dije: él no vendrá.

En la oscuridad de aquella mazmorra, la voz masculina sonó cavernosa y despiadada. Daisy, sentada en el suelo helado de piedra, abrazó con más fuerza a su hijo, que se acurrucaba contra ella, temblando.

No había dejado de temblar desde que fueron atacados por los mercenarios de lord Hughes la fatídica noche en la que abandonaron Mullach Creige.

Los habían interceptado antes de que hubieran salido de las tierras MacMeinn y los rodearon con rapidez. Forbes le entregó a Rowan para que él pudiera blandir la espada y defenderlos. El guerrero se había interpuesto entre ellos y esos malhechores… Pero no había servido para salvarlos.

El pelirrojo solo había podido terminar con dos mercenarios antes de que los otros se le echaran encima y lo tiraran del caballo.

Daisy recordaba aquella escena con gran horror, y suponía que para Rowan había sido mucho peor.

Tenía el grito de Dharma grabado en la cabeza y el terror de aquel momento todavía le reptaba por la garganta cuando las imágenes regresaban a su cabeza. Dos de los hombres habían apresado a Forbes, sujetándolo con fuerza, mientras el que los lideraba se acercaba a él con una risa de hiena y un afilado cuchillo en la mano.

Le había rajado el estómago de un tajo y le había sacado las tripas lentamente, mientras el pobre Forbes se retorcía de agonía y gritaba a su vez, con un sonido que le desgarró el alma y que jamás podría olvidar.

La suerte de Dharma no había sido mejor, aunque, en su caso, ni Rowan ni ella lo presenciaron. Los mercenarios se separaron. Unos se llevaron a Daisy y a Rowan como prisioneros para presentarlos ante lord Hughes. La esposa y el hijo del laird MacMeinn eran buenas presas para cobrar un buen botín por ellas. Los demás se quedaron en el mismo lugar donde los habían emboscado y retuvieron con ellos a la joven sirvienta, a la que no le sirvió de nada chillar y patalear mientras llamaba a su señora con desesperación para que no la dejara sola…

Cada vez que Daisy pensaba en ella o imaginaba las torturas que podría haber sufrido, sentía ganas de vomitar.

Y de llorar.

Y de echarse sobre el suelo de aquella celda, hecha un ovillo, para tratar de vaciar su cabeza de todos los horrores que habitaban en ella y desvanecerse…

Pero Rowan estaba con ella, y tenía que mantener la compostura. Debía ser fuerte por él; no podía derrumbarse y mostrar todo el miedo y el espanto que la quemaban por dentro, porque su hijo ya estaba aterrado.

Por eso, cuando Thomas Hughes apareció en la mazmorra y escupió su veneno sobre ellos, trató de que su voz sonara firme para hacerle frente.

—Sí que vendrá. Y, cuando lo haga, os arrepentiréis de esto.

Daisy se estremeció al ver la sonrisa macabra de aquel hombre al otro lado de los barrotes. El gesto dejaba ver una hilera de dientes sumamente desiguales y sucios. Sus ojos saltones, además de contemplarla con malicia, le transmitieron una sensación de locura. Apenas tenía pelo por la parte alta de la cabeza, aunque el poco que le quedaba alrededor de la coronilla, de color grisáceo, lo llevaba largo y mal cuidado. Las manos que apoyaba en los hierros de la celda eran huesudas, como el resto de su cuerpo, extremadamente delgado. Lo compensaba vistiendo con muchas capas de ropajes pomposos y exceso de pieles, aunque ni siquiera eso lo dotaba de la elegancia que le correspondía a un lord inglés.

A lo mejor era porque Daisy lo detestaba, pero ese hombre le resultaba repulsivo en todos los aspectos.

—Lleváis aquí más de una semana, milady, y no hay rastro de vuestro esposo.

—No sabe que estamos aquí —respondió.

Lord Hughes premió esa rápida respuesta con una risa seca.

—Eso es lo que os gusta pensar, pero no es así. Le envié un mensaje con la noticia de vuestra captura en cuanto mis mercenarios os trajeron, lady MacMeinn. —Hizo una pausa para que las palabras calaran en ella—. Si no ha venido ya, es porque no le importáis, al igual que no le importó el sufrimiento de mi pobre hija en su momento. Es un mal hombre. Cometí el error de mi vida permitiendo que Margery se desposara con él y pienso hacérselo pagar a ese miserable.

Rowan se abrazó a ella más fuerte y Daisy supo que entendía perfectamente todo lo que Thomas Hughes decía.

Apretó los dientes con furia antes de responderle.

—Os equivocáis. Murtagh padeció mucho cuando perdió a Margery y al bebé que llevaba en sus entrañas. Y, si fue un error vuestro, ¿por qué ha de pagarlo él? Fuisteis vos quien ofrecisteis a vuestra hija a un laird escocés con la promesa de que os prestaría su ejército cuando lo necesitarais. Fuisteis vos el que la vendió sin pensar en sus sentimientos. Y, ahora que conozco la historia, en verdad os digo que no lo entiendo. ¿Para qué necesitáis las tropas MacMeinn? Tenéis a vuestros mercenarios. Sea lo que sea lo que necesitéis, podéis pagar por sus servicios. Para mi desgracia, he podido comprobarlo en persona.

—Los mercenarios son apenas una decena de hombres. Y son indisciplinados y caprichosos, milady. Yo necesito soldados, guerreros bien adiestrados y cumplidores. La reina María lleva poco en el trono, aún no me conoce, pero mi pretensión es que me tenga muy en cuenta. Si me presento ante ella y pongo un ejército a su disposición para defender los intereses de Inglaterra contra Escocia, seré recompensado con más tierras y algún título nobiliario. Tengo más hijos, además de Margery, a los que debo dejar bien cubiertos antes de mi muerte. Ser un simple lord ya no es suficiente para mí. ¿Os imagináis lo que podré conseguir con un ejército de highlanders que luchen contra sus compatriotas? Mi reputación se verá reforzada y seré uno de los favoritos de su majestad. Eso no tiene precio, milady. Es la mayor recompensa a la que puedo aspirar… y pienso conseguirla, aunque tenga que empezar a cortaros en pedacitos, a vos y a ese niño, para enviárselos poco a poco a MacMeinn. Sea como sea, ese miserable cumplirá la palabra dada por su padre. Me ocuparé de ello, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Vos lo habéis dicho —susurró Daisy, al tiempo que apretaba a Rowan contra sí, pues la amenaza que había salido de sus labios había conseguido que el niño sollozara—, será lo último que haréis; porque, cuando Murtagh llegue, no viviréis para ver otro día.

De nuevo, la risa seca de Thomas Hughes rebotó contra las paredes de piedra de aquel apestoso lugar.

—Pues más vale que vuestro esposo se dé prisa, porque el tiempo se acaba. Solo gozáis de un par de días más de plazo para disfrutar de mi amable hospitalidad. Después, le enviaré un nuevo mensaje… Creo que conseguiré su atención si le envío un dedo de cada uno de vosotros. Id pensando de qué falange podéis prescindir, milady.

El hombre se alejó y el sonido de sus pasos se fue perdiendo poco a poco. Solo cuando el silencio reinó en la celda, Rowan levantó la cabeza de su regazo.

—¿Nos va a cortar los dedos? —preguntó entre lágrimas.

Daisy deseó que aquel ser detestable regresase para poder clavarle una daga en su negro corazón. Pero dudaba mucho de que ese cobarde se le acercara tanto y, además, no tenía ninguna daga.

—No, cielo, claro que no. Lo ha dicho para asustarnos, pero nosotros somos valientes y no logrará lo que pretende.

—¿Por qué no ha venido padre a buscarnos?

—No lo sé —le respondió, con sinceridad—. Tal vez está pensando en una manera de rescatarnos.

—Pues tarda mucho.

—Sí. Está tardando mucho.

Daisy no dejaba de darle vueltas a ese tema. Al igual que el niño, se preguntaba por qué Murtagh no había aparecido ya. ¿Acaso no había recibido el mensaje? Era posible, teniendo en cuenta que los tres consejeros podían haber interceptado la carta y haberla quemado para que no le llegara. Pero ¿con qué fin? A ellos les interesaba resolver ese feo asunto con lord Hughes tanto como a Murtagh, ya que no hacerlo tenía fatales consecuencias para el clan. Ese hombre continuaría enviando a los mercenarios a las tierras MacMeinn hasta salirse con la suya.

Claro que, Daisy ya había sido testigo de que el bienestar de los MacMeinn era algo secundario para los ancianos. Lo primero en lo que pensaban Akir, Banner y Nathair era en ellos mismos. ¿Y qué beneficio podían sacar del hecho de ocultar a Murtagh algo así? Por más vueltas que le daba, no lograba comprenderlo.

Por otro lado, estaba la posibilidad de que el mensaje sí hubiera llegado a su destino. Y, en ese caso, que Murtagh no hubiera ido a por ellos solo podía significar una cosa: que realmente no le interesara recuperarlos.

Solo de pensarlo, las náuseas regresaban.

Podía entender que a ella no la quisiera, ahora que había decidido terminar con aquel matrimonio de prueba. Pero ¿qué pasaba con Rowan? ¿Tal vez había aceptado por fin la verdad de su nacimiento y, como no era hijo suyo, había optado por desentenderse?

En el fondo de su corazón, sabía que todos esos pensamientos negativos no podían ser ciertos. Murtagh no era así, no era un mal hombre, como había insinuado Hughes, y amaba al niño. Pero los días que llevaba ya encerrada en ese oscuro lugar le estaban pasando factura y todos los sentimientos se magnificaban. Había momentos en los que se hundía completamente y por su cabeza cruzaban las peores y más desalentadoras ideas. La desesperanza la mordía con saña y, si no fuera porque tenía a Rowan con ella, se habría vuelto loca.

Se mantenía cuerda gracias al niño…

Y a esa nueva vida que intuía en su interior.

Era pronto para saberlo con certeza, pero allí, en la mazmorra, sin nada más que hacer aparte de imaginar fatalidades e intentar disimular sus miedos por el bien del niño, se había dado cuenta de que no había manchado en los días correspondientes. Tal vez fuera únicamente por las tensiones de los últimos acontecimientos, mas Daisy conocía su cuerpo, y solo había tenido tales

sensaciones y ese dolor de pechos una vez antes: cuando se quedó embarazada de Jamie.

Sin embargo, saberse encinta no era una alegría en esos instantes. Si algo llegaba a ocurrirle, si Murtagh perdía de nuevo a una esposa con su futuro hijo en el vientre, no lo superaría.

—¿Quién es Jamie?

La pregunta del pequeño la rescató de sus funestas cavilaciones. Daisy lo miró, sorprendida de que sacara ese tema en aquel momento.

—¿Por qué quieres saberlo ahora?

Rowan se encogió de hombros. Seguramente, el pequeño necesitaba algo que lo distrajera de su realidad tanto o más que ella, y solo se le había ocurrido aquello para lograr su atención.

—Me llamaste Jamie y lloraste mucho. ¿Es tu hijo perdido?

Daisy no recordaba cómo se había enterado Rowan de esa historia. Tal vez se lo habían contado sus sobrinos cuando jugaba con ellos, o tal vez el propio Murtagh.

—Sí —le respondió, sincera, cambiando de postura para poder mirarlo a los ojos—. Una persona me robó a mi bebé cuando nació y se lo llevó de mi lado. Lo busqué por todas partes, durante mucho tiempo… pero no pude encontrarlo.

—¿Quién se lo llevó?

Ella le acarició la sucia carita y trató de sonreír. Dos gruesas lágrimas se le escaparon antes de que pudiera contestar.

No iba a mentir más a su hijo.

—Nimue.

Los ojos azules de Rowan mostraron su desconcierto hasta que las ideas se enhebraron unas con otras.

—Mi madre también se llamaba Nimue.

—Cielo —le susurró Daisy—, fue ella. Nimue no era tu madre de verdad. —Al tiempo que hablaba, le pasaba la mano por el pelo con dulzura—. Ella quería tener un hijo y por eso me robó el mío. Mi hijo Jamie era rubio, como tú. Tenía los ojos azules, como tú. Tenía una mancha roja en su piel, en la zona del hombro, como tú… ¿Entiendes lo que eso significa?

—No —respondió el niño, aunque por el susto de su mirada, lo entendía perfectamente.

Tal vez solo quería oírselo decir a ella.

—Cariño, tú eres mi hijo. Tú eres Jamie. Tú eres ese bebé que me robaron y que he estado buscando durante tanto tiempo.

El pequeño la miraba con los ojos muy redondos, completamente ofuscado.

—Mi nombre es Rowan —dijo, perdido.

Daisy asintió. Quizá se había precipitado al intentar explicárselo en esas circunstancias. No lo presionaría, ya habría otro momento, más adelante, cuando ya no estuvieran presos, cuando pudieran volver a Mullach Creige…

Si es que Murtagh todavía los quería a su lado.

—Por supuesto, Rowan. No te preocupes, todo irá bien. Lo solucionaremos.

A pesar de la suavidad de sus palabras, el niño continuó mirándola con desconfianza y, para dolor de Daisy, se levantó y se apartó de su lado para sentarse en el otro extremo de la celda, aovillándose contra la pared.

La joven cerró los ojos y dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas en un llanto silencioso.

Esperaba no haber roto la relación que mantenía con su hijo por su imprudencia.

Al cabo de unos minutos, volvió a abrir los ojos, sorprendida. Rowan había regresado y se había sentado sobre su regazo, colocándole una manita sobre la mejilla para secarle las lágrimas.

—No llores, mamá. Puedes llamarme Jamie si quieres, pero no llores.

A Daisy se le escapó un desgarrado sollozo al escucharlo y lo abrazó con fuerza, apretándolo contra su pecho.

La había llamado *mamá*.

Había esperado cinco años y medio para escuchar esa maravillosa palabra de los labios de su pequeño, cinco años y medio durante los cuales ella se sintió mucho más perdida que él; y, con ese único y sencillo gesto de su hijo, acababa de rescatarla del infierno que había soportado todo ese tiempo.

Capítulo 34



Elderbrook era un bonito castillo, rodeado de bonitos jardines y fuentes, adornado por dentro con bonitos cortinajes y muebles bonitos. Todo en ese lugar invitaba a disfrutar de una vida elegante, tranquila y confortable.

Y Mullach Creige era una fortaleza tosca, funcional, carente de lujos.

En eso era en lo que pensaba Murtagh mientras aguardaba en el gran salón, junto con el resto de la familia Wadlow, a que el marqués de Lonbrook se reuniera con ellos.

Pensaba también que no le extrañaba que Daisy hubiera mirado su hogar con aquellos ojos llenos de crítica cuando lo vio por primera vez. Si ella estaba destinada a pasar el resto de su vida entre los fastuosos muros que ahora lo rodeaban, paseando por sus increíbles jardines, tenía que haberse sentido muy decepcionada al ver dónde moraban los MacMeinn y cuál era su estilo de vida. La joven era una flor, criada para ser tratada como tal, y no para acabar en un lugar inhóspito en las frías montañas de Escocia, donde era muy probable que acabara marchitándose.

Si realmente Rowan era Jamie, si realmente el niño era el heredero de todo cuanto veían sus ojos en ese momento, no le extrañaba que la joven hubiera huido para refugiarse allí. Después de cómo la había tratado, no tenía que sorprenderlo que Daisy prefiriera esa otra vida.

Aunque todas aquellas suposiciones quedaron en nada cuando el marqués hizo acto de presencia por fin, acompañado únicamente por su elegante esposa. El matrimonio recibió a los visitantes con claros gestos de consternación.

—No están aquí —les explicó su anfitrión—. Recibí vuestra misiva y me quedé muy preocupado. ¿No sabéis dónde pueden estar?

—¿De verdad ese niño es mi nieto? —preguntó a su vez la marquesa, sin saber muy bien a quién dirigirse, por lo que los miraba a todos con ojos ansiosos—. ¿Es Jamie, es el hijo de mi amado Richard?

Algo en el interior de Murtagh quiso rebelarse y gritarle a esa dama que el niño era suyo. Escuchar a esa gente hablar de Rowan como si lo conocieran, como si les perteneciera, lo hería más profundamente de lo que jamás hubiera sospechado.

Y, sin embargo, al contemplar el retrato que tenían sobre la chimenea principal del salón, no le quedaba ninguna duda del origen del pequeño. En aquel lienzo, Richard Hall posaba con ropajes que él jamás se pondría, con una ligera sonrisa en sus labios y una cálida luz en su mirada. Su rostro, sus facciones, su gesto… le recordaban demasiado a Rowan. Aquel era el padre del niño, no había duda.

—¿Tampoco se ha puesto en contacto con vosotros? —escuchó la pregunta del barón de Aldenford.

—No. No sabemos nada de Daisy desde hace mucho tiempo.

Esas palabras consiguieron centrar a Murtagh en el momento presente y en el problema que tenían entre manos.

¿Dónde demonios estaban? Todas las preocupaciones que bullían en su interior se concentraron en una sola: averiguar dónde se encontraban Daisy y el niño.

—¿Dónde puede haber ido? —preguntó en voz alta Rose.

—Ella no iría a ningún otro lado —apuntó Lily—. Sus únicas posibilidades eran venir aquí o al hogar de padre, donde sabía que sería bien recibida.

—¿Y si llegó a contactar de algún modo con Bluebell y se ha marchado con ella en el Savage Blue? —sopesó Heather.

—¿Para qué? Los viajes de Blue y Declan son comerciales. Empiezan y terminan en el mismo punto, cuando regresan a casa. —Rose no le veía el sentido.

Mientras las hermanas discutían las posibilidades, en el interior de Murtagh crecía un pánico que jamás antes había experimentado, salvo, tal vez, cuando encontró a Margery en las almenas de Mullach Creige. Aunque no… Por algún motivo, no saber dónde estaban Daisy y Rowan, no saber si estaban sanos y salvos, era muchísimo peor. La incertidumbre le corroía las entrañas y el esfuerzo por mantener la compostura, sin dejar traslucir toda la furia y frustración que sentía, lo estaba consumiendo.

—¿Y si fueron atacados por los mercenarios de lord Hughes? —apuntó Tyler, verbalizando su peor miedo—. Rondaban nuestras tierras; Forbes sabía que era peligroso y, aun así, se aventuró a escoltar a lady MacMeinn en solitario, sin la compañía de una buena tropa.

Con cada palabra de su segundo al mando, el suelo sobre el que se apoyaban los pies de Murtagh parecía resquebrajarse más y más. Era incapaz de hablar; solo lo miraba, en tensión, como si esperara que, en cualquier momento, alguien de los allí presentes dijera que tal posibilidad era una locura.

—¿Qué mercenarios? —preguntó entonces Kendrew Buchanan.

Como su lengua seguía paralizada, el propio Tyler respondió.

—Desde los Juegos, las tierras MacMeinn han sufrido el acoso de una banda de maleantes contratados por lord Hughes, el padre de la primera esposa de Murtagh. Son criminales sin escrúpulos, brutales y despiadados. Han quemado campos, cosechas enteras, han robado animales y han asaltado la aldea donde viven la mayoría de los MacMeinn.

—¿Por qué no nos pediste ayuda? —le echó en cara Drustan—. Ahora somos aliados, tanto Kendrew como yo te habríamos enviado hombres para proteger a tu gente hasta acabar con la amenaza.

—Los guerreros MacMeinn son perfectamente capaces de velar por los miembros del clan sin ayuda de nadie —espetó él, picado en su orgullo—. Hemos acabado con muchos de esos mercenarios.

—Pero, por lo que acaba de decir Tyler, el problema no está solucionado.

—Porque cada vez que masacramos a uno de esos grupos, Hughes contrata más hombres. Me odia por lo que ocurrió con su hija y, para colmo, tengo una deuda con él; una que no he podido saldar hasta el momento. No se dará por vencido hasta que acabe conmigo… aunque tenga que llevarse por delante a todos los MacMeinn.

—¿Le debes dinero a un inglés? —preguntó Drustan.

Murtagh movió la cabeza, muy incómodo con aquella conversación. Él, que no era dado a compartir sus pensamientos con nadie, y mucho menos los problemas que lo agobiaban, se encontraba de pronto soltando la lengua delante de la familia de su esposa, con todas las miradas clavadas en él. En sus semblantes se veía que estaban tan interesados como preocupados por su respuesta.

—Fue mi padre el que le prometió ciertas cosas a Hughes que ahora no pienso cumplir. Por eso me pide que le devuelva la dote que nos entregó cuando me desposé con su hija —soltó, de golpe—. Los mercenarios son su manera de presionarme para que cumpla la palabra dada por mi

padre en el pasado.

—¿Y crees que ellos pueden haberles hecho algo a Daisy y al niño? —preguntó Heather con un hilo de voz, con los ojos castaños cargados de congoja.

Murtagh tragó saliva y la culpa le raspó en la garganta.

—Es posible.

—Ese hombre del que hablas, ¿es lord Thomas Hughes? —El barón de Aldenford se frotó el mentón, pensativo.

—El mismo.

—Lo conozco. He coincidido en alguna reunión con él.

—Yo también —dijo Oliver Hall—. Es un hombre avaricioso, pero el dinero no le importa tanto como su reputación. Me extraña que os presione tanto por una deuda monetaria.

—En realidad —aclaró Murtagh—, lo que él quería era que pusiera las tropas MacMeinn a su servicio, para que lucharan por él, en su nombre, en los enfrentamientos contra nuestros compatriotas escoceses. Eso es lo que le prometió mi padre y lo que me he negado a cumplir.

—Eso ya me cuadra más —James Wadlow golpeó el suelo con su bastón y chasqueó la lengua—. Con una maniobra de tal calado obtendría el reconocimiento de la Corona y podría conseguir ese título nobiliario que siempre ha deseado. Jamás ha pasado de ser un simple lord, pero si ofrece ese apoyo a la causa inglesa contra Escocia, la reina podría recompensarlo con más tierras y nombrarlo barón.

—Entonces, aunque MacMeinn le pague esa deuda, tal vez no quede satisfecho —intervino Diego de Valterra.

—De todas maneras, no puedo pagarla —apuntilló él.

—Puedes —le aseguró el español—. Creo que no te das cuenta de tu verdadera situación. Daisy es mi cuñada, Jamie es mi sobrino. Y yo, como marqués de Osorio, tengo fortuna suficiente para ayudaros. No solo tienes como aliados a los Buchanan y a los MacAuley.

—Y ese niño es mi nieto —habló también Oliver Hall—. Futuro marqués de Lonbrook. Pagaría lo que fuera necesario para que me lo devuelvan sano y salvo.

Murtagh meneó la cabeza, abrumado. Jamás pensó que encontraría tal apoyo fuera de Mullach Creige.

Pero Diego había dado en el blanco con su suposición: si Hughes tenía a su familia, dudaba mucho que se conformara con exigir el pago de la deuda. Lo odiaba demasiado como para no aprovechar su ventaja y presionarlo para salirse con la suya.

Según lo veía él, solo había un modo de arreglar aquello.

—Ya se me ha terminado la paciencia con ese hombre —les anunció a todos—. Creo que es hora de hacer algo más drástico, algo que debí haber hecho la primera vez que me amenazó. Sé que puedo originar un conflicto aún mayor con Inglaterra, pero al fin reuniré a mis tropas…

—¡Murtagh! ¡No lo dirás en serio! —Kendrew lo miró con horror en los ojos.

—No para ofrecérselas a Hughes —le aclaró rápidamente, con un tono oscuro y violento en sus palabras—, sino para arrasar su hogar hasta los cimientos y rescatar a Daisy y a Rowan. Mis hombres y yo nos vamos; cuanto antes reúna a mis guerreros, antes los liberaremos.

—Los MacAuley y los Buchanan irán contigo —le dijo Drustan, poniéndose a su lado para partir de inmediato.

Kendrew se les unió, conforme y con gesto decidido.

—Esperad, esperad —habló James Wadlow—. Sé que sois muy capaces de ganar esa guerra que estáis dispuestos a comenzar, pero las consecuencias pueden ser fatales. Hughes es un lord, después de todo. Es parte de la nobleza, aunque pertenezca al escalafón más bajo. Y si lo

masacráis, la Corona inglesa tendrá algo que decir al respecto.

—No me importa. Al fin y al cabo, nuestras naciones han mantenido un largo conflicto durante años. Una ofensa más no va a cambiar nada, y para mí lo es todo —declaró Murtagh con pasión—. Daisy y Rowan lo son todo.

Los ojos del barón de Aldenford lo contemplaron con aprecio y algo muy parecido al orgullo.

—Me complace ver lo mucho que te importan, pero debes escucharme. Se me ha ocurrido una manera mucho mejor de resolver este problema. Dime, ¿sabe Hughes que tu esposa es mi hija?

La pregunta sorprendió a Murtagh.

—Él sabe que estoy casado con una inglesa. Aunque no, jamás le dije quién era ella.

—Y tampoco sabrá, entonces, quién es Jamie —intervino también Oliver, que miró a James Wadlow con una sonrisa cómplice.

Los dos nobles ingleses parecían leerse la mente y ambos estaban pensando en lo mismo.

—Vamos a escribirle unas letras, Oliver. Ambos firmaremos la carta, le anunciaremos nuestra visita.

—Pero no le diremos el motivo real de la misma —asintió el marqués de Lonbrook.

—No, por supuesto. No queremos estropear la sorpresa.

—Estoy deseando ver la cara de ese miserable cuando se lo digamos.

Los tres highlanders escuchaban aquel intercambio de comentarios sin comprender muy bien adónde querían llegar.

—Señores… —se impacientó Murtagh.

—MacMeinn, haz caso a estos dos viejos que conocen a tu adversario mucho mejor que tú —le dijo James Wadlow—. Si eres capaz de contener tu impaciencia un par de días más, te prometo que rescataremos a Daisy y a Jamie sin derramamiento de sangre. Y tú no volverás a tener más problemas con ese hombre.

¿Más consejos de hombres ancianos? Murtagh estuvo a punto de replicar, mas la imagen de la joven y su hijo paralizó su lengua. Él deseaba entrar a la fuerza en el castillo de Hughes y recuperarlos, aunque tuviera que ensartar con su espada a cien de sus soldados y mercenarios para conseguirlo. Pero existía la posibilidad de que, antes de que lograra llegar hasta ellos, Hughes les hiciera daño.

Y no podía arriesgarse a eso.

No soportaba pensar que pudieran sufrir algún mal a manos de ese miserable. Tal y como había declarado, ellos eran su vida y le daba igual lo que dijera toda esa gente acerca del pasado de ambos, porque no afectaría a su futuro. Rowan era su hijo y Daisy su esposa, y ese futuro estaba con los MacMeinn, junto a él, para que pudiera demostrarles cada día cuánto los amaba y los necesitaba.

Si habían sido apresados por ese desgraciado de Hughes y les había hecho algún daño, podía darse por muerto.

—De acuerdo, lo haremos a vuestro modo —aceptó, tratando de contener la furia que lo dominaba mientras apretaba con fuerza el pomo de su espada.

Capítulo 35



—Entonces ¿Ailsa es mi prima?

Daisy esbozó una sonrisa. Era increíble que fuera capaz de sonreír en su situación, pero Rowan tenía ese poder. Aun en esa apestosa y helada celda, aun en su lamentable estado, asustados, cansados y sin asear desde hacía días, el niño conservaba su entusiasmo después de conocer la verdad de su nacimiento.

—Así es. Y también lo son Drake y Brodie. —Daisy acarició el cabello de su hijo—. Ya verás, se volverán locos de alegría cuando se enteren.

—¿Si?

—¡Claro que sí! Y tienes otras dos primas más en Inglaterra: Isabel y Lavender. Les vas a encantar cuando te conozcan.

—¿Iremos a Inglaterra?

La pregunta se le clavó en el centro del pecho. ¿Irían? No tenía respuesta para esa cuestión. Daisy ni siquiera sabía si saldrían de esa mazmorra algún día.

Tragó el nudo que se le formó en la garganta al recordar que Murtagh no había ido a buscarlos. Habían pasado demasiados días y no encontraba ninguna lógica para su ausencia. Al menos tendría que haber acudido para rescatar al niño. Le parecía inconcebible que se desentendiera de ese modo del que había cuidado y querido como si fuera su hijo durante todo ese tiempo.

—Iremos —contestó, disimulando su zozobra. Lo último que deseaba era que el pequeño se angustiara más—. ¡Madre mía, cómo te van a querer tus tías y tus abuelos! —le dijo, mirándolo con adoración.

Rowan la observó fijamente. A pesar de la penumbra, Daisy pudo ver que le brillaban los ojos de emoción.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—¿Me quieres?

La joven se movió para colocarse frente a él. Lo aferró por las mejillas con delicadeza.

—Eres mi hijo, te quiero más que a mi vida. Te amé desde que supe que te llevaba en el vientre y no he dejado de amarte durante todo este tiempo. Sabía que algún día te encontraría, pero al final, fuiste tú el que me encontró en aquel bosquecillo.

Rowan estiró su manita y le acarició la mejilla a su vez.

—Yo también te quiero.

Daisy lo abrazó. Lo acunó contra su pecho con todo ese amor que siempre estuvo ahí, pero que nunca había podido expresarle a su hijo. El niño se aferró a ella, hundió la carita en su cuello y se dejó mimar.

El emotivo momento terminó de golpe cuando el chasquido de la cerradura los sobresaltó. La puerta de barrotes se abrió para dar paso al hombre que los mantenía cautivos.

Daisy lo contempló con terror. Ya habían pasado los dos días que había dado de plazo para

que Murtagh fuera a buscarlos. ¿Acaso estaba dispuesto a cumplir su amenaza y cortarles los dedos para enviárselos a los MacMeinn?

Lord Thomas Hughes se internó en la celda con un gesto fiero y ojos de loco.

—¿Quién sois vos? —susurró, con un tono muy oscuro.

La joven se levantó del suelo junto con el niño y lo alzó en sus brazos para abrazarlo con más fuerza y protegerlo de ese demente.

—¡Ya lo sabéis! —exclamó, asustada—. Soy la esposa del laird MacMeinn.

Hughes la señaló con un dedo que temblaba de rabia.

—¡No! Si solo fuerais su esposa, no tendría ahora mismo una comitiva de soldados ingleses a mis puertas. He recibido un mensaje firmado por el marqués de Lonbrook y por el barón de Aldenford anunciándome su visita. ¡Esos hombres jamás se han dignado a pisar mi castillo! ¿Por qué habrían de hacerlo ahora? —Bajó el tono para añadir con voz arrastrada—: Justamente ahora, que os tengo prisionera en mis mazmorras.

Conque era eso. Su padre y su suegro, de algún modo, se habían enterado de lo ocurrido y habían acudido a rescatarlos. Daisy sintió que la luz entraba en una parte de su corazón, porque eso significaba que Rowan y ella podrían por fin abandonar aquel hediondo lugar.

Pero, por otro lado, ¿dónde estaba Murtagh?

Conociéndolo, era bastante improbable que estuviera con ellos. ¿Con dos nobles ingleses? ¿Rodeado de soldados ingleses? Ni hablar. El laird MacMeinn no quería tener tratos con ellos, lo había dejado muy claro. Jamás lucharía en ese bando…

—¡Vamos, contestadme! —bramó lord Hughes, furioso.

Daisy sopesó la posibilidad de mentirle, porque el gesto colérico de su captor le daba mala espina. Pero, si su padre estaba allí, haría lo que fuera por reunirse con él y poner a Rowan a salvo.

—Soy la hija del barón de Aldenford —confesó.

La sorpresa y el horror se mezclaron en la expresión de aquel hombre.

—¡Tendríais que habérmelo dicho antes! —gritó, fuera de sí—. ¡Jamás os habría encerrado en una mazmorra de haberlo sabido!

Daisy sintió una oleada de indignación tras aquellas palabras.

—¿La esposa del laird MacMeinn merece estar en una celda, pero la hija del barón de Aldenford no?

Lord Hughes se acercó a ella y la aferró del brazo con violencia.

—¿Sabéis por qué os he apresado? Os lo dije, necesito más tropas, necesito hacer méritos para que la Corona me reconozca y me recompense con algo que he deseado siempre: un título nobiliario. Vuestro padre es barón, seguro que podéis entenderlo. Tierras, poder, reputación… Lo quiero todo para mi familia, pero ahora, por vuestro silencio, puede que no lo consiga. ¡Cuando vuestro padre se entere de cómo os he tratado, presentará una queja por tal agravio ante la reina!

Zarandeó a Daisy y Rowan se abrazó a ella para no caerse.

—Es lo que merecéis —siseó la joven, sin sentir ni un ápice de piedad por él.

Hughes acercó el rostro al suyo y su aliento agrio le dio náuseas cuando le habló.

—No lo consentiré —le dijo—. Vuestro padre no os encontrará aquí, no podrá culparme de nada. ¡Dagger!

Al momento, un hombre lleno de cicatrices en la cara entró en la celda. Daisy lo recordaba muy bien: era el jefe del grupo que los había asaltado en el camino. El mismo que le había rajado el estómago a Forbes con su daga —la joven intuyó que de ahí le venía ese nombre espeluznante

—, y le había sacado los intestinos delante de sus ojos.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó, aterrada.

Lord Hughes ignoró su pregunta para dar las instrucciones oportunas al mercenario.

—Escoltad a la dama fuera de la fortaleza. Saldréis por la puerta trasera, no quiero que nadie la vea. Lleváosla lejos de aquí, muy lejos… Y, después, haced lo que os plazca con ella —ordenó, ya sin mirarla—. Pero que nadie la encuentre jamás.

—¿Y el niño? —preguntó Dagger con la mirada asesina clavada en Rowan.

Hughes se detuvo antes de salir de la celda. Miró por encima del hombro y dejó escapar un suspiro frustrado.

—Si lo dejo con vida, puede contar lo que aquí ha ocurrido. Llévatelo también.

—¡No! Lord Hughes, recapacitad —le rogó Daisy, desesperada, con los ojos llorosos—. ¡Lord Hughes!

Dio un paso hacia él, pero Dagger se interpuso y la observó con sangre en la mirada. Ella se estremeció y apretó a Rowan contra sí, que temblaba también de un modo violento.

—Acompañadme, milady.

«Esto no puede estar pasando», pensó Daisy. El rostro exangüe de Forbes se le apareció, al igual que los ojos aterrados de Dharma cuando los separaron y la jovencita se quedó atrás, con parte del grupo de mercenarios. Rowan y ella no podían sufrir la misma suerte. Había tardado tanto en encontrar a su hijo… ¿y ese iba a ser su final?

Como sus pies no se movían del sitio, Dagger la aferró cruelmente por el brazo y tiró de ella sin compasión. La arrastró fuera de la celda, la sacó de las mazmorras y la condujo al exterior por una puerta trasera de aquel castillo, donde el resto de sus hombres aguardaban para llevárselos de allí.

Al menos le permitieron montar en un caballo con Rowan, que no se separaba de ella y apenas levantaba la cabeza de su pecho.

—No intentéis saltar —le advirtió aquel mercenario. Las cicatrices de su cara le parecieron más grotescas a la luz del sol—. Recordad que puedo daros una muerte rápida y digna, o puedo hacer que lo poco que os queda de vida sea un verdadero infierno. Vos elegís.

Daisy lo escuchó y supo que mentía. Que, hiciera lo que hiciera, por muy dócil que se mostrara, aquellos hombres se conducirían como lo que realmente eran: unos monstruos.

Poco después, lord Thomas Hughes recibía a sus ilustres invitados en el gran salón de su casa. Se había vestido con sus mejores galas, había ordenado que sus tres hijos varones y la única hija que le quedaba se colocaran de pie, a su lado. Su joven esposa, que era la tercera en su vida y además estaba embarazada, se sentó en la silla contigua luciendo elegante y majestuosa. A los recién llegados les dio la sensación de que el hombre estaba exhibiendo sus trofeos en lugar de a su familia.

—¡Bienvenidos, señores! —exclamó desde la tarima donde se situaban sus sillas, en una posición más elevada con respecto al resto de la sala—. ¿A qué debo esta agradable visita?

Con ayuda de su bastón para caminar, el barón de Aldenford, acompañado del marqués de Lonbrook, avanzó hasta situarse frente a él. Los guardias de ambos los siguieron de cerca, alertas a cualquier amenaza que pudieran encontrar.

—Lord Hughes, ha llegado a nuestros oídos que tenéis prisionera a una joven y a un niño. A

la esposa del laird Murtagh MacMeinn y a su hijo —dijo James Wadlow.

—¿Quién os ha dicho tal cosa? Me temo, mis señores, que se han burlado de vosotros.

—No lo creo —prosiguió el barón—. Sabed que la dama que retenéis contra su voluntad es una de mis hijas.

—Y el niño es Jamie Hall, mi nieto y heredero del marquesado —habló también Oliver Hall.

Esta última información impactó en lord Hughes, al que le traicionó su expresión. Tardó unos segundos en recomponerse, por lo que todos los que lo observaban se dieron cuenta de que mentía vilmente cuando reiteró:

—No hay ningún prisionero en mis mazmorras, señores, y me ofende que penséis que yo haría algo así. Jamás se me ocurriría tratar de ese modo la hija de un barón y al nieto de un marqués.

Los hijos y esposa de lord Hughes lo miraban también con asombro. Eran menos hábiles a la hora de disimular y quedó claro que allí estaba pasando algo raro.

—Si es cierto lo que proclamáis, no os importará que nuestros hombres registren vuestro castillo, ¿verdad?

Thomas Hughes apretó los labios con fingida indignación.

—Es un insulto que no confiéis en mi palabra. Pero, adelante, haced lo que os plazca. Cuando os aseguréis de que no retengo a nadie en mi casa, no tendréis más remedio que pedirme disculpas.

—Adelante —ordenó el barón a sus guardias—, buscad a mi hija y al niño.

Los soldados se dispersaron para recorrer el castillo mientras lord Hughes apretaba con fuerza los reposabrazos de su silla por la impotencia.

—Os advierto que, si los encontramos, o damos con alguna pista de que han estado aquí, responderéis ante la mismísima reina por esta fechoría —le advirtió Oliver Hall, dando un paso al frente.

—¿No creéis que, si yo tuviera a la esposa del laird MacMeinn prisionera, habría venido él mismo a buscarla? —les preguntó, en un intento desesperado por defenderse. La mera mención de su majestad hizo que a lord Hughes le temblara todo el cuerpo—. Y ya veis, no está aquí. Aunque tengo asuntos pendientes con él, no lo veo desde hace unas semanas.

—Sí, ese era otro tema que queríamos tratar con vos —le dijo James Wadlow—. Yo cubriré esa deuda que tiene pendiente de saldar con vos, para que lo dejéis en paz de una vez y para siempre.

—¿Vos? ¿Por qué vos? ¿Qué os importan los MacMeinn?

—Murtagh MacMeinn es ahora mi yerno, como lo fue vuestro cuando se desposó con vuestra hija. Yo no le entregué dote a Daisy, por lo que todo el dinero que le correspondería a los MacMeinn os lo daré a vos… en cuanto compruebe que ella está bien y que no le habéis hecho nada.

Lord Hughes se puso rojo de ira.

—¡Mi señor, me ofendéis! Os recibo en mi casa con buena voluntad, con amabilidad… ¡y os empeñáis en insultarme!

James Wadlow levantó la mano con la que no sujetaba el bastón.

—Si hemos errado en nuestras suposiciones, os pediremos disculpas y, tanto el marqués como yo, intercederemos por vos ante la Corona inglesa cuando reclaméis alguna recompensa por vuestros servicios. Nos consta que lleváis años intentando conseguir un título y más tierras para vuestra familia. —James Wadlow lo miró ahora fijamente, muy serio—. Pero, si descubro que sois el responsable de la desaparición de mi Daisy…

Dejó la amenaza flotando en el aire y lord Hughes pareció encogerse.

Tras los tensos segundos que siguieron a esas palabras, lady Hughes se levantó de su silla para tratar de calmar los ánimos.

—Mis señores, imagino que la travesía hasta nuestro hogar ha sido pesada y larga. Por favor, mientras esperáis a que termine el registro, tomad asiento —señaló a un extremo del salón, donde se ubicaba la larga mesa, cerca de la chimenea—, ordenaré que os sirvan un refrigerio.

James y Oliver se miraron.

—Os lo agradecemos, pero no hace falta, mi señora. Nos marcharemos enseguida —le respondió el barón de Aldenford—. Si no hay ningún prisionero en vuestro castillo, nos reuniremos de inmediato con mi yerno, Murtagh, para continuar la búsqueda. Vuestro esposo piensa que no ha venido con nosotros, mas sí lo ha hecho. Aunque lo hemos convencido de que no entrara aquí, por vuestro propio bien. No estábamos seguros de poder contener su furia cuando os tuviera delante. —Esto último lo dijo, de nuevo, con los ojos clavados en el señor de aquel castillo.

Lord Hughes se estremeció visiblemente.

—¿Dónde está? —preguntó con un hilo de voz, algo pálido.

—Extramuros, aguardando junto con mis otros dos yernos, Kendrew Buchanan y Drustan MacAuley.

—¿A cuántos malditos escoceses habéis traído hasta mis puertas?

—Solo a los de mi familia —respondió James, sin dejar de observar cada uno de sus gestos —. Pero no tenéis por qué temer nada… Salvo, claro está, que no seáis tan inocente como nos queréis hacer creer.

Lord Hughes intentó mostrarse sereno.

—Ya os lo he dicho. En este castillo no hay ningún prisionero.

Poco después, los guardias regresaban de su inspección. El jefe de la patrulla se acercó a ellos.

—No hemos encontrado a vuestra hija ni al niño.

—¿Habéis mirado en las mazmorras?

—Sí, mi señor. No hay rastro de ellos por ningún lado.

James Wadlow vio cómo lord Hughes esbozaba una siniestra sonrisa al escucharlo.

—Os dije que no estaban aquí.

—Vámonos —Oliver Hall lo agarró del brazo para llamar su atención—, debemos seguir buscando.

Los dos hombres se dieron la vuelta para abandonar el lugar.

—¿Qué hay de mi disculpa? —preguntó Thomas Hughes, levantándose al ver que se marchaban sin despedirse siquiera—. ¿Estos son los modales de dos nobles del reino? Os he abierto las puertas de mi casa, ¿y este es el trato que recibo?

El barón de Aldenford lo miró por encima del hombro.

—Más te vale que mi Daisy y el pequeño Jamie aparezcan sanos y salvos, porque de lo contrario, que no nos despidamos como corresponde será la última de tus preocupaciones.

Después continuó su camino, cojeando, con la cabeza muy alta y sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

Ya en el exterior, se reunieron con el resto de las tropas que habían llevado consigo y con los escoceses… Aunque no estaban todos.

—¿Y Murtagh? —quiso saber James.

—Se encontraba muy intranquilo —le respondió Drustan—. Quería entrar a toda costa, así

que lo convencimos para que, en su lugar, inspeccionara los alrededores. Hay una granja cercana y unos establos donde ese miserable podría haber escondido a Daisy y al niño. ¿No estaban dentro?

—No —respondió Oliver Hall—. Pero algo me dice que ese hombre es culpable.

—No lo dudes —dijo el barón—. Sus gestos y su nerviosismo lo han delatado. Él tiene a mi Daisy, o la tenía. Hemos de encontrarla cuanto antes… Después, le ajustaremos las cuentas como se merece.

—Creo que no tendrás que preocuparte por eso. Si es cierto que él los secuestró, Murtagh se encargará de hacérselo pagar —le informó Kendrew con un tono tan vengativo que a James Wadlow no le cupo ninguna duda de que así sería.

Capítulo 36



Se alejaban cada vez más del castillo y Daisy temía que su padre no los encontrara. Los hombres cabalgaban rápido, siguiendo las instrucciones de aquel ser despreciable. ¿Qué pensaban hacer con ellos?

«Mataros a los dos, y luego enterrar vuestros cuerpos para que nadie averigüe lo que ha pasado», le respondió una voz en su cabeza.

Gimió de miedo. De nuevo la vida de su hijo estaba en peligro y ella no podía hacer nada para salvarlo. ¿O tal vez sí?

Cuando el grupo se internó en un bosque, apretó el pequeño cuerpo contra sí y se agachó para hablarle al oído.

—Rowan, ¿te acuerdas de cuando vivías con Nimue? En el bosque oscuro, cuando tenías que esconderte porque te daba miedo. —El niño asintió con un sollozo. No había dejado de llorar desde que salieron de la mazmorra—. De acuerdo, quiero que, cuando te baje del caballo, corras muy rápido y te escondas como solo tú sabes.

—No… —se quejó, aferrándola con fuerza del brazo.

—Sí. Tienes que hacerlo, yo los distraeré para que tú escapes.

—Quiero quedarme contigo —murmuró, imitando el tono de voz susurrado de Daisy.

—Yo iré a buscarte en cuanto pueda —mintió la joven.

Odiaba mentirle, pero tenía que hacer lo necesario para salvarle de esos mercenarios. Tal vez ella no pudiera cumplir con su palabra, así que solo podía confiar en que Murtagh sí lo haría. Él lo encontraría y Rowan volvería a tener un padre que lo cuidaría y lo protegería, estaba convencida. No lo dejaría a su suerte, olvidaría que era hijo de un inglés y lo criaría como suyo… Como habría hecho de no haber aparecido ella en sus vidas.

—Vamos, no lo dudes. Cuando te baje, corre… Corre con todas tus fuerzas, Rowan.

Lo apretó contras sí y miró en derredor. Vio que un poco más adelante el bosque era más frondoso y había más árboles, por lo que aguardó hasta llegar allí. Dos mercenarios abrían la marcha, y tras su caballo, otros tres vigilaban su espalda.

Cogió aire, besó a su hijo en la coronilla y susurró «Te quiero» para, acto seguido, bajarlo con un movimiento rápido. A continuación, antes de que los hombres pudieran reaccionar, clavó los talones en los flancos del animal y escapó al galope para atraer toda la atención hacia ella.

—¡Maldita sea, se escapa! —escuchó que gritaban.

Por el rabillo del ojo vio el pequeño cuerpo de Rowan corriendo tal y como le había pedido, zigzagueando entre los árboles. También vio que uno de los maleantes trataba de seguirlo y se le saltaron las lágrimas.

—¡Dejadlo en paz! —gritó, al tiempo que se echaba hacia delante para aumentar la velocidad.

Mas no era una buena amazona. Nunca lo había sido.

Su caballo no sorteaba los troncos que encontraba en el camino con la suficiente rapidez y, cuando encontró un obstáculo y el animal lo saltó, perdió el equilibrio y cayó de lado,

golpeándose duramente contra el suelo.

Siseó de dolor y escuchó los cascos de los otros caballos a su alrededor, cercándola. Dagger desmontó rápido y furioso, y fue hacia ella para levantarla de suelo cogiéndola por el cuello.

Daisy notó que aquellos dedos la asfixiaban. Su cara quedó a la altura de la del mercenario y pudo verle los ojos, coléricos, que le infundieron un terror primitivo.

—¿Qué os dije que sucedería si cometíais la estupidez de tratar de escapar? —masculló con rabia.

Apretó su garganta con más fuerza y ella pataleó en el aire, al tiempo que golpeaba la mano que la atenazaba en un intento inútil de que la soltara.

Cuando comenzó a ver manchas rojas tras sus párpados por la falta de aire, Dagger al fin la soltó. La tiró contra el suelo y Daisy tosió, sujetándose la zona dolorida del cuello. Gateó por instinto, tratando de alejarse… Hasta que el mercenario volvió a apresarla, esta vez, agarrándola salvajemente por el cabello.

—¿Adónde creéis que vais? Habéis conseguido que me enfade, zorra, y ahora lo pagareis caro. Primero, descuartizaré y despellejaré a vuestro hijo ante vos, para que lo veáis, para que sufráis con cada uno de sus gritos de dolor. Y, después, nos divertiremos todos con vos, uno a uno, hasta que nos hartemos de vuestro noble cuerpo y nos aburramos de él. Y, solo entonces, os mataré. Despacio… muy lentamente, disfrutando de la tortura, hasta que supliquéis para que todo termine.

—Dagger, no encuentro al crío —le interrumpió uno de sus hombres.

—¡No es posible! ¡Es solo un niño, búscalo!

A pesar del dolor que sentía en el cuero cabelludo, a pesar de la quemazón del cuello y de las magulladuras por la caída del caballo, a pesar del miedo, Daisy esbozó una sonrisa.

Rowan se había escondido bien. Era una suerte que el niño tuviera tanta práctica en ese sentido y fue la primera y única vez que le daría las gracias a Nimue mentalmente por haberlo criado en un bosque como si no fuera más que un animalillo.

—¿De qué os reís, milady?

—Jamás lo encontrarás.

—¿Eso creéis? Muy bien, pues lo haremos al revés. Primero vos, y después, cuando haya acabado con vuestra miserable vida, sabed que no descansaré hasta dar con vuestro hijo. —Tiró de su cabello con brusquedad y Daisy gritó de dolor. La izó para, de nuevo, colocarla a la altura de sus ojos—. Moriréis con la certeza de que le haré tanto daño, que escucharéis sus gritos desde el más allá…

Ante aquella vengativa amenaza, Daisy se rebeló con un alarido salvaje.

Sin saber de dónde le nacían aquellas fuerzas, se abalanzó sobre su cuello con la boca abierta y lo mordió con saña, con toda la violencia que sentía al no poder defender a Jamie como quisiera.

Notó el sabor de la sangre en su lengua, entre sus dientes, mientras Dagger gritaba también ante el inesperado ataque.

Apenas duró. El hombre era demasiado fuerte para ella.

La apartó y le asestó un golpe en la cara que la tiró contra el suelo. La cabeza le dio vueltas y sintió náuseas. Sin darse cuenta de lo que hacía, colocó una mano en su vientre… Se le había olvidado su otro hijo. Había puesto a Jamie a salvo, o eso esperaba. Pero ¿y la criatura que llevaba dentro?

Se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que se arrastraba por la tierra, apartándose del hombre que, en esos momentos, se llevaba la mano al cuello ensangrentado para evaluar el

alcance de la herida.

No pudo alejarse mucho. Enseguida, dos de los mercenarios la apresaron por los brazos y la levantaron del suelo. Las piernas apenas la sostenían y tuvieron que sujetarla para que no se desplomara de nuevo. La mantuvieron erguida mientras Dagger se le acercaba, despacio, y sacaba de su cinto la daga con la que había destripado a Forbes días antes.

—Lo he visto —siseó al llegar hasta ella—. ¿Qué intentas proteger? —preguntó con voz arrastrada, desviando su mirada hacia su tripa—. Esto será mucho más divertido de lo que esperaba. Cuando acabemos contigo, después de gozar entre tus piernas, te abriré y te lo sacaré de dentro para que puedas verlo antes de morir.

Mientras hablaba, le pasaba la punta de aquella daga por el cuerpo, amenazante y fría, sin despegar los ojos de los de Daisy para no perderse ni un detalle del horror que sembraba en su alma y en su corazón.

Se fijó luego en sus labios, que debía de tener manchados por la sangre del mordisco, y se los limpió con brutalidad con la enorme mano. Era como si le asquearan, y a Daisy le hizo gracia su remilgo, aunque, en esa ocasión, ya no pudo sonreír. Estaba demasiado dolorida, demasiado exhausta y aterrada.

—Desnudadla —ordenó Dagger a sus hombres, dando un paso atrás.

Daisy sintió que la zarandeaban. Que tiraban de su ropa y que rasgaban su vestido, dejándola tan solo con la camisola interior delante de aquel monstruo despiadado.

Notó la mano de uno de ellos colándose por su escote, posiblemente para arrancarle también la ropa interior.

Gimió y trató de revolverse, pero no tenía fuerzas.

Escuchó la rotura de la tela, notó los dedos de aquellos hombres hundiéndose en la carne de sus brazos para que no se escapara y sintió el aire frío del bosque en sus hombros desnudos…

No fue más allá.

De pronto, cayó a plomo contra el suelo cuando los mercenarios la liberaron de golpe, tras un grito salvaje que le sonó más al rugido de una bestia que a un sonido humano.

Algo caliente le salpicó en el rostro cuando miró hacia el lado de donde le llegaba sonido de lucha, de gruñidos y gritos, de acero hundiéndose en la carne…

Y se desmayó cuando la cabeza de uno de los hombres que la sujetaba rodó hasta ella, separada del cuerpo.



Murtagh lamentó haberlos matado tan rápido.

Cuando vio a Daisy desmayada en el suelo, medio desnuda, con la cara llena de sangre y el terrible golpe en su mejilla, deseó que esos hombres regresaran a la vida para volver a masacrarlos.

El primero en caer había sido el cabecilla, el que había dado la orden de desnudar a su esposa.

¡Jamás había experimentado una furia asesina tan ácida y tan violenta!

No se detuvo para hablar con ellos. Para preguntar por qué o quién era el responsable. No les dio ninguna oportunidad de explicarse y no perdió el tiempo regodeándose con palabras de muerte para que sufrieran la angustia de saber lo que iba a ocurrirles a continuación.

Simplemente, lo hizo.

Los mató a todos, espada en mano, y no hizo falta que Tyler y Cormac, sus acompañantes,

intervinieran.

Murtagh terminó con la vida de aquellos cinco indeseables en un pestañeo, y de poco les sirvió que se revolvieran y trataran de salvarse con desesperación.

Sin embargo, la furia asesina que lo dominaba dio paso rápidamente a una honda preocupación. Tiró la espada manchada de sangre y corrió junto al cuerpo caído de su mujer. La tomó entre sus brazos y sintió que se le cerraba la garganta al verla en ese estado.

—Daisy, abre los ojos. Despierta. —Le acarició la cara con cuidado. No quería causarle más dolor.

Toda la sangrienta violencia que se había apoderado de su cuerpo conmutó a una dulzura que le resultaba extraña, pero completamente necesaria en esos momentos. Así lo sentía. No sabía de qué otro modo expresar la angustia que le corría por las venas ante su falta de reacción.

—Daisy… —La zarandeó con suavidad.

Ella abrió los ojos. Parpadeó despacio y la luz azul de su mirada iluminó de alivio el mundo de Murtagh.

El guerrero dejó escapar un suspiro y la pegó a su pecho para abrazarla.

—Estás bien, te he encontrado —murmuró contra su cabello.

—Murtagh —su voz era apenas un murmullo.

Él se apartó para buscar sus ojos.

—Dime.

Daisy levantó la mano y la posó en su mentón.

—Rowan… —Su mirada se desvió hacia los árboles del bosque—. Se ha escondido… Tienes…

—Shhh, no te preocupes. Tyler y Cormac ya lo están buscando.

La joven negó con la cabeza.

—No. Tú… Debes ser tú. —Le tocó la mejilla con dedos temblorosos—. Está muy asustado, Murtagh. Te necesita. Necesita a su padre…

El guerrero notó que el nudo que tenía en la garganta le raspaba. Asintió ante sus palabras y levantó la cabeza para llamar a sus hombres, al tiempo que se quitaba la chaqueta de lana para pasarla por los hombros de Daisy.

—Tyler, quédate con ella. Voy a buscar a Rowan.

El guerrero MacMeinn acudió presto para ayudar a su señora y la levantó con cuidado del suelo, sujetándola para que no volviera a caer. Cuando Murtagh comprobó que ella se mantenía erguida, caminó rápido hacia los árboles que había señalado su esposa con la cabeza.

Junto con Cormac, recorrió un buen trecho entre el follaje, rodeando los troncos, mirando tras cada matorral, al tiempo que llamaba al niño para que supiera que era él quien lo buscaba.

—¡Rowan, soy yo! ¡No tengas miedo!

Su corazón palpitaba con fuerza, ansioso y preocupado. ¿Y si encontraban su pequeño cuerpo tirado entre la hojarasca, atravesado por la espada de uno de esos mercenarios? Daisy creía que el niño se había escondido, pero bien pudiera ser que esos malhechores lo hubieran encontrado y se hubieran deshecho de él sin la más mínima vacilación.

No se escuchaba nada, salvo el canto intermitente de algún pájaro entre las altas copas y su propia voz cuando lo llamaba.

—¡Rowan, hijo, sal y reúnete conmigo!

Todavía caminaron unos minutos más por la zona hasta que, al fin, el guerrero oyó un sollozo arriba, sobre su cabeza.

Levantó la vista, buscó entre las ramas del árbol… Y lo vio.

Agazapado y tembloroso, sentado sobre un retorcido saliente del tronco, oculto por el verde de las hojas.

—Rowan…

Murtagh trepó hasta llegar a su altura y se fijó en que el niño mantenía la cara oculta entre sus rodillas. Le acarició la cabeza y le habló con tono muy quedo.

—Hijo, soy yo, no tengas miedo. Ven conmigo.

Los ojos de Rowan se elevaron para mirarlo y al guerrero se le partió el alma al ser testigo de su llanto silencioso y de ese terror que estaba anclado en el fondo de sus pupilas.

—Ese hombre malo quiere cortarme los dedos —sollozó.

Murtagh tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener el grito de rabia que pujaba por salir de su garganta.

Respiró hondo antes de contestar.

—No. Yo no lo permitiré. Ese hombre jamás volverá a acercarse a ti, te lo prometo.

—A mamá también quería cortarle los dedos —volvió a hipar Rowan, desesperado, con los ojos muy abiertos por el pánico—. Y ella me dijo que corriera, que me escondiera…

—Lo has hecho muy bien. Ahora, ven conmigo. Vamos con tu madre, verás que no le ha pasado nada.

—Tienes que protegerla —le dijo con cierto reproche, ahora con voz más firme—. Has tardado mucho en venir.

—Lo sé. Perdóname, no volverá a pasar. No dejaré que os vuelvan a hacer daño, nunca.

Tras su promesa, Murtagh lo agarró con fuerza para bajarlo de aquel árbol. Una vez en tierra, hincó una rodilla en tierra para verificar que no tenía ninguna herida, que estaba bien.

—Has sido muy valiente, Rowan. Estoy muy orgulloso de ti.

El guerrero le limpió las lágrimas de la cara y volvió a apretarlo contra su pecho con alivio.

—Lo has encontrado.

Ambos levantaron la cabeza al escuchar la voz femenina. Daisy caminaba hacia ellos apoyada en Tyler. Estaba pálida y demacrada, tenía el cabello enmarañado y manchas de barro y sangre por el rostro, cuello y escote.

Murtagh sintió una ola inmensa de amor al verla, a pesar de todo, en pie y entera.

Rowan se deshizo de su abrazo y corrió hacia ella. Daisy se agachó para recibirlo y lo estrechó entre sus brazos con lágrimas de emoción.

—Lo hemos conseguido, cielo. Volveremos a casa.

En ese momento, a Murtagh se le cerró de nuevo la garganta. ¿A qué casa? El barón de Aldenford y el marqués de Lonbrook aguardaban a las afueras del castillo de lord Hughes, ambos conscientes de que el niño era Jamie, el hijo de Richard Hall. Si Daisy lo deseara, podría marcharse con ellos y ocupar Elderbrook, aquel hogar elegante y distinguido donde dispondría de todas las comodidades imaginables. No más penurias, no más peleas con los miembros del consejo MacMeinn, no más incertidumbre acerca de lo que iba a pasar con su vida.

Y él no podría hacer nada para impedirlo.

Después de todo, la última vez que había hablado con Daisy le había dicho que su matrimonio de prueba había terminado, que se marchara de su lado…

—No me encuentro bien —susurró de pronto ella, irguiéndose para apoyarse de nuevo en Tyler.

Realmente, estaba muy pálida.

—Daisy —Murtagh pronunció su nombre, preocupado. Tal vez no estaba tan entera como él había creído—. Daisy, ¿qué ocurre?

La vio llevarse las manos al vientre, como si la asaltaran unas fuertes náuseas, y se tambaleó. Corrió a su lado y, aunque el soldado MacMeinn estaba con ella, fue él quien la tomó entre sus brazos justo antes de que perdiera el conocimiento.

—¿Mamá? —preguntó Rowan, con su vocecita asustada.

—Solo está cansada, hijo —trató de tranquilizarlo, aunque él mismo sentía que, hasta que ella no volviera a abrir los ojos, su vida quedaría en suspenso.

Capítulo 37



Daisy no recordaría lo que había ocurrido en las jornadas sucesivas con claridad. Estaba exhausta; mental y físicamente agotada después de aquellos días de miedo e incertidumbre en la mazmorra de Hughes. Cuando abría los ojos, veía el rostro preocupado de Rowan, preguntando por ella. Veía a su madre, que le acariciaba la frente. Veía a su hermana Rose, que le curaba la herida de la cara. Veía a Heather y a Lily que se turnaban para darle de comer un caldo caliente…

Pero no vio a Murtagh.

Ninguna de las veces en que recobró la conciencia, postrada en la cama, vio o escuchó a su esposo.

Si es que todavía lo era.

Que los hubiera rescatado no significaba que hubiera cambiado de opinión con respecto al final de su matrimonio de prueba. Se sentía responsable de Rowan y de ella, porque Hughes los había secuestrado para presionarlo a él… Ese era el único motivo que Daisy encontraba para justificar su presencia en el bosque donde habían estado a punto de matarlos a los dos… y su ausencia posterior. Porque, si le hubiera importado un poco, aunque fuera solo un poco, ¿no debería estar allí con ella, sosteniéndole la mano, preocupado por saber si despertaría?

Cuando lo hizo, cuando por fin abrió los ojos, plenamente consciente de lo que ocurría a su alrededor, la persona que encontró a su lado era su hermana Rose.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —le preguntó, dedicándole una de sus dulces sonrisas.

—Bien. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—¿Ya no reconoces tu alcoba?

Daisy miró en derredor. Efectivamente, allí estaban sus cortinas, el tapiz de colores familiares sobre la chimenea, el baúl donde guardaba sus tesoros de la infancia, el tocador donde se engalanaba cuando fue más mayor…

Estaba en el hogar de su padre, en la que siempre había sido su habitación.

—¿Dónde está Rowan? —preguntó de repente, al darse cuenta de que su hijo no estaba allí. Había pasado los últimos días pegada a él y notaba su ausencia.

Rose volvió a sonreír con cariño.

—¿Ya no le llamas Jamie?

—Él prefiere Rowan. Es el nombre con el que se identifica y ya lo he asumido. Es mi hijo. Eso es lo único que realmente me importa.

—Pues Rowan, mi sobrino, no se ha separado de ti desde que te trajeron. Se tumbó a tu lado, acurrucado en tu costado, llorando porque no despertabas. No quería comer ni beber, no quería alejarse de ti.

A Daisy se le encogió el corazón. Posiblemente, lo ocurrido le recordaba demasiado a cuando Nimue enfermó y después se marchó para siempre.

Ella no tenía intención de abandonarlo; debía decírselo cuanto antes.

—¿Y qué habéis hecho con él?

—Cuando vio que tú sí comías el caldo que te hemos estado dando en este tiempo, logramos convencerlo de que te pondrías bien, que solo necesitabas descansar. Por fin, Isabel lo sacó de aquí para que comiera con el resto de sus primos y entre todos lo han animado bastante. Ahora está mucho más tranquilo, seguro que estará jugando con ellos.

—Has dicho primos. ¿Heather y Lily están aquí? Creo recordar que he visto sus caras durante mi duermevela.

—Así es.

—¿Y qué opinan de lo ocurrido? ¿De que por fin haya encontrado a Jamie?

Rose tomó su mano y se la apretó con fuerza.

—Sus tías están muy felices de haber recuperado a su sobrino. Todos estamos eufóricos. ¡Oh, Daisy, te has perdido la cara de sus abuelos cuando lo han conocido por fin! Tanto nuestros padres como los padres de Richard se han enamorado de ese pequeño desde el momento en que lo han visto. Es un auténtico milagro. Y nos alegramos tanto por ti… Al fin se ha terminado el sufrimiento con el que cargas desde hace años. Podrás criar a tu hijo, podrás abrazarlo cuando quieras, podrás cuidarlo como él se merece. Es un niño encantador.

—Sí que lo es —susurró ella, emocionada, lamentando haberse perdido el primer encuentro de su hijo con toda la familia. —¿Cuánto he dormido? —preguntó a continuación, incorporándose para quedar sentada en la cama.

Se notaba descansada y hambrienta, aunque Rose le hubiera confirmado que, al menos, había ingerido caldo durante su convalecencia.

—Llevas tres días en cama.

—¿Tres? —se sorprendió ella.

—Debías de estar agotada después de la tensión de todo lo vivido.

Daisy asintió lentamente.

—Tenía tanto miedo en aquella mazmorra en la que nos encerraron… No por mí. Era, sobre todo, por Rowan. No paraba de pensar que, si algo le ocurría, si no podía salvarlo… —apretó las mantas que tenía sobre las piernas con sus manos—. Apenas pegaba ojo, siempre alerta por si escuchaba llegar a ese hombre horrible.

—Pues ya puedes descansar, porque el niño está a salvo. Y tú también —Rose volvió a abrazarla para darle todo su amor—. Pediré que te traigan una buena comida. Es hora de que tomes algo más que un caldo caliente. Y luego, si quieres, puedes seguir durmiendo hasta que te recuperes del todo.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Quiero reunirme con todos, quiero estar con Rowan.

—¿De verdad te encuentras con fuerzas?

—Me duele el cuerpo, no te voy a engañar. Y aquí… —Se llevó la mano a la zona de la cara donde Dagger la había golpeado con saña.

—Se te había abierto la piel de la mejilla, tuve que curarte. Tienes la zona inflamada, con un feo moretón. También hay marcas de golpes en otras zonas del cuerpo, pero nada roto. El médico de padre te revisó cuando Murtagh te trajo.

—¡Murtagh! —la sola mención de su nombre hizo que el corazón se le disparara—. ¿Dónde… —Daisy tragó saliva— … dónde está?

Temía la respuesta. Aunque aquel siempre fuera su hogar y estuviera muy a gusto junto a su familia, Rowan y ella deberían estar en Mullach Creige. ¿Por qué Murtagh no los había llevado de regreso? ¿Por qué había desaparecido?

Se dio cuenta de que Rose desviaba los ojos antes de contestar.

Malo.

—¿Rose?

—No está aquí. Os dejó en manos de padre, a Rowan y a ti, y después se marchó con sus hombres según tengo entendido.

Daisy notó una opresión en el pecho. ¿Ni siquiera había esperado a que ella despertara para hablar?

—¿Nos rescató… y después se marchó sin más? ¿Qué le dijo a padre?

—Tendrás que preguntarle a él, cielo, no lo sé. Lo cierto es que ha estado muy raro desde que volvieron del castillo de lord Hughes.

La desazón de Daisy creció. Trató de salir de la cama, le urgía reunirse con él e interrogarlo. Se moría por conocer los detalles de lo ocurrido.

—Ayúdame a vestirme. Tengo que hablar con padre.

—Aún estás débil. Deberías quedarte en cama hasta que…

El celo de Rose en sus cuidados era excesivo, y eso que no sabía que estaba encinta.

—Me encuentro bien —protestó—. Y necesito averiguar qué ha pasado. Se trata de mi esposo, por favor…

Su hermana mayor suspiró resignada e hizo lo que le pedía. La ayudó a ponerse un sencillo vestido y la peinó con una trenza que le cayó hasta la cintura.

Salió después de la alcoba y buscó a su padre en su despacho, pero no lo encontró allí. Fue a la salita donde solía reunirse la familia, en torno al agradable fuego de la chimenea y, mientras caminaba, pensaba en lo que haría si lo que su padre tenía que decirle era lo peor que pudiera imaginar: que Murtagh había regresado a Mullach Creige sin ellos, porque, en realidad, ni aceptaba a Rowan como hijo suyo ni quería alargar el matrimonio de prueba, tal y como ya le había expresado.

Tuvo que detenerse un momento por el intenso pinchazo que notó en el corazón al pensarlo y se apoyó con una mano en la pared para no desfallecer.

—Dios mío, Murtagh… No nos hagas esto —susurró, casi con lágrimas en los ojos.

Se sobrepuso enseguida, porque la vida le había enseñado de la peor manera que las desgracias ocurrían, lo quisiera ella o no. Si su nuevo esposo se había marchado definitivamente, tras cumplir con la misión de rescatarlos para no cargar con una nueva culpa sobre su conciencia, tendría que empezar a hacerse a la idea.

Tendría que aceptarlo.

Y, cuando al fin consiguiera superar el dolor de aquella decisión, ni siquiera haría uso de los votos que habían hecho en aquel matrimonio de prueba. Se suponía que Murtagh debía responsabilizarse de los hijos que nacieran de aquella unión, que el clan MacMeinn protegería a ese niño y le daría su apellido…

Mas no le obligaría a hacerlo.

Si él no deseaba nada con ellos, no lo forzaría a asumir ese compromiso.

Por suerte, el hermano de la criatura que llevaba en el vientre sería el próximo marqués de Lonbrook, por lo que Daisy podría instalarse en Elderbrook y vivir cómodamente con sus dos hijos.

No necesitaba a Murtagh y a los MacMeinn para sobrevivir.

No necesitaba que nadie cuidara de ellos, podría salir adelante ella sola.

Se detuvo de nuevo y se llevó la mano al pecho. Sobreviviría sin ese guerrero bruto y gruñón a su lado, lo tenía muy claro…

Aunque no sabía si podía decir lo mismo de su corazón.

Su hermana la había seguido de cerca en la búsqueda de su padre y entraron juntas en el saloncito donde su familia pasaba la tarde.

—Ahí tienes a tu hijo —Rose señaló la alfombra junto a la chimenea, donde los niños estaban sentados—. Isabel y Lavender le están enseñando a jugar a las cartas.

Daisy sonrió al verlo con sus primas mayores. Drake también estaba con ellos, mientras que Brodie y Ailsa correteaban por la estancia persiguiéndose el uno al otro. Los dos pequeños se acercaron a ella en cuanto se percataron de su presencia.

—¡Tía Daisy! ¿Ya te has despertado? —le preguntó Brodie.

—Sí, ya estoy mejor.

—¿Sabes qué, tía Daisy? —habló también Ailsa.

—¿Qué?

—¡Rowan es mi primo! —exclamó, con los ojos en éxtasis. Estaba encantada con ese descubrimiento, al parecer.

—Sí, lo sé. Es mi hijo, cielo, por eso es tu primo.

Aquello era demasiada información y la pequeña no lo entendía bien. Daisy se alegró al comprobar que no afectaba a su alegría, porque se abalanzó hacia ella y le abrazó las piernas, feliz de verla recuperada.

—Te quiero, tía Daisy.

La joven se agachó para devolverle el cariño.

—Y yo a ti.

Cuando se incorporó de nuevo, comprobó que habían llamado la atención de los otros niños y todos se habían aproximado. Rowan corrió hacia sus brazos y Daisy lo recibió, sorprendida de que no le importase que lo alzara en brazos delante de sus primos.

—Quería que te despertaras —le susurró al oído, rodeándole el cuello con sus bracitos.

A ella se le derritió un poco el corazón al escucharlo. Lamentó haberlo preocupado; su hijo ya había sufrido bastante.

—Pues aquí estoy, mi amor. Y estoy bien, te prometo que no volveré a dormirme.

Rowan se apartó para mirarla, sorprendido.

—¿Tampoco por las noches?

Daisy soltó una suave carcajada por la ocurrencia.

—Por las noches sí, claro. Me refería a que no volveré a desmayarme.

—No pasa nada —le dijo, acariciándole el rostro con ambas manos—. Tía Rose me dijo que dormías porque estabas cansada. Si estás cansada, yo te cuidaré.

Lo miró con infinito amor.

—Qué suerte tengo de tener un hijo como tú —susurró.

Rowan sonrió y volvió a abrazarse a ella.

—Nos alegramos de que ya estés bien, tía Daisy —intervino entonces Isabel. Con sus catorce años, la mayor de las hijas de Diego y Rose era toda una mujercita—. Y de que hayas encontrado a Jamie.

—Bueno, creo que él prefiere que lo llamemos Rowan, ¿verdad? —lo confirmó con su hijo, que asintió a su pregunta—. Aunque ahora tenga dos nombres, Jamie Rowan MacMeinn, usaremos el segundo.

—Me gusta Rowan —intervino Lavender. La hija pequeña de Rose y Diego tenía un año más

que él, y también estaba encantada con ese nuevo primo que había llegado a sus vidas.

El niño se giró para mirar al pequeño grupo que se había agolpado a su alrededor. Luego, volvió los ojos hacia Daisy.

—Me voy a jugar con ellos —le dijo, como si le pidiera permiso para abandonarla.

Su madre le sonrió con ternura.

—Me parece muy bien.

Lo bajó al suelo y observó cómo salían corriendo, esta vez hacia los jardines del castillo, entre gritos y carcajadas de júbilo. Sintió una honda satisfacción. Así debería haber sido siempre: Rowan rodeado de sus primos, de sus tíos, de sus abuelos, de toda la gente que lo amaba…

Cuando los niños se marcharon, se acercó al resto de la familia, que había presenciado la escena sin intervenir. Sus padres y hermanas estaban sentados en los sillones, mientras que Kendrew, Drustan y Diego permanecían en pie, cerca de la ventana.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Lily enseguida.

—Mucho mejor, de verdad.

Se acercó a sus padres y Catalina se puso en pie para abrazarla. Después, para evitar que James se incorporara, puesto que tenía su pie en alto como solía ser costumbre, se agachó para besarlo en la mejilla.

—¿Dónde está Murtagh? ¿Por qué se marchó?

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que había sonado brusca y exigente. Al parecer, se le habían contagiado las maneras del huraño laird escocés en el tiempo que llevaban juntos.

—Se marchó porque tenía un asunto urgente que atender —le respondió el barón de Aldenford.

¿De verdad? Daisy notó cómo la decepción le reptaba por la garganta. Para Murtagh, el que ella estuviera postrada en cama no era tan importante ni tan urgente como lo que quiera que estuviera haciendo en esos momentos.

—¿Qué asunto? ¿Ha regresado a Mullach Creige? ¿Te ha dicho si piensa volver? ¿Qué pasó después de que me rescatara de los mercenarios?

—¡Cuántas preguntas! —protestó su padre, al que se le veía bastante incómodo con el interrogatorio.

Su actitud evasiva preocupó a Daisy. Al igual que los rostros circunspectos de todos los demás.

—Sí, son muchas, pero tú no respondes a ninguna. —Se volvió hacia sus cuñados—. Y vosotros tampoco, a pesar de que seguro que estáis al corriente de todo lo que ha pasado y sabéis dónde está Murtagh.

Kendrew le sostuvo la mirada y Daisy detectó un brillo de orgullo en su postura.

—Lo sabemos.

Desvió los ojos hacia Drustan.

—Hubiéramos ido con él —le dijo este, solemne—, pero no nos ha dejado.

—Y nos ha pedido que, si no regresa, cuidemos de ti y de Rowan —añadió Diego, para su completa estupefacción.

—¿De qué estáis hablando? —Miró a sus hermanas en busca de respuestas—. ¿Cómo que si no regresa? ¿De dónde?

Fue su padre el que se decidió a darle, por fin, una explicación que la horrorizó.

—Ya sabes el castigo que se impone a un escocés que asesina a un lord inglés. Tal vez, habría sido distinto si la reina no hubiera llegado al castillo de Hughes en el peor de los momentos… Pero lo hizo. Y esa fatal coincidencia ocasionó que Murtagh acabara arrestado por

los soldados de la Corona. Está en Londres. Será juzgado en unos días y, si lo declaran culpable, podría pagarlo muy caro.

—No solo Murtagh —habló también Diego—. Debido a los conflictos entre Inglaterra y Escocia, todo el clan MacMeinn podría sufrir las consecuencias.

—Por eso no quiso que nos involucráramos —añadió Kendrew—. No quería perjudicarnos y nos pidió que no interviniéramos, aunque yo lo habría acompañado con gusto cuando fue a destripar a ese gusano.

Daisy tragó saliva. No era capaz de asimilar todo lo que estaba escuchando y notaba el corazón encogido por el miedo y la preocupación. ¿La reina? Recordó que Hughes le había dicho algo al respecto y se le revolvió el estómago. María I llevaba poco más de un año en el trono, desde que sucedió a su hermano Eduardo VI, y ya corrían rumores acerca de su crueldad.

—¿Murtagh ha matado a lord Hughes? —se llevó las manos al vientre—. ¿Es eso lo que me estáis diciendo?

Si eso era cierto, y la reina lo había apresado por asesinato… No había tenido tiempo de darle la noticia de que esperaban un hijo. Tal vez, si lo hubiera sabido, el guerrero no se habría arriesgado a tal locura.

—Es lo que se merecía —Drustan contestó a su pregunta con voz lóbrega—. Murtagh ha tardado mucho tiempo, tendría que haber acabado con él cuando lo amenazó por primera vez.

—Nunca atacó a lord Hughes por lo ocurrido con su hija —les explicó Daisy—. Me confesó que se sentía culpable por lo sucedido con Margery; pero no la mató, aunque todo el mundo piense lo peor de él. Quería solucionar las diferencias con su suegro de un modo civilizado, porque se sentía en deuda con ese hombre…

—Sí, hasta que se le ocurrió poneros la mano encima a Rowan y a ti —la interrumpió Kendrew—. Lord Hughes lo subestimó e ignoró el hecho de que un MacMeinn no pasaría por alto tal ofensa.

—Ninguno de nosotros lo habría hecho —gruñó Drustan—. Esta vez, el inglés fue demasiado lejos…

—Padre nos contó a todos que Murtagh estaba como loco cuando te dejó a su cargo —le explicó Lily, aferrando una de sus manos para darle apoyo.

—Es cierto —le confirmó el barón de Aldenford—. Jamás había visto a un hombre tan enfurecido. Me rogó que os pusiera a salvo, que él se ocuparía de que Hughes no os volviera a hacer daño jamás.

Daisy podía entender la ira de Murtagh. Ella misma la había experimentado en los momentos en que pensó que no podría proteger a Rowan de aquel hombre malvado. Pero no soportaba la idea de que hubiera puesto su vida en peligro por venganza. Su hijo… mejor dicho, *sus hijos* y ella, lo necesitaban vivo.

—No tendría que haber ido a por él —expresó sus pensamientos en voz alta—. Tendría que estar aquí, conmigo y con Rowan. Al fin y al cabo, tanto Rowan como yo estamos bien…

—Estáis bien porque él llegó a tiempo —la interrumpió su padre—. Me contó la situación en la que os encontró en ese bosque, y lord Hughes es el único responsable. Merecía morir.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero Murtagh no merece morir. Ya perdí un esposo, ya se me rompió el corazón una vez, y aunque lo conserve ya por siempre agrietado, no quiero que se vuelva a hacer pedazos. Necesito que Murtagh regrese… Mis hijos y yo lo necesitamos.

Sus manos seguían protegiendo su vientre y todos contuvieron el aliento por lo que acababa de decir.

Catalina, su madre, se puso en pie.

—¿Hijos?

Daisy lamentó tener la lengua tan larga. Había confesado su estado ante la familia antes de hablar con su esposo.

Sus hermanas también se acercaron a ella y Rose le colocó una mano sobre las suyas.

—¿Esperas otro hijo? —preguntó, con un asomo de sonrisa.

A pesar de la gravedad de la situación, el anuncio de una nueva vida era algo bueno para los Wadlow.

—Un hijo que no conocerá a su padre si no hacemos algo —confesó, angustiada.

—No todo está perdido —intervino entonces el barón de Aldenford, haciendo un esfuerzo por levantarse con ayuda de su bastón—. Oliver Hall y yo hemos enviado ya una carta a la reina explicándole el agravio sufrido por nuestras respectivas familias a manos de lord Thomas Hughes, e intercediendo por Murtagh. Sé que a su majestad no le hará gracia que un escocés se haya tomado la justicia por su mano, pero el castigo será menor si conoce los delitos cometidos por ese malhechor contra una madre y su hijo que es, nada menos, el futuro marqués de Lonbrook.

—¡Debemos ir a Londres, entonces! —exclamó Daisy—. Una carta puede no ser suficiente. Testificaré en su favor. Hughes me tuvo prisionera durante días en su mazmorra y después ordenó a sus mercenarios que acabaran conmigo y con Rowan, para que nadie pudiera acusarlo de nuestro secuestro. Era un cobarde. Cuando se enteró de quienes éramos, temió más las represalias de mi familia y las de la reina que las de Murtagh.

—Hija mía, tu padre acaba de regresar de un viaje que lo ha agotado —habló Catalina, agarrando a su esposo por un brazo como si temiera que, de un momento a otro, se fuera a caer al suelo—. En su estado, no creo que acudir a Londres sea una buena idea.

James Wadlow palmeó la mano de su esposa con afecto por su preocupación. Aun así, sus ojos se mostraron decididos cuando contestó, mirándola a ella directamente:

—Mi yerno cumplió con su deber protegiendo a mi hija y a mi nieto. Ahora, no permitiré que él asuma toda la responsabilidad por el merecido final de ese miserable. Iremos a buscarlo. Ahora —reiteró con pasión—, nosotros lo rescataremos a él.

Capítulo 38



Iba a morir.

No conocía a ningún escocés que hubiera estado encerrado en la Torre de Londres y hubiera regresado después a casa para contarlo.

Murtagh se paseaba de un lado a otro de la celda con ese pensamiento, y el deseo improbable de haber tenido un poco más de tiempo para despedirse de su familia.

Daisy y Rowan.

Desde que habían entrado en su vida, se habían convertido en todo para él.

No lamentaba lo que hizo. Si la reina lo llamaba a su presencia y le pedía que mostrara arrepentimiento, no lo haría. De hecho, rememorar lo ocurrido, tras haber dejado a su esposa e hijo a cargo del barón de Aldenford, era una de las pocas satisfacciones que le quedaban.

El día de su venganza, Murtagh se había encaminado hacia el interior del castillo de lord Hughes, acompañado por sus hombres. Los guardias que intentaron impedir su avance acabaron degollados o ensartados por su espada. Había irrumpido en el gran salón, donde la familia de Hughes permanecía, después de haber atendido a James Wadlow y a Oliver Hall.

—¡MacMeinn! —había exclamado lord Thomas, pálido de terror al verlo avanzar con los ojos inyectados en muerte.

Él no había hablado. No creía necesaria ninguna explicación.

Ambos sabían muy bien cuál era el crimen… y cuál iba a ser el castigo.

—¡Detente, MacMeinn! Mis vigías me han avisado de la inminente llegada de su majestad. La reina estará aquí en unos minutos, soy uno de sus Lores… ¿cómo vas a justificar tus actos?

Al ver que sus palabras no lo contenían, Thomas Hughes había ordenado a su familia huir del salón a toda prisa y salir al encuentro de la comitiva real para pedir auxilio.

Una ayuda que no llegaría a tiempo, porque Murtagh le había dado alcance casi al momento y, sin mediar palabra, lo había atravesado con su espada, clavándosela hasta la empuñadura.

Los ojos espantados de Hughes se habían enganchado con los suyos en los últimos segundos de aliento. Un hilo de sangre le había brotado de la boca, de entre esos dientes putrefactos que tanto detestaba el guerrero, y se había preguntado, en ese momento, por qué no lo había matado antes.

Había sentido una salvaje satisfacción al verlo desplomarse sobre la mullida alfombra que cubría el suelo.

Por eso, si la reina le hablaba de arrepentimiento, sería imposible fingir.

Tampoco se había mostrado contrito aquel día, cuando se encontró cara a cara con el séquito de su majestad, plantándose ante ellos en aquel gran salón para ganar tiempo y que sus hombres pudieran escapar.

—Marchaos, yo asumiré las consecuencias —le había ordenado a Tyler.

—No te dejaremos solo ante esos ingleses.

—Lo haréis. Claro que lo haréis. Por mucho que tu padre sea uno de los consejeros MacMeinn, no me fio de ellos para gobernar el clan. Tú eres un buen hombre —le había dicho a

su segundo al mando— y, en caso de que no consiguiera volver a Mullach Creige, eres la mejor opción para sucederme.

Tyler había dudado. Murtagh había visto en sus ojos la lucha interna que mantuvo, entre serle fiel y permanecer a su lado, o serle igualmente fiel y cumplir con lo que esperaba de él. Aquello no había hecho más que reafirmar su decisión: sería un buen laird, llegado el caso.

Le había puesto una mano en el hombro, con orgullo y agradecimiento.

—Saca a los hombres de aquí, ponlos a salvo —le había pedido—. Confío en ti.

Y, de este modo, había logrado convencerlo para hacer lo más correcto.

Después, Murtagh se había plantado delante de María I de Inglaterra, con la cabeza muy alta y la espada teñida de la sangre de su enemigo.

—¿Lo habéis matado vos? —le había preguntado la reina ante el cadáver de Hughes, clavándole unos ojos duros y despiadados. Su atuendo, compuesto por una camisa y la falda a cuadros, que delataba su origen escocés, no lo ayudó en esos momentos.

—Así es.

Le había sostenido la mirada sin amedrentarse y, al cabo de unos segundos, había creído ver la sombra de una malvada sonrisa en esa boca de labios finos.

—Apresadlo —había ordenado la mujer, sin más.

Días después, aquellas imágenes se repetían en su cabeza una y otra vez mientras aguardaba su juicio. Esas, y las que ocurrieron en el bosque cercano, cuando encontró a su esposa medio desnuda, en manos de los mercenarios. Cuando encontró a Rowan, aterrorizado, encaramado a la rama de un árbol, temblando como un pajarito…

Sí.

Volvería a matar a Hughes una y mil veces más si pudiera.

Cuando, al cabo de unos días, vinieron a buscarlo para conducirlo a presencia de su majestad, continuaba pensando igual. Caminó con paso firme, erguido en toda su estatura, decidido a demostrarles a esos ingleses que no les tenía miedo y que no lograrían doblegarlo.

Lo llevaron a la sala del trono, donde María I lo aguardaba, sentada al lado de su esposo Felipe. Murtagh sabía que se habían desposado hacía menos de un año y no pudo evitar comparar sus respectivos y recientes matrimonios. Sintió cierta compasión por Felipe, porque, mientras que Daisy era joven, hermosa, amable y dulce, la mujer que ahora lo observaba con hierro en la mirada era mayor, estricta y avinagrada.

—Acercaos —le pidió la reina. Compuso luego un gesto de hastío bastante desagradable, confirmando su impresión de que la dama era muy agria, antes de señalar a un lado de la sala, donde se agolpaban decenas de súbditos presentes para el juicio—. Al parecer, lo que iba a ser una vista rápida para esclarecer el asesinato de uno de mis Lores, se ha complicado. No podré mandar que os separen la cabeza del cuerpo, como era mi pretensión, para dar ejemplo a todos los escoceses que atenten contra mi pueblo.

—No era mi intención cometer un crimen contra los ingleses en general —se defendió él—. Si ese hombre hubiera sido escocés, habría obrado del mismo modo, porque se lo merecía. Solo estaba impartiendo justicia.

María señaló entonces un punto a su espalda.

—Sí, eso es justamente lo que sostienen vuestros defensores.

Tres personas se destacaron del resto de los asistentes al juicio cuando avanzaron en su dirección. Murtagh se quedó de piedra al ver a James Wadlow, con su paso renqueante y su bastón, a Oliver Hall, ataviado con sus mejores galas de marqués y una gorguera en el cuello, y a Daisy…

Su esposa.

Su bella e increíble mujer.

Frunció el ceño al darse cuenta de que, a pesar del elegante vestido que se había puesto para la ocasión, tenía círculos oscuros bajo sus hermosos ojos azules y en su mejilla aún perduraba el morado de uno de los golpes del mercenario. Sintió unas ganas casi irrefrenables de cogerla entre sus brazos y sacarla de allí para llevarla a su hogar, a su cama, y protegerla y cuidarla hasta que volviera a tener el saludable aspecto de siempre.

Sin embargo, cuando habló, se dio cuenta de que, en realidad, era ella la que lo estaba protegiendo a él con su presencia en aquel salón del trono.

—Lo que mi esposo ha declarado es lo que ocurrió, majestad.

—¿Si? —la pregunta de la reina era engañosamente suave—. ¿Me estáis diciendo que este hombre, que ni siquiera es inglés, se atrevió a juzgar y a sentenciar a uno de mis Lores? ¿Se convirtió en su verdugo sin contar con mi aprobación?

—En realidad —terció el barón de Aldenford—, habría que mirarlo desde otra perspectiva. El laird MacMeinn ha olvidado mencionar la principal causa por la que atacó a lord Thomas Hughes.

—Creo que la causa está muy clara: es un escocés vengativo —habló el rey consorte, Felipe, para sorpresa de todos.

—No —lo contradijo James Wadlow—. Este hombre salvó a mi hija y a mi nieto de una muerte segura. ¿Qué castigo habríais aplicado a un súbdito que hubiera asesinado a la hija del barón de Aldenford y al nieto del marqués de Lonbrook? —Miró a Oliver Hall un momento y este lo secundó con un asentimiento lento de cabeza antes de aportar su propio argumento.

—Creo que nuestras dos casas siempre han servido a la Corona con lealtad y diligencia, hemos acudido cuando nos habéis necesitado y hemos defendido siempre los intereses de Inglaterra. Es justo ahora, por lo tanto, que vuestra majestad nos escuche.

La reina paseó su fría mirada alternativamente entre los dos nobles. Por último, se detuvo en el rostro preocupado de Daisy.

—¿Es verdad que lord Thomas Hughes pretendía acabar con vuestra vida?

—Es cierto, majestad. Mi esposo nos salvó, a mi hijo y a mí, de una muerte segura. Ese hombre nos retuvo prisioneros en las mazmorras de su castillo, y cuando averiguó quienes eran nuestras familias, quiso deshacerse de nosotros para no sufrir vuestra cólera. Sabía que no veríais con buenos ojos esa fechoría y que lo castigaríais.

—Sí, pero vuestro esposo se me ha adelantado y ya nunca podré juzgar si sus actos fueron tan execrables como para merecer la muerte. —La reina repiqueteó con sus dedos sobre el reposabrazos del trono, con impaciencia—. ¿Sabéis por qué acudí a su castillo? Lord Hughes requirió mi presencia porque iba a hacerme un regalo. Ahora, ya nunca sabré qué era lo que quería ofrecerme.

—Era yo.

María miró a Murtagh sin ocultar su sorpresa.

—¿Cómo habéis dicho?

—Era yo —le explicó—. Tenía una deuda con él y, para saldarla, debía ofreceros mi ejército para vuestra causa.

—Y, como os negasteis, secuestró a vuestra esposa y a vuestro hijo —dedujo la reina, demostrando poseer una gran agilidad mental.

—Así fue, majestad.

—¿Y lord Hughes no sabía que vuestra mujer era la hija del barón de Aldenford?

—No lo sabía —intervino Daisy—. Me interrogó cuando mi padre y el marqués de Lonbrook fueron a buscarme.

—Y esa deuda que teníais con uno de mis Lores… —la reina no quería desviarse de aquel tema tan jugoso, pero James Wadlow acudió de nuevo al rescate de la pareja.

—La deuda quedó saldada, majestad. Yo mismo le entregué el dinero a la viuda e hijos de Hughes.

María chasqueó la lengua con fastidio.

Murtagh no apartó los ojos del rostro calculador y frío de la reina, sabiendo que, aunque dos de los nobles más relevantes del reino se habían posicionado a su favor, su destino no estaba claro todavía.

—¿Todos los hombres de las Highlands tienen vuestro aspecto? —preguntó su majestad de pronto.

—¿A qué os referís?

Ella lo señaló con una mano de arriba abajo.

—¿Son así: fuertes, grandes y bárbaros?

Murtagh arrugó la frente, sin saber adónde quería llegar.

—En Escocia los hombres son de diferentes tallas y medidas, majestad. Como en cualquier otro lugar.

—Es decir, que no —suspiró—. Aunque no lo creáis, eso me deja más tranquila. Puedo renunciar a un ejército de hombres ordinarios… Tengo muchos de esos aquí, en Inglaterra. Pero me hubiera molestado quedarme sin una tropa de guerreros como vos, tan enormes, tan fieros…

¿Eso significaba que se conformaba? pensó Murtagh.

Pero no. La reina aún no había terminado.

—Solventado el asunto de la deuda, solo nos queda el asesinato. Puedo comprender vuestros motivos, laird MacMeinn, sin embargo, Thomas Hughes, como he dicho, era uno de mis Lores. Y, si él no sabía a quién secuestraba, he de suponer que no obró de mala fe contra mis nobles. Se merecía ser escuchado y que se le diera la oportunidad de arrepentirse y pedir perdón. Vos no le disteis ocasión, pero, para demostrar a toda mi corte que no soy una reina despiadada, yo sí os concederé esa merced. —Sus ojos se clavaron en los de Murtagh y el guerrero no vio rastro de esa piedad de la que presumía—. Pedid perdón por vuestra impulsividad, arrepentíos de vuestro arrebato violento… y seré magnánima con vos.

Murtagh inhaló aire lentamente y llenó sus pulmones.

Se giró después hacia su esposa, que lo miraba con las manos entrelazadas, en un gesto de muda súplica, y aguardaba su respuesta con los ojos muy abiertos y asustados.

—Pedir perdón es algo que he querido hacer desde hace días —dijo, sin apartar la mirada de ella—. Si he de hacerlo aquí, en la corte de la reina, delante de todos estos ingleses, que así sea… Lo siento, Daisy —pronunció las palabras con voz ronca—. Jamás quise ponerle fin a nuestro matrimonio de prueba, no lo dije en serio. Estaba enfadado. Soy impulsivo y violento, y cuando quise dar marcha atrás, ya te habías ido. —Caminó hacia ella mientras hablaba, hasta que llegó a su lado y la tomó de las manos. Las tenía muy frías—. Perdóname. Me dijiste que me amabas y yo, en lugar de corresponderte, te eché de Mullach Creige. No era lo que sentía en el fondo de mi corazón. En realidad, también te amo. Te amo como jamás pensé que se podía querer a una persona, porque nadie me enseñó nunca que esta clase de amor generoso, cómplice y apasionado era posible. Os quiero, a ti y a Rowan, sois la única familia verdadera que he tenido. Los únicos que me habéis querido incondicionalmente a pesar de ser un monstruo para todos los demás.

Daisy, con lágrimas en los ojos, levantó una mano para acariciarle el rostro con ternura.

—No eres un monstruo. Nunca lo has sido.

—Si encuentras la manera de perdonarme —prosiguió él, inclinando un poco la cabeza para disfrutar del tacto de aquella caricia—, querría que continuaras siendo mi esposa. Y Rowan mi hijo… Siempre lo he considerado como tal. No me importa quién lo engendrara: él es mi hijo.

—Murtagh… —susurró Daisy, emocionada.

—No era esa la disculpa que esperaba —habló entonces la reina—. Aunque he de admitir que me ha sorprendido ver a un hombre de vuestra talla abrir su corazón de esa manera ante una dama inglesa. Pensé que los escoceses nos odiaban. — Miró directamente a Daisy para hacer la siguiente pregunta—: ¿Cómo habéis conseguido enamorar a un salvaje de las Highlands de ese modo?

La joven esbozó una sonrisa entre lágrimas y contestó con otra pregunta.

—¿Y cómo ha conseguido un salvaje y bárbaro escocés que me enamore yo de él? Os lo diré, majestad. Nos enamoramos porque era inevitable. Era nuestro destino. Sin saberlo, nuestros caminos se cruzaron hace mucho tiempo, hasta que por fin nos hemos encontrado.

—¿Inevitable? —inquirió la reina con algo de mofa, como si no creyera en esos cuentos de hadas.

—Inevitable —remarcó Murtagh, llevándose la mano de su esposa a los labios para besarla con una dulzura que no le pegaba nada a ese enorme cuerpo—. Porque era imposible que mi corazón no se prendara de esta increíble mujer. Creo que la quise desde el primer momento en que la tuve ante mis ojos, aunque aún no era consciente de ello. ¿Queréis que pida perdón por defenderla del hombre que le hizo daño, que la encerró en una mazmorra, que la aterrorizó, que estuvo a punto de matarla? No lo haré. —Al decirlo, se irguió a su lado, protector—. La defenderé con mi propia vida las veces que sean necesarias.

—Ya veo… —La reina volvió a repiquetear con sus dedos sobre los reposabrazos de su trono, sin quitarles la vista de encima—. Debo confesar que me conmueve tanto sentimiento, aunque hay algo que no he entendido muy bien. ¿Habéis dicho que vuestro matrimonio es de prueba?

En ese punto, fue Daisy la que dio un paso al frente, nerviosa. Murtagh observó cómo su esposa tragaba saliva antes de contestar.

—Es válido en Escocia, majestad. Y, de todas maneras, pensábamos formalizarlo en breve… Por la Iglesia, por supuesto.

Los ojos de María volaron hasta los del guerrero.

—¿Es católico? —Había cierto deje de esperanza mezclado con el asombro de su pregunta.

—Me desposaré con Daisy por el rito religioso que ella prefiera —confesó él, que intuyó, por su reacción, que aquel punto era importante para la reina.

—Una boda católica sería lo más apropiado, entonces. —María, por primera vez desde que había comenzado aquella vista, sonrió—. Os dejaré marchar para que podáis legalizar este matrimonio como corresponde. Claro que, necesitaré que el sacerdote que oficie la ceremonia me escriba unas letras confirmándome que, en efecto, se ha llevado a cabo. —La reina dejó escapar un suspiro magnánimo de entre sus finos labios y giró el rostro para mirar a su esposo Felipe—. Será porque yo misma me desposé hace poco y aún tengo el corazón blando… Os libero, laird MacMeinn. Aunque os recomiendo que, si volvéis a tener la tentación de impartir justicia por vuestra cuenta en Inglaterra, os contengáis. Acudid primero a mí, porque la próxima vez no seré tan indulgente.

Después, María I, reina de Inglaterra, hizo un gesto con la mano para despedirlos.

Oliver Hall, James Wadlow, Daisy y Murtagh, hicieron una breve reverencia y se retiraron

sin dilación, solo por si a la buena mujer le apetecía cambiar de opinión antes de que llegaran a las puertas.

Capítulo 39



Lo habían conseguido. Murtagh estaba de nuevo con ella, por una suerte de milagro y la mención providencial de la religión católica, esa a la que la nueva reina de Inglaterra profesaba una devoción obsesiva.

No había sido casualidad que Daisy le confiara sus intenciones de celebrar una boda que formalizara su unión. Era sabido por todos que Eduardo VI, el anterior rey, no deseaba que su hermana María heredara el trono porque tenía la intención de volver a instaurar la religión de su madre, el catolicismo, cuando Inglaterra estaba inmersa ya en el cambio que había originado su padre. Enrique VIII, ante la negativa de la Iglesia a concederle la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón (la madre de María), rompió con el Papa Clemente VII y creó su propia religión. Y cuando, a pesar de la reticencia de su joven hermano, María se hizo con la Corona, esta comenzó una encarnizada y sangrienta lucha por volver a restaurar las creencias con las que había crecido y que le habían inculcado desde niña.

Por eso Daisy había jugado aquella baza, a sabiendas de que la noticia agradaría a su majestad y confiando en que se posicionara de su lado.

Ni siquiera sabía si Murtagh accedería a algo así y se había arriesgado…

Pero él había dicho que sí.

Y ella creyó que su corazón explotaría de felicidad allí mismo, en medio de aquel salón del trono atestado de personas.

Murtagh no solo había accedido a casarse con ella para hacer definitivo ese matrimonio de prueba, sino que le había confesado su amor delante de todos, en voz alta, sin avergonzarse, sin esconderse y a su estilo: pidiendo perdón por sus errores sin complejos, sin dobleces, a pecho abierto.

No podía querer más a ese hombre.

Cuando su pequeño grupo abandonó el salón del trono, ya fuera del Palacio de Westminster, Murtagh pidió un momento a solas con su esposa antes de emprender el camino de regreso.

—¡Vaya! ¿No le has dicho ya suficiente ahí dentro? —le dijo James Wadlow con cierta sorna.

—¿Qué te queda por confesar, escocés? —Oliver Hall se sumó a la burla—. Solo te ha faltado ponerte de rodillas ante ella. Aunque, debo añadir que me habría encantado ver a un guerrero de tu talla postrado a los pies de una dama inglesa.

—Por favor —Daisy decidió poner fin a las pullas—, dejadnos un poco de privacidad. Solo será un instante y enseguida nos pondremos en camino.

Agarró a Murtagh de la mano y lo arrastró tras ella hasta que se alejaron lo suficiente como para que esos dos ancianos no pudieran oír lo que hablaban.

—No creo que un instante sea suficiente para decirte todo lo que quiero —le confesó su esposo cuando ella enlazó los ojos con los suyos.

Daisy esbozó una sonrisa. Era la primera vez que notaba cierto temblor en su voz enronquecida, como si hubiera perdido esa gran seguridad que siempre lo acompañaba. La

enterneció que fuera por ella.

—Tendremos muchos instantes cuando al fin estemos en casa.

Murtagh respiró hondo. Parecía que necesitaba armarse de valor para hacerle la pregunta que pronunció a continuación:

—¿Qué casa? —Ella lo miró sin entender y el guerrero se apresuró a explicárselo—. He visto Elderbrook, he estado allí. Oliver me ha dicho que es propiedad de Rowan… de Jamie, su nieto, el futuro marqués de Lonbrook. Es un auténtico palacio, es un lugar elegante, lleno de lujos que en Mullach Creige jamás tendrá. Yo… —tragó saliva, evidentemente nervioso—, entenderé que quieras para tu hijo lo mejor. Y me adaptaré, si eso es lo que deseas.

—¿Qué… qué tratas de decirme?

—Que no quiero perderos, a ninguno de los dos. Si tú crees oportuno que Rowan… ¡Jamie! —exclamó, como si se reprendiera a sí mismo por olvidar el verdadero nombre del niño— se crie en Elderbrook, como le corresponde, yo estaré a su lado. Y al tuyo, si me dejas —susurró, pasándole los nudillos con suavidad por la mejilla herida—. Nunca debí echarte de mi lado, jamás…

—Murtagh —lo interrumpió ella, conmovida por lo que estaba escuchando—, eres el laird de los MacMeinn. ¿Me estás diciendo que renunciarías a ese cargo para quedarte con nosotros aquí, en Inglaterra?

Él atrapó su rostro con ambas manos y su voz sonó apasionada al responder.

—Te estoy diciendo que me he dado cuenta de que no quiero vivir sin mi familia. Jamie y tú sois lo más importante, y aunque siga velando por los MacMeinn y los ayude a salir adelante después de todo lo ocurrido, no renunciaré a vosotros. Iré donde vayáis, estaré donde estéis vosotros, aunque tenga que ceder el mando del clan a Tyler y limitarme a visitar Mullach Creige solo de vez en cuando para ver cómo van las cosas.

Daisy lo conocía. En el poco tiempo que había pasado con él había logrado ver en su interior y sabía lo mucho que le habría costado tomar esa decisión. ¿Vivir en Inglaterra, rodeado de ingleses, alejado de los increíbles paisajes de sus tierras, de su pueblo? Lo que acababa de expresar con palabras era un verdadero sacrificio y los ojos se le llenaron de lágrimas al comprender hasta qué punto los amaba.

—Eres un hombre increíble.

Él asintió, dando por hecho que ella estaba feliz y satisfecha con aquella solución.

Daisy sabía que aquel no era el lugar, ni el momento, con su padre y Oliver Hall pendientes de ellos, de decirle todo lo que escondía dentro…

Pero no quería que su esposo sufriera más.

—Jamie Rowan MacMeinn ya tiene un hogar al que regresar: Mullach Creige —remarcó el nombre del niño para que le quedara claro—. Es feliz allí, ahora tiene amigos, y es el lugar donde su padre le enseñará a ser un auténtico guerrero. Además, yo deseo que el bebé que está por llegar —apresó la mano masculina para llevarla hasta su vientre—, nazca en el hogar de su padre y crezca entre montañas, rodeado por la gente de su clan. Si es otro varón, seguirá los pasos de su hermano. Y, si es una chica…

—Será tan hermosa como su madre y todos los MacMeinn la adorarán, empezando por su orgulloso padre.

Murtagh terminó la frase por ella antes de inclinarse y besar a Daisy con honda emoción. Después, apoyó la frente en la de su esposa y exhaló un suspiro de felicidad.

—¿De verdad estás encinta? ¿Me harás ese regalo, otro hijo?

—A lo mejor el regalo me lo has hecho tú a mí. Otro hijo… y volver a sentirme viva.

Murtagh —lo besó de nuevo, antes de proseguir—, he estado muchos años perdida, viviendo a ratos, porque casi todo el tiempo me sentía vacía por dentro, hasta que me reencontré con Rowan y te conocí.

—Daisy…

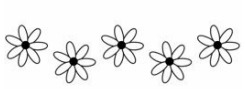
—Será mejor que nos pongamos en marcha, tortolitos —los interrumpió el barón de Aldenford—. Queda un largo camino por delante.

La joven sonrió ante esa expresión. «Tortolito» no era la palabra más adecuada para referirse a Murtagh.

—Vamos —le dijo él, aunque no sonreía. Solo la miraba con intensidad, como si deseara alargar aquel momento todo lo posible en contra de lo que acababa de sugerir.

Regresaron con el grupo que aguardaba. Daisy subió al carruaje donde había viajado para llegar hasta allí, junto a su padre y al marqués de Lonbrook, y a Murtagh le ofrecieron uno de los caballos de la comitiva, conscientes de que estaría más cómodo cabalgando que encerrado en aquella caja con ruedas.

Pusieron rumbo al hogar de los Wadlow, donde el resto de la familia los esperaba con impaciencia.



En el hogar del barón de Aldenford, Rowan se abrazó al laird MacMeinn y no se separó de él en un buen rato. Al niño no le importó que sus primos se burlaran de él o lo tildaran de bebé. Quedó demostrado cuánto lo había echado de menos y que, para él, Murtagh era y siempre sería su padre.

—Mamá estuvo dormida muchos días —le informó, poco después de darle la bienvenida—, pero yo estuve a su lado, cuidándola.

—Muy bien, sabía que podía confiar en ti —le respondió el guerrero con orgullo, abrazándolo con su habitual rudeza.

Todos fueron testigos de la relación afectiva entre ambos. Sabían que Murtagh había aceptado a Jamie como a su propio hijo, pero verlo con sus propios ojos los tranquilizó y los alegró en igual medida.

Enseguida, la familia quiso enterarse de lo ocurrido, de cómo la reina había dejado marchar a Murtagh sin más castigo que un sermón y la condición de que debían celebrar una boda católica de la que quería tener conocimiento. Se reunieron para la cena y Daisy aplacó su curiosidad, con ayuda de su padre y de Oliver Hall, que aportaban sus comentarios igual de aliviados que ella por cómo se había resuelto todo.

El guerrero MacMeinn apenas participó de la conversación, haciendo gala de su carácter hermético. Heather y Lily, junto con sus esposos, trataron de que se integrara y se abriera a la familia, ya que eran los que más lo conocían, pero él se limitó a contestar con monosílabos a sus preguntas hasta que lo dejaron por imposible.

Sin embargo, no pudo esquivar al barón de Aldenford que, en un momento determinado, le preguntó directamente y sin rodeos:

—Entonces, ¿cuándo te casarás con mi hija?

Las conversaciones en torno a la mesa se silenciaron y todos los ojos se volvieron hacia él. Murtagh dejó en el plato la tajada de carne que había trinchado y lo miró antes de contestar.

—Cuando ella quiera —respondió.

—¿Y eso será antes de que regreséis a Escocia? —insistió James Wadlow.

—Mi intención es volver a Mullach Creige cuanto antes. Dejé muchos asuntos pendientes y debo asumir mi responsabilidad. Por supuesto, ahora que hemos eliminado la amenaza de Hughes, trataré de devolveros cuanto antes toda la ayuda que nos hicisteis llegar.

El barón de Aldenford hizo un gesto con la mano para restarle importancia a ese asunto.

—No hay ninguna prisa. Y menos si nos convertimos en familia de manera oficial. Lo que me lleva de nuevo a la boda.

Aquel hombre era como un depredador, pensó Murtagh. Había mordido fuerte su presa y no pensaba soltarla.

—¿Por qué insistes tanto, padre? —quiso saber Daisy.

—Porque, tras este viaje, me he dado cuenta de que estoy muy muy cansado. Esta enfermedad me agota por dentro cada vez más deprisa y no sé cuántas celebraciones me quedan por vivir.

—¡Padre! —protestó Rose.

—¡No digas esas cosas! —se quejó también Heather.

Lily y Daisy lo miraron horrorizadas, hasta que el barón les sonrió, tranquilizador.

—No pretendía aguaros la cena, mis flores. No deseo entristeceros y no debéis sufrir por mí. He vivido mucho y he vivido bien. Y, si debo dejar pronto este mundo, lo haré feliz, porque he conseguido que todas vosotras sobreviváis a la maldición y, según se puede ver en esta mesa, con matrimonios que os han colmado de amor a todas. ¿Puede haber mayor satisfacción para un padre? Incluso Bluebell, a la que todos echamos en falta esta noche, ha alcanzado la felicidad que buscaba.

—Y no te olvides de nuestros nietos —añadió Catalina, agarrando la mano de su esposo para darle su apoyo—. Todos y cada uno de ellos son maravillosos y han contribuido a que este par de ancianos se ilusionen en el ocaso de sus días.

El barón de Aldenford miró a su esposa con amor, se llevó su mano a los labios y la besó, agradecido.

—Nos casaremos antes de regresar a Escocia —anunció de pronto Murtagh—. El padre de la novia podrá llevarla hasta el altar, como corresponde.

James Wadlow asintió, satisfecho, y levantó su copa de vino con agradecimiento.

—Sé que tienes mucha prisa por volver a tu hogar, así que celebraremos una boda sencilla y rápida. Mañana, sin más demora. Una boda al atardecer, para que dé tiempo a los cocineros a preparar un buen festín.

Murtagh levantó también su copa para brindar y, por primera vez, mostró un asomo de sonrisa.

—Mañana, entonces.

Capítulo 40



Una vez a solas en su alcoba, después de acostar y darle las buenas noches a Rowan, Daisy se volvió hacia su esposo.

—No tenías por qué ceder ante la presión de mi padre. Podríamos haber esperado…

Murtagh la acorraló contra la puerta y la aferró por el cabello a la altura de la nuca, como solía hacer cuando se apasionaba.

—Al fin solos —susurró, con voz ronca, antes de bajar la cabeza hasta sus labios para besarla con todo el fuego que lo quemaba por dentro.

Daisy disfrutó de aquel asalto. Recibió la lengua del hombre en su boca con deleite y le devolvió la caricia con las mismas ganas que lo consumían a él. Su enorme cuerpo la apretó contra la madera que tenía a su espalda, buscando un contacto más íntimo, y ella levantó una de sus piernas para rodearle la cadera, aceptándolo con gusto.

—Murtagh… —pudo murmurar ella, cuando le dejó algo de espacio para respirar— deberíamos hablar.

—No quiero hablar más —le dijo él, mordisqueándole el cuello—. Tu familia habla mucho.

Daisy esbozó una sonrisa y lo aferró del pelo para tirar de él y levantarle la cabeza. No le preocupó hacerle daño, puesto que las rudas maneras de su esposo aguantaban eso y más.

—No te gustan las cenas rodeado de tantas personas, ¿eh?

Los ojos rojizos de Murtagh destellaron.

—Nunca se me han dado bien, ya lo sabes.

—Y, aun así, lo has aguantado por mí.

Él le acarició la mejilla suavemente, donde todavía se veía el rastro del golpe que le habían dado días atrás.

—Haría lo que fuera por ti, necesito que lo sepas.

La joven se hundió en aquella intensa mirada y notó un pellizco en el corazón.

—Lo sé, *escocés*.

—Me volví loco cuando vi que Rowan y tú os habíais marchado de Mullach Creige por mi culpa.

—Lo sé.

—Siempre menosprecié a los hombres con miedo. No había lugar en el clan MacMeinn para guerreros temerosos, porque lo que se nos inculca desde niños es que alguien con miedo es débil… Y un MacMeinn no puede serlo —Murtagh se puso muy serio antes de proseguir ese discurso—. Pero jamás en mi vida he pasado tanto miedo como cuando os perdí la pista. Creí que jamás volvería a veros… Y eso, en lugar de mermar mis fuerzas, las redobló. Habría removido cielo y tierra para encontraros, Daisy.

—Tener miedo no es lo mismo que ser un cobarde —contestó ella, pasándole los dedos por la línea del mentón—. Tener miedo por la gente que amas te hace más humano.

—¿Y necesitarte con desesperación ahora, en este instante, en qué me convierte? —le preguntó con la voz ronca de deseo, al tiempo que aferraba el muslo que ella tenía elevado para

pegarla más a su cuerpo.

—En un buen esposo, sin duda. Porque yo deseo lo mismo que tú.

Daisy rodeó su cuello con los brazos y sus bocas volvieron a unirse en un beso hambriento. Había muchas más cosas que decir, muchos más sentimientos que exponer, muchas más reacciones que explicar… Pero decidieron hablarse a través de esas caricias que se volvían urgentes por momentos.

Murtagh la ayudó a desnudarse con prisas, sin miramientos, y si escuchó que se rasgaba alguna prenda por su ímpetu, no le prestó atención. Se arrodilló ante ella para bajarle las medias mientras depositaba besos húmedos a lo largo de sus piernas, y cuando ascendió de nuevo, su boca se posó, esta vez con cuidado, sobre su vientre. Lo rodeó con ambas manos e hizo una breve pausa, sabiendo lo que se escondía allí dentro. La miró desde abajo, con los ojos encendidos de emoción, y Daisy le acarició el cabello compartiendo la ternura de sentirse ya padres de aquella criatura que crecía en su interior.

—Lo he olvidado por un momento —se excusó él—, y estaba siendo brusco contigo otra vez. Seré más cuidadoso.

—No es necesario, Murtagh. No me harás daño, y al bebé tampoco. Ámame como solo tú sabes amarme…

El guerrero se incorporó y la atrajo para besarla con mimo. Trató de ser dulce, trató de ir despacio, a pesar de lo que había dicho ella, pero imposible… Daisy era demasiado tentadora, con sus generosas curvas y esa piel tan suave, tan exquisita…

Con un gruñido de lascivia, la alzó entre sus brazos y la llevó a la cama. Se desnudó con ademanes impetuosos antes de reunirse con ella sobre el colchón y comenzar a devorarla poco a poco, llenándose de ella, de su sabor, de sus caricias, de los suspiros que se le escapaban de entre los labios, de cada uno de sus eróticos pestañeos. Y cuando sus cuerpos se unieron en uno solo, el gemido de Daisy resonó con fuerza, placentero y liberador.

—Te he echado de menos, esposo —le susurró al oído, mientras él se movía sobre su cuerpo.

Lo abrazó, con brazos y piernas, lo aceptó en cada envestida, elevando las caderas para sentirlo mejor, más profundamente. Murtagh le mordía el cuello, besaba sus párpados, le clavaba los dedos en las nalgas para después ascender por su costado y buscar su pecho… Era como si no tuviera suficiente de ella y cada vez arremetía con más fuerza, dejando caer gruñidos roncos sobre su piel que la estremecían y lograban que todo su cuerpo temblara.

—¡Por todos los infiernos, Daisy! —exclamó al final, cuando se vertió en su interior presa de los espasmos del placer.

La joven lo sujetó con fuerza entre sus brazos, notándose plena de gozo, aunque la unión no había culminado en orgasmo para ella.

Cuando Murtagh levantó la cabeza, con ese asomo de sonrisa que a la joven la enamoró un poco más, aún tenía los ojos nublados de satisfacción.

—Esposa, hoy no has gritado como sueles hacer.

—No importa. Ha sido hermoso de igual manera.

—No… Yo quiero volverte loca de pasión, igual que haces tú conmigo. Me prometiste que siempre me dirías lo que te gusta y lo que no.

Daisy le contestó con una sonrisa algo traviesa.

—Está bien. Creo que, si me acariciaras un poco más, conseguirías que gritase como estabas esperando —le susurró.

Al mismo tiempo, aferró su mano derecha y la condujo hasta ese punto entre sus piernas que aún latía de deseo.

Murtagh se apartó a un lado con delicadeza para poder maniobrar mejor y, sin dejar de besarla, movió sus dedos sobre ese punto sensible que reclamaba atención. Casi enseguida, Daisy jadeó y le clavó los dedos en los anchos hombros, pidiéndole más, arqueándose contra esa mano que la elevaba al séptimo cielo. Estaba tan excitada que a Murtagh no le costó mucho lograr su objetivo. Daisy gritó contra su boca y él se tragó el placer que le prodigaba, henchido de orgullo masculino, más satisfecho incluso que cuando había alcanzado su propio orgasmo.

Cuando la joven se apartó, ambos se miraron a los ojos durante unos intensos segundos.

—Aún no puedo creerme lo afortunado que soy —dijo él.

—¿Por qué no? —Murtagh negó con la cabeza, como si le costara expresar lo que tenía dentro—. Vamos, *escocés*. Yo te lo cuento todo. Si no te dije antes lo del bebé que esperamos, fue porque no lo supe hasta que estuve encerrada en aquella mazmorra. Y, cuando me di cuenta, me torturaba la idea de que no podría llegar a compartirlo contigo si Hughes decidía…

Él le puso un dedo sobre los labios para que no terminara aquella frase. Después, suspiró, armándose de valor para confesarle otro de esos miedos que lo habían acompañado durante aquel tiempo. Ella le apartó un mechón blanco de la frente con infinita ternura y le animó a hablar con una amorosa sonrisa.

—Soy afortunado porque, mientras os buscaba, a Rowan y a ti, en compañía de tu familia, he visto la clase de vida que siempre has querido… y al final te has conformado conmigo y has aceptado acompañarme a mi mundo, en lugar de quedarte en el tuyo.

Daisy frunció el ceño al escucharlo y se incorporó hasta quedar sentada en la cama, con la espalda apoyada contra el cabecero.

—¿De qué estás hablando?

—Elderbrook. Te dije que estuve allí. Vi su retrato.

—¿El de Richard?

—Sí. Me sorprendió. Era un hombre bien parecido, de rasgos serenos. Era distinguido y acaudalado. Y mírame a mí.

—Te estoy mirando.

—No soy como él. Yo no podré asegurarte una existencia tranquila, sin sobresaltos… Tampoco soy refinado, ni amable, ni elegante.

Ella se inclinó para rodearle el cuello con los brazos.

—Sé perfectamente cómo eres, Murtagh MacMeinn. Eres rudo, eres brusco, a veces antipático y bastante gruñón. Eres salvaje, callado y cruel cuando lo crees necesario. —La joven se estiró aún más para rozar los labios con los suyos—. También eres justo, generoso y leal. Eres apasionado, fuerte y protector. Eres cariñoso de una manera casi torpe, pero encantadora. Y amas con todo lo que eres, con todo lo que llevas dentro… y te entregas con alma y corazón a las personas que más quieres.

—Esas personas sois tú y mis hijos —le susurró él, colocándole una mano en el vientre—, no lo dudes.

—No quiero que vuelvas a compararte con Richard. Sois distintos, es cierto, y estuve enamorada de él en su momento… Aunque a ti he llegado a amarte de un modo que jamás creí posible. Es una sensación plena la que tengo estando a tu lado, entre tus brazos. El corazón me rebosa de alegría y de luz. Tú me has ayudado a descubrir que la vida es mucho más que comodidad y lujo.

—¿De verdad?

—Todo empezó con Rowan, es cierto. Sin saber que yo era su madre, me permitiste cuidar de él, me rescataste del mundo gris y amargo en el que me había sumido. Después, cuando me

llevaste contigo, pude ayudar a las gentes de Dunridge… y jamás me sentí tan útil. Mi vida volvía a tener sentido. Supe que estaba donde debía estar cuando me enfrenté al consejo MacMeinn para ceder los víveres a los miembros del clan. Esa gente confió en mí para superar sus momentos más duros, me incluyeron en sus rutinas, me aceptaron como a una más… Y su agradecimiento me llenó el alma, Murtagh.

—Pero, que te sientas satisfecha con la vida que llevabas en Mullach Creige es obra de otros, Daisy, no mía. Es a causa de Rowan, es a causa de los MacMeinn…

—Y es por ti también —lo interrumpió, al tiempo que le acariciaba el vello oscuro del pecho —. Porque te amo, métetelo en esa dura cabezota. Mereces que te quieran y yo te amo con todo mi corazón. No me he conformado contigo, Murtagh, he elegido amarte porque me has conquistado por completo, con todas tus virtudes y con todos tus defectos.

El guerrero la apresó entonces por los tobillos y tiró de sus piernas para volver a tumbarla sobre el colchón. La cubrió con su cuerpo y se acomodó entre sus piernas una vez más.

—Uno de mis defectos es que me cuesta quedarme satisfecho a la primera —le dijo, balanceándose sobre ella con una nueva erección bien dispuesta.

—¿Estás seguro de que eso es un defecto? —ronroneó Daisy, enredando las piernas en las caderas masculinas.

—A lo mejor es una virtud… —concedió él—. No sé, vuelve a preguntármelo en un rato.

Y, durante ese rato que siguió, el uno en brazos del otro, a ambos les quedó muy claro que, definitivamente, era una deliciosa, placentera y excitante virtud.

Era la segunda vez que Daisy avanzaba del brazo de su padre por el pasillo de la capilla, en dirección al altar, donde aguardaba un hombre al que amaba con todo su corazón. Su mirada estaba puesta en la alta y orgullosa figura que tenía enfrente y en el niño que había junto a él, impecablemente vestido y peinado para la ocasión.

Aquellas dos personas acaparaban por completo su atención y apenas reparó en el resto de los asistentes a la ceremonia.

Tampoco escuchó con atención las palabras del sacerdote, porque el corazón le latía tan fuerte que la distraía.

—Murtagh MacMeinn, ¿quieres a Daisy Wadlow como esposa, para honrarla, amarla y protegerla desde hoy hasta el fin de tus días?

La pregunta la obligó a centrarse en el momento presente. Se perdió en aquellos ojos rojizos cuando él contestó.

—Sí, acepto.

—Y tú, Daisy Wadlow, ¿aceptas a Murtagh MacMeinn como esposo, para honrarlo y amarlo desde hoy hasta el fin de tus días?

—Sí, acepto —susurró—. Y, aunque parezca que no lo necesita por su tamaño y su fuerza, también lo protegeré. Lo cuidaré, lo abrazaré cuando me necesite, lo escucharé siempre —añadió, con una sonrisa, sin apartar la mirada del guerrero.

—Yo os declaro…

Las palabras murieron en los labios del sacerdote cuando Murtagh, tras la declaración de la joven, la encerró entre sus brazos y la besó apasionadamente. Al ver que aquella muestra de afecto se alargaba, el hombre se resignó e hizo la señal de la cruz en el aire mientras terminaba

de casarlos:

—… marido y mujer.

Daisy escuchó su voz de lejos. Su esposo la mantenía presa en aquella caricia que arrasaba con todos sus pensamientos y, por unos segundos, lamentó que estuvieran en el altar de la capilla y no en la intimidad de su alcoba.

Cuando el guerrero al fin la liberó, se quedó muy cerca y le habló al oído.

—Un año, un día… y todos los demás. Los quiero todos contigo.

Ella le mostró una radiante sonrisa. Se aupó sobre las puntas de sus pies y le dio otro beso, ahora más casto, más breve, antes de volverse para atender a la familia, que ya se les acercaba para darles la enhorabuena y compartir su felicidad.

—¡Ha sido precioso! ¡Y tu nuevo esposo muy impulsivo e irreverente, me gusta este hombre!

Daisy se quedó de piedra cuando escuchó las palabras de Bluebell, que fue la primera en abrazarla tras la ceremonia.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —le preguntó, asombrada y encantada de tener a su lado a la única hermana que le faltaba para que su dicha fuera completa en ese día.

Los ojos castaños y brillantes de Blue la observaron con cierta diversión.

—¿No pensarías que iba a perderme otra boda? Llegué tarde para la de Lily, así que a esta no podía faltar.

—Casi revienta a los caballos por las prisas —intervino Declan Connelly, su esposo, dándole también un cordial abrazo—. Desde que recibió la carta de Rose explicándole todo lo sucedido, su único afán era llegar aquí cuanto antes.

—Cierto. En realidad, lo de la boda nos ha cogido por sorpresa.

—Lo que les explicaba en la carta era lo ocurrido con Hughes —dijo Rose, por alusiones—. Y, por supuesto, les conté que habías encontrado a Jamie.

Bluebell aferró los hombros de Daisy y los apretó con honda emoción.

—Tu hijo… mi sobrino, no podía creerlo cuando lo leí. ¡La vida te da una tregua por fin!

—No solo me ha dado tregua, Blue —contestó ella—. Me ha regalado una segunda oportunidad, me ha convertido en una mujer inmensamente feliz. Verás…

Daisy dudó. Quería contarle que estaba otra vez embarazada, que Jamie tendría un hermanito y que tenía lleno el corazón. Sin embargo, el tema de los hijos era delicado con Bluebell, porque ella nunca había concebido, a pesar de que todos sabían que lo deseaba. Les había confesado a sus hermanas que había logrado esquivar la maternidad con ayuda de una pócima durante mucho tiempo, y que ahora era la maternidad la que se reía de sus ganas de tener un hijo de Declan… Parecía resignada con su destino, aunque, en el fondo, todas las flores sabían que era una espina clavada en su alma.

Por eso, a Daisy le costaba tanto sincerarse con ella.

—Verás… ¿qué? —la apremió Blue, al verla dubitativa.

—Yo… Nosotros… —miró de reojo a Murtagh e, inconscientemente, se llevó la mano al vientre.

—¿Vais a ser padres? —preguntó Bluebell, a la que aquel gesto no le pasó desapercibido.

—Sí —Daisy asintió. No tenía sentido ocultárselo—. Voy a ser madre otra vez.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro por ti! —exclamó Bluebell, eufórica, antes de abrazarla de nuevo con mucha fuerza—. ¡Y por mí! —le dijo a continuación, separándose para mirarla a los ojos—. Así, mi hijo tendrá un primo de su edad con el que poder jugar.

Daisy no sabía si había escuchado bien.

—¿Qué? ¿Es que acaso… tú…?

—¡¡Sí!! —La enorme sonrisa de Bluebell hizo que aquel día fuera más luminoso aún—. Lo supe hace poco y estaba deseando contároslo. La familia de Declan ya lo sabe y están todos muy emocionados. ¡Seremos madres casi al mismo tiempo!

Lily, Heather y Rose, que escuchaban muy atentas, se aproximaron y todas se fundieron en un abrazo colectivo, entre suspiros de emoción, regocijo y felicitaciones.

—Bueno… basta de tanta sensiblería —dijo Blue, al cabo de un rato, secándose el asomo de lágrimas por los sentimientos desatados en un momento—. ¿Dónde está mi sobrino Jamie? Quiero conocerlo.

Daisy buscó a su hijo y vio que estaba escondido tras las piernas de Murtagh, acobardado por la efusividad de su madre y sus tías a la hora de celebrar las buenas noticias.

—Ven. —Guio a Blue hasta él y ambas se agacharon para ponerse a su altura—. Este es Jamie Rowan MacMeinn, y prefiere que le llames Rowan.

—Sí —dijo el niño.

—Muy bien. Pues Rowan, entonces. Yo soy tu tía Bluebell —se presentó ella misma, dándole la mano a modo de saludo—, y espero que seamos buenos amigos. Pasé mucho tiempo buscándote cuando eras un bebé, ¿te lo han dicho? Ahora, me alegra saber que ha sido tu madre la que consiguió encontrarte.

—En realidad —intervino Daisy—, él me encontró a mí. Estaba muy perdida… y él me rescató.

Bluebell miró a su sobrino con orgullo y aprobación, y, después, sus ojos se volvieron hacia su hermana.

—Yo busqué mi destino, quería vivir la vida a mi manera y durante todo este tiempo he sido feliz… Aunque no del todo. Tenía ese hueco en mi corazón, ese vacío que me quedó dentro aquella horrible noche en la que rompimos la maldición pero perdimos a Jamie y, en cierto modo, también a la Daisy que conocíamos. Ahora, hermana, soy plenamente dichosa. Ahora sí; ahora, por fin la maldición ha quedado atrás para siempre.

Las dos jóvenes se levantaron y se unieron al resto de la familia, que ya salía de la capilla en dirección al gran salón del castillo para las celebraciones. Los niños corrían delante de la comitiva, Rowan entre ellos, entusiasmado y alegre, sabiendo que tenían por delante una velada llena de risas, deliciosa comida, música, baile y juegos con sus primos.

Daisy caminó agarrada al brazo de su esposo, que apenas hablaba, pero que no podía borrar de sus labios ese asomo de sonrisa de satisfacción.

—Solo tienes que aguantar una noche más… y mañana saldremos rumbo a Mullach Creige —le dijo Daisy en confidencia, para que sus hermanas, sus cuñados o sus padres no los escucharan. No quería ofenderlos poniendo de manifiesto las ganas que tenía Murtagh de abandonar el hogar del barón de Aldenford, e Inglaterra, para regresar a las tierras MacMeinn.

—Si quieres quedarte unos días más, ahora que tu hermana Bluebell ha llegado, no pondré objeciones. Comprendo que quieras pasar algún tiempo con ella y con Rose, puesto que las verás con menos frecuencia que a Lily y a Heather. Y tal vez a tu padre le haga bien disfrutar de toda la familia reunida un poco más —contestó Murtagh, con la mirada puesta en la figura del anciano, que caminaba lentamente y renqueante, con ayuda de su bastón y apoyándose en el brazo de su mujer.

Daisy se detuvo y le obligó a hacer lo mismo.

—¿Cómo puede haber dicho alguien, alguna vez, que eras intratable?

Los ojos rojizos refulgieron con cierta diversión antes de contestar.

—Creo que la única que me dijo eso a la cara fuiste tú.

—Y qué equivocada estaba… —Daisy levantó una mano para posarla en la mejilla de su esposo—. Tienes un corazón muy generoso, Murtagh MacMeinn. Nos quedaremos un par de días más, y después partiremos hacia nuestro hogar, hacia nuestra nueva vida. Estoy segura de que los MacMeinn están deseando que su laird regrese.

El guerrero suspiró antes de ceñir su cintura para atraerla hacia él.

—Ojalá sea cierto lo que dices y el consejo no se haya adueñado por completo del clan en mi ausencia.

—Te están esperando —reiteró Daisy, convencida—. Ya lo verás.

Capítulo 41



Mullach Creige no le pareció tan oscura y fría como la primera vez que la tuvo ante sus ojos. Daisy observó la fortaleza en las montañas y sintió que regresaba a casa, a pesar de que no había pasado tanto tiempo entre sus muros como para considerarla más hogar que el que había dejado en Inglaterra.

Sin embargo, el hecho de que fuera la morada de Murtagh y de Rowan era suficiente como para que ya lo considerara uno de sus lugares favoritos en su corazón.

Su esposo y ella no sabían lo que iban a encontrar cuando accedieran al interior, aunque sospechaban que nada bueno porque, al atravesar la aldea, los habitantes de Dunridge los habían recibido con caras largas y un ominoso silencio. Parecía que los culparan por haber estado fuera tanto tiempo. O, tal vez, por alguna otra cuestión que el intrigante consejo MacMeinn les hubiera metido en la cabeza.

Daisy le dio la mano a Murtagh antes de entrar al gran salón, donde Tyler y el resto de sus hombres de confianza los esperaban.

El consejo MacMeinn, por supuesto, también estaba allí, ocupando los puestos de honor en la larga mesa que presidía la sala.

—¡Al fin! —exclamó Akir al verlos. A la joven se le había olvidado lo antipática que podía resultar su voz—. Os esperábamos hace tiempo.

Tyler se aproximó a ellos con paso urgente.

—Están furiosos, laird. Por lo ocurrido con Forbes y con Dharma. La chica regresó… y les contó a todos el ataque que sufrieron.

—¿Dharma está viva? —Daisy sintió emociones contradictorias. Se alegraba de que la joven sirvienta hubiera sobrevivido, pero no quería ni pensar en el infierno que habría pasado a manos de aquellos hombres despiadados.

—Los aldeanos conocen su historia, todos están conmocionados; y Akir, sobre todo Akir, se ha encargado de que os culpen a vosotros. Quiere justicia… y tiene al clan de su parte.

Daisy notó que el cuerpo de Murtagh se tensaba al instante y se encendía.

—¿Has dicho que ellos están furiosos? ¿ELLOS? —terminó rugiendo. Soltó la mano de Daisy y se plantó frente a la mesa que presidían los ancianos en unas cuantas zancadas—. ¿Qué pretendéis?

Akir trató de enfocar su mirada velada en él y compuso un rictus tan agrio, que la joven pensó que jamás volvería a sonreír.

—Mi hijo Forbes murió por tu culpa y la de esa *sassenach* —la acusó, levantando su huesudo y arrugado dedo—. Hughes fue a por ella, por ser tu esposa, y mi pobre hijo no pudo…

—No pudo haber tenido a un padre peor —Murtagh terminó la frase por él—. Creía que el mío era malo, pero el de Forbes lo supera con creces. La culpa de que tu hijo fuera asesinado de esa forma tan violenta y cruel es solo tuya.

—¿Qué estás diciendo? —Akir se levantó, temblando de indignación—. ¡Cayó en las garras de esos mercenarios por defender a la inglesa!

—¿Y por qué abandonó ella la seguridad de Mullach Creige? ¿Por qué solo la escoltaba Forbes? ¿De verdad creías que un único hombre podría repeler a un grupo de mercenarios? No quiero ensuciar su memoria, porque defendió a mi esposa hasta su último aliento, pero él no estaba capacitado. Dudo que cualquiera de nosotros hubiera podido vencerlos a todos.

Akir se iba poniendo colorado de rabia según Murtagh hablaba.

—Ella se marchó porque tú la echaste, rompiste el matrimonio —se defendió.

—No me hubiera ido —intervino entonces Daisy, poniéndose al lado de su esposo—. Jamás me habría marchado por aquel arrebato de Murtagh. De hecho, estaba esperando a que él viniese a pedirme perdón, porque sabía que lo haría, que se arrepentiría de sus palabras… Pero fuisteis vos el que llegó a mi alcoba para amenazarme, para que me marchara y lo abandonara. Vuestro pobre hijo… —Daisy sacudió la cabeza, acongojada por los recuerdos—, jamás podré olvidar su cruenta muerte, y los gritos de Dharma cuando se quedó en aquel bosque, a merced de esos salvajes… Y eso ocurrió porque vos no me queríais aquí. Sois el único responsable.

—No solo eres culpable de la muerte de tu propio hijo —añadió Murtagh, sin piedad—. ¿Recuerdas lo que os dije que os haría si algo malo les sucedía a mi esposa y a mi hijo por vuestras malignas artimañas?

Los rostros de los tres ancianos palidecieron.

—No puedes matarnos —le dijo Banner—. Todos los MacMeinn están de nuestro lado. Saben que hemos velado por ellos todo este tiempo en el que su laird los ha abandonado… para correr tras las faldas de una inglesa.

La mano de Murtagh se cerró con fuerza sobre el pomo de su espada y Daisy se apresuró a aferrarlo del brazo para tratar de serenarlo.

—Así no.

Esas dos palabras, junto con el tacto de sus dedos, fueron suficientes para que él inspirara hondo.

—Tyler, Cormac, reunid a todo el clan.

—¿Vas a matar a mi padre? —le preguntó su segundo al mando con tono neutro. Su fidelidad estaba más que demostrada, pero se trataba de su progenitor…

—No. No quiero más muertes —anunció por fin, para alivio de los presentes—. Lo que haré, a cambio, es deshacerme de una vez por todas de la lacra que supone haber mantenido en los puestos del consejo a estos tres hombres. Y, si alguno de vosotros tiene algún inconveniente —añadió, mirando a los guerreros que había en el salón—, que se enfrente a mí ahora. Estoy dispuesto —terminó, sin soltar la empuñadura del arma, aunque sin llegar a desenvainarla.

Daisy contuvo la respiración. Murtagh era temible, pero eso no garantizaba que alguno de los MacMeinn cometiera una locura y aceptara el desafío. Hasta donde sabía, la influencia de los tres ancianos era corrosiva y muy perniciosa.

Por fortuna, ninguno dio un paso al frente. Simplemente, lo miraban, expectantes, como si tampoco supieran muy bien cómo comportarse en aquella situación en la que el gobierno del clan estaba tan dividido.

—Daremos el aviso —habló Tyler, tratando de romper aquella insoportable tensión—. Los tendrás a todos reunidos esta misma noche y podrás dirigirte a ellos.

Después, él, Cormac y el resto de los hombres más fieles a Murtagh abandonaron el salón, rumbo a Dunridge y a las granjas del territorio MacMeinn.

Daisy se retiró con Rowan a sus aposentos y ambos se reunieron con Dharma, que se abrazó a ellos y rompió a llorar. Además de padecer su propio infierno, del cual le iba a costar mucho tiempo reponerse, había sufrido por los dos.

—Y nosotros por ti —le confesó Daisy, con lágrimas en los ojos al ver las heridas que tenía la joven en su rostro por la paliza, entre otros abusos, de la que había sido objeto—. Trataremos de olvidar juntos esta horrible experiencia, haremos todo lo posible por volver a la normalidad —le prometió.

—Mi señora… Va a ser muy difícil sin Forbes, mi pobre Forbes…

—Lo sé —Daisy trató de consolarla—. No sabes cuánto te entiendo. Pero lo superaremos, te lo prometo, y Forbes no será olvidado. Lo honrarás manteniéndolo vivo en tu recuerdo.

—¿Cómo podéis estar tan segura?

—Porque yo no he olvidado a mi primer esposo, que también fue vilmente asesinado. Y, aunque ahora tengo una segunda oportunidad, y amo a Murtagh con todo mi corazón, siempre habrá en él un rincón especial para Richard.

—Eso es porque poseéis un corazón muy grande.

—Y tú también lo tienes, Dharma. Y muy fuerte… Volverás a sonreír, ya lo verás —le aseguró, convencida.



En el gran salón de Mullach Creige no cabían todos, por lo que el clan se reunió en el patio de la fortaleza.

Los hombres de Murtagh habían improvisado una tarima para que su laird les hablara desde arriba y todos los MacMeinn pudieran verlo bien. Multitud de antorchas repartidas por las fachadas, y faroles en las manos de algunos de los presentes, daban luz en ese momento crucial para todos ellos.

—Bienvenidos —habló él, con voz potente—, gracias por acudir a mi llamada. Os he reunido para contaros lo ocurrido de primera mano, para que escuchéis mi versión, y no solo la del consejo. Sé que estáis enfadados, que pensáis que os abandoné para ir en busca de mi esposa, dejándoos, de nuevo, a merced de los ataques que venimos sufriendo desde hace semanas. Y, no voy a esconderme, así fue.

Un murmullo de indignación se elevó en el aire tras sus palabras.

—¡Os lo dije! —exclamó Akir, antes de que Murtagh retomara su discurso. Los tres ancianos accedieron también a la tarima para ocupar un lugar de privilegio en aquella reunión—. Y él mismo acaba de reconocerlo. ¡No es digno de ser nuestro laird!

Las voces de los miembros del clan se elevaron, algunas en desacuerdo, y otras, en apoyo del anciano.

El laird levantó las manos para que guardaran silencio.

—Mi esposa y mi hijo fueron capturados por el mismo hombre que ha estado enviando a sus mercenarios contra nosotros —trató de explicarles—. No puedo creer que algunos de vosotros me echéis en cara que corriera para intentar rescatarlos. Daisy os ha demostrado con creces su buen corazón. Ha sido generosa, os ha ofrecido su cariño y su ayuda cuando más lo necesitabais, incluso compartiendo los recursos de los que disponíamos en la fortaleza.

—¡Es cierto! —exclamó Mirren, la mujer que había estado presente cuando ella tomó la decisión de abrir la despensa de Mullach Creige para llevar comida a la aldea.

—Pero fuiste tú el que rompió el matrimonio de prueba —volvió a intervenir Akir, decidido a no perder seguidores para su causa—. Fuiste tú el que quiso que ella se marchara, porque descubriste que el niño al que siempre has llamado hijo no es tuyo. En realidad, es hijo de un

inglés. Ellos no son tu familia, nunca lo han sido. Por eso los echaste de aquí. Por eso ambos, y Dharma, terminaron en manos de los mercenarios… y mi pobre Forbes muerto.

De nuevo, los murmullos de indignación recorrieron el patio, más elevados en esta ocasión.

Daisy se subió en ese momento sobre la tarima para colocarse al lado de Murtagh.

—¡Por favor, escuchad a vuestro laird! —Se volvió hacia él y le tocó el brazo con un gesto de ánimo—. Cuéntales a los MacMeinn todo lo ocurrido. Desde el momento en el que te dije quién es Rowan en realidad, hasta nuestro regreso de Inglaterra. Dharma y yo daremos testimonio de que fueron los ancianos los que dispusieron nuestra huida de Mullach Creige, los que permitieron que Forbes fuera nuestra única escolta, exponiéndonos a todos a ese peligro mortal que nos aguardaba en el camino.

Murtagh miró a su esposa, agradecido de tenerla a su lado.

Por primera vez en su vida, decidió implicar a todo el clan en la decisión que había tomado, porque ya estaba cansado de cargar él solo con el peso de todos los problemas, y porque creía que los MacMeinn tenían derecho a elegir cómo querían vivir a partir de aquel momento.

Les habló de cómo había unido sus fuerzas a la de una familia inglesa que no solo le había ayudado a recuperar a Daisy y a Rowan, sino que, además, había estado junto a él en el momento de enfrentarse a la reina María I cuando lo juzgó por el asesinato de Hughes, el hombre que tanto los había atormentado. Les contó cómo dos nobles ingleses dieron la cara por él y cómo su esposa habló en aquel salón del trono para salvarlo. Les contó que no tendrían más problemas con los mercenarios y que ya no existía ninguna deuda que saldar. Que sus aliados, los Buchanan y los MacAuley estaban comprometidos con ellos, al igual que el resto de la familia de su esposa.

Y, sobre todo, les explicó que se había dado cuenta de que el aislamiento en el que siempre habían vivido los MacMeinn en nada les beneficiaba.

Necesitaban aliados. Necesitaban mezclarse con otros clanes, necesitaban abrirse a otras maneras de ver el mundo, porque recelar siempre de los demás no era justo. Él había descubierto el buen corazón de las personas que lo habían ayudado en aquella aventura, de la que no habría regresado de no ser por su generosa amistad.

—A partir de ahora, cambiaremos las viejas costumbres y trataremos de ser más sociables con los demás.

—¡No lo permitiremos! —exclamó Akir cuando terminó su discurso—. Es peligroso, ya lo sabes. No podemos dejar que otros sepan de nuestras debilidades y averigüen la manera de acabar con los MacMeinn.

Murtagh recordó en ese momento una pregunta que le había hecho Drustan MacAuley mucho tiempo atrás, cuando él le dijo exactamente lo mismo y el otro, extrañado, le preguntó: «¿De qué tenéis que protegeros?».

—Nadie quiere hacernos daño, Akir. Eso es lo que nunca hemos entendido. Nadie quiere atacarnos ahora. Y, si alguna vez entráramos en conflicto con otro clan, ya decidiríamos entonces lo que hacer. Por eso, ya no os necesitamos —anunció—. Si los MacMeinn están de acuerdo, el consejo será disuelto y, a partir de hoy, yo tomaré las decisiones que afecten al clan. Mis hombres de confianza, Tyler, Cormac, Lennox y Grant me asesorarán cuando lo necesite, o cuando vean que me equivoco con algún punto de vista.

Los cuatro aludidos subieron al estrado junto a él y se posicionaron de su lado, en el extremo opuesto al que se hallaban los tres ancianos.

—¡Ellos no lo permitirán! ¡Los MacMeinn no dejarán que nos apartes como si fuéramos un estorbo! —bramó Akir.

—Llevamos muchos años sirviendo y velando por los intereses del clan —añadió Banner.

En ese momento, un hombre de la aldea accedió también a la tarima y les hizo frente, para después hablarles a todos los allí reunidos.

—Soy Harris, todos me conocéis. Y yo también estaba presente, junto a Mirren, el día en que acudimos a pedir ayuda al consejo, cuando el laird se encontraba de viaje. Ellos no hicieron nada por nosotros —dijo, con voz helada, señalando con un dedo a los tres ancianos—. Es más, trataron de impedir que lady MacMeinn nos diera de comer. Yo estoy de acuerdo con el laird Murtagh, es hora de cambiar. Hemos de descubrir otras maneras de vivir y ¡qué demonios!, a mí no me importaría abandonar Dunridge de vez en cuando para comerciar con otros clanes o para asistir, por ejemplo, a uno de los Juegos de las Highlands. ¿Quiénes apoyáis al laird?

Levantó la mano al tiempo que preguntaba, y Daisy y Murtagh vieron, con satisfacción, que muchas otras manos se alzaron también en el patio.

—Bien, sea pues —resolvió el guerrero—. Banner, Nathair y Akir, con sus respectivas esposas, abandonarán la fortaleza y se instalarán en la aldea, ahora que ya no forman parte del consejo MacMeinn.

—¿Por qué nos haces esto, Murtagh? —preguntó Nathair, antes de girarse hacia su hijo Tyler, que se había decantado por su jefe en lugar de proteger a su propio padre—. ¿Por qué lo permites? ¡Eres mi hijo, tendrías que salir en mi defensa!

—El laird quería acabar con vuestras vidas, padre. Por culpa de vuestras maquinaciones, Forbes está muerto y casi perdemos a lady MacMeinn, al niño y a Dharma. Precisamente, porque soy tu hijo, le he rogado para que vuestro castigo sea únicamente expulsaros de la fortaleza, con la promesa de que jamás volveréis a interferir en el gobierno del clan.

Los murmullos de la gente se elevaban ahora contra los ancianos, en favor de aquella decisión que el laird acababa de tomar y que demostraba el cambio que quería liderar. Mostrarse piadoso con los tres consejeros, en lugar de conducirse de manera vengativa por el daño infringido a su familia, decía mucho a su favor.

Así, puesto que los campesinos, los aldeanos y los guerreros MacMeinn les daban la espalda para apoyar a Murtagh, los tres ancianos abandonaron el patio, muy tiesos. Su soberbia no les permitía mostrar a los demás que estaban derrotados.

Pero lo estaban.

Por fin, para alivio de Murtagh, los había vencido con la ayuda del resto del clan.

—A partir de ahora, las cosas serán muy distintas —murmuró, de manera que solo Daisy lo escuchó.

—Lo has conseguido —le contestó ella, con una luminosa sonrisa.

Murtagh la atrajo hacia él y la besó en los labios delante de toda su gente. No le dijo que, en realidad, ella era la que lo había conseguido. La que le había abierto los ojos para ver que otra vida era posible. Una en la que las personas eran amables con otras personas, en la que se ayudaban unos a otros…

Una vida en la que él, en lugar de ser un monstruo, era un hombre muy muy dichoso.

EPÍLOGO



Un año después

—Jamás pensé que llegaríamos a ver este día —dijo Kendrew Buchanan, admirando la larga mesa dispuesta en el salón de Mullach Creige.

Estaba repleta de bandejas con deliciosa comida, con dulces, panes y fruta. Por supuesto, jarras de vino, cerveza e hidromiel se repartían también por la superficie para dar la bienvenida a los invitados del laird Murtagh MacMeinn y su esposa Daisy que, para asombro de todos los clanes de aquellas tierras, se habían ofrecido a ser los anfitriones de los Juegos de ese año.

Era la primera vez que veían algo así. El clan MacMeinn, que siempre se había mostrado hostil con cualquiera que se acercara a su territorio, abría las puertas de su hogar en las montañas para acoger a sus vecinos en aquel evento tan especial.

—¡Bienvenidos! —exclamó Daisy, apareciendo por la puerta con su hija Amber en brazos.

—¡Dios mío! ¡Déjame ver a esa preciosidad! —le dijo Heather enseguida, acercándose a ellas.

El bebé tenía unos meses, el cabello rubio platino y los ojos oscuros, de color tierra, como su padre. Murtagh había accedido a ponerle el nombre que su esposa ya tenía pensado para su hija en un gesto que le honraba, puesto que significaba que no temía al fantasma de Richard. Al contrario, se había congraciado con él. Cuando Amber nació, al ver que la niña era un calco de él mismo, el guerrero le había dicho a Daisy que no le importaba que llevara el nombre elegido por su anterior esposo. «Puedo compartirla un poco con él», le había asegurado, «porque a él no le quedó más remedio que compartir a Rowan conmigo».

—Es muy hermosa —le dijo también Lily, que caminaba justo detrás de su hermana.

—¿Y dónde está el padre de la criatura? —preguntó Drustan, que se limitó a mirar por encima del hombro de su esposa para contemplar al bebé.

—¿Alguien pregunta por mí?

Murtagh apareció en el salón llevando a Rowan sobre sus hombros. El niño, cuando vio a su familia, en especial a sus primos, le hizo gestos a su padre para que lo depositara en el suelo.

—¡Rowan! —chilló Ailsa con verdadero entusiasmo.

La niña, junto con Drake y Brodie, se acercó a todo correr para abrazarlo con fuerza.

—¿Sabes qué? —le preguntó enseguida a su primo—. Cam ya puede correr sin caerse. Bueno, algunas veces sí se tropieza, y llora mucho.

—Pero podemos jugar con él —añadió Brodie.

—Yo le daré la mano y lo ayudaré cuando no pueda correr más rápido —prometió Drake, responsabilizándose del pequeño porque, al fin y al cabo, él era el primo mayor.

—¡Muy bien! Y yo os presentaré a mis amigos de la aldea. ¡Tengo muchos! —les dijo Rowan, ilusionado—. Lark, Tracey, Sam, John… y otros. Ya veréis, jugaremos a batallas y será muy divertido.

Después de aquello, los niños abandonaron el salón para salir al patio y comenzar ya esos

juegos que imaginaban.

—¿Qué tal el viaje hasta aquí? ¿Habéis tenido dificultades? —preguntó Murtagh.

—En absoluto —contestó Kendrew.

—¿Han llegado ya más clanes? —quiso saber Drustan.

—Sí. Los Drummond y los Robertson se están instalando en la explanada cercana a Dunridge. Allí celebraremos las pruebas —les anunció Murtagh.

—¿Y qué tal se han tomado los MacMeinn que otros clanes invadan su territorio durante los días que duren los Juegos? —preguntó Lily.

—¡Oh, están encantados! Jamás han disfrutado de algo así —les contó Daisy—. Las mujeres han preparado mucha comida para agasajar a los invitados, y han confeccionado mantas, han guardado pieles, han fabricado vasijas y cestos de mimbre, han recolectado semillas y frutos secos, entre otras cosas, para intercambiar regalos. Y los hombres se han estado entrenando a conciencia para participar en las pruebas… Nunca han tenido la oportunidad de vivir unos Juegos en estas tierras y están entusiasmados.

—¿Y tendréis una participante para la prueba de Brigit? —le preguntó Heather, feliz al ver que a su hermana le brillaban los ojos al contarles cómo se habían preparado los MacMeinn para el evento.

—Sí. Mi doncella, Dharma. Cuando le conté que Lily participó un año contando una historia que emocionó a todos, ella se ofreció voluntaria para representarnos. Sabe muchas adivinanzas, se las inventa ella misma. Seguro que entretiene al público un buen rato cuando traten de resolver los acertijos que ha ideado para la ocasión.

—¡Mi señora! —exclamó de pronto la aludida, apareciendo por su espalda—. No teníais que haber desvelado la sorpresa.

La chica extendió los brazos para hacerse cargo de Amber. Aquel era ahora su principal cometido en la fortaleza, junto con el cuidado de Rowan.

—No pasa nada, es mi familia —la tranquilizó Daisy—. No revelarán el secreto, ¿verdad?

—No lo haremos —le aseguró Lily con una sonrisa.

—Voy a llevarla a dar un paseo por el patio con vuestro permiso, milady —dijo Dharma, cuando tomó al bebé en brazos—. Así, de paso, vigilaré lo que hacen los demás pequeños mientras atendéis a vuestros invitados.

Cuando Dharma se marchó, se cruzó en la puerta con Tyler, que llegaba para informar al laird de cómo se desarrollaban las actividades del campamento instalado junto a la aldea.

Desde donde estaba, Daisy pudo ver cómo los ojos del guerrero se desviaban hacia la grácil figura de la jovencita y esbozó una sonrisa. Dharma aún no se había dado cuenta, pero, después de Forbes, parecía que su encanto había conquistado a otro corazón en la fortaleza. Tyler era un gran hombre, con muchas cualidades para que una mujer se fijara en él. Daisy tenía la esperanza de que, en poco tiempo, cuando las heridas del alma de Dharma terminaran de sanar, pudieran celebrar una boda en Mullach Creige.

—Murtagh, sería aconsejable que vinieras a supervisar la explanada. Tenemos que decidir qué zona es más adecuada para las pruebas y los hombres no se ponen de acuerdo —le dijo a su laird.

—¡Oh, en ese caso, nosotros también iremos! —se ofreció Kendrew.

—Sí, hay tiempo hasta que comience la cena, ¿verdad? —preguntó Drustan.

—Lo hay —respondió Daisy—. Faltan un par de horas hasta que estén listos los asados.

—Vamos, pues —dijo el anfitrión—. Aunque… disculpadme un momento —les pidió, antes de tomar a su esposa de la mano para alejarse unos pasos con ella.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella.

—¿Puedo decírselo? —le preguntó, en un susurro—. ¿O querías anunciarlo en el banquete, cuando estén todos reunidos?

Daisy sonrió y le echó los brazos al cuello. Murtagh no podía ocultar el orgullo y la alegría de saber que iba a ser padre nuevamente, y a ella la enternecía ver las ganas que tenía de compartir con los demás esa felicidad. ¿Quién iba a pensar, cuando lo conoció, que aquel hombre huraño e intratable sería capaz de abrir así su corazón?

—No, en la cena no. Habrá mucha gente y miembros de otros clanes. Prefiero decírselo solo a la familia, de momento —le contestó—. Así que, sí, díselo a tus cuñados, presume cuanto quieras —musitó contra sus labios.

—No pensaba presumir —gruñó, aferrándola por las caderas para pegarla más y besarla más profundamente.

Daisy se apartó, riendo. No era el momento de dar rienda suelta a esa pasión que, cada vez que los sorprendía desprevenidos, arrasaba con todo.

—¿Vas a contárselo tú a tus hermanas?

—Por supuesto —le contestó—. Soy incapaz de guardarme para mí toda esta felicidad que tengo aquí dentro —se señaló en el pecho.

—¿Y qué les vas a decir? ¿Que tu esposo es incapaz de mantenerse alejado de ti y que por eso ha vuelto a dejarte embarazada tan pronto? —preguntó con cierta fanfarronería.

—¿Lo ves? Estás presumiendo.

—No es verdad. Solo tengo interés por saber qué piensas decirles…

Daisy se acercó de nuevo a su esposo, sin importarle que sus hermanas y sus cuñados los observaran, muy divertidos. Aunque no podían oír lo que decían, todavía no se acostumbraban a ver a Murtagh en aquella actitud cariñosa y, seguramente, Kendrew y Drustan harían chanzas a su costa en cuanto se quedaran a solas con él.

Lo miró con los ojos llenos de luz y le tomó de la mano para que la posara sobre su vientre.

—Si tanto deseas saberlo —le susurró—, les diré que esto era inevitable, mi amor. Como todo entre tú y yo.

AGRADECIMIENTOS

Este es el final de una aventura que comenzó en el año 2021 con *Pequeña Heather*, la primera de las Flores de Wadlow en ver la luz. Ha sido un viaje emocionante y me ha encantado escribir las historias de cada una de estas hermanas. He tenido la gran suerte de que todas han sido acogidas con gran cariño por parte de los lectores y, por eso, si has llegado hasta aquí, quiero darte las **GRACIAS**.

Gracias por dejarte seducir y enamorar, gracias por reír y llorar con ellas, gracias por esperar siempre con ilusión la siguiente cuando terminabas cada novela de esta saga.

Si has disfrutado de la lectura, y te apetece, me ayudaría mucho que dejaras tu opinión de la novela en las valoraciones de Amazon y lograr así que la novela llegue a muchos más lectores.

Tengo que agradecer también a mis lectoras cero, Eva, Inma, Alicia y Laura, que siempre estáis dispuestas a dar vuestra opinión y a detectar esos errores y fallos que toca pulir, para que el resultado sea una novela más estupenda.

Por supuesto, esta historia debía tener una portada bonita y atractiva, y ese mérito es todo de mi hija Sara (@sarac.desings), que pone siempre el corazón en cada trabajo que emprende. Gracias por tu implicación y tu arte, estoy segura de que solo estás dando tus primeros pasos en este mundillo del diseño y te esperan grandes cosas en el futuro.

Y gracias, como siempre, a mi familia. Por apoyarme, por darme ánimos, por exigirme que siga escribiendo cuando las ganas son menos, y por hacerme creer (cuando dudo) que puedo llegar a cumplir mi sueño de vivir de escribir novelas, que es lo que más me gusta. Porque con esta última novela que cierra la saga no acaba la cosa…

Seguiré inventando historias, y ojalá mis futuros proyectos os sigan enamorando.

SOBRE LA AUTORA

Kate Danon es en realidad el pseudónimo de Victoria Rodríguez, una madrileña que, a día de hoy, se dedica por completo al oficio de la escritura, cumpliendo así un sueño que ha tenido desde siempre. Publica su primer libro en el año 2009 tras quedar finalista en el premio Edebé de literatura infantil y juvenil. Más tarde se pasa a la novela romántica y comienza su andadura en el mundo de la autopublicación. Autora de la saga *Hermanos MacGregor*, en el año 2018 queda finalista del Premio Literario Amazon, lo supone un cambio significativo y un gran reconocimiento en su carrera como escritora. Su novela *El secreto de Malcom* se convierte en uno de los diez E-books más leídos en Kindle del año 2019.

Si quieres saber un poquito más de mí y de las novelas que tengo publicadas, puedes visitar mi web: *https://katedanon.com* o seguirme en redes.

También puedes suscribirte a mi *Newsletter* para no perderte nada de mis futuros proyectos; te dejo el QR por si te animas:

